

El Martinete

NÚMERO 27

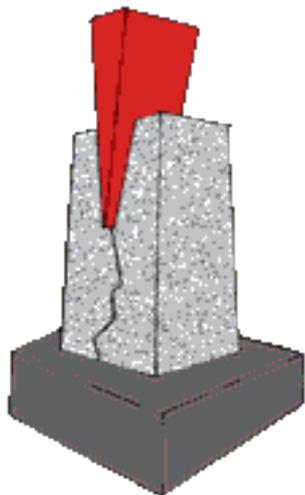
ABRIL, 2015



**¡Sigamos avanzando por la
senda de la reconstitución del
comunismo!**



MOVIMIENTO ANTI-IMPERIALISTA



Internacionalista, solidario,
hermano de los pueblos oprimidos, como el martinete:
ese ave migratoria que habita en todos los continentes
y vive y se defiende en colectividad.

Proletario, trabajador del hierro revolucionario,
moldeador del metal de la nueva sociedad, como el martinete:
esa herramienta de la fragua que da nueva forma a los hierros.

Profundamente obrero, arraigado en las raíces culturales
que se hunden en la tierra de la historia de los pueblos, como el martinete:
ese cante flamenco que se acompaña del golpear del martillo sobre el yunque.

Así es EL MARTINETE, la voz anti-imperialista del MAI.

SUMARIO

Editorial: Viejos cantos de sirena bordeando el abismo de una nueva guerra	3
Ante el 9-N en Cataluña	16
Documentos de organizaciones por la reconstitución del comunismo: Presentación	32
Las tareas hacia el comunismo	35
Tomar la iniciativa. Salutación crítica al IV Congreso de Iniciativa Comunista	58
Stalin, clases sociales y restauración del capitalismo	68
La revolución burguesa y el paradigma de la revolución proletaria	81
Breves apuntes sobre la crisis política en el Estado español	90
Contra las falsas ilusiones del revisionismo: ¡Avanzar en la reconstitución comunista!	97
En torno a los sucesos de Gamonal e Hidum. La inevitable necesidad de la construcción consciente de todo el proceso revolucionario	99
Intervención del MAI en la Conferencia de Madrid	109
La guerra en Siria en el <i>impasse</i> de la Revolución Proletaria Mundial	111
Crimen en el expreso del capitalismo español	115
Crisis y reconstitución comunista (1º de Mayo de 2013)	119

VIEJOS CANTOS DE SIRENA BORDEANDO EL ABISMO DE UNA NUEVA GUERRA

Tres ejes para explicar la nueva contradicción imperante a nivel global

Nadie se sorprendería si le dijésemos que los acontecimientos acaecidos en las fechas más recientes a nivel internacional engloban varios de los movimientos más importantes de los últimos años, pero desde el Movimiento Anti-Imperialista (MAI) creemos que esa frase se queda corta, que se debe ir un paso más allá, intentando desentrañar el espíritu de la época en que vivimos. Como bien dijera Mao, en cada cosa grande hay múltiples contradicciones, y una es la que adopta el papel de dominante. En el sistema capitalista del mundo de hoy, el del imperialismo y la revolución, existen tres contradicciones generales que hacen que la oxidada rueda de la acumulación prosiga su pesado andar: la contradicción capital-trabajo, la relativa al conflicto inter-imperialista y la que engloba a los países imperialistas y países oprimidos. Como bien sabemos, esta última había ocupado el lugar dominante durante las últimas décadas, con el hegemon estadounidense haciendo y deshaciendo a su gusto y sin ningún rival que pudiese hacerle frente de manera clara. Sin embargo, durante los últimos tiempos parece que dicho estado general está viéndose modificado, y asistimos por tanto a un desplazamiento en la bóveda de contradicciones del imperialismo. Así pues, la idea principal que merece ser destacada, más allá de hechos puntuales, es la de que la contradicción principal que actúa como motor del sistema capitalista está pasando a ser la relativa al conflicto inter-imperialista. Es decir, que las tensiones subyacentes y siempre existentes entre las grandes potencias, tanto regionales como globales, comienzan a hacerse cada vez más visibles, con una posible formación de un bloque imperialista alternativo.

En términos generales, y en aras de conseguir una comprensión cabal de los conflictos definitorios del mundo actual, podemos resumir diciendo que se vislumbran tres escenarios, ampliamente interconectados entre sí, y que muestran cómo ese precario equilibrio que había imperado durante las últimas décadas, basado en la explotación y subordinación de los países oprimidos, está poco a poco despedazándose. El primero de ellos, en cuanto a la cercanía respecto a las tierras en las que nos hallamos, es el de Ucrania. En él, el imperialismo USA-UE intenta acorralar a su homónimo ruso, quien se encuentra a la defensiva e intentando no perder su ascendencia europea en el tablero internacional. El segundo escenario nos lleva al este, a Oriente Medio,

donde el bloque Israel-Arabia Saudí-USA está ganando la partida al grupo de la región en el que se encuentra inserto Irán, balcanizando grandes extensiones que otrora parecían tener seguro un lugar bajo el sol. Y por último, pero no menos importante, tenemos el teatro del Pacífico, donde, a pesar de que las aguas están algo más tranquilas últimamente (únicamente por lo convulso de los otros dos frentes inter-imperialistas), parece claro que es donde el imperialismo estadounidense procurará desestabilizar al dragón chino, hegemon en ciernes.

Una vez establecidas las pautas generales, los elementos definitorios del momento actual a nivel geopolítico, pasemos a desgranar uno por uno los principales escenarios, en busca de una comprensión cabal de los mismos.

El conflicto que más parece estar recrudeciéndose en los últimos tiempos, y a través del cual podemos observar de manera más abierta y sin tapujos los diferentes intereses imperialistas, enfrentados en dura pugna, es sin duda alguna **Ucrania**. En estas tierras eslavas, que hasta hace poco representaban la zona de influencia del imperialismo ruso, se está llevando a cabo el enésimo intento por parte de las potencias de la OTAN de aislar y arrinconar al oso moscovita. Sin embargo, dicho oso ya no es la criatura herida que aceptó a regañadientes la pérdida de gran parte de los estados colchón de los que disfrutaba la social-imperialista Unión Soviética. El Estado ruso ha logrado recomponerse tras la hecatombe que supuso la disolución de las estructuras erigidas durante el Ciclo de Octubre, y su burguesía, disponiendo aún de esferas de influencia y potencial armamentístico heredado de la anterior etapa histórica, es hoy capaz de plantar cara como potencia establecida a los intentos externos por reducir su margen de actuación y su lugar en el mundo. Algo de esto ya se vio en la Guerra de Osetia del Sur en 2008, cuando se puso a prueba la capacidad de reacción rusa tras iniciar las maniobras para incorporar a Georgia a la OTAN, y ya se pudo comprobar que el oso estaba despertando de su letargo. Ucrania, por tanto, supone una vuelta de tuerca más en esa estrategia de hostigamiento contra el imperialismo ruso, aunque a un nivel cualitativamente superior: por una parte, el interés geoestratégico de Ucrania es mucho mayor que el de las reducidas regiones de Osetia del Sur y Abjasia, por lo que Rusia no solo se juega su prestigio internacional o simplemente mostrar que tiene pulso militar, como siete años atrás: está en juego su ascendencia europea, al mismo tiempo que una región crucial por el paso de oleoductos y

gasoductos (las “arterias” de la burguesía rusa), además de extensas relaciones comerciales ajenas al oro negro. Por otra parte, la entidad del contendiente al que la burguesía rusa se enfrenta es, obviamente, mucho mayor, al igual que el peligro que acecha. Para contextualizar mínimamente y realizar una comparativa que ilustre las diferencias entre uno y otro conflicto, es necesario apuntar que el área en el que tuvieron lugar acciones armadas en 2008 fue de alrededor de 15.000 kilómetros cuadrados, y el número de tropas implicadas fue de cerca de 50.000 durante 10 escasos días, en contraste con los más de 50.000 kilómetros cuadrados de los oblasts de Lugansk y Donetsk, los más de 100.000 combatientes de ambos bandos y la prolongada duración del conflicto, de alrededor de un año en estos momentos.



Ucrania, cuya naturaleza siempre ha sido ambivalente en relación a su hermano mayor, se puede dividir, en primera instancia, en dos secciones más o menos similares en tamaño, cada una de ellas mirando hacia el lado opuesto. Mientras que la región más occidental, de habla mayoritariamente ucraniana, ha tendido hacia el oeste (no en vano formó parte del Imperio Austrohúngaro), el sector oriental, cuya lengua más extendida es el ruso, siempre ha privilegiado el establecimiento de nexos con Moscú (no en vano, no olvidemos que las propias regiones constituyentes de la zona denominada *Donbas* incluyen también parte del territorio ruso). Precisamente por esta ambivalencia en cuanto a intereses, y al contrario de lo que comúnmente se suele pensar, Ucrania, tras la caída de la Unión Soviética, no ha jugado el papel de simple comparsa de Moscú, algo que sí podría decirse de Bielorrusia: la burguesía ucraniana, siempre atravesada por la contradicción que encuentra en sus tierras, y su cierta bicefalia política, ha procurado desempeñar un papel en el que la neutralidad fuese su cariz más representativo.

Ese relato que presenta a Ucrania como mera prisionera o marioneta en manos de Putin es, por tanto, falto de todo rigor, pese a lo cual no se ha dejado de explotar en los medios de comunicación occidentales

con cada vez menos disimulo. Pero hay otros relatos que, pese a ser minoritarios, no están exentos de crítica. En las filas revisionistas, siempre atentas a cuál puede ser el próximo clavo ardiendo al que aferrarse, se ha extendido una maniquea visión del conflicto ucraniano, según la cual no hay más imperialismo que el de la OTAN. Dicha visión presenta, en muchas ocasiones, a la Rusia de Putin como heredera de la Unión Soviética (lo que dice mucho tanto de lo representado como de aquel que vive a través de vacuas ensoñaciones al respecto), amparándose, cómo no, en la utilización de cierta simbología de tiempos pretéritos por parte de los rebeldes prorrusos[1]. Esta caracterización simplista, falta de toda profundidad, es síntoma de un déficit a la hora de comprender el imperialismo a nivel teórico. Mientras nuestros revisionistas se apresuran a calificar únicamente como imperialista al hegemon planetario, USA, realizando una equiparación pueril entre política internacional agresiva e imperialismo[2], el marxismo nos muestra que, en la división internacional del trabajo, las potencias imperialistas son aquellas que subyugan a las naciones oprimidas, ejerciendo una sobre-explotación sobre ellas, independientemente de que se utilicen medios militares para ellos o no. De hecho, y precisamente porque nos movemos ya desde hace más de un siglo en la época imperialista, la cual se caracteriza, entre otras cosas, por una gigantesca extensión del sector financiero, en ocasiones sucede que la sobre-explotación no se realiza *manu militari*, sino a través de toda una pléyade de instrumentos internacionales de disciplinamiento económico, como el pago de deudas, la limitación de déficits a nivel estatal o el cercenamiento de mercado, tanto interior como exterior, para las burguesías nacionales[3]. Partiendo de estas coordenadas teóricas, mucho más acordes con el estado realmente efectivo del capital en la arena internacional, es evidente que Rusia constituye, a día de hoy, una potencia imperialista con todas las de la ley, y por tanto, esa defensa a ultranza del oso ruso que practican nuestros ya conocidos revisionistas supone su posicionamiento a favor de uno de los dos bloques imperialistas en liza (por ese motivo, coadyuva en la perpetuación del estado actual de las cosas y niega de facto la posibilidad de una salida revolucionaria para las masas ucranianas, única solución posible para su penosa existencia actual, y que no las concibe como carne de cañón en un conflicto inter-imperialista).

Pero mientras nuestros revisionistas, tanto allende como aquende de nuestras fronteras, siguen obnubilados por sus imaginarias revoluciones y resistencias populares, los misiles imperialistas siguen regando con sangre y fuego tierras situadas al este del Estado ucraniano, y no parece que de aquí a poco vaya a cambiar semejante escenario: la última tregua, denominada Minsk 2.0, ha mostrado que quien ha

sabido nadar mejor durante las últimas jornadas en las contradicciones existentes en el campo adversario ha sido el Estado ruso. El bloque UE-USA, que rompió el tradicional *statu quo* neutral de Ucrania a través de un acuerdo de asociación excluyente, observa cómo el oso ruso, en una gran aplicación de guerra híbrida, está ganando la partida a nivel militar, y se debate en estos momentos entre apoyar de manera abierta a su valido (USA, Polonia, UK, Estados bálticos) o limitar lo máximo posible unos daños probablemente ya irreparables (Francia y Alemania, principalmente). En caso de que se imponga la primera opción, posibilidad cada vez más cierta, dados los últimos sucesos[4], estaríamos ante un escenario de consecuencias realmente imprevisibles, pues se abriría la veda para una deflagración mucho menos velada. Ni qué decir tiene que esto es lo último que desean las burguesías francesa y alemana, dadas las profundas interrelaciones económicas que existen con el gigante ruso en un contexto muy próximo a la recesión.

Es evidente, por tanto, que casi todas las opciones están sobre la mesa, al igual que sucede en tierras más orientales. En el extremo oriental del Mediterráneo, al igual que en la tierra de la confluencia del Tigris y el Éufrates, las aguas manan cada vez más enrojecidas por la sangre de las masas, ofrendadas sobre el altar del enésimo conflicto inter-imperialista del capitalismo tardío. Tres son los ejes que explican los últimos acontecimientos en **Oriente próximo**: por un lado, la terrible repartición del mundo post-colonial, donde principalmente Inglaterra y Francia se dedicaron a desmembrar pueblos enteros, con el objetivo de gobernar la sobre-explotación de las masas africanas y asiáticas de manera acorde a sus intereses. Esto provocó, entre otras cosas, que pueblos como el kurdo se vieran diseminados a lo largo y ancho de varias fronteras estatales. Por otra parte, una de las consecuencias del Ciclo de Octubre fue la expansión, por gran parte de la zona denominada Oriente Medio, de numerosos partidos de corte panarabista, laicos y con una pretendida ideología “socialista”, lo cual supuso un freno a las visiones más religiosas en la zona. Sin embargo, elementos como la propia corrupción de los promotores del “socialismo árabe” (que nunca se autodenominó marxista), la llegada de los ayatolás a Irán o la derrota soviética en Afganistán, fueron abonando el terreno para que resurgiesen los programas islamistas en numerosos países de la zona con el objetivo de hegemonizar su particular cosmovisión reaccionaria. El último eje que explica y determina las actuales dinámicas es, como no podía ser de otro modo, la propia competencia entre las distintas potencias de la zona, generalmente divididas entre chiitas y sunitas[5]. Esta competencia inter-imperialista en la región ha vuelto a adoptar ropajes religiosos medievales, raídos pero con una atractiva pátina moderna (véase, por ejemplo, la elaborada propaganda

por parte del Estado Islámico).

Estos rasgos nos dibujan una región con movimientos nacionales ascendentes como el kurdo, una competencia entre las dos respectivas puntas de lanza de los bloques chiita y sunita, Irán y Arabia Saudí, y un ascenso del fundamentalismo religioso. Todo esto, claro está, añadido al propio juego de los actores globales, USA (a través de sus aliados tradicionales, Israel o Arabia Saudí), o Rusia y China (a través de Irán o Siria).



Sin duda, el actor que más está dando que hablar en los últimos tiempos en esta región es el Estado Islámico. Esta organización yihadista de corte wahabí, financiada por petro-dólares y auspiciada por diversas agencias de inteligencia (saudíes, israelíes y estadounidenses, principalmente), supone la enésima prueba de cómo las propias dinámicas imperialistas crean las más de las veces monstruos que escapan del control de las potencias. Hay que decir que tanto Al Qaeda como el Estado Islámico suponen la continuación del imperialismo, en un ciclo de acción-reacción que conduce a la barbarización de los pueblos de la zona; sin embargo, aunque la primera ha centrado su actuar principalmente en propinar golpes externos en las propias metrópolis occidentales, el segundo ha ido creando sus propias estructuras estatales en la región, creciendo en los intersticios y vacíos de poder que las potencias imperialistas han dejado en Libia, Siria e Irak. Está por ver cómo evolucionan los acontecimientos en los tres países, pero parece obvio que la desestabilización prevalente en la zona beneficia al bloque estadounidense-israelí, pues las actuales circunstancias ponen coto a la influencia iraní en Irak y debilitan a Al-Assad en Siria. De esta manera, el bloque chiita, comandado por Irán (y con cierta ayuda por parte rusa), se encuentra en condiciones cada vez más precarias en la región, por lo que no sería de extrañar que en las negociaciones que aún se llevan a cabo sobre el programa nuclear iraní la potencia persa tuviese que dar varios pasos hacia atrás y aceptar por tanto un papel menos prominente en la región.

Por último, en cuanto a los grandes escenarios que

delineábamos al comienzo de esta sección, nos encontramos con el situado en el **Pacífico**, donde los diferentes actores llevan ya tiempo organizando sus fichas (no hay que olvidar que Asia es el continente donde más ha aumentado el gasto militar durante los últimos 25 años). Pese a que este sea el escenario que parece menos inflamado en estos momentos (debido en parte a la senda que están tomando los situados en tierras ucranianas o árabes), USA y su estrategia denominada *Pivot to Asia* dejan a las claras cuál será el rival más importante de cara a la lucha por la hegemonía mundial: China[6]. El dragón asiático es desde hace tiempo una potencia global, y es evidente que la conflagración, sea de naturaleza directa o indirecta, tendrá lugar tarde o temprano. Los conflictos latentes en los innumerables atolones e islas diseminados en los mares adyacentes a la China continental (con Taiwán, Japón, Filipinas, etc.) auguran un futuro explosivo, y el campo está lo suficientemente maduro para que una chispa incendie la pradera. Los distintos países ubicados en el Pacífico sudeste ya han ido posicionándose frente a su vecino chino (a través de distintas organizaciones regionales, como la ASEAN), por lo que este se encuentra de alguna manera cercado en el Pacífico. De ahí que, por ejemplo, haya ido reforzando su particular esfera de influencia en Asia central, a través de la Organización de Cooperación de Shanghái-Tratado de Shanghái. El dragón asiático, además, se ha encontrado con un aliado potencial con el que hasta hace poco no contaba: Rusia. Las maniobras del bloque imperialista occidental están empujando a Moscú, que siempre se ha mostrado más dispuesta a explorar su vertiente europea, a coludir con Pekín, aunque siempre con las consabidas reticencias de quien se sabe segundón en una posible unión. En este marco de conjunción de elementos, la cooperación en todos los ámbitos entre Rusia y China se ha venido incrementando durante los últimos tiempos, a través, por ejemplo, de la construcción de gasoductos o maniobras militares conjuntas.

Así pues, parece que podríamos estar introduciéndonos en un escenario caracterizado por la configuración de dos grandes bloques imperialistas con distintos focos de conflictos, donde el Pacífico tiene el potencial de convertirse en la región clave en el medio-largo plazo y donde un conflicto bélico a escala global vuelve a otearse en el horizonte. Respecto a esa posibilidad, vale la pena detenerse un instante en la idea bastante extendida de que las enormes interrelaciones económicas existentes entre las distintas potencias hacen del todo imposible una deflagración de dimensiones pavorosas, y compararla con el similar espíritu que anidaba en las conciencias de la época en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Por aquellos tiempos, el libro “La gran ilusión”, publicado en 1910 por Norman Angell (por cierto,

miembro del partido laborista inglés) enarbolaba con ímpetu su optimismo respecto a las relaciones inter-imperialistas, y el vizconde Esher, tras leer dicha obra, llegó a razonar frente a la alta comandancia británica que “los crecientes nexos económicos hacen la guerra más difícil e improbable cada día que pasa”. Por todos es sabido cuáles fueron los acontecimientos que tuvieron lugar tan sólo cuatro años después, echando por tierra esa *gran ilusión*, por lo que seguir razonando la imposibilidad de una guerra de grandes proporciones en base a la creciente inter-dependencia económica mundial no puede suponer más que un brindis al sol: una barata conclusión construida sobre deseos, y no sobre hechos. No olvidemos que la historia ya nos ha dado suficientes pruebas acerca de cómo opera el imperialismo, etapa decadente del sistema capitalista: la misma división del trabajo internacional propicia el surgimiento de nuevas potencias, siempre prestas a provocar el descalabro de las anteriores, por lo que el reparto del mundo se encuentra en disputa permanente.



Así pues, certificando ese cambio de coordenadas con el que abrimos el apartado de geopolítica internacional, esa implementación de las contradicciones inter-imperialistas como la clave de bóveda que rige el sistema actual, parece evidente que nos encaminamos hacia tiempos oscuros, donde el proletariado tendrá que entregar su cuota correspondiente de carne de cañón a la enésima carnicería imperialista. En ella, las masas verán ante sus ojos desplegarse un pavoroso estruendo destructor, pero al mismo tiempo se podrá dar la posibilidad de que puedan contemplar otro horizonte, otro mundo: el de la emancipación humana sin cortapisa alguna. No podemos más que recalcar que, en ese sentido, avanzar en la reconstitución del Partido Comunista es la única manera de que ese horizonte comience a abrirse paso por las amplias alamedas del devenir del hombre.

Syriza: los atajos y sus frustraciones

Sin embargo, antes de que eso suceda, nos tememos que tendremos que seguir observando cómo muchos prefieren transitar por estrechos caminos que parecen prometer atajos y júbilos, pero donde tras sus amarillas baldosas no hay más que desesperanza y frustraciones. Tras unas primeras jornadas en las que el triunfo de los *primos* griegos de Podemos creó en muchos la ilusión de que, efectivamente, esta vez la mera toma del Estado, entendido este como maquinaria burocrática-militar, auguraba un precioso porvenir, hoy resulta evidente que la **social-democracia rediviva** en tierras helenas está cediendo terreno a marchas forzadas, aceptando casi todos los chantajes y presiones a los que se está viendo sometida tras acceder a la sala de máquinas del aparato estatal. Para desgracia de muchos, el contenido del acuerdo al que se ha llegado no deja ningún lugar a dudas, pues supone el reconocimiento de facto de todas las deudas y su necesidad ineludible de pago, así como la “necesaria” injerencia extranjera a la hora de implementar la política económica interna[7].



Iremos viendo durante las próximas semanas y meses cuál es la forma que toma la continuación de la imposición financiera al Estado griego (la mayoría de las cuestiones se han aplazado hasta el momento en que expire esta nueva prórroga de la *ayuda financiera*, en junio), pero a nivel político se ha vuelto a demostrar aquella máxima que ya hemos esbozado en ocasiones anteriores: **la reforma viene propiciada, históricamente, por la amenaza de revolución, y en ausencia de ésta, aquélla se desfonda y no tiene recorrido.** Si durante el Ciclo de Octubre la burguesía se avino a realizar cesiones en ciertos aspectos en su régimen de dominación, lo hizo evidentemente no por querer aumentar el bienestar de los explotados, sino por temor a verse sobrepasada por los acontecimientos. Es decir: reformas desde arriba, antes que revolución desde abajo. Así es como debemos observar, por ejemplo, el llamado “Estado de bienestar” europeo durante gran parte del siglo XX que hoy la clase dominante se afana en destruir metódicamente, pues este no suponía más que keynesianismo puro y duro

presentado en un envoltorio lo suficientemente apetitoso para unas masas en un estado de eferescencia mucho mayor que el actual. Hoy en día, ya con la idea de revolución totalmente defenestrada en las adocenadas mentes de las masas, el proyecto reformista solo puede mostrarse completamente incapaz y falto de fuerzas para imponer sus medidas paliativas. De ahí que, del mismo modo que Iglesias y cía. han ido rebajando su discurso en tierras patrias, *adecentándolo* para incluir bajo su égida a sectores sociales cada vez más identificados con la pequeña y la mediana burguesía, Syriza ha ido retrocediendo una y otra vez en su proceso de adecentamiento frente al gran capital europeo.

Los orígenes de esta social-democracia rediviva y su hegemonía en parte de las masas en la actualidad tienen, evidentemente, su propia explicación histórico-política. Tal y como hemos mencionado en algún escrito anterior, el Ciclo de Octubre, ya finiquitado, bebía parcialmente de la concepción burguesa de la revolución, como no podía ser de otra manera; ese multifacético combustible de la revolución burguesa, que prescribía la revolución como acontecimiento (insurrección) y no proceso y que la observaba como algo cuya llegada se daba por hecha (fatalismo histórico) por mor del desarrollo de las fuerzas productivas, determinó la visión general de la revolución durante todo el Ciclo de Octubre. Y es cierto que durante la existencia de este se pudieron salvar los muebles en los distintos Partidos Comunistas: el ejemplo heroico de Octubre, entre otros elementos, sostenía a aquellas formaciones instituidas en base a las 21 condiciones de la Komintern. Sin embargo, acabado dicho Ciclo, y por tanto sin el referente social de la revolución entre las masas, comenzaron a advertirse de manera incontestable las insuficiencias de los denominados Partidos Comunistas, uniones inter-subjetivas de comunistas *a la* Komintern. Pese a que es cierto que dichas organizaciones se alimentaron de y nutrieron al movimiento revolucionario al mismo tiempo, la ola revolucionaria, tras replegarse por sus propias contradicciones internas, dejó a la luz del día las vergüenzas inherentes de dichas organizaciones, ya incapaces por completo de ocultar sus límites intrínsecos. Semejante unión inter-subjetiva, voluntarista, se había mostrado la mayor parte de las veces incapaz de elevar a las masas para integrarlas en un todo orgánico con objetivos plenamente revolucionarios, en esa relación social que realmente supone un Partido Comunista. Así, con Octubre ya apagado y parte de sus restos languideciendo como tristes formaciones parlamentarias a la espera de un acontecimiento externo (un nuevo episodio de agresión imperialista, algún desmán más grande de lo habitual por parte de los representantes políticos de la burguesía, una crisis económica...) que propiciase que

las masas se volviesen hacia ellos en busca de respuestas nunca proporcionadas, el fascismo y la social-democracia han acabado erigiéndose como referentes políticos de una gran parte de la denominada *clase media*. Esta es la razón por la que la social-democracia vuelve a presentarse como impoluta frente a las imposiciones del mercado y ha acabado llevándose el gato al agua en el mercadeo electoral heleno.

Sin embargo, tal y como decíamos antes, la social-democracia y el revisionismo no dejan de ser dos caras de la misma moneda reformista, pese a que estos últimos engalanan su objetivo último con soterrados llamamientos a una insurrección que no llegará *Deus ex Machina*, pero que tampoco saben ni pueden organizar por sí mismos. Ambas corrientes, en esencia, siguen el mismo planteamiento respecto a cómo transformar la sociedad, independientemente del calado de las transformaciones que cada uno pretende implementar: supeditar todo a una ingenua y paternalista toma de la maquinaria estatal como punto de partida inevitable de sus políticas. Evidentemente, esto es coherente en sí mismo. Pero antes de observar la lógica que subyace a estas dinámicas, en contraposición a la acción del proletariado revolucionario, es de obligado cumplimiento que nos refiramos al fenómeno que de manera central, aunque no exclusiva, viene marcando la agenda política en el Estado español, y que es parte esencial de este rejuvenecer del movimiento de defensa de la aristocracia obrera.



Podemos, o la inesperada virtud de la apatía

Entre los efectos de la ofensiva intramuros del capital financiero, en el Estado español hemos visto como ha surgido y medrado **Podemos**, la formación encabezada por Pablo Iglesias y que pretende, como Syriza, el reordenamiento del Estado sobre un *nuevo* bloque histórico en que la aristocracia obrera tenga un papel de primer orden. No es extraño que los resultados de la crisis económica, que aquí se aúnan a una profunda crisis del régimen, sean paralelos en Grecia y España, pues ambos países comparten

elementos nodales en su conformación como modernos *Estados de bienestar*: economías endebles cuyo crecimiento vino ligado durante las *vacas gordas* a sectores como el inmobiliario, a la vez que se iba desamortizando el tejido industrial; y *rescates* comandados por la *Wehrmacht* financiera cuando los dispositivos de alerta de la economía global saltaron por los aires. Parlamentarización desde arriba durante los años 70, tras regímenes de corte fascista derivados de uno u otro modo de la agudización de la lucha de clases tornada décadas antes en guerra civil; y profunda crisis de las instituciones sobre las que se montó a nivel local el proyecto imperialista europeo y que se adivina sólo con ver el agotamiento de los partidos turnistas en ambas democracias (ND-PASOK, PP-PSOE). En definitiva, países de la periferia de Bruselas en donde la crisis económica y social está teniendo un efecto devastador entre las masas y que ha generado el resurgimiento de la vieja socialdemocracia aunque sobre un contexto diferente. Sin embargo, y aunque compartan matriz histórica concreta, Podemos es un caso con caracteres propios, los de la crisis política española, y así hemos de comprenderlo.

De forma preliminar, cabe identificar a Podemos como la lenta respuesta a la pregunta que se hace a sí misma la aristocracia obrera sobre cómo acomodarse en el bloque de dominación. Y es que, a pesar de su meteórico ascenso electoral, los elementos que han confluído en este unguento se habían presentado en sociedad en mayo de 2011.

El primero de aquellos sería precisamente la **crisis de representatividad del régimen** y la subsecuente necesidad por parte de las bases sociológicas que lo han sostenido de encontrar un nuevo espacio de representación que pugne por sus intereses de clase. Como ya hemos referido en otras ocasiones, PSOE y PP son las dos estructuras partidarias que representan el enraizamiento del capital financiero con el suelo social del régimen imperialista español desde la reforma del régimen fascista: con la aristocracia obrera los primeros (a lo que se añadiría su negociado preferencial con las burguesías periféricas), y con pequeña y media burguesía los segundos. Las dos formaciones dinásticas atraviesan una importante crisis, en tanto han sido las encargadas de llevar a término esa reestructuración de la dominación capitalista que ha trastocado *el statu quo* vigente desde los setenta, siendo la base social de los social-liberales (precisamente los que conectaban con la aristocracia obrera e indirectamente con las burguesías nacionales periféricas) el que se ha desquebrajado, en detrimento de Podemos. La “pasokización”, siguiendo la estela de lo que ha ocurrido en Grecia con el contenedor turnista de las expectativas *progresistas* de las *clases medias*, es la espada de Damocles que pende sobre la cabeza de un PSOE a la deriva. Mientras, los conservadores achican aguas por la derecha invocando al espíritu de

Aznar, si bien su mayor peligro procede del *extremo centro*. Ante este panorama, la Gran Coalición toma forma, a pesar incluso de los peligros que representa para la continuidad como tal de uno de los cónyuges, y se evidencia con el reflote del “pacto anti-terrorista” firmado en febrero en Moncloa por Rajoy y Sánchez, evocando los buenos tiempos en que el simple cerrojo bipartito valía para todo. Una estrategia, la de los *pactos de Estado* entre PP-PSOE, que no puede más que reforzar a los actores ajenos a las viejas alianzas de gobernabilidad, empezando por el partido de Pablo Iglesias y *cía.*, pues ya no se adecuan a los intereses globales de las clases reaccionarias en el Estado español: si el “anti-terrorismo” hasta hace poco fijaba una posición determinada sobre el derecho a la autodeterminación del pueblo vasco, en donde coincidían todos los hacedores del pacto constitucional, ahora se establece sobre el abstracto peligro del yihadismo internacional.



Podemos debe también comprenderse dentro de la miriada de organizaciones y estamentos que han venido representando a las distintas fracciones de **la aristocracia obrera** desde la Transición y que, *a priori*, podrían haber sido el receptáculo *natural* del descontento social. Sobre las centrales sindicales mayoritarias poco puede decirse. Puntos del sistema al gozar de la patente de corso para el tráfico de esclavos asalariados, en los últimos tiempos las huelgas generales que han convocado, más que contra gobiernos o patronal, tenían por objeto ahogar la reavivación del movimiento asociativo no integrado en el Estado. E incluso ya de rodillas, dócilmente se han prestado a rubricar un pacto de “urgencia social” con el gobierno de Rajoy, como ofrenda a esa previsible *Grosse Koalition* ibérica que levanta la libido en los cuarteles del capital financiero europeo. Por su parte, IU-PCE, el eterno actor secundario en el circo de la democracia, ha validado su composición a base de burócratas autosatisfechos, ineptos hasta para desarrollar una política oportunista si esta pone en peligro sus ya establecidas redes clientelares, que las tiene y muchas, entretrejidas desde esa posición

subsidiaria para con el PSOE y el nacionalismo periférico. Respecto a las tradicionales fuerzas *alternativas*, aisladas en el superpoblado islote del “anti-capitalismo”, su concurrir es una versión reducida de todos los anteriores. Porque sindicatos pequeño-burgueses y partidos obreros, atados a una u otra corriente histórico-política, han seguido una línea *resistencia* que a las primeras de cambio ha mostrado su putrefacción: mientras una importante parte de las masas ha transitado del estallido político contra las instituciones existentes (mayo de 2011) a su lento encauzamiento político-institucional (mayo de 2014), el muy variopinto sindicalismo *de clase y combativo* (entre cuyos imprecisos precursores están nuestros revisionistas) no ha pasado del reclamo *por una huelga general*, convocada por los usufructuarios de las *tarjetas opacas*, que es sobre los que ha recaído la “iniciativa” política en lo que a la defensa de los intereses inmediatos de las clases subalternas se refiere durante las últimas décadas, con el consentimiento *crítico* y *vigilante* del tan fantástico como fanático movimiento revisionista.

El partido de los Iglesias y Monedero encuentra sus bases ideológico-políticas entre los rescoldos de toda esta amalgama que se etiqueta corrientemente como izquierda (las cunas de sus fundadores han sido organizaciones plenamente integradas en el régimen, IU-PCE, o muy perezosamente desprendidas del mismo, Izquierda Anticapitalista). Sin embargo, Podemos ha aparecido en la medida que ha logrado presentarse como fuerza *outsider* no sólo respecto de las dinámicas que ahogan a los principales gestores del régimen, sino también, y en un nivel primario, respecto de ciertas pre-configuraciones del reformismo parlamentario y extraparlamentario, lo que se significa en la traslación del conflicto “derecha-izquierda” al no menos ocioso “casta-ciudadanía” o “élites-pueblo”. El descaro oportunista de Podemos no reside en los ejes de su programa de acción, que son compartidos por todo el arco del reformismo con independencia de la *radicalidad* de su tono (incluidos los revisionistas, representantes *radicales* de la aristocracia obrera); sino en que han comprendido que entre la reforma ataviada con los ropajes de la revolución y la reforma misma, las grandes masas adocenadamente educadas en el respeto a la legalidad y unidas en la mediocridad y la apatía que irradian las metrópolis imperialistas en tiempos de paz social (en lo que sin duda ha colaborado el revisionismo que vio en el resabiado ciudadano republicano y el viejo sindicalista de cuello duro a sus prohombres del futuro) se desembarazan de lo que consideran evocaciones innecesarias para proteger sus “derechos” y eligen la tranquilidad y el sosiego de la reforma en su desvergonzada desnudez.

Precisamente es la hegemonía social existente la que ha de tenerse en cuenta para comprender otra de esas particularidades transversales, y fundamentales,

en la construcción de Podemos. Nos encontramos en un contexto en que son los distintos movimientos e ideologías que se sostienen sobre las contradicciones interburguesas los únicos con capacidad real para incidir en la sociedad, estando la vanguardia comunista desarmada y desprovista de las mediaciones ideológicas, políticas y militares para incidir revolucionariamente entre las grandes masas de la clase obrera. Como ya hemos comentado en el anterior epígrafe, esto se debe a la derrota política, cultural e ideológica del comunismo, que nosotros caracterizamos como cierre de un período histórico concreto de la Revolución Proletaria Mundial (el Ciclo de Octubre), en que el comunismo ha quedado desterrado como horizonte que ilumine las expectativas de la clase proletaria, y que incluso entre los reductos de la vanguardia de la clase obrera que aún lo sostienen como bandera, excluyendo al ala revolucionaria del movimiento, se ha visto reducido de cosmovisión proletaria a una especie de recetario alegórico para las luchas inmediatas de los oprimidos. Quizás la muestra más evidente del descalabro, que aunque sea de carácter temporal comprende elementos de una profundidad trascendental, sea ver a autodenominados “marxista-leninistas” enfundarse en banderas soviéticas para defender como propios los *Estados de bienestar* surgidos **contra** la revolución el pasado siglo. Sin duda, la mejor muestra práctica de la inutilidad que reviste el querer usar los viejos resortes para articular de forma inmediata al comunismo como movimiento político de masas, pues precisamente hoy tal plan sólo trae consigo la liquidación del comunismo (en programas de “mínimos”, mediante la postración ante el movimiento económico-político de la clase, etc.), por más que la pauperización de las capas proletarias se agudice ante la ofensiva del gran capital. De hecho, toda esta situación nos ha de poner en guardia, pues si hay algo que se mantiene a la orden del día es el plan de reconstitución del comunismo sobre el desarrollo del Balance del Ciclo de Octubre.

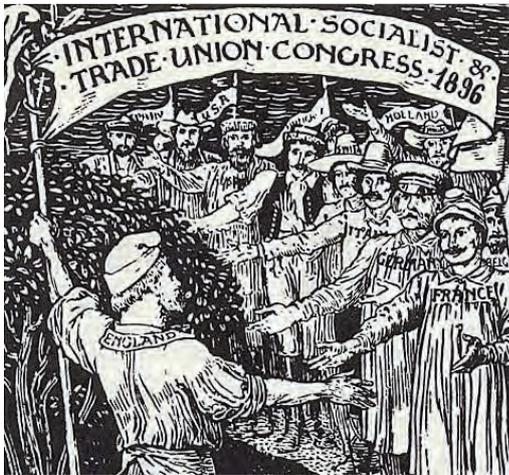


Volviendo sobre los dominios de nuestra época, estos se encuentran regentados por la cosmovisión de los derechos del burgués imperialista que encumbra a las sedes bursátiles y las instituciones parlamentarias

como modelo universal, y eleva a Occidente como guardián espiritual y gendarme de la *humanidad*. Bajo la égida de esta ideología dominante (por cierto, que el único “anticapitalismo” de masas que asoma con fuerza en Europa es el de corte *romántico*, desde el nacionalismo fascista al islamismo político), ninguna clase en movimiento cuestiona las relaciones entre opresores y oprimidos, a lo sumo, se replantea la relación entre sí de los distintos escalafones en los que se escinden jerárquicamente los opresores: la burguesía monopolista y la aristocracia obrera a nivel estatal, el capital financiero alemán y el del sur de Europa a nivel internacional. Sobre estas dos patas, que se solapan entre sí, se han constituido esencialmente los movimientos de resistencia en el Estado español durante los últimos años (*no a los recortes, no a la Troika*, etc.). Y Podemos es, en este sentido, una secreción de su tiempo: las instituciones democrático-burguesas de tipo *nacional* son su dogma de fe, que pretende purificar en su lucha contra las trampas que se hace a sí misma la burguesía patria; y la alianza europea, con el intocable Banco Central a la cabeza, es su comunidad de destino, previa auditoría de las deudas de juego.

Ordenadas programáticamente por Podemos, estas problemáticas toman forma a través de la *directiva* promocionada por el ex-fiscal Villarejo o el *New Deal para la gente* de Navarro, ex asesor económico de Zapatero. Expresadas por el televisivo Pablo Iglesias, se traducen en arengas a la masa *ciudadana* para redimir a la España mancillada por los “mercados *apátridas* que le roban su soberanía” y por la “indecencia de una *casta* que le ha robado la dignidad”. Los jefes de Podemos juegan a corriente del mundo existente. Han salido a la palestra desde las mismas entrañas de la clase dominante (de la Universidad, del Banco de España, de los Tribunales...), como organizadores de reserva de la burguesía, cuando las estructuras que eran funcionales a los intereses de la aristocracia obrera se desmoronan. Aunque su aparición desplace a las viejas formas (a IU-PCE o al PSOE, e incluso a los sindicatos de Toxo y cía.), su motivación es la de reavivar su contenido de clase, reconduciendo hacia las instituciones a esas masas proletarizadas que habían sido *echadas a perder* por los viejos representantes (pues el efecto Podemos se hace notar electoralmente como freno a la abstención y repunte de la participación entre las masas populares). Podemos no pone en cuestión el entramado social que sostiene a la burguesía monopolista en España y en Europa. Ni siquiera en un aspecto formal, ya que, cohibidos por la estadística o dominados por su pasión *de Estado*, pretenden hacer a las masas tragar con todas las ruedas de molino que el “sentido común” dominante impone, desde el anticomunismo más mezquino y falaz (ya saben que para los cívicos gerentes de Podemos la lideresa

Esperanza Aguirre es una *bolchevique*, Wall Street el *Soviet Supremo* de las finanzas y Antonio Gramsci una *víctima del estalinismo*); a la fe ciega en las fuerzas de seguridad, la *incorruptible* e intocable columna vertebral de la democracia burguesa. Como estos mismos trasnochados demócratas dicen, Podemos es una respuesta a la ruptura del pacto constitucional *por arriba*. Y es que, aunque en términos electorales Podemos logró conquistar la iniciativa, en términos estructurales es el capitalismo financiero el que se encuentra a la ofensiva, pues derribado temporalmente el auténtico dique real a la barbarie del imperialismo, la revolución proletaria, es éste el que marca el compás para que sus clases subalternas, con sus *nuevos hombres* a la cabeza, bailen a su son. Lo único que queda por saber es hasta dónde está dispuesto a ceder el capital financiero, en tanto debe procurarse cierta estabilidad en la retaguardia para continuar con garantías el establecimiento de la *pax romana* entre los “incivilizados” pueblos del mundo. Lo que sí sabemos por el momento es que los últimos fantoches que la política nacional ha levantado, y que dicen ser lo más nuevo que ha parido la *ciencia política*, se han visto obligados a desempolvar los viejos y grisáceos recetarios de la reforma y la *regeneración* para hacer del sistema imperialista mundial el nuevo *paraíso* en la tierra.



Socialdemocracia ayer y hoy

De entre esos polvos levantados por lo que representan Podemos o Syriza, ha resurgido el espectro de la vieja socialdemocracia. Y como sucede con la historia cuando esta se repite, si antaño aconteció una auténtica tragedia, hoy sufrimos una aburrida y soporífera farsa, que en el Estado español vuelve a tener por protagonista a un Pablo Iglesias. Pero eso resulta ahora secundario. Hace ahora un siglo, lo que se dilucidaba en el movimiento obrero tenía que ver con la encrucijada histórica frente a la que se hallaba, ante la maduración del proletariado como clase revolucionaria.

La política de *Unión Sagrada*, explicitada por los socialdemócratas en su apoyo indiscriminado a la

carnicería imperialista del 14 (exceptuando al ala revolucionaria que reconstituiría el movimiento proletario internacional fundando la Komintern: bolcheviques, espartaquistas...), evidenció la imposibilidad, en términos históricos, de utilizar revolucionariamente los mecanismos generados para la reforma social. En las décadas anteriores a su bancarrota, que coincide con su máximo apogeo, la II Internacional albergó en su seno importantes debates que señalan ese desgaste general de los viejos métodos en el movimiento obrero. **Eduard Bernstein** reconoció la tesis del derrumbe capitalista como una ensoñación del decimonónico e inexperto movimiento proletario. Se remitió taimadamente a Engels para sustanciar sus planteamientos contra la insurrección, que identificaba como blanquismo pero que potenciaba como único instrumento posible con que el proletariado podría organizar su violencia revolucionaria. Sin embargo, en vez de replantear la lucha de clases desde los avances de la experiencia política del proletariado (Comuna de París...), la reordenó en términos burgueses, haciendo de las reformas el *leitmotiv* de la lucha proletaria, significándose contra la violencia revolucionaria, eludiendo el carácter de clase del Estado y patrocinando la disolución del partido obrero, en tanto las reformas no necesitan de organizaciones específicamente proletarias para su gesta. **Karl Kautsky** se opuso al desafío bernsteiniano, que socavaba aspectos principales del marxismo, como la necesidad de la organización del proletariado, el carácter de clase del Estado, la revolución como proceso violento para destruir el Estado burgués... En definitiva: la necesidad objetiva de la revolución socialista. Sin embargo, reveló que su advenimiento sería progresivo y a causa de la comunión entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la conquista del Estado por parte de la clase obrera organizada como partido de reformas. El proyecto de Bernstein negaba la revolución como necesidad para el socialismo; Kautsky la defendía, pero en última instancia, planteaba los mismos mecanismos de acción que su adversario, por lo que también acababa abjurando de la revolución (explicitando su apostasía primero en el apoyo a los créditos de guerra y luego en el ataque a la dictadura del proletariado). La vieja socialdemocracia se encontraba encerrada en una disyuntiva falsa y sólo su ala izquierda vislumbraba lo errático de la misma. **Luxemburgo** o **Liebknecht** en el SPD se verían forzados una y otra vez a levantar la bandera de la revolución y de los *communards*, mas fueron los bolcheviques los que replantearon el problema de la organización proletaria y la conquista del poder en una escala superior: con la tesis leninista del partido obrero de nuevo tipo y con la reavivación de la original posición marxista respecto del Estado, restituida por **Lenin**, y consolidada por la experiencia de los soviets en las revoluciones rusas, para escapar del laberinto

socialdemócrata. Los bolcheviques inauguraron el Primer Ciclo de la RPM al dotar de forma y contenido al marxismo, tras realizar un balance sobre la experiencia revolucionaria hasta el momento, en las condiciones de la Rusia zarista y del joven pero curtido movimiento obrero ruso, lo que les permitió fusionar socialismo y movimiento obrero. Constituido entonces el comunismo en praxis revolucionaria, los pormenores teóricos y políticos de la pequeña burguesía y la aristocracia obrera se tornaron en antiguallas, aun permaneciendo de distinto modo, y de hecho se reprodujeron con cada vez más crudeza, a lo largo del Ciclo revolucionario.

En la actualidad, de nuevo la vanguardia dominante está atrapada en unos parámetros que no responden a las necesidades de la revolución socialista. Si el revisionismo, hegemónico en lo que al “comunismo” existente se refiere, apenas cubre la concreción de su línea política y objetivos con abstractas referencias a la revolución, los dignatarios de Podemos (en tanto fieles representantes de esa izquierda pequeño burguesa que tontea con el “socialismo”) descifran sus propósitos como una conquista del poder mediante la guerra de posiciones (Errejón *dixit*, parafraseando a los traductores de Gramsci) dentro del aparato del Estado capitalista, plebiscitada por los movimientos populares a modo de “contra-poder”.

Lo que los unos callan por vergüenza o simple parquedad mental y los otros exhiben espectacularmente por la suntuosidad y pedanterías propias del academicismo es, alejándose del ruido, lo mismo, pues exteriorizan idénticos intereses de clase. Cuando los revisionistas se presentan con sus programas de mínimos para el “socialismo” o saludan dictámenes judiciales como conquistas del “poder popular”, además de hacer el ridículo, ponen de largo la tesis kautskiana de la *Ermattungstrategie* (estrategia del desgaste) que tiene tan esperanzados a los oportunistas de Podemos y que siempre combatió, primero a nivel ideológico y luego con las armas, Rosa Luxemburgo. Tal tesis, en consonancia con la visión que Kautsky tenía del socialismo, propone el encastillamiento en el Estado burgués para debilitar desde éste a la *casta* o a la *oligarquía*, según si hablan Iglesias y Errejón o si lo hace algún revisionista. Sin embargo, al igual que sucedía con Bernstein y Kautsky, las diferencias acaban siendo de matiz: el Pablo Iglesias del siglo XXI renuncia a la organización política en términos de clase y reniega sin tapujos de la revolución, mientras que los revisionistas defienden la organización de resistencia de la clase obrera y la revolución, pero ven la segunda como el resultado de la acumulación progresiva de fuerzas en base a la primera. Iglesias y su séquito, alumnos prácticos de lo que hoy es una parte de la academia burguesa, se jactan con soberbia de tratar a Marx como a un perro

muerto. Los fanáticos revisionistas, teoricistas de una práctica caduca, lo intentan levantar, mas su “marxismo” heredado tiene la fuerza de un ídolo de barro.



Ahondando un poco más en esta problemática, se podría decir que existe en el crucial asunto del poder cierta pulsión, cierto fetichismo por el acto por parte tanto de la social-democracia como del revisionismo. Al fin y al cabo, ambos movimientos comparten una sola visión en cuanto a los medios a utilizar para llevar a cabo sus propósitos: se trata de asaltar (unos a través de las elecciones; los otros, insurrección mediante, según sus postulados teóricos) una estructura creada por y para la burguesía, en la ingenua creencia de que la forma (dominación de la burguesía en las estructuras estatales) se puede separar mecánicamente de su fondo (el Estado en su conjunto y las relaciones que protege y ampara). Sin embargo, una comprensión holística de ambos aspectos ya nos revela que forma y fondo están indisolublemente unidos. Es decir: el Estado no supone una institución que ha sido pervertida, algo que para los social-demócratas y revisionistas debe ser rescatado de las garras de los oligarcas: muy al contrario, el Estado supone la solidificación del modo de actuar burgués, de su ideología y su marco de actuación. Aunque en última instancia, es cierto, el Estado supone y encuentra su sostén en cuerpos de hombres armados, en demasiadas ocasiones se ha hecho pasar esa afirmación como una explicación cabal del Estado, cuando no pasa de ser una simplificación de un problema mucho más complejo. Las propias instituciones estatales reproducen las relaciones sociales de producción capitalistas, al tiempo que suponen su sostén; solo así se pueden entender de manera cabal los distintos estamentos estatales. El propio partido bolchevique acabó cayendo en la misma pernicioso dualización entre forma y fondo, haciendo uso tanto de instancias políticas propias del régimen anterior como de los propios cuerpos de hombres armados zaristas. Ni qué decir tiene, obviamente, que dicha visión del Estado como ente abstracto y situado simplemente por encima de la sociedad, y por lo tanto susceptible de ver variado su

rumbo definitorio únicamente modificando la clase que se encuentre al timón, forma parte del paradigma del Ciclo de Octubre[8].

Un criterio respecto del Estado que cierra el círculo de la comprensión burguesa-sindicalista de la realidad, que convierte en solidarios a reformadores y revisionistas, pues conciben el Estado existente como el molde para cumplir sus objetivos históricos y al movimiento espontáneo tal y como se presenta como el cincel para darle forma. Pero estas proposiciones no hacen sino alejar aún más a estos elementos de la causa por la liberación de la humanidad, unificándolos con la barbarie capitalista.



Breves apuntes sobre la defensiva estratégica: creando lo grande a través de lo pequeño

En contraposición a esta visión estática que hemos delineado, no fluida respecto al tiempo y la manera en la que podemos tratar la problemática del poder y la revolución, la estrategia del proletariado revolucionario, alejada de dichas ilusiones en cuanto a la caracterización del Estado y la postergación de la transformación social hasta el completo engullimiento de sus estructuras, no podría presentar mayores diferencias. La primera de ellas consiste en ir abriendo paso a nuevas relaciones sociales nada más comenzar la primera fase de la etapa militar de la revolución. Una vez reconstituido el Partido Comunista[9], momento en el que la política comienza a desplegarse principalmente en su aspecto militar a través de la Guerra Popular, se da comienzo a la etapa denominada *defensiva estratégica*. En muchas ocasiones se ha hablado de las implicaciones de índole militar a la hora de tratar esta primera etapa, pero esta encierra mucho más de lo que *a priori* pudiera parecer. Dado que la revolución es aquí proceso, y no acto, la creación del Nuevo Poder no se posterga al momento de triunfo

total, sino que se va desplegando según el Partido Comunista va creando zonas liberadas. En ellas, el Partido no solo conquista su hegemonía política, sino que va creando espacios en los que se va desplegando la naciente dictadura del proletariado. Dicha dictadura no supone únicamente que el proletariado comience a organizarse como clase dominante, sino que presenta consideraciones de toda índole social, cultural y económica que, por sí mismas, pueden hacer avanzar a la revolución (en parte, no lo olvidemos, por su propio componente cognitivo, de descubrimiento de las leyes que rigen la sociedad a través de su transformación); por tanto, podemos decir que esa incipiente dictadura de la clase explotada supone la apertura del *campo de lo posible*, donde las propias masas comienzan a tomar las riendas de su propia existencia. Esa toma de riendas constituye la transformación de sus relaciones cotidianas, implementando transformaciones efectivas en su propio universo. En ese sentido, estamos hablando aquí, no ya de una pretendida “conquista” del poder, sino de su propia **creación** en contraposición al ya existente, al burgués. Esa conquista de una maquinaria estatal previa le valió a la burguesía en su momento para afianzar y desarrollar las relaciones de explotación que esta avala, pero la propia naturaleza de la empresa revolucionaria del proletariado, cuyo objetivo final es la emancipación de la humanidad al completo, hace del todo imposible que esta se pueda realizar a través de esa toma, esa conquista, ese simple relevo de mando en una sala de máquinas creada para facilitar y reproducir la explotación de trabajo ajeno en todos sus aspectos.

Evidentemente, la creación de espacios liberados donde desarrollar el Nuevo Poder, aunque sea de manera temporal[10], supone al mismo tiempo la socavación del poder y la maquinaria estatal de la burguesía, su propia destrucción, que no se comenzará a advertir hasta que se transite por los senderos del equilibrio y la ofensiva estratégicas, pero basten estas breves pinceladas como muestra de las similares actitudes de la social-democracia y el revisionismo; ambos se muestran fetichistas del acto impotente, saltadores de fe respecto a la neutralidad del Estado en sus aspectos más profundos, en contraposición a la política revolucionaria del proletariado, artífice del proceso de transformación de la sociedad. Bajo estas coordenadas, nadie puede sentirse defraudado[11] respecto a lo que ocurre y ocurrirá en Grecia bajo la tutela social-demócrata o, evidentemente, lo que podamos experimentar en el Estado español: al fin y al cabo, *de te fabula narratur*.

Actualmente fuerzas ajenas a la revolución hegemonizan los movimientos que se proclaman defensores del proletariado. Y como antaño, la vanguardia revolucionaria tiene la obligación de combatirlos demostrando que las contradicciones, explícitas o amagadas, entre el oportunismo de la

social-democracia rediviva y el revisionismo moderno, social-demócrata por su contenido, son baladías. Pues todo lo que no vaya en la dirección de la reconstitución del comunismo no pasará de ser lo que hoy ya advertimos de manera cada vez más clara: simples cantos de sirena. Estos pueden mostrarse sencillos y bucólicos, vacíos de complicaciones profundas a la vez que repletos de candorosos deseos, pero la historia ya nos ha legado una poderosa lección al respecto: los caminos al infierno están empedrados de buenas intenciones. De hecho, si algo nos enseña la historia de la vieja social-democracia, es que los estrategas del desgaste de la oligarquía están más cercanos a los *Freikorps* y el fascismo que al proletariado. Por el momento los criminales pueden dormir tranquilos, pues los social-demócratas y acólitos de hoy, como los de ayer, si despiden un aroma, es el de los asesinos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

Movimiento Anti-Imperialista Abril de 2015



Notas:

[1] Rebeldes, por cierto, que han estado gratamente acompañados por parte de lo más granado del revisionismo del Estado español: ciertos individuos han llegado a desplazarse para combatir contra el Estado ucraniano, en lo que denominan una “lucha por la justicia social”. Esto ya de por sí bastaría como sustento de una crítica cabal, pues no dejan de posicionarse del lado de uno de los dos imperialismos en pugna. Pero es que el asunto es incluso peor de lo que parecía en un primer momento: estos luchadores en pos de “justicia social”, estos adalides de la “lucha anti-imperialista”, han reconocido que los apoyos que recibieron los prorrusos fueron “La mitad comunistas y la otra mitad nazis”. ¡Véase a qué lleva su endiosadísima práctica! ¡Véase en qué consiste ese “antifascismo activo” que tantos y tantas pregonan, mientras muestran su henchido pecho, orgullosos y orgullosas de ser un “ejemplo para las masas”! Sería para reír, si no fuese verdaderamente para llorar. Esto no obsta, evidentemente, para que denunciemos, como hemos hecho siempre, las tropelías que cada día comete el Estado español, quien habla de que se ha “atentado contra intereses españoles” y acusa a quienes

El Martinete, n.º 27. Abril 2015

fueron a tierras eslavas de “participación en delitos de asesinato y tenencia de armas y explosivos”... ¡en un conflicto bélico internacional!

[2] Particularmente patético es el intento de argumentación teórica que ha realizado el conocido como “Camarada Arenas”, en un texto en el que se llega hasta el absurdo de proclamar acerca de Putin lo siguiente: “Un nacionalista cuyo origen es la clase obrera, que, según la misma prensa burguesa “tiene el corazón dividido entre la Rusia imperial y la extinta URSS”; que metió en la cárcel a los oligarcas mafiosos, próceres del capitalismo salvaje de los primeros años, tras hundirse la URSS; que llamaba “traidores” a quienes desertaron en la época soviética; que puso fin a la miseria generalizada en que estaba sumido el país cuando alcanzó la presidencia a primeros del año 2000; que en 2005 declaró ante el Parlamento ruso que la desaparición de la Unión Soviética fue “la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX”... En fin, no parece que este nacionalista pueda estar muy sujeto a los intereses oligárquicos ni pueda tener muy arraigadas las ideas y los sentimientos burgueses.”

[3] “Una oligarquía financiera que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción: he aquí la manifestación de más relieve del monopolio.” V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pág. 159. Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1975.

[4] La pérdida de Debaltsevo para el Estado ucraniano supone, evidentemente, un duro golpe; no solo por su condición estratégica, pues dicha localidad constituye un nexo ferroviario entre Donetsk y Lugansk de primera categoría, sino por la pérdida de hombres (se habla de varios miles) y el lógico desmoronamiento a nivel moral de las tropas. Por otra parte, y dada la dureza de los últimos combates, se antoja bastante posible un cese de las actividades militares hasta una eventual campaña de primavera, donde cada bando procurará rearmarse. Después, es de esperar que los prorrusos concentren sus ataques sobre Mariupol, localidad también estratégica.

[5] Utilizamos estas categorías analíticas en ausencia del necesario análisis de clase profundo que se ha de realizar sobre las sociedades integrantes de este escenario geopolítico.

[6] Aquí no podemos dejar de consignar que, dentro de esta estrategia de viraje hacia el Pacífico, EE. UU. está procurando dejar ciertos cabos amarrados, o por lo menos no tan sueltos como hasta ahora, para obrar con mayor libertad en el próximo escenario conflictivo. Es en ese contexto en el que podemos observar ese deshielo que ha dado comienzo en relación a uno de los restos procedentes del Ciclo de Octubre que permanecen aún vivos, ese auténtico vestigio revisionista llamado Cuba. En ese mismo contexto podemos hacer mención, por qué no, a los últimos movimientos que están llevando a cabo numerosas potencias de la OTAN en cuanto al reconocimiento de un posible Estado palestino. Esto no quiere decir que no existan tendencias contradictorias en el seno de cada uno de los actores respecto a la conveniencia de semejantes movimientos, pero hoy por hoy es evidente cuál es la tendencia imperante.

[7] Valgan como ejemplos fidedignos de hasta qué punto Syriza ha dejado de lado su programa electoral el aplazamiento *sine die* del aumento del salario mínimo o del

programa anti-desahucios. Respecto a este último, la social-democracia griega afirma que se aplaza para evitar un “efecto adverso en el balance de los bancos [sic!]”. Semejantes pasos atrás, eso sí, no se realizan al amparo de la odiada *Troika*, sino que ahora se emplea el precioso eufemismo de *las instituciones*. Las masas griegas respiran aliviadas, ¡qué duda cabe!, ahora que no se verán obligadas a pronunciar el nombre del moderno *Jehová*...

[8] Aunque es necesario reseñar aquí que el propio Marx, tras la experiencia de la Comuna de París, ya hizo ver la necesidad de no conformarse con tomar esa maquinaria estatal, sino que el objetivo era destruirla (ese sempiterno “zerbrechen” que siempre se menta).

[9] Evidentemente, nada más lejos de nuestra intención que situar murallas chinas entre la reconstitución del PC y el comienzo de la Guerra Popular. Tal y como mostrábamos en *El Debate Cautivo*, “el paso a la ofensiva política de la vanguardia se plasma como paso a la defensiva militar de las masas. La disposición política de ofensiva estratégica de la vanguardia se traduce en disposición militar de defensiva estratégica de las masas. En esto consiste el planteamiento científico de la dialéctica entre política y guerra en la lucha de clases del proletariado. Aquí se sitúa el nudo gordiano de

la estrategia revolucionaria del proletariado para la conquista del poder, la clave que da continuidad, unidad y coherencia al plan de la revolución proletaria.”

[10] Este pequeño matiz de temporalidad que introducimos aquí es importante: una zona, una barriada, etc., puede estar liberada de manera intermitente, cual espectro revolucionario que va y viene dependiendo de cómo el enemigo actúe (la iniciativa durante la defensiva estratégica pertenecerá la mayor parte de las veces a la burguesía, evidentemente), y ello bastaría para ir implementando medidas y transformando la realidad efectiva de las masas bajo la dirección del Partido Comunista.

[11] No podemos dejar de realizar una breve reseña a una de las cuestiones que más parece haber defraudado a gran parte de los social-demócratas y revisionistas de distinto pelaje: la ausencia de mujeres en el gabinete de ministros de Syriza. Para todos estos señores, tan “respetuosos” con la condición de la mujer, tan prestos a situarse contra el patriarcado en todas sus formas, ¡el que haya más mujeres al frente del capital es un síntoma de progreso! ¡Ese es su feminismo: el que pretende que haya una parte alícuota de explotadoras respecto a los varones! ¿Y luego quieren de veras que los tomemos en serio?



ANTE EL 9-N EN CATALUÑA

UN POSICIONAMIENTO POR LA UNIDAD INTERNACIONALISTA DEL PROLETARIADO

“Y cuanto más decrecía el movimiento de liberación, más esplendorosamente florecía el nacionalismo.”

STALIN

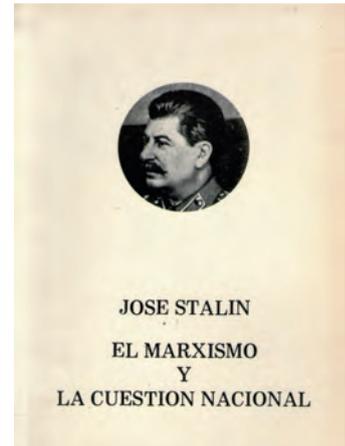
“Se nos dice que Rusia se disgregará en repúblicas aisladas, pero no debemos temerlo. Por muchas que sean las repúblicas independientes no tendremos miedo a eso. Lo importante para nosotros no es por dónde pasa la frontera del Estado, sino mantener la alianza de los trabajadores de todas las naciones para luchar contra la burguesía, cualquiera que sea la nación a que pertenezca.”

LENIN

“En Rusia y en el Cáucaso han trabajado juntos los socialdemócratas georgianos + los armenios + los tártaros + los rusos, en una organización socialdemócrata única, más de diez años. Esto no es una frase, sino la solución proletaria del problema nacional. La única solución.”

LENIN

Desde el Movimiento Anti-Imperialista (MAI), conscientes de nuestro compromiso como destacamento de vanguardia del proletariado y de las responsabilidades que esta posición exige, consideramos necesario posicionarnos ante un acontecimiento de tan profundo calado como es la convocatoria el día 9 de noviembre de un referéndum sobre la autodeterminación de Cataluña. A pesar de toda la incertidumbre que pende sobre su realización efectiva debido a la reaccionaria y chovinista cerrazón del Gobierno español y los titubeos de la *Generalitat*, dado el carácter de este evento, las circunstancias en las que se va a celebrar y la trascendencia de la cuestión tratada, hemos decidido hacer una excepción en nuestra tradicional postura de boicot ante los llamamientos de participación por parte de la burguesía, en cualquiera de sus fracciones. Por ello, convocamos al proletariado y al pueblo de Cataluña a la participación, apoyamos el SÍ-SÍ y llamamos al proletariado y al pueblo del conjunto del Estado español a que respalden el resultado que salga de las urnas ese día, que previsiblemente se situará por la independencia nacional. A continuación, pasamos a detallar las razones de nuestro posicionamiento.



El comunismo ante el problema nacional

Sin embargo, con anterioridad a la exposición de las razones concretas de nuestro posicionamiento, es necesario referirse brevemente a las premisas teóricas de la posición del marxismo ante el problema nacional de cara a la plena inteligibilidad de nuestra postura.

Como se sabe, las bases marxistas de tratamiento de la cuestión nacional terminaron de asentarse y sistematizarse en los debates en el seno de la socialdemocracia, especialmente la rusa, en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, siendo los bolcheviques los que más contribuyeron a esta labor. Toda la polémica giró en torno a la cuestión del derecho de autodeterminación de las naciones y su inclusión en el programa del Partido, con las consiguientes implicaciones respecto a la forma en que debía organizarse el proletariado. Fundamentalmente, los bolcheviques se enfrentaron a dos desviaciones, la *austriaca* derechista y la *polaca* “izquierdista”. La primera absolutizaba la nación y encomendaba al proletariado tareas positivas de construcción nacional, mientras que la segunda la negaba mecánicamente de forma doctrinaria, desarmando al proletariado para enfrentarse con la cuestión nacional. Hay que decir que evidentemente, dada la naturaleza del marxismo, el conocimiento de estas dos desviaciones no tiene un carácter conmemorativo, reducido a la mera erudición, sino que la experiencia demuestra que, adaptadas a cada época y lugar, se nos aparecen recurrentemente como los dos

principales peligros que amenazan el establecimiento de una justa línea proletaria en esta cuestión.

A través de esta lucha ideológica se asentó el carácter del problema nacional y la consecuente perspectiva comunista del mismo, así como la dialéctica que el proletariado revolucionario debe manejar a la hora de encararlo. De este modo, se estableció que la **cuestión nacional es un problema de carácter fundamentalmente democrático-burgués**, resoluble en las condiciones del capitalismo con la aplicación consecuente de los principios democráticos. Para ello fue necesario combatir la desviación *polaca* que sustituía el problema de la opresión e independencia políticas de las naciones por la independencia económica bajo el imperialismo (“economismo imperialista”). Asimismo, frente a la desviación *austríaca* derechista que prescribía el desarrollo de las naciones por y durante el socialismo hasta imaginarse una sociedad sin clases en la que pervive esta forma de agrupamiento humano, se consagró el **horizonte del Comunismo como disolución y fusión de las naciones**, como liberación de la Humanidad de todas las trabas y estrecheces sociales culminado en su **unificación**. Es decir, el marxismo se pronuncia a favor de la asimilación nacional, tendencia objetiva del progreso histórico, siempre y cuando sea dada sin ningún tipo de privilegio ni coacción.

De la misma manera, en esta discusión quedó asentada la dialéctica del tratamiento proletario revolucionario del problema nacional. En síntesis, esta dialéctica tiene en cuenta los dos aspectos del problema nacional desde el punto de vista de la revolución proletaria. Por un lado, el **democrático** (la efectiva y real división del proletariado, la **forma** inmediata que éste adopta, en compartimentos nacionales, fruto del desarrollo y desenvolvimiento histórico del capitalismo y que es la base de partida que debe considerar toda posición materialista), que se concreta en la firme propugnación del **derecho a la autodeterminación** y la igualdad nacionales. Y, por otro, el **revolucionario-socialista** (el **contenido** esencial del proletariado como clase universal con intereses fundamentalmente idénticos en todo el mundo), expresado en la defensa de la **unidad internacional de su lucha de clase**. Estos dos principios, **democracia e internacionalismo** revolucionario, se articulan dialécticamente de tal manera que permiten el despliegue de la esencia universalista del proletariado desde las

condiciones materiales inmediatas de fragmentación nacional que impone el capitalismo.

Esta dialéctica se expresa en que la democracia, la inequívoca defensa de la autodeterminación e igualdad de todas las naciones, permite atenuar, limar y desactivar los roces y desconfianzas nacionales, allanando y permitiendo la implementación práctica de la unidad internacionalista esencial del proletariado en su lucha revolucionaria[1]. Así es como debe entenderse la íntima relación entre la democracia y la unidad internacionalista en el problema nacional. Aunque, evidentemente hay, como en toda contradicción, una relación de mutua interpenetración, en líneas generales, la primera **es la condición**, la base (el reconocimiento de la disgregación nacional existente y su tratamiento democrático) que permite el despliegue de la segunda y su potenciación.



Ante ello, la desviación derechista (nacionalista) sólo atiende al primer aspecto, el formal, la multiplicidad de revestimientos nacionales con que el proletariado aparece en primera instancia, y busca su desarrollo como tarea “revolucionaria”. La desviación “izquierdista” (anarquizante), por su parte, niega mecánicamente la forma material inmediata y busca el despliegue de la esencia universalista del proletariado de forma abstracta, idealista, sin tener en cuenta las mediaciones dialécticas necesarias para la concreción y desenvolvimiento del internacionalismo desde la realidad impuesta del valladar nacional.

De todo ello se desprenden dos cuestiones. La primera es la obligación de apoyar todo movimiento democrático-burgués nacional en lo que tiene de progresivo como lucha general contra la opresión. La segunda, y ésta es una

cuestión cardinal de fundamental trascendencia, **el proletariado**, empezando por sus elementos más conscientes, **debe encuadrarse inmediatamente en organizaciones internacionales de clase únicas**. El espacio político que en primera instancia se establece para la lucha de clases no es algo que pueda determinarse aleatoriamente a voluntad, y aquí el marco fundamental impuesto por la realidad objetiva es, en un primer momento, el **Estado**. El es el **punto de referencia objetivo básico**, por ser el Estado burgués la determinación material de mayor peso que expresa una correlación de clases determinada y corporiza la opresión política de clase, estableciendo un contexto social característico. En este caso, las posiciones derechistas-nacionalistas suelen aferrarse a la flexibilidad del marxismo para proponer el fraccionamiento nacional del proletariado dentro de un Estado determinado. No obstante, también debemos prevenirnos del error contrario, “izquierdista”, que convierte a este Estado en un fetiche, en un elemento cosificado, inamovible e incuestionable, del que hacen derivar la unidad del proletariado. En ambos casos, el error proviene de hacer derivar las correlaciones, alineamientos y agrupaciones del proletariado de un principio extrínseco al grado de su desarrollo subjetivo-consciente y de su lucha de clase revolucionaria, factor absoluto de progreso social en nuestra época.



Por nuestra parte, defendemos que en las actuales circunstancias, el Estado español es el marco de actuación básico de todos los proletarios que sufren su yugo, que tienen la **obligación de unirse inmediatamente de la forma más estrecha posible en organizaciones internacionales de clase únicas para hacer frente a la alianza, también internacional, de la burguesía que conforma el Estado**, al menos mientras dure su unidad. De hecho, la Línea de Reconstitución (LR) tiene ya un amplio bagaje

en la lucha por la consolidación de esta posición, principalmente contra la desviación de corte derechista-nacionalista. El último episodio de esta lucha fue el debate que sostuvieron el pasado año los camaradas de Revolución o Barbarie con un tal *ReDRuM*[2]. Allí, éste, encuadrado de lleno en esta desviación derechista-nacionalista, nos criticaba y proponía un *nacionalismo proletario*, cuya tarea era la *homogeneización nacional*, además de, coherentemente con ello, proponer la fragmentación y división nacional del proletariado y entonar un salmo a la nación como virtuoso reducto de resistencia al imperialismo, en la línea de la pequeña burguesía nacionalista. Por lo que se deduce de las líneas de este texto y de nuestra identificación con el bagaje internacionalista de lucha contra el nacionalismo de la LR, nos oponemos a esas concepciones y denunciemos el carácter abiertamente reaccionario y anti-proletario de ideas como la *homogeneización nacional* y la *dictadura de la lengua*, cualquiera que sea (*ReDRuM* se refería específicamente a la catalana), como tareas “revolucionarias”.

No obstante, esta necesidad de encuadramiento internacional de los proletarios desde, en primera instancia, el marco estatal no puede nublar nuestro juicio a la hora de enfrentarnos a las circunstancias concretas de la lucha de clases y determinar las posturas a tomar desde la perspectiva de las exigencias de desarrollo revolucionario e internacionalista de nuestra clase.

En este sentido, Lenin señaló que el proletariado sólo tiene una *reivindicación negativa* en cuanto a la cuestión nacional atañe. Con ello, el revolucionario bolchevique no se refería fundamentalmente a que los comunistas se deban limitar a una propaganda general de los principios democráticos en torno a la problemática nacional, necesaria pero insuficiente, sino a que el proletariado no tiene tareas positivas de construcción nacional, no le corresponde a él sostener o apoyar las exigencias de construcción nacional práctica y de nacionalización de las masas que reclama toda burguesía nacionalista, no le atañe a él trabajar a favor de tal cultura o tal idioma, etc., sino que su tarea es oponerse a la opresión de unas características nacionales por otras y trabajar por su igualdad, como mediación necesaria para evitar el *encastillamiento* nacional, la desconfianza y el choque entre naciones, y dar continuidad al progreso histórico que apunta a su disolución y fusión.

El propio Lenin señaló que no se puede

educar a las masas desde la propaganda de los principios generales del comunismo, sino que para ello es necesaria la acción política específica de la vanguardia. En estos momentos, privados de las condiciones necesarias (el Partido Comunista) para implementar el tipo de aprendizaje más consecuente, la experimentación de las masas con el Nuevo Poder, hemos de intervenir, cuando las exigencias de la lucha de clases lo reclamen imperiosamente, como es el caso, desde un posicionamiento político concreto, que amplíe en lo posible el radio de acción de la vanguardia, aunque éste se limite aún a los sectores más avanzados de nuestra clase, con la única perspectiva de impulsar el desarrollo revolucionario del proletariado. Ése es el espíritu que anima nuestro presente posicionamiento.



Nuestra época, situación y exigencias

El fin del Ciclo de Octubre ha supuesto la derrota temporal del único programa emancipador universalista e internacionalista consecuente, con la consiguiente pérdida de referencia social de ese horizonte. Ello ha conllevado la potenciación y el auge de todas las tendencias exclusivistas que el proceso de reproducción capitalista genera, manifestándose de forma diversa en las distintas partes del globo de acuerdo con las condiciones históricas concretas de cada lugar. En la vieja Europa en general, y en el Estado español en particular, por gracia de ese bagaje histórico, esto se ha expresado como un auge de los nacionalismos de todo tipo. En el Estado español la cuestión nacional ha ocupado el centro del tapete político durante los casi cuarenta años de parlamentarismo que hemos padecido desde 1977. Precisamente, dada la docilidad con que la aristocracia obrera ha aceptado hasta la fecha los golpes recibidos,

incluyendo el previsiblemente escaso recorrido rupturista de su última apuesta, *Podemos*, el principal foco de la crisis política que vive el Estado, propiciada por el *crash* económico, ha estallado por ese flanco, retomando Cataluña su protagonismo histórico en esta cuestión.

Como no podía ser de otra manera, este ambiente general se ha reflejado en el seno de una vanguardia obrera desnortada, dominada desde hace ya mucho tiempo por el revisionismo, con el predominio en ella de concepciones nacionalistas de todo tipo. El revisionismo, inevitablemente, implica el destierro del internacionalismo, el pase y acomodamiento en el marxismo del nacionalismo y su justificación. No obstante, como señalaba Lenin, el oportunismo toma características diferentes en la nación opresora y en la oprimida. Así, en las naciones oprimidas el revisionismo ha tomado habitualmente la forma de **independentismo “comunista”**, que legitima y se somete al marco ideológico y político-organizativo que impone el movimiento nacional burgués de la nación de que se trate, teorizando e impulsando el fraccionamiento nacional del proletariado. Igualmente, se responsabiliza y asume tareas positivas de construcción nacional, tomando parte en el programa de nacionalización de masas de la burguesía nacionalista, y establece la independencia como punto estratégico y programático, sin atender a más circunstancias, siendo ésta la forma que adopta en la nación oprimida el *periodo democrático* previo *de transición* a la dictadura revolucionaria del proletariado, común a todo el revisionismo. Como decimos, la LR tiene ya un recorrido en el combate contra este tipo de revisionismo.

Por su parte, en la nación opresora este nacionalismo generalmente ha tomado la forma de desdén y minimización de la cuestión nacional, vaciando de contenido el tratamiento marxista del problema. Con motivo de la proximidad del 9-N ha arreciado la expresión de este tipo de concepciones. Veamos sumariamente un par de ejemplos.

Empecemos por Reconstrucción Comunista (RC). Aunque este grupo presenta una mezcla ecléctica en sus concepciones respecto a la cuestión nacional, sin duda por la influencia en la conformación de sus ideas de un sector minoritario de la pequeña burguesía española radicalizada (Izquierda Castellana), muy influenciada por la ideología del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) en un contexto de ausencia de

referente proletario revolucionario y ascendente entre los movimientos de resistencia del nacionalismo radical, el posicionamiento de RC acaba favoreciendo al nacionalismo de la nación opresora, a pesar de que, en supremo acto de maquillaje, se niegue incluso la existencia de ésta[3]. Efectivamente, RC ha llamado al boicot de la consulta, oponiéndose por tanto al ejercicio del derecho de autodeterminación[4]. Las razones que aducen son fundamentalmente que el movimiento nacional catalán no es revolucionario y que debilita el desarrollo del movimiento proletario. Sazonan sus argumentos con algunas citas generales de los clásicos (Stalin, Lenin y Engels), pero a continuación demuestran no haber comprendido el sentido profundo de sus concepciones, cuando dicen que “*dentro del capitalismo no hay forma posible de resolver los conflictos nacionales*”[5] y que “*sólo en el socialismo puede darse la plena independencia de las naciones*”[6].

Como se ve, ello supone caer de lleno en ese “economismo imperialista” que tanto combatió Lenin y sustituir la independencia política nacional, perfectamente posible bajo el capitalismo, con el de su independencia económica. Reinciden en ello, además, con la exigencia de *credenciales revolucionarias* al movimiento nacional catalán, introduciendo el condicionante del socialismo para reconocer la autodeterminación de las naciones y vaciando de contenido el derecho de autodeterminación como principio democrático-burgués. Así, destruyen la correcta dialéctica marxista en esta cuestión y caen de lleno en el chovinismo de gran-nación, aunque ésta se diga que no existe (a pesar de reconocer la existencia de un Estado que ha impuesto ciertas características culturales y lingüísticas específicas a otras naciones), exigiendo “condiciones especiales”, *pruebas de socialismo*, a otras naciones para poder optar a su propio Estado.

Por supuesto, el movimiento burgués nacional catalán, aunque ni proclama ni pretende la revolución social proletaria, debe esperar a que ésta se corporice para subordinarse a la misma. Ello es un ejemplo elocuente de cómo la negación a asumir el carácter de la época que vivimos, de interregno entre dos Ciclos revolucionarios, con la permanencia de esa concepción espontaneísta de la *revolución inminente* en cualquier momento, independiente del grado de desarrollo ideológico y político del proletariado, distorsiona la percepción de la situación política entre los autodenominados comunistas y

determina la imposición de exigencias que sólo pueden provocar la risa de los nacionalistas y el rechazo de los obreros que están bajo su influencia, ayudando, por tanto, a reforzar y acentuar la brecha nacional dentro de nuestra clase. En el fondo, ello es, como decimos, una muestra de ese chovinismo de gran-nación que exige que, como decía Marx, el mundo se detenga hasta que en su “nación modelo” se den las circunstancias y la madurez para la revolución socialista, aunque tampoco esté muy claro si el objetivo es ésta o una “república federal, popular y obrera *encaminada* al socialismo”[7].



Otro ejemplo de esta dinámica es el del Partido Democrático del Trabajo (PTD), del que entraron a formar parte nuestros renegados de Unión Proletaria. En su posicionamiento, en el que llaman a votar NO[8], dicen correctamente que la división de la lucha de los trabajadores “*en cualquiera de sus vertientes, incluida la división por regiones y nacionalidades*” beneficia a los explotadores. Al menos, a diferencia de RC, no reclaman la subordinación de los derechos nacionales de Cataluña a una fantasmagórica *revolución en marcha* o *inminente*, sino que, como buenos empiristas pragmáticos, tienen al menos la virtud de ofrecer algo tangible a lo que someterse, como son las centrales sindicales de “ámbito estatal (CC.OO., UGT, CGT, etc.)” en las que también están encuadrados los sindicatos catalanes. Si éste es el único panorama de “unidad obrera” que son capaces de señalar a los trabajadores catalanes, ¡más bien pareciera un argumento a favor de la independencia! ¡La unidad con las organizaciones de la filistea aristocracia obrera, duchas en firmar una capitulación tras otra, con tal de asegurar la estabilidad del Estado al que sirven, y **dividir** las luchas de resistencia en “mareas” corporativas! Además, señalan, en la línea de la infame Unificación Comunista de España, que las “*fricciones soberanistas en los*

países de la UE sólo fortalecen la hegemonía del imperialismo alemán”, lo que sólo es una media verdad, porque los estados de la Unión Europea (UE), grandes y no *regionalizados*, **ya** están dócilmente sometidos al *diktat* de Berlín! Ello por no hablar de la fábula economicista, en la línea de interpretación *progre* de la *cultura de la transición*, con que presentan la reforma del fascismo al parlamentarismo como una “victoria popular frente al franquismo”. En definitiva, la *unidad* de la que habla el PTD es la unidad con la aristocracia obrera, de la que es criada fiel, sancionada en primer término por las fronteras, erigidas sobre el privilegio y la coacción, del Estado español, cuya integridad elevan a garante de nuestra *independencia* frente al imperialismo alemán, reconociendo su renuncia a establecer otra barrera frente a éste y las tropelías del gran capital que no sea algún elemento del *statu quo* actual, ya sean los sindicatos, que, aunque marginados en los últimos tiempos, siguen ejerciendo de cogestores de la dictadura del capital, o las fronteras establecidas.



En su incapacidad de concebir otra alternativa para los oprimidos y explotados que no sean las estructuras establecidas, como podría ser tal vez la revolución proletaria, el PTD tampoco es capaz de imaginar otro horizonte con la separación de Cataluña que no sea el debilitamiento de esa *unidad de los pueblos en lo universal*, que parece ser España. Pero un escenario plausible es que esta secesión podría agravar las contradicciones internas del imperialismo europeo, entre esos planes teutones de *regionalización* y otros países que, amenazados de ésta y privados ya de independencia económica y monetaria, no podrían garantizar ya ni la integridad de sus fronteras bajo el paraguas alemán. Sin duda ello contribuiría a agravar la paralización de la UE, cosa que, sin duda, sería agradecida en lugares como Donetsk y Damasco. De todos

modos, la incapacidad del PTD para elevar un poco su mirada más allá del eurocéntrico *marco comunitario* es otra señal de su escaso compromiso con el internacionalismo proletario.

Podríamos señalar más ejemplos, como el Partido Comunista de los Pueblos de España, cuya sucursal catalana, además de realizar una oposición timorata, inconsecuente, a la consulta, llamando al voto nulo[9] (al menos la posición de RC tiene la virtud de ser frontal y sin ambigüedades), coquetea con el “economismo imperialista”, mezclando la soberanía política y la económica y deslizándose hacia el concepto, combatido por Lenin, de “autodeterminación de los trabajadores” como sustitutivo de la autodeterminación nacional. Pero, en definitiva, lo que demuestran estos posicionamientos es que **el revisionismo “estatalista” ha vaciado de contenido el derecho de autodeterminación como consigna proletaria**, bien imponiendo absurdos condicionantes “revolucionarios” a los movimientos nacionales burgueses de la nación oprimida, condicionantes que los grupúsculos que los establecen son incapaces de llenar de contenido, pues, efectivamente, no hay revolución proletaria positiva ni movimiento revolucionario concreto y práctico a los que subordinar el movimiento nacional, o bien, cuando aciertan a erigir algún elemento material alrededor del que “unirse”, resultan ser las estructuras del *stablishment*, desde los reaccionarios organismos de la aristocracia obrera a las opresivas fronteras impuestas de la hispanidad. No deja de ser curioso que este revisionismo, en general de claro carácter derechista (economicista y sindicalista siempre, legalista y parlamentarista las más de las veces, y que no tiene empacho en establecer programáticamente la necesidad de periodos democráticos de transición previos al socialismo en un país imperialista, esa república “democrática” o “popular *encaminada*”), torne rígidamente “izquierdista” cuando de la cuestión nacional se trata, negándose a considerar siquiera por un momento la independencia como solución, efectivamente democrático-burguesa, del problema nacional.

El dominio de este revisionismo, por supuesto, fomenta la reacción opuesta en las naciones oprimidas, alimentando el independentismo revestido de *rojo*, que encuentra con comodidad multitud de argumentos para señalar la poca seriedad del compromiso de estos grupos hegemónicos en nuestro movimiento con la igualdad de derechos entre las naciones, facilitando su labor

de subordinación del proletariado a los movimientos nacionales burgueses a los que sirven como correas de transmisión. Se abre así un **círculo vicioso de retroalimentación dentro del revisionismo**, idéntico al que se establece entre los nacionalismos, cuya consecuencia es la **división nacional de nuestra clase y su vanguardia y el fomento de las desconfianzas y discordias nacionales entre obreros.**



Ésa es la realidad de la que debe partir la vanguardia marxista-leninista y que el oportunismo trata de ocultar. En el contexto general de fin de Ciclo revolucionario, marcado por el **auge y vigor del nacionalismo** y con una vanguardia proletaria sometida a décadas de dominio del revisionismo, que ha estrangulado el internacionalismo, no existe ni unión internacional de la clase obrera ni, por supuesto y en consecuencia, movimiento proletario revolucionario en pos del Comunismo cuya unidad haya que preservar, sino que el Movimiento por la Reconstitución del mismo aún está dando sus primeros pasos, a pesar de los avances políticos de los últimos tiempos. Es decir, **el comunismo está a la defensiva** (defensiva política estratégica). Hoy día las únicas materializaciones tangibles de esa supuesta unidad de la clase obrera, como demuestran las apelaciones de los revisionistas, son la jurídico-formal impuesta por el Estado español —que en las actuales circunstancias, cada día resulta más claro, es un elemento de distanciamiento nacional en el seno de nuestra clase—, o las estructuras reaccionarias de la aristocracia obrera, sostenedoras de ese Estado, divisoras también de los trabajadores (tanto corporativamente como entre obreros privilegiados y excluidos) y enemigas juradas de cualquier reactivación revolucionaria del proletariado. Por tanto, **en el terreno internacionalista, la tarea a que se deben consagrar los proletarios conscientes no**

es la preservación de una unidad de clase inexistente, sino a la reconstrucción de esa unidad; es decir, qué podemos hacer en las actuales circunstancias para recuperar la confianza entre los obreros de las distintas naciones, qué hacer para aumentar la comprensión entre ellos, empezando por sus elementos de avanzada, cómo podemos cerrar el paso de la forma más eficaz a la perniciosa influencia del nacionalismo entre el proletariado.

Sin embargo, tampoco cabe un tratamiento abstracto del nacionalismo. El marxismo exige distinguir siempre entre el nacionalismo de la nación oprimida y el nacionalismo de la nación opresora, mucho más peligroso y embrutecedor desde la atalaya de sus privilegios. De hecho, todos los estudios sociológicos burgueses, así como el termómetro electoral de los últimos años, señalan que el reciente auge del nacionalismo catalán comienza precisamente con el rechazo del *Estatut* por el Tribunal Constitucional español en 2010. A ello se ha añadido, obviamente, la situación general de crisis económica y proletarización de amplios estratos de la aristocracia obrera y la pequeña burguesía. Pero, no obstante, el hecho de que un sector de la burguesía catalana haya conseguido canalizar el malestar social bajo las banderas nacionales viene dado precisamente por el aferramiento del nacionalismo español, parapetado en las estructuras centrales del Estado y representando a los poderosos intereses de clase del capital financiero, a sus privilegios y su hostilidad a las demandas de las naciones oprimidas, que ha cargado de razones y argumentos, de legitimidad, a la burguesía nacionalista para presentar sus intereses como los intereses generales de Cataluña. Tal es así, que los indicadores electorales señalan que el nacionalismo catalán incluso está avanzando posiciones entre los sectores más tradicionalmente impermeables y hostiles a él, como son los estratos menos favorecidos de la clase obrera, lo cual es otro indicativo, por si no fueran suficientes las impresionantes demostraciones de masas de los últimos años, de que el clamor por la autodeterminación en Cataluña es generalizado.

Todo esto es una confirmación de la idea marxista que señala que es el nacionalismo de nación opresora y su apego por los privilegios el que atiza principalmente el conflicto nacional y nutre el nacionalismo de la nación oprimida. Se inicia así una espiral de acción-reacción que alimenta a ambos nacionalismos, para beneficio de la burguesía en su conjunto. En este sentido,

al igual que sucedía en la Inglaterra de tiempos de Marx (por cierto, no está de más recordar la recomendación de Lenin de estudiar la posición de Marx respecto a Irlanda y usarla como modelo del proletariado de los países avanzados en los que existe opresión nacional) y en la Rusia zarista, **el sojuzgamiento de las naciones es uno de los principales alimentos y puntos de apoyo de la reacción española.** Y aquí está claro que el PP ha usado tradicionalmente el conflicto vasco, y ahora Cataluña, para relegitimar el más rancio nacionalismo español y que la propaganda sistemática de la represión del MLNV (beneficiada por la cada vez mayor deriva exclusivista de éste) ha sido uno de los principales instrumentos de embrutecimiento político de las masas españolas en las últimas décadas.



Por cierto, hay que decir que en los comunicados de los revisionistas “estatalistas” la balanza de denuncia del nacionalismo está en general bastante desequilibrada, primando las denuncias de las *arteras* maniobras de la burguesía catalana y las prevenciones contra el “chovinismo catalán”, que, aunque seguramente temible, a día de hoy carece de Estado propio con el que dar rienda suelta a sus pretensiones exclusivistas, a diferencia de lo que ocurre con el chovinismo español. Ello es una nueva muestra de cómo estos grupos contribuyen a desprestigiar el internacionalismo y a dotar de argumentos a los nacionalistas periféricos vestidos de rojo.

En estas condiciones concretas, urge que la vanguardia marxista-leninista empiece a articular una posición política que vaya, enmarcada en el proceso general de reconstitución del comunismo, en la dirección de reconstruir esa unidad de clase, intentando, en la medida de lo posible y dada la agudización del conflicto nacional y la división y desconfianza nacionales en el seno de nuestra

clase, ampliar el radio de acción e influencia de la vanguardia en pos de la educación internacionalista del proletariado. Como decíamos, para ello no es suficiente la propaganda de los principios generales, sino que esta educación, para trascender a círculos más amplios de nuestra clase, debe materializarse como posición política específica atendiendo a la situación concreta[10].

Por nuestra parte, no podemos obviar, a la hora de determinar nuestro posicionamiento como organización, la percepción entre la vanguardia de que el MAI es un destacamento radicado principalmente en la nación opresora, en la nación española, en el sentido de tener en cuenta la indicación leninista respecto a la división internacionalista del trabajo necesaria entre los proletarios conscientes de la nación opresora y los de la oprimida[11].

Así pues, nos encontramos en una situación de ausencia de un movimiento proletario revolucionario, efectivo y con capacidad práctica, que pueda contraponerse al movimiento nacional que dirige la burguesía catalana. El contexto es, pues, de pujanza del nacionalismo y de ausencia de referente internacionalista, lo que sólo puede redundar en el agravamiento del choque y los odios nacionales. Por tanto, es imperativo para la vanguardia proletaria **incidir en el primer aspecto de esa dialéctica**, que exponíamos al principio, **que el marxismo establece ante el problema nacional: el de la democracia, el factor atenuante** de los choques nacionales. A ello hay que sumar el dominio del revisionismo entre la vanguardia, correlativo a esta situación general, que, como hemos mostrado, ha vaciado de contenido el derecho de autodeterminación, trastocando su posición específica en la dialéctica que el marxismo establece para el tratamiento coherente de la cuestión nacional. Por ello entendemos que no vale con la proclamación del derecho de autodeterminación, reducido a fetiche abstracto, y la inhibición, cuando no la oposición, en el momento en que la cuestión de la separación estatal de una nación oprimida se plantea en el orden del día como tema candente de la agenda política. Pensamos, por tanto, que es necesario materializar el compromiso proletario con la igualdad nacional, en las circunstancias concretas que hemos reseñado, con un **decidido posicionamiento político específico que restaure y sustancie el contenido del concepto de autodeterminación** (derecho a la independencia política), demostrando a los

obreros catalanes y de otras naciones oprimidas que los proletarios conscientes españoles entienden que la unidad internacional del proletariado empieza, más allá de las fronteras establecidas por el *statu quo*, en la esfera ideológico-política y que para ellos **antes está la fraternidad de clase que las fronteras de “su” Estado nacional**. Asimismo, es necesaria una **posición que sirva como el revulsivo más eficaz posible**, como auténtica “terapia de choque”, **para unas masas españolas educadas por la burguesía y el revisionismo en la naturalidad y complacencia con los privilegios nacionales**. Es por todas estas consideraciones, que giran exclusivamente en torno a las exigencias de desarrollo revolucionario de nuestra clase y su vanguardia, que **hemos decidido posicionarnos por el SÍ**, que es, además, en las actuales circunstancias, la forma de solución del problema nacional que guarda menos contemplaciones para con el *statu quo* establecido (lo que es también, por cierto, un elemento de educación revolucionaria).



El proletariado ante el 9-N y el *Procés* en Cataluña

Somos absolutamente conscientes de que esta postura específica que llamamos a apoyar nace de un proceso extrínseco al proletariado y sus dinámicas, aún incipientes, de reconstitución como sujeto político revolucionario e independiente. Por ello es importante tener en cuenta el sistema de contradicciones de clase que conforma el movimiento nacional catalán, cuyas interacciones internas, así como su relación con el bloque de clases instalado en el aparato central del Estado, están determinando la forma concreta que está adoptando el *Procés* catalán. Ello es fundamental para evitar que un apoyo, puntual y táctico como el que proponemos, se convierta en subordinación y

seguidismo a alguna de las fracciones de la burguesía que maniobran alrededor del *Procés*. Se trata también de que la vanguardia marxista-leninista, aún naturalmente bisoña, empiece prudentemente a dar los primeros pasos para familiarizarse con las maniobras tácticas que exige la política de la lucha de clases a gran escala.

Lejos del discurso patentado en Madrid, y que parecen haber *comprado* algunos revisionistas, de que el *Procés* es una maniobra orquestada por Artur Mas y sus adláteres, lo cierto es que éste ha intentado, con escasa suerte, subirse a un torrente ya en marcha y canalizarlo, de cara a instrumentalizarlo para sus particulares intereses de clase. Como decimos, el viento que agita la ola independentista empieza a soplar con fuerza a partir de 2010 con la sentencia del Constitucional español que tumba el *Estatut*. El clima de la crisis, común a todo el Estado, con la proletarización de amplios estratos de esas *clases medias* y la ausencia general de referente y horizonte revolucionarios, permiten que en Cataluña, debido a sus específicas características y condiciones culturales y políticas nacionales, el descontento social se desarrolle a través de canales nacionalistas, que cuentan con una sólida implantación y estructura, además de con una larga lista de agravios históricos más o menos legítimos. Así, las filas de la pequeña burguesía catalanista, tradicional representante del independentismo, han ido engrosando, reflejándose en el crecimiento de la *Candidatura d'Unitat Popular* (CUP) y, especialmente, *Esquerra Republicana de Catalunya* (ERC). Asimismo, en este sentido, para desgracia de gentes como el PTD, la aristocracia obrera, alejada históricamente de la tradición nacionalista catalana, ha ido mostrando una creciente comprensión y cercanía hacia el movimiento nacional, agudizando sus propias contradicciones internas. Muestra de ello es el hundimiento del PSC, en la línea del descalabro general del PSOE en el conjunto del Estado, pero más acusado por ser Cataluña una de sus bases tradicionales y existir una tradición política alternativa, el nacionalismo catalán, que podía disputarle inmediatamente su base sociológica (en el resto del Estado el trasvase y encuadramiento de esta base comienza a cristalizar ahora con *Podemos*), los vaivenes y titubeos de ICV y los acuerdos de CC.OO. con *l'Assemblea Nacional Catalana* de cara a favorecer la promoción del *derecho a decidir*.

Éste es, por un lado, el manantial de

fuerzas sociales que estaban alimentando el crecimiento y asentamiento del movimiento nacional que impulsa el *Procés*. Esta consolidación eclosiona con la impresionante movilización de masas que preside la *Diada* de 2012. Es en ese momento cuando en los cuarteles de *Convergència i Unió* (CiU) se agudiza la necesidad de intentar encuadrar el movimiento de masas y encaramarse a él para reconducirlo a una solución negociada con el Gobierno central de la que obtener contrapartidas para las fracciones de clase que representaba. Al igual que otros partidos que han formado parte de la médula central del régimen de 1978, CiU representaba una correa que vinculaba a los sectores del gran capital catalán, parte sustancial del bloque de clases hegemónico (cuya representatividad era compartida con el PSC), con los estratos de la burguesía media, nacionalista pero no independentista tradicionalmente, cumpliendo un papel similar al del PP en el conjunto del Estado. Similar pero también contradictorio, pues su fisonomía estaba determinada por condiciones objetivas de asentamiento en una realidad nacional específica diferenciada. El fracaso de la maniobra de reconducción y pacto de CiU debido a la cerrazón del Gobierno español y su rechazo a la propuesta de reforma fiscal de Mas, agravan, en medio de la crisis económica y de la creciente crisis política del Estado, el desencanto y la desafección de esta burguesía media, que empieza a verse progresivamente atraída hacia el movimiento nacional por la puerta de ERC. Ése es el fenómeno social de clase que determina la creciente deriva independentista de Mas en los últimos años, arrinconado por la inmovilidad del Gobierno español y obligado a disputarse con ERC su propia y huidiza base social. Esta obligación de Mas de no perder el suelo que pisa e ir a remolque del movimiento, estira, hasta el punto de amenazar fractura, su propia formación, incidiendo en sus contradicciones con el sector que más representaba la vinculación con el bloque de clases central del Estado (encarnado en la figura de Duran i Lleida), y que se refleja en la diferente postura tomada por *Unió* ante la consulta. Estas fisuras son un indicativo más de la profundidad de la crisis política por la que atraviesa el Estado español.

Así pues, desde diferente ámbito, hay otro trasvase de fuerzas sociales hacia el **movimiento nacional**. El poderío y pujanza de éste expresa la cristalización de la convergencia de varias fuerzas de clase,

favorecida por las diferentes crisis que sacuden el Estado, y que se expresa como una **alianza de la pequeña y mediana burguesías catalanistas** bajo la hegemonía del independentismo. Otras fuerzas de clase, significativamente un sector de la aristocracia obrera, orbitan a su alrededor. Este conjunto es lo que le da al movimiento un **carácter nacional general**, permitiendo situar la cuestión de la independencia en el orden del día candente de la agenda política. La formación que mejor representa este movimiento y este escenario es ERC, que es el punto de convergencia de estos flujos sociales que han confluído desde diferentes direcciones, dándole la posibilidad cierta de protagonizar un *sorpasso* que materialice institucionalmente su hegemonía política en Cataluña.



Todo este conjunto contradictorio de fuerzas de clase en alianza y pugna, condicionadas por la presión del Estado central, es lo que ha dado al *Procés* su particular fisonomía. La exigencia de expresar a través de un referéndum de autodeterminación la voluntad del pueblo catalán, sancionado por las elecciones anticipadas catalanas de 2012, ha supuesto un auténtico quebradero de cabeza para un Mas crecientemente desbordado (como se puso tempranamente de manifiesto con los decepcionantes resultados de CiU en esas elecciones).

Un **referéndum**, en las condiciones de la democracia burguesa, aparece en un **doble aspecto contradictorio**: por un lado representa la expresión directa de la voluntad de las masas respecto a un asunto concreto, en el que prima el aspecto de mandato imperativo de la soberanía popular; pero, por otro, en virtud de su encaje en los mecanismos representativos del parlamentarismo, emplaza la ejecución de ese mandato directo a los *representantes*, irrevocables e instituidos de plenas prerrogativas. Por eso un referéndum no

puede ser asimilado simple y llanamente a unas elecciones parlamentarias al uso, como puerilmente, en una muestra de severa ignorancia política, ha hecho RC, y es la forma como tradicionalmente ha reclamado nuestro movimiento la solución de un problema democrático-burgués como es la cuestión nacional[12]. De hecho, esta característica y el hecho de que algunas fracciones de la burguesía hayan pugnado por la celebración de un evento de esta naturaleza, donde la voluntad del pueblo podía manifestarse directamente y minimizaba la delegación y la instrumentalización de la soberanía por los *representantes*, es una muestra de ese carácter progresivo, expresión de lucha general contra la opresión, que tienen todos los movimientos de las naciones oprimidas, por más burgueses que, inevitablemente, sean, y que Lenin nos exhortaba a distinguir cuidadosamente y apoyar. Precisamente por ello es un evento que los comunistas podemos apoyar sin que ello signifique nuestra subordinación sin contrapartidas, como, con el actual estado del movimiento revolucionario, significaría llamar a la participación electoral convencional.



De hecho, este carácter imperativo era el que dificultaba las aspiraciones conciliadoras y pactistas de CiU y por eso ha intentado desde el principio rebajar su perfil, empezando por lo ambiguo y enrevesado de la formulación de la pregunta sometida a consulta. A ello le ha ayudado la reaccionaria oposición del Gobierno español y las estructuras centrales del Estado a la celebración del referéndum y su prohibición, que es el salvavidas al que se ha agarrado Mas para acabar de vaciar de contenido la consulta. Así, el *Procés* se ha dividido, en sus puntos de paso político principales, entre la consulta y unas futuras elecciones en Cataluña. Con ello Mas ha conseguido trasladar el centro de gravedad del *Procés* del mandato imperativo del pueblo al mercadeo parlamentario, donde serán los representantes políticos los que harán y desharán a su antojo en función de las maniobras de gabinete y la compra-venta de

principios y aspiraciones. Mas ha ganado así margen de maniobra para intentar parapetar a una CiU a la baja en medio de un virtual frente patriótico catalán. Que éste se dé y que las futuras elecciones sean anticipadas y plebiscitarias o no, dependerá del talento mercantil de los dichos negociantes concernidos y de la medida en que puedan *valorizar* su mercadería política. Por supuesto, la pequeña burguesía independentista, de ERC hasta *Endavant*, pasando por la CUP, más allá de algunos estériles quejidos, más o menos fuertes en función de su presencia y certidumbre institucional, ha transigido con esta maniobra, aparcando su proclamado democratismo, y sumándose a la hoja de ruta de la *Generalitat*, pues espera obtener pingües réditos electorales de los titubeos y la inconsecuencia de Mas que, al menos, tiene la virtud de ocultar la suya propia. Y es que a la pequeña burguesía independentista, por radical que sea su compromiso verbal con la democracia consecuente, tampoco le interesa un escenario de confrontación directa con el Estado el día 9, que exigiría la movilización de masas y podría desbordarla, evocándole sus peores pesadillas en forma de *Rosa de Foc* e *incontrolats*. Por eso todos los actores políticos con presencia efectiva han transigido con la retirada de Mas y, más o menos compungidos, se han acomodado a ella, porque todos, aun con sus contradicciones entre ellos, están de acuerdo en diferir la crisis política y trasladar la expresión de la voluntad popular hacia las instituciones representativas, donde es más fácilmente moldeable y manejable, antes que, como exigiría la democracia consecuente, tomar todas las medidas para que el 9-N se materializara esa voluntad y tomara cuerpo inmediatamente, por encima de cualquier ordenamiento legal o resolución judicial, de cualquier *regla del juego* establecida. En consecuencia, todos plantean el 9-N como una “acumulación de fuerzas” testimonial de cara a las futuras batallas parlamentarias donde se decidirá el curso de los acontecimientos. Por eso todos los dirigentes del movimiento nacional catalán, de los más decididos y radicales a los más reticentes, han elegido parlamentarismo frente a democracia, negociación frente a movilización y conciliación frente a ruptura.

Pero éste no era ni mucho menos un escenario fatal e inevitable, inscrito en las estrellas. Y es que precisamente la maniobra de Mas, dividiendo el *Procés* en consulta y elecciones, **separa claramente** los dos aspectos contradictorios que, en condiciones de

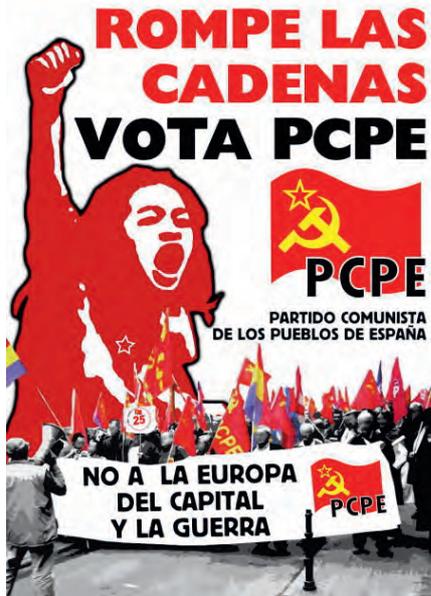
democracia burguesa, conforman un referéndum, el **democrático-imperativo** directo y el **parlamentario-representativo mediatizado**. De este modo, el aspecto progresivo de todo movimiento de la nación oprimida, lo que supone lucha general contra la opresión y desbordamiento del orden jurídico coercitivo que la sanciona, lo que supone democracia e implicación directa de las masas en los asuntos públicos, en definitiva, todo lo que es un deber comunista apoyar, es claramente separado de la vileza y el filisteo pavor de toda burguesía nacionalista, que convierte la lucha democrática por la autodeterminación en una mezquina disputa de cara a cerrar tratos con la burguesía de la nación opresora.



Y aquí cabe representarse **las posibilidades de aprovechamiento de esta crisis política que se hubieran abierto ante un movimiento proletario revolucionario de haber existido éste en la práctica**, de haber tenido capacidad de actuación efectiva, de que se hubiera cumplido con los requisitos para dar por reconstituido el Partido Comunista. En este escenario de crisis política, el Partido Comunista hubiera cortado de raíz la estrategia pactista de la burguesía y hubiera tomado medidas para asegurar la realización del referéndum, desplegando acciones para que sus resultados fueran ejecutados inmediatamente por las masas, rompiendo la legalidad burguesa con todas las consecuencias. Aquí, las posibilidades de arrastrar tras la iniciativa proletaria a un amplio sector de la pequeña burguesía y de conectar con una estrategia de guerra popular independiente, ampliándola y desarrollándola desde el aprovechamiento de la crisis política para la extensión de zonas de Nuevo Poder donde las masas ejercieran directamente su soberanía recién conquistada con la mediación de la línea del Partido, articulada y estructurada, de pasar de masas

desorganizadas a masas militarmente organizadas, hubieran sido fecundísimas. Las posibilidades de enlazar a esta república socialista catalana en formación con un proceso de guerra popular general en todo el Estado serían variadas y la historia de la revolución proletaria es pródiga en tales ejemplos, empezando por la alianza entre la Rusia y la Ucrania soviéticas durante la guerra civil revolucionaria. Evidentemente, un horizonte como el que describimos, con un proletariado revolucionario constituido como actor político efectivo, con todas implicaciones ideológicas y políticas, culturales y sociales, que presupone, hubiera supuesto de partida un escenario totalmente diferente, donde, ante una amenaza revolucionaria realmente presente, las distintas fracciones de la burguesía probablemente se hubieran cuidado de llevar sus disputas intestinas hasta el punto de fricción en que están hoy situadas. No obstante, nos parece un ejercicio de imaginación saludable en la perspectiva de señalar cuál es realmente una estrategia revolucionaria consecuente y cómo debe entenderse el aprovechamiento de las crisis de todo tipo que jalonan, y jalonarán, el curso del imperialismo para la extensión y desarrollo del movimiento revolucionario, enlazando con lo mejor de nuestra tradición[13], sepultada por décadas de grisáceo dominio de la estrechez economicista del revisionismo.

La mera enunciación de este escenario y la distancia entre él y lo que nuestros rutinarios revisionistas, algunos de los cuales ya se consideran inconfesadamente el Partido, han acertado a pergeñar con motivo de esta ocasión, es una elocuente evidencia de la distancia que separa las posibilidades objetivas que nos brinda el desarrollo del capitalismo decadente del punto donde ha situado al movimiento comunista el largo dominio de estas gentes. Es, además, una nueva acta de acusación contra su estéril y monocromo “trabajo cotidiano en los tajos y a pie de calle”, incapaz de *acumular* ninguna *fuerza* que pueda ser utilizada en escenarios de crisis política tan prometedores, incluso desde la vieja perspectiva de la revolución como *desbordamiento espontáneo*. Peor aún, sus anteojeras sindicalistas les han impedido siquiera intuir si existía alguna posibilidad de actuación, más allá de la denuncia de la burguesía de la nación oprimida y su desvelo por evitar que algún miembro de sus reducidos séquitos se alejara del cortejo que forman en la retaguardia de la aristocracia obrera.



No obstante, a pesar de la distancia que aún nos separa de este tipo de escenarios, y del paciente trabajo de reconstitución ideológica y política que aún hemos de acometer para salvar ese largo trecho, esta división del *Procés* que señalamos, así como la inconsecuencia del democratismo de la pequeña burguesía independentista, sí nos permite a los comunistas revolucionarios intervenir en la crisis política con un posicionamiento de indudable apoyo a lo progresivo de todo movimiento nacional contra la opresión política y al inalienable derecho de autodeterminación de la nación catalana, a la vez que nos desmarcamos de llevar este apoyo hasta la subordinación a su estrategia de mercadeo con la voluntad popular. Por ello, y por todas las razones expuestas, **llamamos al proletariado catalán a votar SÍ-SÍ** y a exigir que lo que salga de las urnas el día 9 sea imperativamente ejecutado por las fuerzas que se pronuncian por la democracia, así como denunciarnos la estrategia general, de negocio y transacción, con que las fuerzas burguesas catalanas han encorsetado el ejercicio de autodeterminación del pueblo catalán y **llamamos al boicot de las futuras elecciones catalanas, sean anticipadas plebiscitarias o no**. Con ello negamos al conjunto del bloque dominante y a las distintas facciones de la burguesía que intervienen alrededor del *Procés*. Nos oponemos a la reacción centralista y al españolismo, cosa que no puede decir la mayoría del revisionismo, y negamos la estrategia que han acabado imponiendo las fuerzas burguesas nacionalistas hegemónicas que están determinando el curso del *Procés*.

De este modo, como decimos, nos mantenemos firmemente comprometidos con

los derechos nacionales del pueblo catalán y nos situamos con la única solución, en las actuales circunstancias, consecuente y radical, la que menos contemplaciones tendría con el *statu quo* político, del problema nacional, de la opresión política de la nación catalana por la española. Hoy, que no hay ningún movimiento revolucionario que pueda subordinar esta lucha nacional a una estrategia revolucionaria proletaria general, en la línea de lo que hemos prefigurado, no hay motivo razonable para que los comunistas regateemos nuestro apoyo a la tan anhelada por tantos catalanes independencia de su patria. Ya hemos denunciado todos esos argumentos pseudo-marxistas que aluden al carácter indudablemente burgués de un virtual Estado catalán independiente, que ignoran el verdadero contenido de la autodeterminación como derecho a la independencia **política**, y que en realidad dejan entrever un chovinismo de gran-nación apenas disimulado. La independencia política no liberará a los catalanes de las garras del capital financiero, es cierto, como no es menos cierto que tampoco los liberará la permanencia y unidad del actual Estado burgués español. Sí les liberaría, al menos, de la opresión política nacional y dejaría a su burguesía nacionalista con un elemento menos (no se trata de un mero *argumento* demagógico, sino que esa opresión nacional es un hecho cierto) con el que canalizar el malestar social y facilitar la disociación de clases y la implementación de la lucha de clases. En el Estado español podría ser un golpe para la reacción que se alimenta de esta opresión y embrutece a las masas con la aceptación de los privilegios nacionales, a condición de que derrotemos al revisionismo, que sirve de correa de transmisión de esta complacencia y minimiza, como hemos visto, el carácter del Estado español como cárcel de naciones. Ésa es la única manera justa de evitar que el inalienable derecho a la independencia de Cataluña, de realizarse, desemboque en una ruptura *a la yugoslava* y no se haga, como sería lo deseable, al, en palabras de Lenin, “modo noruego”. Para ello es imprescindible también que los demócratas catalanes impidan el crecimiento y predominio de las tendencias chovinistas y exclusivistas inherentes a todo nacionalismo, también al de nación oprimida, que no es virginal en su afán de privilegios. Para ello contarán con el apoyo de los comunistas, que no se prestarán en ningún caso a una campaña de *homogeneización nacional* coercitiva, impuesta

desde arriba, en la línea de esa *dictadura de la lengua*, propuesta por algunos nacionalistas camuflados de *rojo*, que hemos denunciado al principio de este escrito.



Sin embargo, hemos de señalar que nuestro actual apoyo a la independencia nacional de Cataluña, como forma de solución del problema nacional y materialización concreta del derecho de autodeterminación de las naciones, emana de las circunstancias concretas que hemos referido y **no es absoluto e intemporal**. Si estas circunstancias cambiaran, como por ejemplo con la constitución de un movimiento revolucionario del proletariado que ocupe la centralidad del escenario de la lucha de clases, relegando a la cuestión nacional de esa posición que ocupa actualmente, cabría replantearse esta postura en función de la correlación entre el movimiento proletario revolucionario de liberación general y el movimiento burgués de liberación de la nación oprimida. Mientras tanto, no nos corresponde a los comunistas hacer de apagafuegos de la crisis política del

Estado español, sino preparar el verdadero incendio que lo consumirá desde los cimientos.

En este sentido, insistimos en que el apoyo actual a la independencia no nos hace someternos a los estrechos marcos nacionales donde gustaría de enclaustrarnos la burguesía nacionalista. Los proletarios conscientes tenemos **tareas propias e independientes** a las que encomendarnos como función principal, como son la reconstitución ideológica y política del comunismo. Sólo a partir de ahí, podremos avanzar de nuevo resueltamente hacia la erradicación de todas las lacras que supone el capitalismo y hacia la superación consecuente de todas las limitaciones que éste impone al desarrollo integral del género humano. Por ello la labor de la vanguardia es continuar con esta labor de reconstitución, uniéndose inmediatamente en organizaciones internacionales únicas para su consecución. **Mientras la unidad del Estado español siga vigente, y con ella la alianza internacional de la burguesía sobre la que se sostiene, la obligación de los proletarios de avanzada es permanecer y perseverar en la unidad orgánica internacional para el impulso de las tareas de desarrollo revolucionario de nuestra clase.** El ejemplo de nuestros camaradas de Cataluña[14] nos alienta e, independientemente de las fronteras que entre tanto se puedan erigir, nos señala un horizonte de fraternidad internacional y la única verdadera solución del problema nacional que es, como señalaba Lenin, su superación desde la unión de los proletarios de todos los países.

¡Por la libertad nacional de Cataluña! *Visca Catalunya lliure!*

¡Sin autodeterminación no hay democracia!

¡Por la unidad internacionalista del proletariado!

¡Proletarios de todos los países, uníos!

¡Por la reconstitución ideológica y política del comunismo!

*Movimiento Anti-Imperialista
Noviembre de 2014*

Notas:

[1] “Luchando por el derecho de autodeterminación de las naciones, la socialdemocracia se propone como objetivo poner fin a la política de opresión de las naciones, hacer imposible esta política y, con ello, minar las bases de la lucha entre las naciones, atenuarla, reducirla al mínimo” STALIN, J.: *El marxismo y la cuestión nacional*. Fundamentos. Madrid, 1976, pág. 39 “El interés de la unión de los proletarios, el interés de la solidaridad de clase exigen que se reconozca el derecho de las naciones a la separación”. LENIN, V.I.: *Obras Escogidas*. Progreso. Moscú, 1976, tomo V, pág. 148

[2] Véase: <https://revolucionobarbarie.wordpress.com/lucha-de-dos-lineas/respuesta-a-redrum-notas-acerca-la-cuestion-nacional/> Imprescindible, también, un debate fundamental en este sentido en LA FORJA (órgano del Partido Comunista Revolucionario): nº 17, junio de 2000.

[3] Así es, RC sostiene la, por ser amables, “original” tesis de la *opresión nacional sin nación opresora*. Esto lo tratan de fundamentar en una tentativa de análisis de la formación del Estado español en: DE ACERO, nº 3, abril 2014, *Documento de Cuestión Nacional para la I Conferencia de Partido y Cuestión Nacional*, cuya parte más interesante sea seguramente el tratado de vexilología ibérica “revolucionaria” con que nos obsequian al final. Por cierto, esta posición les permite proclamar, a la vez que en su comunicado sobre el 9-N hablan de un “falso sentimiento nacional infundado” en Cataluña que facilita esconder las penurias obreras, la necesidad de defender la “existencia del pueblo castellano y su cultura”, precisamente esa cultura, ese idioma, que ellos mismos reconocen que el Estado *anacional* español ha impuesto a otros pueblos; véase RC: *Se hace oficial RC Castilla*, 29 de agosto de 2014.

[4] RC: *Sobre el 9N en Catalunya*, 16 de septiembre de 2014.

[5] Ya que RC gusta tanto de las citas de los clásicos, aduciremos algunas en este sentido: “(...) sólo hay una solución del problema nacional (dentro de lo que cabe, en general, resolver este problema en el mundo del capitalismo, mundo del lucro, de las discordias y de la explotación), y esa solución es la democracia consecuente.” LENIN: *O.E.*, t. V, pág. 26. “En todo caso, ¿no es indudable e indiscutible que la paz nacional se ha conseguido bajo el capitalismo (en la medida en que puede conseguirse, en general) únicamente en los países en los que hay una democracia consecuente?” LENIN: *Op. cit.*, págs. 45 y 46.

[6] “(...) la ‘autodeterminación de las naciones’, en el programa de los marxistas, *no puede* tener, desde el punto de vista histórico-económico, otra significación que la autodeterminación política, la independencia estatal, la formación de un Estado nacional.” LENIN: *O.E.*, t. V, pág. 103. “El gran capital de un país puede siempre comprar a los competidores de un país extranjero independiente políticamente, y lo hace siempre. Esto es *plenamente* realizable desde el punto de vista económico. La

‘anexión’ económica es plenamente realizable sin ‘anexión’ política y se da en todo momento. (...) Se da el nombre de autodeterminación de las naciones a su independencia política. (...) hablar de la ‘irrealizabilidad’ económica de la autodeterminación en el imperialismo es simplemente un galimatías.” LENIN: *O.E.*, t. VI, págs. 77 y 78. Paradójicamente, a pesar de la inclinación de RC por las citas e iconos de Stalin, esta posición que sostienen va precisamente en la dirección del trotskismo, que defiende que “la lucha nacional para triunfar debe convertirse en lucha por el poder obrero”, con lo que, consecuentemente, encomienda al socialismo tareas de construcción y realización nacional. Pero, como hemos dicho, el marxismo no busca la realización del principio nacional, sino la plena igualdad entre naciones, como premisa indispensable para el avance hacia su completa fusión: “El objetivo del socialismo no consiste sólo en acabar con el fraccionamiento de la humanidad en Estados pequeños y con todo aislamiento de las naciones, no consiste sólo en acercar las naciones, sino también en fundirlas.” LENIN: *O.E.*, t. V, pág. 353.

[7] RC: *Sobre la abdicación del rey*, 2 de junio de 2014.

[8] PTD: *Ante la consulta soberanista de Cataluña*, 20 octubre 2014.

[9] PCPC: *Resolución de la Conferencia Nacional del PCPC sobre la cuestión nacional*, 27 de septiembre de 2014.

[10] Como decimos, Lenin señala que la actividad del proletariado en la cuestión nacional es fundamentalmente *negativa*, no de construcción nacional positiva, sino de oposición al privilegio y desigualdad nacionales. Pero ello no implica que el proletariado consciente no tenga que determinar una posición ante la posibilidad de una separación estatal concreta, sino que **debe** hacerlo en función de los intereses de desarrollo del proletariado como clase revolucionaria; valga un ejemplo: “El derecho de las naciones a la separación libre no debe confundirse con la conveniencia de que se separe una u otra nación en tal o cual momento. Este último problema deberá resolverlo el partido del proletariado de un modo absolutamente independiente en cada caso concreto, desde el punto de vista de los intereses de todo el desarrollo social y de la lucha de clase del proletariado por el socialismo.” LENIN: *O.E.*, t. VI, pág. 420.

[11] “A gentes que no han penetrado en el problema, les parece ‘contradictorio’ que los socialdemócratas de las naciones opresoras exijan la ‘libertad de separación’ y los socialdemócratas de las naciones oprimidas la ‘libertad de unión’. Pero, a poco que se reflexione, se ve que, partiendo de la situación *dada*, no hay ni puede haber *otro* camino hacia el internacionalismo y la fusión de las naciones, no hay ni puede haber otro camino que conduzca a este fin.” LENIN: *O. E.*, t. VI, pág. 45.

[12] “El reconocimiento por la socialdemocracia del derecho de todas las nacionalidades a la autodeterminación requiere que los socialdemócratas: (...) reclamen que el problema de

esa separación sea resuelto exclusivamente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto de la población del territorio correspondiente”. LENIN, V.I.: *Obras Completas*. Progreso. Moscú, 1984, tomo 23, pág. 333.

[13] “La revolución socialista puede estallar no sólo con motivo de una gran huelga, o de una manifestación callejera, o de un motín de hambrientos, o de una sublevación militar, o de una insurrección colonial, sino también con motivo de cualquier crisis política, como el caso Dreyfus, o el incidente de Saverne, o de un referéndum en torno a la separación de una nación oprimida, etc.” LENIN: *O.E.*, t. V, pág. 352. Aunque la formulación del gran Lenin aún se sitúa, como no podía ser de otra manera, en los confines del viejo paradigma de Octubre, centrando el peso en el *estallido* espontáneo, lo importante es captar su espíritu, la posibilidad del proletariado revolucionario, factor consecuente de progreso, de explotar las múltiples fallas y escenarios de fricción de todo tipo (no sólo, ni siquiera principalmente, económicos o huelguísticos) a que está abocado el decadente imperialismo para impulsar la revolución. Como se ve, la LR no desprecia el factor espontáneo de desarrollo social, sino que, en coherencia con la experiencia histórica de la revolución proletaria, exige la existencia previa de un sujeto constituido

desde bases independientes, el Partido Comunista, que pueda presionar sistemáticamente, con arreglo a un plan general autónomo, sobre las múltiples erupciones y grietas que se abren y abrirán en el almacén social, aprovechándolas para el desarrollo y extensión de la revolución, en vez de verse arrastrado y absorbido por ellas. Es decir, el estallido y la crisis no es el **origen** de la revolución, que es previa y consciente (pues el escenario es de crisis histórica general y también de madurez histórica del sujeto revolucionario), sino que es **palanca** de su ampliación y desarrollo.

[14] Se trata de *Balanç i Revolució*, el más reciente colectivo surgido hasta la fecha por la reconstitución del comunismo y que realiza desde la nación oprimida un llamamiento a la unidad internacional del proletariado: <https://balancirevolucio.wordpress.com/2014/11/03/parany-del-nacionalisme/>.

Aunque no se pronuncian por la independencia y llaman a la participación del proletariado y la libertad de voto el 9-N, complementado muy acertadamente con el llamamiento al boicot de las próximas elecciones catalanas, entendemos que éste es un posicionamiento más justo si es realizado desde la nación oprimida y que se atiene al espíritu leninista de división internacionalista del trabajo que hemos reseñado más arriba.



Documentos de organizaciones por la reconstitución del comunismo: Presentación

A lo largo de su intensa vida política, José Carlos Mariátegui hizo parada para combatir al revisionista belga Henri de Man. El señor De Man, líder del socialdemócrata Partido Obrero Belga, se tornó en un entusiasta militarista durante la I Guerra Mundial, en la que actuó como voluntario llegando a teniente de artillería. Años más tarde, en 1940, se mostraría enérgico colaborador del nazi-fascismo alemán. En su trayectoria, De Man dejaría alguna que otra frase lapidaria que, recogida críticamente en los ensayos del revolucionario peruano, bien podría figurar en la portada de los órganos de expresión de nuestros revisionistas modernos: *"Me siento más cerca del práctico reformista que del extremista y estimo en más una alcantarilla nueva en un barrio obrero, o un jardín florido ante una casa de trabajadores, que una nueva teoría de la lucha de clases"*. (H. De Man)



Adentrándonos en el año VIII de la penúltima crisis sistémica del capital, la impotencia y bancarrota del revisionismo en su conjunto parecen abarcar todo lo que a "comunismo" se refiere. A pesar de que el revisionismo ha sido incapaz de arrebatarnos en parte alguna la dirección del movimiento práctico al "reformismo", el comunista medio sigue anclado en esa visión obscenamente *obrerista* de la lucha de clases. Esta, contrariamente a los deseos de sus precursores, no contiene en sí más que la ratificación del sistema productivo que encadena a la clase obrera, a la que el revisionista adula por lo que es, la multitud informe que la miseria

capitalista ha engendrado, y no por lo que está llamada a ser, la masa revolucionaria organizada conscientemente para poner término al sistema de clases que escinde a la humanidad.

Fijémonos exclusivamente en la fuerza hegemónica en el movimiento comunista estatal e internacional, en quienes actúan a día de hoy y en casi todo el globo, salvo contadas excepciones, como los representantes inmediatos de la revolución ante las masas: es más que evidente que la imagen que definiría al comunismo en general está compuesta por grises tonalidades cuyo denominador común serían la impotencia, la frustración, la mediocridad y una terrible sensación de regodeo en el pantano.

E pur si muove... ya que en su esfera política, la crisis, que ha supuesto un desplazamiento entre los que atesoraban la representación del *statu quo* de la clase dominante, también se ha hecho notar entre los que garantizaban el orden existente del edificio social burgués en su base. Así, en los últimos años se han producido en el Estado español diversos movimientos en el seno del revisionismo, todos vacuos ("redefinición" de propuestas estratégicas, re-bautismo de frentes sindicales, tentativas de "unidad comunista"), pero que han agudizado su particular crisis y han permitido que las posiciones del comunismo revolucionario abran un resquicio, tras años de desarrollo sistematizado de lucha de dos líneas sobre la base de la reconstitución del comunismo y el Balance del Ciclo revolucionario de Octubre.

De la brecha abierta por el campo revolucionario en el ámbito de la vanguardia obrera, ya dimos cuenta en el anterior número de *El Martinete* (Número 26-mayo 2013). Allí tuvimos la feliz oportunidad de publicar varios trabajos de **Revolución o Barbarie** (RoB), destacamento de vanguardia marxista-leninista que desde su nacimiento (en el otoño de 2012) hizo bandera de la Línea de Reconstitución (LR) y que, desde entonces, viene consolidándose como referente para la militancia proletaria. A partir de ahí el brillo del rojo sol que marca nuestro camino viene centelleando con más intensidad y entre finales del 2013 y a lo largo del año 14 han sido un nada desdeñable número de destacamentos de vanguardia los que se han incorporado al ala revolucionaria del movimiento comunista en el Estado español. Como ya hemos advertido en más ocasiones, esto es por sí mismo una muestra de la vitalidad de la LR, que habrá de traducirse políticamente en una reconfiguración del ambiente

marxista-leninista en el Estado español, pero que en ningún caso podrá recorrer los aciagos cauces propios del revisionismo, que a corto plazo seguirá siendo hegemónico a pesar del crecimiento que está experimentando la vanguardia revolucionaria en la actualidad. En este sentido, la construcción de un movimiento político de vanguardia marxista-leninista, corresponde exclusivamente a la determinación de la vanguardia marxista-leninista y en ningún caso podrá ser fruto de las circunstancias impuestas por el enemigo de clase, por más que, como dicta la estrategia bélica, sus movimientos tengan que ser tenidos en cuenta.

Pero este auge de lo consciente, que ya podemos definir como tendencia política en el seno de la vanguardia comunista, no tiene por efecto único el surgimiento de agrupaciones de militantes que se organizan sobre los mandatos particulares que el marxismo prescribe en nuestra época. Un efecto paradigmático del crecimiento del campo revolucionario es observable desde los programas e intervenciones públicas de las organizaciones revisionistas, sobre todo de las que no actúan como fuerzas principales de su espacio y, de hecho, se alimentan desde la "izquierda" del cadavérico patriarca del autodenominado "marxismo-leninismo" característicamente hispánico. Y es que ese tipo de organizaciones han implementado ya, velada o abiertamente, una campaña contra la LR y que, paradójicamente, cuenta entre sus procederés tácticos el de intentar disputar algunas de las claves de la bóveda conceptual de la LR (el Balance; la reconstitución del PC;...) enfrentándolas a otras que están inmediatamente conectadas (por ejemplo: intento de oposición entre Balance de la experiencia revolucionaria y la tesis del Ciclo; reconocimiento de la inexistencia del PC pero negación de su coherencia estructural con la fase de reconstitución ideológica primero, y con la Guerra Popular posteriormente;...). No podemos dejar de resaltar que el enfoque realizado por nuestros adversarios significa una auténtica confesión, tan libre como involuntaria, sobre la inviabilidad de los arcaicos esquemas sindicalistas heredados acríticamente del anterior paradigma y la vitalidad del comunismo que se reconstituye contando, al modo revolucionario, con la experiencia condensada durante el Ciclo de Octubre. Pero sobre esta vertiente de la pugna con el revisionismo, que se encuadra en las especificidades de la lucha de dos líneas, tendremos tiempo de explayarnos en otra ocasión.

Aquí por el momento vamos a centrarnos en dar una pequeña muestra, pues no se agota aquí, de esa extraordinaria progresión del número de colectivos revolucionarios en nuestro país. Y qué

mejor modo de hacerlo que dando la palabra a algunos de estos destacamentos, por medio de sus propios trabajos y que observados en conjunto nos van a permitir tomar justa medida del significativo avance que las posiciones del marxismo-leninismo viven hoy en el Estado español.

El primero de los textos que pasamos a publicar es "**Las tareas hacia el comunismo**", de los camaradas de **Cèl-lula Roja** (CR). Este documento sirvió a los camaradas de CR de presentación ante la vanguardia en abril de 2014. En el mismo, los camaradas toman posición a la par que desarrollan una aguda crítica a los postulados de Reconstrucción Comunista, partiendo de su experiencia política concreta pero que pronto se sitúa sobre problemáticas de larga distancia, relacionadas con la Línea General de la Revolución Socialista y que llegan a enlazarse con algunos puntos cardinales respecto de la experiencia histórica de la Revolución Proletaria Mundial (RPM).

El siguiente documento es de **Nueva Praxis** (NP) y lleva por título "**Tomar la iniciativa. Salutación crítica al IV Congreso de Iniciativa Comunista**". Como puede intuirse, el documento de los camaradas sintetiza la crítica, desde un posicionamiento proletario, a la línea política de Iniciativa Comunista. Es digno de mención que si bien este documento en particular data del pasado verano, estos camaradas se presentaron ante la vanguardia meses antes, y vienen acompañados de una interesante estela de trabajos relacionados con diversos elementos concernientes a cuestiones estratégicas y tácticas, que sirven para animar la lucha de dos líneas entre las filas de la vanguardia y de las que una parte pueden observarse en su revista teórica "Nueva Ola".

Siguiendo el carrusel de materiales que hacen causa por la LR, en las páginas que siguen se encuentra el trabajo de RoB "**Stalin, clases sociales y restauración del capitalismo**". Este documento se centra en arrojar luz sobre una problemática tan compleja como polémica, como es la cuestión de la restauración del capitalismo en la Unión Soviética, sobre todo porque los camaradas acuden, como buenos marxistas, a la raíz del asunto, no dejándose llevar por esa fatua mezcla de sentimentalismo y fanatismo políticos de que hacen gala nuestros revisionistas cuando de aplicar el marxismo a la experiencia revolucionaria se trata.

Para cerrar este espacio dedicado a manifestar la avanzada del campo revolucionario entre la vanguardia del Estado español, presentamos el trabajo de la **Juventud Comunista de Almería** y la **Juventud**

Comunista de Zamora (JCA-JCZ) y que lleva por cabecera “**La revolución burguesa y el paradigma de la revolución proletaria**”. Un escrito que viene a indicar algo muy importante, y que nunca está de más recordar, como es la inmediata ligazón entre la decimonónica revolución burguesa y la formación del proletariado como clase social, circunstancia vital para comprender el Ciclo revolucionario de Octubre.

Lamentablemente y por motivos de espacio no hemos incluido más trabajos de estos u otros destacamentos (como podrían ser los de destacamentos de nuevo cuño como **Nueva Dirección Revolucionaria** –NDR- o **Balanz i Revolució** –BiR-)[1], que dan señal de ese vigor que trae aparejado lo nuevo y muestran que estamos ante un amplio período de articulación, dentro de las tareas que emanan de la defensiva política estratégica, entre la vanguardia revolucionaria.

Como marcábamos al principio, nuestro movimiento está aún dominado por vergonzantes posiciones que en la arena de la lucha de clases vienen a poner al proletariado bajo la bota y el pensar del capitalismo decadente, con la falsa impresión de que son los auténticos defensores de la clase obrera. Sin embargo, y como ocurriera en los tiempos en que Henri De Man y otros menguados economicistas y posibilistas como él fuesen figuras eminentes del movimiento obrero internacional, la ruptura revolucionaria es la única

opción que nuestra clase tiene para alcanzar la emancipación social. Para realizar ésta, se vuelve indispensable acometer consciente y organizadamente la reconstitución ideológica y política del comunismo, para devolver de nuevo, parafraseando a Mariátegui, al marxismo-leninismo a la categoría de luminoso sendero de la revolución. La brillante expectativa que abre el crecimiento de nuestro movimiento, nos instiga, más si cabe, a ordenar como primer afán de la vanguardia de la clase proletaria el bregar por seguir avanzando por la senda de la reconstitución del comunismo.

Movimiento Anti-Imperialista Abril de 2015

Nota:

[1] Como decimos, la publicación impresa pone cota a nuestra capacidad para publicar los trabajos de todos estos destacamentos referidos. Sin embargo, en nuestra web sí venimos publicando con asiduidad importantes escritos de estas nuevas organizaciones, así como de las que ya son familiares en estas páginas. En todo caso, estos trabajos también pueden ser consultados a través de las direcciones web de las distintas organizaciones:

RoB: <http://revolucionobarbarie.wordpress.com/>;

CR: <http://cellularoja.wordpress.com/> ;

NP: <https://nuevapraxis.wordpress.com/> ;

JCA: <http://jcalmeria.blogspot.com.es/> ;

JCZ: <http://ujcezamora.blogspot.com.es/> ;

NDR <http://nuevadireccionrevolucionaria.wordpress.com/>;

BiR: <http://balancirevolucio.wordpress.com/>



Las tareas hacia el Comunismo

El texto que exponemos a continuación es una aproximación a la síntesis del desarrollo de la lucha de dos líneas que ha dado lugar a nuestro destacamento de vanguardia, al que llamamos **Cèl-lula Roja**, especialmente desde la aprobación de la ponencia *Autocrítica y crítica sobre los estatutos* (abril de 2013).

También queremos aclarar el contenido de nuestra crítica a Reconstrucción Comunista (RC), que no podemos hacer integral, pero sí que sirva para clarificar ideológicamente la posición de Cèl-lula Roja en relación con RC, probablemente la organización más avanzada que se ha impulsado desde hace tiempo en nuestra ciudad, Valencia.

Confiamos, en definitiva, en que este documento sirva como contribución a la lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia hacia la reconstitución del partido proletario de nuevo tipo [1].



1. Construyamos el próximo ciclo revolucionario

Lenin expuso de forma sencilla el desarrollo dialéctico de la historia en el opúsculo *Carlos Marx* (1914):

«Es un desarrollo que parece repetir las etapas ya recorridas, pero de otro modo, en un terreno superior (la "negación de la negación"); un desarrollo que no discurre en línea recta, sino en espiral, por decirlo así; un desarrollo a saltos, a través de catástrofes y de revoluciones, que son otras tantas "interrupciones en el proceso gradual", otras tantas transformaciones de la cantidad en calidad»[2].

Cada una de las etapas que el desarrollo aparentemente repite es un ciclo, una vuelta de la espiral, y eso también se aplica a la Revolución

Proletaria Mundial como materia, y al marxismo-leninismo como su ideología universal.

La historia de la lucha revolucionaria del proletariado no se desarrolla linealmente, sino que tiene momentos de flujo y de reflujo. De hecho, durante el mismo ciclo revolucionario que se inició con la Revolución Bolchevique, el Ciclo de Octubre, los hubo (por ejemplo, el reflujo a partir de 1956 con la toma del poder por la burguesía en la URSS, donde restauró el capitalismo, o el flujo de 1968 marcado por la Revolución Cultural Proletaria en China). El cierre del Ciclo de Octubre alrededor del año 1990, sin embargo, no se puede describir como el inicio de un simple reflujo o retroceso dentro de un proceso continuo. Se trata de la liquidación de prácticamente toda la lucha revolucionaria (excepto un par de frentes abiertos por el maoísmo, en India y en Filipinas) y de todo aquello que había creado el movimiento comunista internacional [3] durante el Ciclo de Octubre: de la esclerosis ideológica, la descomposición y la asimilación o la destrucción de todos los partidos comunistas y de los estados que anteriormente habían sido de dictadura del proletariado o democrático-populares (y que ya no lo eran desde la subida al poder del revisionismo), lo que supuso para la inmensa mayoría de la vanguardia y de las amplias masas el fracaso del comunismo como alternativa al sistema socioeconómico capitalista, de tal forma que la influencia del comunismo sobre ellas ha menguado hasta ser insignificante. Esto supuso el final de toda la oleada revolucionaria de Octubre: por mucho que nos pese, en la etapa actual de la lucha de clases la revolución no es ya un *referente de masas*, así que la vanguardia marxista-leninista tiene la responsabilidad de restituir ese *referente de masas*, esa condición subjetiva que es el partido proletario de nuevo tipo, para iniciar un nuevo ciclo revolucionario en el que la contradicción entre trabajo y capital ejerza en la transformación de la situación concreta actual su papel principal, y marchemos hacia el comunismo destruyendo el orden social burgués.

Asimismo, es imprescindible comprender el porqué del final del Ciclo de Octubre, ya que éste ha sido producto no principalmente de la conspiración y de la infiltración de camarillas revisionistas en los partidos comunistas –tal y como los oportunistas sugieren en la actualidad, tanto los trotskistas como los «antirevisionistas»–, ni de la permanencia de elementos burgueses que todavía no habían sido destruidos en el socialismo, ni tampoco de la investida económica y militar del imperialismo, sino de la lucha de clases en el seno de la sociedad, con el factor decisivo de su expresión en el seno de la ideología marxista-leninista.

Debemos aplicar el materialismo histórico al propio marxismo-leninismo; de acuerdo con la fórmula dialéctica «uno se divide en dos», el marxismo-leninismo no es una doctrina estanca, sino una cosmovisión dinámica, en desarrollo constante (en relación con la realidad), que contiene dos aspectos opuestos: el marxismo-leninismo revolucionario (la línea revolucionaria, que es la que se mantiene coherente con los principios universales del marxismo-leninismo) y el revisionismo (la línea reaccionaria, que es la visión unilateral, superficial, etc. del marxismo-leninismo), como expresión de las contradicciones de clases en la sociedad, dado que sólo las dos clases principales y universalmente antagónicas en el capitalismo son capaces de generar una cosmovisión propia independiente. El marxismo-leninismo sólo puede avanzar y desarrollarse como ideología revolucionaria si la línea revolucionaria (tesis) intensifica la **lucha de dos líneas** con la línea revisionista (antítesis) resolviendo todas las cuestiones en litigio hasta llegar al máximo grado de antagonismo, a aquello que se conoce como identidad de contrarios (síntesis), en la que la contradicción se supera, negando la línea revisionista e incluyéndola *de un modo nuevo* (negación de la negación) para iniciar en la ideología una nueva etapa –aprendiendo de la anterior– en la que prosigue la lucha sobre una base superior, teniendo que resolver problemas nuevos, de modo que el marxismo-leninismo no se anquilosa, sino que puede continuar sirviendo como medio para la revolución proletaria; el desenlace de cada etapa, por supuesto, puede ser también el desarrollo y el avance del revisionismo (sobre todo si la lucha se relaja o se frena), a partir de cuyo predominio se derivan desviaciones burguesas que deben ser superadas y depuradas –además de recuperar la hegemonía de la línea revolucionaria en el seno del marxismo-leninismo, la cual es pre-condición necesaria, y consecuencia, para la superación de las desviaciones– para posibilitar el avance del Partido Comunista o del proceso planificado para su reconstitución, hacia el comunismo.



La lucha de dos líneas es, como hemos expuesto, la expresión de la lucha de clases en el seno de la ideología marxista-leninista, y es el motor de su

desarrollo, un motor que genera el movimiento de las contradicciones internas, el cual requiere la mediación constante de la práctica social de la vanguardia sobre las masas (la línea de masas orientada por el plan político) para funcionar, como dos aspectos de un mismo proceso, aparte de que el contenido de la ideología no es escolástico, sino que es la síntesis de la experiencia histórica de la lucha de clases, en relación con la negación de la negación de la ciencia, de la filosofía, de la cultura y de otras expresiones del saber histórico universal, para garantizar que el marxismo-leninismo no devenga un recetario estanco de tesis políticas separadas de sus realidades concretas, sino que constituya una cosmovisión totalizadora e independiente que sirva para la autoemancipación del proletariado –y, por lo tanto, para la emancipación de toda la humanidad–; como la ideología debe estar contenida en la dirección política tanto del Partido Comunista como de la vanguardia que planifica su reconstitución, esta cuestión es de cabal importancia, y más aún durante el periodo de reconstitución del Partido Comunista, que es la etapa de la revolución proletaria en la que el aspecto teórico es el principal, por la necesidad de la reconstitución del marxismo-leninismo como ideología de vanguardia para situarlo en la dirección política, de acuerdo con el aserto de Lenin «Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario» [4], para avanzar hacia el estadio superior de la praxis revolucionaria –que ejerce el sujeto revolucionario reconstituido–. La existencia de la unidad contradictoria de las dos líneas es inevitable mientras existan las dos clases antagónicas (independiente de la voluntad particular [5], por lo que la existencia de una sola línea pura que no se divide en dos no es más que un sueño) y se manifiesta no sólo en cualquier colectivo real, sino también en el modo concreto como un individuo asimila la ideología proletaria que se desarrolla en el conjunto del colectivo: ningún individuo puede tener una sola línea pura, puesto que vive inmerso en la sociedad de clases en lucha, una lucha que también se expresa en el colectivo y en cada uno de sus militantes con la existencia de ideas contradictorias y, por lo tanto, de lucha de dos líneas. El problema es la tendencia dominante del desarrollo de esa lucha de dos líneas. Cualquier debate político entre comunistas es una expresión concreta de la lucha de dos líneas –ya sea sobre cuestiones estratégicas, tácticas...–, porque toda problemática política relacionada con el movimiento revolucionario y con su reconstitución remite al problema de la ideología, y dado que todo militante comunista tiene una tendencia ideológica a la unilateralidad, a la superficialidad, al subjetivismo, al objetivismo, etc., que son concreciones complementarias y coadyuvantes de la línea revisionista; como nos enseñó Lenin, «de su esencia misma se desprende con toda certidumbre que esta

política [la política del revisionismo –Nota de Cèl-lula Roja–.] puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un tanto "nuevo", cada viraje un tanto inesperado e imprevisto de los acontecimientos –aunque este viraje sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto–, dará lugar siempre, ineluctablemente, a tal o cual variedad de revisionismo» [6]. Tampoco la unanimidad formal de todos los militantes de una organización comunista (o Partido Comunista) en torno a una sola línea política implica la inexistencia de la unidad contradictoria de las dos líneas en el seno del marxismo-leninismo: al contrario, la línea política unánime no puede sino contener expresiones políticas de ambas líneas, ya sea abierta o encubiertamente, así que esos militantes deberán esforzarse en identificar la línea revisionista para combatirla. Por lo tanto, no se trata de crear y promover fracciones en el seno del movimiento político para que luchen entre sí, o de permitir la coexistencia del marxismo-leninismo con las desviaciones, sino de esforzarnos en todo momento en el ejercicio por todos (desde los dirigentes hasta las bases) de **la crítica y la autocrítica científicas**, en identificar todas las contradicciones y en intensificar la lucha por superarlas con profundidad –dado que la lucha es el aspecto universal y principal de toda unidad contradictoria–, y no parcialmente, pretensión que sólo sería coherente si no comprendiéramos que no se trata de simples deficiencias, ni de simples errores y desviaciones que depurar. El revisionismo no es un agente externo que, disfrazándose de revolucionario, embauca a los verdaderos marxista-leninistas hasta convertirlos en agentes ajenos al marxismo-leninismo ni se limita a combatir con ellos hasta derrotarlos políticamente y militarmente. Sólo manteniendo la vigilancia principalmente respecto al aspecto negativo del marxismo-leninismo y la hegemonía de la línea revolucionaria, podremos impedir que el revisionismo avance y que, como consecuencia, surjan desviaciones burguesas, sobre las que podamos hacer una vigilancia efectiva –gracias a la vigilancia principal, que es, como hemos dicho, sobre la contradicción interna de la ideología comunista–. Así pues, la posición mayoritaria en un debate no tiene que conformarse en ganarlo sabiendo que la minoría deberá aceptar la decisión hegemónica para actuar en unidad: tanto la mayoría como la minoría deben intensificar y continuar la lucha –en torno a la síntesis de la experiencia histórica– hacia la identidad de contrarios antes de tomar una decisión, en la que, una vez tomada, la minoría, definitivamente, deberá supeditarse a la mayoría; si la línea revolucionaria no supera a la revisionista porque la minoría es ignorada o purgada, se hace una negación mecánica y el marxismo-leninismo no se desarrolla hacia un estadio superior para avanzar. Como vemos, la concepción dialéctica de la lucha de dos líneas no permite la

convivencia de clases en el Partido y en la sociedad, sino que precisamente promueve su lucha; lo que permite la convivencia de clases es, paradójicamente para los «monolíticos», la concepción del marxismo-leninismo como un ente sin contradicciones en su seno que combate contra ideologías ajenas que no tienen ninguna influencia sobre el ámbito interno del marxismo-leninismo, como si éste se pudiera aislar de la sociedad y de las ideologías con las que combate, en vez de comprender que las contradicciones externas actúan a través de las internas y que, por lo tanto, deben llevar el antagonismo de estas contradicciones internas hasta a su extremo, que es la identidad de contrarios (la síntesis), para superarlas. La creencia de que el enemigo es únicamente externo (o *interno* bajo las órdenes de un enemigo externo, o externo infiltrado) o la reducción del problema a las desviaciones consiguientes, responden a la fórmula metafísica «dos se combinan en uno», la cual predomina en el movimiento comunista actual (incluso en el maoísta), centra la vigilancia en las contradicciones secundarias y obvia la contradicción principal, que en última instancia es la que conduce al movimiento comunista a devenir reaccionario –y al cobijo de desviaciones más y más difícil de detectar–, pues la ideología se sitúa en la dirección de la política. Así ocurrió en todas las experiencias de restauración del capitalismo en el socialismo –he aquí la necesidad del balance crítico del Ciclo de Octubre–, si bien la nueva burguesía burocrática hubo de recurrir a acciones militares para consolidar y defender su poder. Si lo explicamos centrándonos en el aspecto ideológico en relación con el resto de la realidad material, el movimiento comunista restauró el capitalismo porque no hizo la lucha ideológica con suficiente profundidad (relajó la lucha de dos líneas, como decíamos más arriba) para superar la base ideológica preponderantemente revisionista de la Segunda Internacional, superación que era imprescindible para poder resolver los nuevos problemas que requería la construcción del comunismo (el surgimiento de la burguesía burocrática, etc.), sin tener ninguna experiencia anterior en esta obra de la que aprender, y las dificultades de un país todavía muy atrasado económicamente y azotado por la destrucción material de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra Civil, de modo que se agotaban las bases ideológicas de la dominación del aspecto revolucionario sobre el reaccionario (la cual había construido en las anteriores etapas de la lucha de dos líneas) y, como resultado, el marxismo-leninismo se veía obligado a volver cada vez más a las fórmulas viejas, las correspondientes a la fase pre-monopolista del capitalismo –las cuales defendía el revisionismo–, haciéndose compatible con la existencia de desviaciones y con las carencias del combate por erradicar las condiciones que permitían la existencia y la escalada de la burguesía burocrática. No

bastaba con purgarlo, por muy *profundas* que fueran las depuraciones, ya que incluso algunos jefes del proletariado revolucionario que habían sido consecuentemente revolucionarios en el pasado, devinieron reaccionarios en el curso de la lucha de dos líneas. Si, en cambio, el aspecto revolucionario se mantiene en la posición principal en el seno de la ideología comunista –como resultado de la lucha de dos líneas–, ésta (mediante instrumentos políticos) podrá luchar como unidad contradictoria revolucionaria contra la ideología burguesa (incluidas las desviaciones, a las que podrá purgar) y servirá como medio para la lucha de clases hacia el comunismo, que no es sólo o principalmente ideológica, aunque debe ser consciente, sino una lucha por la transformación total de la sociedad [7].



La derrota de la revolución proletaria en el Ciclo de Octubre es total y profunda, ideológica, porque la formulación del marxismo-leninismo actualmente existente no es capaz de resolver las problemáticas teórico-prácticas que la lucha de clases plantea al proletariado (condición indispensable para ser efectivamente ideología de vanguardia) para retomar su misión emancipatoria; la etapa en la que nos encontramos ahora presenta problemas ideológicos nuevos de carácter principal, inéditos en la historia de la lucha de clases, pero sólo podemos aprender cómo resolverlos a partir del estudio científico de toda la experiencia histórica de la lucha revolucionaria del proletariado en el Ciclo de Octubre para poder resolver esos problemas. Al mismo tiempo, la **superación** por el marxismo-leninismo de las premisas de sus formulaciones en el Ciclo de Octubre que no eran coherentes con sus principios universales (las cuales tenían características comunes), mediante la lucha de dos líneas, nos debe permitir abrir una nueva etapa (cualitativamente superior) en nuestra propia ideología con el fin de superar materialmente la actual etapa entre ciclos revolucionarios abriendo uno nuevo (con una posición de conciencia superior) con la garantía de que el proletariado llegará a una posición más elevada que en el anterior ciclo, ya que la ideología se sitúa en la dirección del movimiento y es, por lo tanto, el punto

de partida para reconstituir el sujeto revolucionario asegurando su independencia política, mediante la lucha de dos líneas. Si no comprendemos la necesidad del balance del Ciclo de Octubre mediante la lucha de dos líneas, permitiremos que la formulación histórica concreta del marxismo-leninismo (con predominio revisionista, nacido de las propias limitaciones de la línea proletaria) que nos ha legado el ya cerrado ciclo revolucionario sea la que dirija el intento de reconstruir el movimiento comunista sin hacerlo sobre unas bases ideológicas superiores a las que nos llevaron a la derrota total (porque predominaba el revisionismo), las cuales eran hasta cierto punto necesarias en el Ciclo de Octubre, pero que ahora debemos superar históricamente para poder impulsar un nuevo ciclo revolucionario; eso no quiere decir que debemos superar el marxismo-leninismo ni que pretendamos «volver al Marx original» (al marxismo primigenio, tal y como se desarrolló en la fase pre-monopolista del capitalismo), ya que aún nos encontramos en la última fase del capitalismo, que es el imperialismo, sino que el desarrollo de la lucha de clases como base material determina que debemos estudiar la formulación concreta del marxismo-leninismo en el Ciclo de Octubre desde los principios del marxismo-leninismo, que continúan vigentes, para recuperar su posición de ideología de vanguardia (**reconstitución ideológica del comunismo**). Es indispensable que los comunistas estudiemos las limitaciones históricas de partida (inevitables en cierta medida por la falta de condiciones para superar la formulación del marxismo en el capitalismo concurrencial, en la época del ascenso del capitalismo, de la revolución burguesa y de la formación del proletariado como clase *en sí*) de las diversas formulaciones del marxismo-leninismo y de la práctica histórica que se hicieron en el Ciclo de Octubre con la referencia del bolchevismo para comprender cómo nos llevaron a la derrota, y no reducir el balance del Ciclo de Octubre a un catálogo de errores como si se pudiera separar la formulación de la ideología del proletariado del desarrollo histórico de la lucha de clases. Como decíamos más arriba, debemos aplicar el materialismo histórico a los propios revolucionarios, en vez de hacer énfasis en su gloriosa biografía o justificar ciegamente todo aquello que dijeron e hicieron. Debemos hacer un balance integral del Ciclo de Octubre, es decir, un balance que integre todos los balances anteriores (los balances de Lenin, Stalin, Mao, etc.), un balance de la revolución en China –incluyendo la revolución cultural en el socialismo– y otro de la Albania socialista que expliquen nuestra propia derrota, etc., que tome en consideración las soluciones y los planteamientos de los que supieron mantener la perspectiva del comunismo, y que nos sirva para comprender el colapso de todo el movimiento comunista internacional, incluyendo el maísmo, que mientras

que ha protagonizado las únicas experiencias revolucionarias después del fin del Ciclo de Octubre, algunas de éstas ya se han colapsado y han perdido el horizonte del relanzamiento (ver los casos de Nepal y del Perú, con sus complejidades respectivas), puesto que el maoísmo comparte parte de las premisas ideológicas que fueron hegemónicas en el Ciclo de Octubre, las cuales lo llevaron a la derrota. Tenemos claro que el mejor homenaje que podemos hacer a los revolucionarios del Ciclo de Octubre es ser críticos con su concreción del marxismo-leninismo tal y como lo fueron ellos respecto a las formulaciones concretas que ellos recibieron, para volver a iniciar la revolución proletaria, esta vez sobre una base superior. Tenemos que combatir, pues, contra toda condena de la crítica y la autocrítica marxista-leninistas, ya que aceptar tales condenas convierte al marxismo-leninismo en un dogma muerto, y no en una guía viva para la revolución proletaria.

Uno de los problemas que la vanguardia debe resolver en el balance del Ciclo de Octubre es el porqué del logro de la hegemonía del revisionismo en el movimiento comunista, tanto en los estados de dictadura del proletariado como en el ámbito mundial, y de la restauración consiguiente del capitalismo. Sobre la experiencia soviética, celebramos que Juan Mesana García (RC) declare:

«Algunos análisis de organizaciones comunistas fijan el principio del fin de la URSS en los breves gobiernos de Andropov y Chernenko, y, a la muerte de ambos, la subida al poder por un solo voto de Mijaíl Gorbachov. Analizan estos hechos como si la caída de la URSS fuera un producto de la mala suerte, como si de repente el 11 de Marzo de 1985 los traidores a la revolución hubieran llegado de golpe a la jefatura del partido, por un golpe de mala suerte, por la muerte prematura de sus dos antecesores.

Nosotros lo analizamos de forma dialéctica. La caída de la URSS y la derrota del socialismo no fue una cuestión acaecida de la noche a la mañana, ni siquiera de unos pocos años. Hay que retrotraerse al propio inicio de la revolución, a los errores que se cometieron desde un principio, y a la lucha de clases que se desarrolló dentro del propio Partido, que se agudizó tras la segunda guerra mundial y la muerte del camarada Stalin.» [8]

No obstante, Mesana sólo destaca la oposición (y el destrozamiento material consiguiente) de capas de la burguesía que habían sido suprimidas en momentos anteriores (la gran burguesía y los terratenientes en el Comunismo de Guerra, y los *kulaks* en la lucha por la colectivización agraria) y el efecto de factores externos

secundarios (como la gran destrucción material de la Segunda Guerra Mundial en la URSS) como determinantes de la subida al poder del revisionismo, la cual no conseguiría hasta el XX Congreso del PCUS: como *motor* de este proceso en el marco de la burocratización del PCUS (como si la burocratización no fuera un síntoma de un problema más profundo). Y sobre la aceptación por la mayoría del movimiento comunista internacional de este XX Congreso, se refiere a la cobardía de sus dirigentes, como si ésta no respondiera a una posición de clase reaccionaria. En otro artículo [9], Mesana lo analiza como un problema que incluso se podría haber evitado si el llamado «grupo de los anti-Partido» no hubiera cometido errores tácticos, como si no hubiese un problema más profundo que no se podía solucionar a base de purgas –si bien es cierto que éstas eran necesarias–, las cuales, de todas formas, se habían continuado haciendo.



Ninguno de estos artículos señala la cuestión cabal del surgimiento y del ascenso, sobre la continuación de la división social del trabajo, de la nueva burguesía burocrática en el seno de los aparatos del Partido y del Estado de dictadura del proletariado, en un proceso que se produjo en todos los estados socialistas [10]. Es ésta la clase social que representaba la camarilla de N. Jrushchov, que consolidó su poder por medio de maniobras militares. Desde Cèl-lula Roja, entendemos que ésta es la base material sobre la que surgió y se desarrolló, en el socialismo, la línea revisionista a partir de las limitaciones de la línea revolucionaria y en lucha con ésta (y sobre la base material de la burguesía burocrática) y para explicar en última instancia la restauración del capitalismo en la URSS y en todas las experiencias del socialismo, así como para planificar las tareas necesarias para combatirla en el próximo ciclo revolucionario, y

continuar revolucionarizando la revolución para extinguir el derecho burgués y la división social del trabajo, hacia el comunismo, así que emplazamos a RC a ser crítica sobre esta cuestión, que no trataremos en este documento. Por supuesto, ello supondría que RC debería ser crítica no sólo con la Revolución Cultural Proletaria de China, sino también con el PCUS en la época de Stalin, ya que éste nunca tuvo en cuenta la existencia de la burguesía burocrática, limitándose a explicar las contradicciones en la sociedad a partir de la persistencia de ideas viejas, correspondientes a bases materiales ya extinguidas, porque los grupos sociales antiguos estarían haciendo una resistencia más viva. También hay que tener en cuenta que, en la URSS y en todas las experiencias del socialismo, permanecen no sólo la división social del trabajo y el derecho burgués, sino también una abundante pequeña burguesía rural, que en la URSS se encontraba en los *koljoses* (ejemplos de apropiación privada colectiva) y, por lo tanto, también la producción mercantil, si bien Stalin consideraba que los campesinos no eran una clase antagónica a la clase obrera soviética, sino una «clase amiga», posteriormente a la colectivización agraria [11].



2. Asumamos la tarea de reconstituir el Partido Comunista: la necesidad del plan político

Como hemos dicho más arriba, la presente etapa de la lucha de clases –que se inició en el final del Ciclo de Octubre– se caracteriza, en primer lugar, por que el proletariado no revoluciona la sociedad hacia el comunismo pese al estado de maduración de la crisis general del capitalismo que es su fase imperialista, en la que existen globalmente las condiciones históricas objetivas necesarias para la revolución proletaria, pero esas condiciones generan también la contratendencia a la reestructuración del capital. La derrota del Ciclo de Octubre demuestra la robustez y la capacidad de reestructuración y de asimilación del capitalismo en su fase superior. Así pues, la reestructuración actual es necesaria por la agudización de las contradicciones

internas del sistema imperialista, pero es posible gracias a la ausencia de movimiento revolucionario. Como decimos, en la actualidad el movimiento obrero espontáneo, que está dominado absolutamente por la ideología burguesa –ya que la ideología proletaria no tiene nada de influencia [12]– y no tiene la revolución como *referente*, se mantiene desmovilizado o genera luchas que muestran su escisión en dos alas en el imperialismo: o protestas, ataques y revueltas alejadas de las ilusiones burguesas de conseguir *derechos sociales* mediante los mecanismos del capital (protagonizadas por las masas hondas y profundas del proletariado), o bien luchas de resistencia (protagonizadas por la aristocracia obrera o la pequeña burguesía) que no intentan otra cosa que *mejorar* parcialmente su existencia en el imperialismo (contra sus efectos, y no contra sus causas). Por lo tanto, en ambos casos sus luchas reproducen su condición de clase subalterna (de clase *en sí*, económica, que no puede ser antagónica a la burguesía) en las relaciones sociales capitalistas, en vez de subvertirlas, y dichas luchas siempre pueden ser utilizadas por una u otra facción de la burguesía como soporte político para fortalecer su posición en las contradicciones interburguesas, las cuales son las principales actualmente en el Estado español. En las luchas espontáneas, el proletariado adquiere conciencia de clase *en sí*, la que lo obliga a situarse en el marco político burgués, sin poder reconstituirse como una clase revolucionaria independiente (antagónica a la burguesía), ya que no hay línea de continuidad entre la conciencia de clase *en sí* y la conciencia de clase revolucionaria (lo cual es una lección que forma parte de la síntesis de la experiencia histórica del Ciclo de Octubre); este hecho determina que el proletariado no sea revolucionario en ausencia del Partido Comunista, puesto que su obra de autoemancipación no lo lleva a construir una nueva sociedad de clases –que es adonde han conducido hasta ahora cada una de las crisis generales de las sociedades de clases–, sino a romper con la historia anterior de las sociedades de clases, y extinguir las clases sociales para crear una nueva sociedad, así que la revolución proletaria sólo puede ser un **acto consciente** de su misión histórica para poder vincular sus medios de lucha en cada momento con su fin. La victoria del comunismo depende, pues, de la lucha de clases en toda su complejidad, como **totalidad social** de actuación revolucionaria, y el marxismo(-leninismo), como ideología independiente, es, en definitiva, el medio que permite que el proletariado devenga independiente políticamente, la cual es tanto la condición previa como la consecuencia de su reconstitución como movimiento revolucionario hacia el comunismo. En cambio, la confianza en el desarrollo económico espontáneo del sistema capitalista –la cual fue hegemónica durante el primer ciclo revolucionario– para impulsar la lucha de clases,

conduce a la clase obrera a la asimilación por el imperialismo.



A pesar de que es el mismo proletariado revolucionario quien ha de emanciparse, ya hemos dicho que en su movimiento espontáneo de resistencia no puede adquirir conciencia revolucionaria. Corresponde a su vanguardia la responsabilidad de realizar las tareas que doten a sí misma y al resto del proletariado de conciencia revolucionaria, y sólo puede desarrollar la ideología comunista desde fuera del movimiento espontáneo de resistencia. Tal y como nos muestra la experiencia histórica en el capitalismo monopolista, la revolución proletaria no llegará en forma de regalo divino por habernos limitado a acumular fuerzas *de masas* pacientemente. Éste es el problema: no existe la vanguardia marxista-leninista [13] (aspecto subjetivo) que posea vínculos con las grandes masas de la clase obrera [14] (aspecto objetivo), los cuales le deberían permitir revolucionar las amplias masas desde la conciencia para elevarlas a la posición de vanguardia revolucionaria; dicho de otra forma, no existe el Partido Comunista en el Estado español. Como vemos, el factor subjetivo no está separado del factor objetivo, sino que el primero transforma conscientemente y planificadamente (políticamente) al segundo para transformarse a sí mismo y reconstituir así el sujeto revolucionario. Por lo tanto, la vanguardia marxista-leninista debe construir los vínculos ideológicos con las masas—mediante mediaciones políticas sucesivas en que se concreta la **línea de masas**— para construir sobre ellas firmes vínculos organizativos, teniendo en cuenta que «La estructura de cualquier organismo está determinada, de modo natural e inevitable, por el contenido de la actividad de dicho organismo.» [15]. No obstante, la mayoría del movimiento comunista no aprehende la tesis leninista de «la conciencia desde fuera» (que es fundamental para la reconstitución del sujeto revolucionario), y continúa empantanado en la pretensión idealista, intelectualista, de pegar a la vanguardia marxista-leninista con las amplias masas

sin construir estos vínculos, de conquistar a las masas directamente desde la ideología sin ninguna mediación que cree las condiciones políticas que hagan posible la revolucionarización de cada vez más círculos de masas apoyándose la vanguardia marxista-leninista sobre los que ya han sido revolucionados, que empiece por superar, mediante la lucha de dos líneas, la contradicción con las masas que, por el estado actual de desarrollo de la ideología marxista-leninista y de la vanguardia que la porta, pueden más fácilmente aprehender la ideología revolucionaria en el momento actual: la llamada *vanguardia teórica*, que, por efecto de la división social del trabajo que debemos superar en el comunismo, tiene unas problemáticas con implicaciones teóricas más profundas que la *vanguardia práctica*, lo cual no quiere decir que la *vanguardia teórica* carezca de práctica o que haya que conquistarla sólo con la teoría, sino que su aspecto principal en relación con el plan político de reconstitución es el teórico, mientras que el aspecto práctico es el principal en el contenido de la *vanguardia práctica* en relación con el plan. Más abajo expondremos la serie de contradicciones principales sucesivas que la vanguardia marxista-leninista debe superar. La mayoría de los *comunistas*, como decimos, asumen sin crítica la posición materialista mecanicista que dominó en el Ciclo de Octubre: creen que el hundimiento espontáneo del capitalismo es inevitable, así que su actividad práctica consiste en la acumulación de fuerzas *de masas* en torno al sindicalismo y otras luchas espontáneas de resistencia (sin distinguir calidades entre las masas) o en excitar a *las masas* mediante el terrorismo individual, todo ello intentando que descarrilen de la vía de reproducción del orden social capitalista, lo cual no pueden hacer precisamente porque falta el Partido Comunista, el cual debemos reconstituir. Es decir, carecemos de las condiciones subjetivas para hacerlo posible; debemos reconstituir el Partido Comunista como movimiento revolucionario, como sujeto colectivo revolucionario que revoluciona las luchas espontáneas desde la conciencia, transformándolas en lucha por la dictadura del proletariado hacia el comunismo. El Partido Comunista, pues, no aglutina mecánicamente luchas espontáneas de resistencia en un «Frente de Masas» dirigido por él mismo con la pretensión de coordinarlas o supeditarlas a la lucha por el socialismo, dado que la lucha de clases ha llegado a un alto grado de desarrollo histórico, con la maduración del proletariado y la capacidad del imperialismo de asimilar las luchas espontáneas de resistencia y, además, la revolucionarización del contenido de las masas transforma también su forma de organizarse: las grandes masas, con la mediación del Partido Comunista, se organizan en los órganos de nuevo poder. El partido de nuevo tipo es el instrumento político que requiere nuestra clase para superar la

contradicción entre esas luchas y la ideología marxista-leninista, reconstituyendo el movimiento de autoemancipación revolucionaria del proletariado, que conduce a la emancipación de toda la humanidad en el comunismo: al extinguir las clases, supera también la contradicción social de género, la opresión nacional, etc.



Volvamos a la cuestión que nos ocupa. La tesis leninista de «la conciencia desde fuera» consiste en que, si bien la vanguardia no puede perder de vista al movimiento espontáneo de resistencia para aprender en el proceso de desarrollo de la ideología comunista (la línea de masas va principalmente de la vanguardia a las masas, pero al mismo tiempo de las masas a la vanguardia), no responde a las necesidades inmediatas del movimiento espontáneo de resistencia, —que son las de las masas en tanto que espontáneas, preocupadas por sus propias condiciones de existencia—, sino a la síntesis de toda la experiencia histórica de la lucha de clases, en relación con la negación de la ciencia, de la filosofía, de la cultura y de otras formas del saber histórico universal —que son los que se relacionan con los problemas nuevos que requiere el proletariado para reconstituirse como sujeto revolucionario—. En el siglo XIX, en la época del capitalismo premonopolista y de la formación del proletariado como clase *en sí*, fue principalmente un sector desclasado de la intelectualidad revolucionaria de origen socioeconómico burgués o pequeño-burgués el que hizo esa síntesis teórica, pero en el estado actual de la lucha de clases debe ser principalmente un sector escindido de la vanguardia del proletariado quien inicie la reconstitución del Partido Comunista desde fuera del movimiento espontáneo de resistencia, empezando con la tarea principal de restituir la posición de ideología de vanguardia para el marxismo-leninismo, la reconstitución de la ideología proletaria, la cual permite a la vanguardia marxista-leninista avanzar en la reconstitución política, y se correlaciona con el plan de educación de cuadros comunistas en la lucha de dos líneas, que dote a cada uno de ellos de una concreción de esa cosmovisión totalizadora y que, por lo tanto, adquieran la perspectiva suficientemente elevada para no perder nunca la orientación estratégica hacia el fin

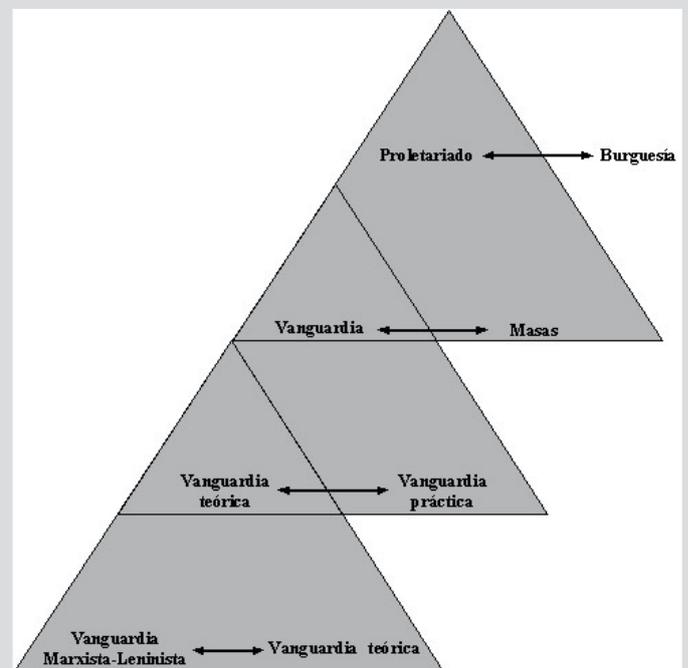
de la autoemancipación revolucionaria del proletariado.

En conexión con esta tarea de reconstitución ideológica (para asegurar la vinculación de la táctica en cada momento con el fin del comunismo), cada uno de los diversos destacamentos *de vanguardia* debe trazar un plan político que ordene todo el proceso de reconstitución del Partido Comunista de modo que el desempeño de las tareas más sencillas, más a nuestro alcance, nos dote de la capacidad de acometer las tareas siguientes, más dificultosas; un plan de acción política que sea coherente con la síntesis teórica que les va proporcionando el balance del Ciclo de Octubre —que tiene que estar incluido como tarea ideológica en el plan político en relación con las tareas políticas, además de necesitar un plan para la educación de los cuadros comunistas—, para revolucionar la contradicción con cada conjunto de círculos de masas desde la conciencia revolucionaria mediante la línea de masas, el contenido de la cual varía en cada fase de la reconstitución. El objetivo del plan para la reconstitución es la superación sucesiva de las contradicciones que median entre la vanguardia marxista-leninista y las amplias masas, las cuales son el sistema de contradicciones que superar para reconstituir el partido de nuevo tipo. La línea de masas planificada tiene que vincular a la vanguardia marxista-leninista (como aspecto principal) con el conjunto de círculos de masas (definidos cualitativamente por el nivel de desarrollo de la vanguardia marxista-leninista y por el grado de proximidad a la ideología comunista en concretización creciente) que corresponda a cada fase del proceso de reconstitución del Partido Comunista, con tareas específicas para cada fase que creen las condiciones para emprender las tareas de las fases subsiguientes, ya que las masas no se definen mecánicamente como una masa homogénea que funciona como receptáculo donde la vanguardia puede guardar la conciencia para dirigir las. Las masas tienen diferentes niveles cualitativos en relación con su proximidad al socialismo científico, así que la vanguardia revolucionaria tiene que planificar la línea de masas de tal modo que ésta priorice un nivel cualitativo específico en cada momento, dependiendo del estado de desarrollo de la ideología marxista-leninista y de su movimiento político. Por lo tanto, este plan de acción política debe anticipar cuáles serán las contradicciones principales sucesivas que tendremos que superar, y planificar como consecuencia una serie de fases de desarrollo en la que la realización de un conjunto de tareas en la práctica social (para superar la contradicción con un conjunto de círculos de masas) nos da fuerzas e impulsa una concretización del contenido ideológico suficiente para permitirnos afrontar las tareas que contiene la fase inmediatamente superior (para superar la contradicción con un conjunto de círculos de masas más lejano que el anterior respecto a los principios del marxismo-leninismo), y

así sucesivamente, es decir, «el propio educador necesita ser educado» [16]. He aquí cómo el desarrollo teórico no se puede separar del desarrollo práctico, cómo la teoría y la práctica se transforman mutuamente como dos aspectos de un mismo proceso, cómo no debemos plantear tareas teóricas separadas de las tareas prácticas, sino que todas las tareas ligen la teoría y la práctica, aparte de que la aplicación del plan nos permite contrastar con la realidad su validez, combatiendo tanto el teoricismo como el practicismo. Además de la concretización creciente de la ideología, la revolución de cada contradicción construye vínculos ideológicos que permiten la elevación de ese círculo de masas a la posición de vanguardia marxista-leninista, así que la construcción de un vínculo organizativo sobre ese vínculo ideológico permite que el círculo de masas pase a formar parte del sujeto que reconstituye el partido de nuevo tipo. Con este proceso, avanza la reconstitución ideológica del comunismo, que es la recuperación de la hegemonía del marxismo-leninismo en el seno de la vanguardia.

La misma aplicación de ese plan de acción política nos debe permitir delimitar ideológicamente y políticamente los campos de la revolución y de la contrarrevolución, mediante la lucha de dos líneas en torno al balance del Ciclo de Octubre con la que se van transformando mutuamente desde la ideología los diversos destacamentos de vanguardia. El avance de esta etapa es imprescindible para ir distinguiendo a la vanguardia marxista-leninista de las diversas fracciones de *vanguardia teórica* que no asumen el marxismo-leninismo en la formulación que requiere la actual etapa de la lucha de clases. A medida que este proceso de superación y delimitación esté suficientemente maduro, los vínculos ideológicos que resultan sirven de base sobre la que la vanguardia marxista-leninista va estableciendo vínculos organizativos entre sí hasta que consiga la unidad ideológica y, como consecuencia, la unidad organizativa (ejerciendo el centralismo democrático) para trazar un solo plan político para la reconstitución del Partido Comunista, obteniendo la unidad de acción en torno a ese plan, sin cesar nunca en la lucha de dos líneas como motor del proceso, que permite que la unidad no sea falsa. Si bien esta unidad todavía no culmina la reconstitución del partido de nuevo tipo, se trata de un avance indispensable en el camino hacia este fin, siempre que se haga siguiendo el proceso que hemos indicado, claramente diferenciado de la confluencia voluntarista que propugnan los oportunistas de la «unidad comunista» (PTD, UP, PTE-ORT, CC-27S, MDT en los «Países Catalans», etc.), con la que pretenden «reconstruir» o «reconstituir» el «Partido Comunista» como organización de la vanguardia externa a las masas. De hecho, si bien el proceso de construcción de vínculos ideológicos no está suficientemente avanzado y clarificado para crear

una sola organización en unidad de acción en torno a un solo plan, sí está suficientemente avanzado para «**levantar un referente de vanguardia marxista-leninista**, de la izquierda anti-revisionista del movimiento, que sea capaz de empezar a disputarle la hegemonía ideológica en el seno de la vanguardia al revisionismo» en torno a los elementos de la línea política general que vamos extrayendo del balance del Ciclo de Octubre [17], tal y como propone el Movimiento Anti-Imperialista (MAI), siempre que éste se fundamente sobre la lucha de dos líneas con el fin de que la unidad dialéctica en torno a este referente no sea ficticia, sino real, y sirva para intensificar la lucha, dotando a ese referente, por ejemplo, de un órgano de expresión que refleje claramente la lucha de dos líneas que hay en el seno de la vanguardia marxista-leninista, de encuentros conjuntos para canalizar la lucha de dos líneas y de una coordinación para la defensa de esa línea política general.



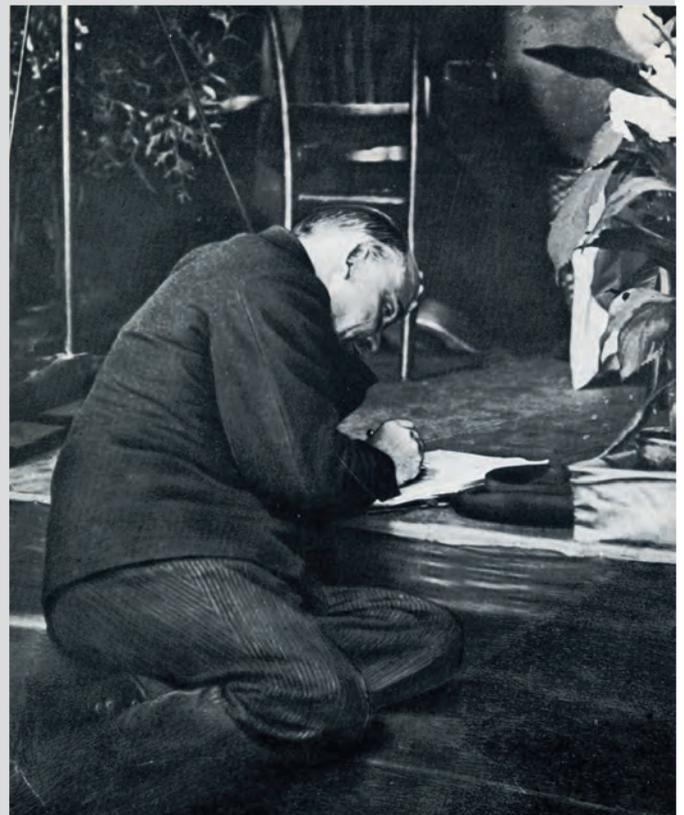
3. Tracemos el plan para la reconstitución del Partido Comunista como proceso social objetivo consciente, planificado y concéntrico

Para superar las premisas ideológicas y la práctica histórica del Ciclo de Octubre, es indispensable que hagamos el balance de la experiencia ideológica y política de este ciclo revolucionario mediante la lucha de dos líneas, extrayendo las lecciones necesarias para la línea táctica de reconstitución del Partido Comunista. La lucha de dos líneas en el momento actual no se basa en enarbolar las tesis políticas que los *clásicos* sostuvieron en su realidad concreta, con el fin de desprestigiar y, en consecuencia, negar mecánicamente los destacamentos de *vanguardia*

teórica que en la actualidad permanecen en formulaciones concretas del marxismo-leninismo heredadas del Ciclo de Octubre sin la pertinente crítica, para quedar ante las masas como los comunistas realmente dignos, como sus defensores más consecuentes y currentes, etc. No basta con negarlos: debemos ejercer la negación de la negación de las bases ideológicas en las que se fundamentan todos estos destacamentos de *vanguardia teórica*, con el fin inmediato de revolucionar sus círculos desde la conciencia para elevarlos a la posición de la vanguardia marxista-leninista: esta *vanguardia teórica*—que no es marxista-leninista con predominio del aspecto revolucionario pero se plantea problemas con implicaciones ideológicas profundas que atañen la revolución proletaria— deviene el objeto (las masas inmediatamente principales) sobre el que el sujeto (la vanguardia marxista-leninista) debe actuar para transformarlo con la perspectiva del comunismo, mediante la lucha de dos líneas (con los encuentros para el debate, la propaganda [18] y, en menor medida, la agitación, como instrumentos) y la construcción consiguiente de vínculos organizativos sostenidos sobre vínculos ideológicos. Hay que tener en cuenta también que siempre que los marxista-leninistas elaboremos una crítica, debemos emitirla en la forma adecuada en cada momento para que un determinado círculo de vanguardia pueda asumirla, y nos sirva así en la lucha de dos líneas para avanzar hacia la hegemonía del marxismo-leninismo con predominio del aspecto revolucionario. Conquistando cada círculo de *vanguardia teórica*, la vanguardia marxista-leninista adquiere la posibilidad de revolucionar otros círculos de vanguardia que antes se encontraban fuera de su alcance, dado que va integrando en la ideología las aportaciones interesantes (para el balance del Ciclo de Octubre y para el desarrollo consiguiente de una línea política cada vez más concreta, pero coherente con los principios del marxismo-leninismo) que extrae de la negación de la negación de los círculos de la *vanguardia teórica*: el sujeto se transforma a sí mismo a medida que revoluciona el objeto, lo que permite que el marxismo-leninismo recupere la posición de vanguardia política concreta, la posición hegemónica, y que el revisionismo y las corrientes de la ideología burguesa (posmodernismo, etc.) queden relegados así a una posición secundaria. Esta tarea, que se incluye en la reconstitución del movimiento comunista y se relaciona con las otras tareas políticas, es la que se conoce como reconstitución ideológica del comunismo.

En esta primera fase, que es la presente fase del periodo de reconstitución, existen también la contradicción entre la vanguardia marxista-leninista y la *vanguardia práctica*, y la contradicción entre la vanguardia marxista-leninista y las amplias masas, pero no es posible subjetivamente revolucionar ahora mismo estas contradicciones: sólo será posible cuando

hayamos conquistado la hegemonía del marxismo-leninismo en suficientes círculos de la *vanguardia teórica* y desarrollado una línea política concreta para revolucionar la contradicción con la *vanguardia práctica*, y sólo cuando hayamos conquistado la hegemonía del marxismo-leninismo en la *vanguardia práctica* y desarrollado el programa revolucionario (para revolucionar la contradicción con las grandes masas). No obstante, no podemos ser esquematistas: también existen individuos excepcionales que pertenecen a la *vanguardia práctica* y están especialmente predisuestos a asumir el socialismo científico y que pueden ser integrados en la vanguardia marxista-leninista antes de desarrollar una línea política concreta, todo ello mediante actividades formativas, la propaganda y la agitación; la propaganda también sirve para difundir entre las amplias masas algunos enfoques coherentes con el marxismo-leninismo sin ánimo de hacer proselitismo, sino de ir *creando opinión pública*, de preparar a las masas para conquistarlas una vez reconstituido el Partido Comunista. Participar regularmente en espacios donde abunda la *vanguardia práctica* también nos permite constatar cuándo hemos concretado suficientemente la línea política concreta para poder empezar a conquistar círculos; así podemos comprobar en la práctica inmediata la validez del plan para la reconstitución del partido de nuevo tipo y su desarrollo, lo que también podemos hacer observando que estamos conquistando círculos de *vanguardia teórica*.



A partir de la negación de la negación de la que hemos hablado, y gracias a la elaboración consiguiente

de una línea política en un proceso que avanza mediante la lucha de dos líneas, entraremos en una nueva fase (cualitativamente superior) del periodo de reconstitución, la fase en la que la vanguardia marxista-leninista estará en disposición de comenzar a revolucionar desde la conciencia algunos círculos de la *vanguardia práctica* (más próximos a la inmediatez de las amplias masas que la *vanguardia teórica*, y ajenos a las implicaciones ideológicas del hecho de asumir la revolución proletaria como horizonte), gracias a la concreción creciente de su línea política, si bien la contradicción principal seguirá siendo con la *vanguardia teórica*. Además, en esta fase la vanguardia marxista-leninista tendrá que unificarse en una sola organización a nivel estatal en los términos que lo hemos expuesto en el final del epígrafe 2. Sólo gracias a la concreción creciente de la línea política en esta segunda fase, mediante la lucha de dos líneas, la vanguardia marxista-leninista podrá entrar en una tercera y última fase en la que la contradicción principal será con la *vanguardia práctica*, a la que revolucionará mediante una lucha política concreta que sea flexible pero firmemente coherente con los principios del marxismo-leninismo, que le aporte la mediación de la propia experiencia política de la *vanguardia práctica* para poder revolucionarla desde la conciencia, con una combinación de trabajo legal e ilegal que podría incluir tanto la táctica del boicot electoral como la participación circunstancial en las instituciones de la burguesía con el fin de desenmascararlas de cara a los sectores más atrasados de la vanguardia (lo que no habremos podido hacer hasta entonces, por falta de la línea política concreta y de la cantidad suficiente de movimiento), todo ello sin perder la perspectiva estratégica que le otorga la ideología comunista en la planificación política, luchando contra los tacticismos como el electoralismo, el legalismo y el rechazo del trabajo legal. La conquista de la *vanguardia práctica* inicia la culminación de la reconstitución del partido de nuevo tipo. Y a medida que obtengamos la hegemonía del marxismo-leninismo en círculos de *vanguardia práctica* cada vez más próximos a las grandes masas y, por consiguiente, superemos la contradicción entre *vanguardia teórica* y *vanguardia práctica* –que es reflejo de la división social del trabajo en la sociedad burguesa– iremos desarrollando un programa revolucionario que supere la contradicción entre la línea política concreta –que es, a su vez, coherente con los principios del marxismo-leninismo– y las reivindicaciones y problemáticas inmediatas de las amplias masas, haciendo la negación de la negación de estas últimas y finalizando así la culminación de la reconstitución del partido proletario de nuevo tipo como fusión dialéctica entre vanguardia revolucionaria y masas o, dicho de otra forma, como relación social objetiva que fusiona la vanguardia marxista-leninista

con las masas –proceso que se concreta como sistema único de organizaciones con distintos niveles de conciencia y tareas específicas, como un conjunto de cadenas unidas por un extremo en un centro (la dirección marxista-leninista), mientras que en el otro extremo se encuentran las masas con menor nivel de conciencia, de manera que los eslabones intermedios tienen una gradación en el nivel de conciencia, más alto cuanto más próximos estén al centro, cohesionando así este sistema bajo una sola dirección por vínculos políticos sostenidos sobre vínculos ideológicos que aseguran el ejercicio del centralismo democrático, con el contenido de la elevación cualitativa de la conciencia de las masas por la vanguardia–, haciendo realidad así la tesis marxista de la autoemancipación revolucionaria del proletariado. Una vez culminada la reconstitución del Partido Comunista, mediante la propaganda y la agitación del programa revolucionario, el Partido debe comenzar a organizar, movilizar y armar a las amplias masas (empezando en los barrios más degradados de las zonas urbanas en los países imperialistas [19]) en los órganos de nuevo poder revolucionario, constituir el ejército de nuevo tipo como extensión de éstos e iniciar así la guerra civil revolucionaria. Estos órganos de nuevo poder, creados y dirigidos por el Partido Comunista, son el instrumento que permite que las grandes masas ejerzan la praxis revolucionaria, en la que el programa revolucionario se confronta materialmente con el orden social capitalista, situando la revolución proletaria como *referente de masas* y, al mismo tiempo, adquieran conciencia revolucionaria mediante su experiencia política directa en la contraposición de su nuevo poder con el viejo poder burgués, derrocando este segundo hasta la toma del poder total, en marcha hacia el comunismo. Esta mediación es imprescindible; la propaganda y la agitación solas son claramente insuficientes para conquistar a las masas por la vanguardia mediante el Partido Comunista, tal y como señaló Lenin, por ejemplo, en *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo* (1920). Por supuesto, las grandes masas que ejercen el nuevo poder o lo apoyan no sólo proceden de las masas hondas y profundas del proletariado: las masas se incorporan a medida que la revolución proletaria se desarrolla (construcción concéntrica, como en el plan para la reconstitución del Partido Comunista), y cada vez más entre esas masas se encontrarán elementos de la pequeña burguesía y de la aristocracia obrera que, comparando la dictadura del proletariado con la dictadura de la burguesía, se adherirán a la primera, como también habrá masas (de la pequeña burguesía, de la aristocracia obrera y de las masas hondas y profundas del proletariado) que lucharán en todo momento al servicio de la burguesía (incluyendo, por supuesto, a los marxista-leninistas con predominio revisionista), y que, por lo tanto,

deberán ser combatidas militarmente por el movimiento revolucionario. Por lo tanto, la línea militar proletaria contrasta tanto con los órganos de «nuevo poder» sin armas (el Frente Único del Pueblo del PCOE) –que no ejercen poder porque no pueden imponerlo sin armas– como de la ausencia de órganos de nuevo poder en la estrategia del PCE(r) –en la que sólo quedan las insuficientes agitación armada y propaganda armada–.

En resumen, hay que imaginar la etapa reconstitución del partido de nuevo tipo como tres conjuntos de círculos concéntricos con diferentes radios y con algunos saltos cualitativos entre ellos, en el centro de los cuales se sitúa el núcleo marxista-leninista que se va clarificando, reforzando y ampliando a medida que es asumido por más y más círculos, y para quien es más fácil conquistar los círculos cuanto menor sea la diferencia entre su radio y el del núcleo (que incluye los círculos ya conquistados), a los que fusiona en un círculo marxista-leninista con un radio cada vez mayor, es decir, cada vez más próximo a círculos a los que anteriormente no había podido revolucionar, para revolucionarlos. Es así como el desempeño de las primeras tareas del plan de acción política crea las condiciones para cumplir las tareas subsiguientes hacia nuestro fin estratégico, esto es, las tareas políticas subsiguientes se cumplen apoyándose en las masas que se van conquistando desde el primer momento. Un círculo no tiene por qué presentarse en la realidad como una organización delimitada, sino que puede encontrarse esparcido en más de un destacamento *de vanguardia*, en diferentes movimientos de resistencia o fuera de cualquier colectivo. Así pues, no debemos imaginar el proceso como una recta ascendente en función del tiempo, sino como una espiral en la que habrá muchos retrocesos, contratiempos y avances bruscos –como todo proceso que se desarrolla en la realidad material o en el pensamiento– en el que la vanguardia marxista-leninista debe conquistar conjuntos de círculos cualitativamente distintos y, por lo tanto, debe llevar a cabo líneas tácticas distintas para revolucionar cada conjunto de círculos en cada momento, teniendo en cuenta la calidad de cada círculo en relación con el nivel de concretización a la que ha llegado la ideología comunista, las fuerzas con que cuenta dicha vanguardia, las alianzas transitorias que puede hacer, etc.



4. Trabajo de masas comunista o culto a la espontaneida

Para empezar, leamos el manifiesto fundacional de RC Valencia, en el que demuestra que se trata de uno de los destacamentos de vanguardia más avanzados de esa ciudad. Pero, al mismo tiempo, destacamos el siguiente fragmento porque muestra sus limitaciones:

«Este escenario se refleja perfectamente en el contexto del Estado español, donde proliferan grupúsculos autodenominados “revolucionarios” que no suponen ningún tipo de amenaza para las estructuras de poder del Estado burgués. Esto comporta que, incluso en plena agudización de la crisis del imperialismo, no haya habido un movimiento revolucionario organizado capaz de aprovechar condiciones objetivas que puedan ser susceptibles de acelerar el derribo del capitalismo. En resumen, si bien se dan bastantes condiciones objetivas para que estalle la revolución, falta la preparación de las condiciones subjetivas que las materialicen. Es por eso que los revisionistas siguen en las poltronas institucionales esperando la llegada espontánea de una insurrección que nunca llegará por falta de organización y de dirección.» [20]

Dejando de lado si son muchas o pocas las condiciones objetivas (económicas, etc.) que se dan ahora para que «estalle la revolución» proletaria, las cuales son una constante en el imperialismo –pero sólo si se comprende que, aun así, la revolución proletaria sólo puede realizarse si el factor subjetivo transforma el factor objetivo para reconstituir el Partido Comunista, lo que sólo puede hacerse en las condiciones objetivas históricas del imperialismo–, en este fragmento llama la atención la crítica al insurreccionalismo que se encuentra en el ideario revisionista, del que hablaremos más abajo, y la apelación implícita a construir «un movimiento revolucionario organizado capaz de aprovechar condiciones objetivas que puedan ser susceptibles de acelerar el derribo del capitalismo». En esta cláusula se encuentran las condiciones subjetivas que hay que construir para que «estalle la revolución» (el «movimiento revolucionario organizado»); hasta aquí, queda todo claro, pero también dice que éste debe «aprovechar» esas condiciones objetivas para «acelerar el derribo del capitalismo». Esto último puede tener dos significados: *a)* que una vez iniciada la revolución proletaria, su triunfo sería más rápido si se iniciara en la coyuntura actual de crisis económica que en una época de bonanza económica del imperialismo occidental como la de hace diez años; *b)* que la misión histórica de los comunistas es acelerar el proceso

inevitable de derribo del capitalismo, el cual ocurriría igualmente tarde o temprano si los comunistas no crearan conscientemente las condiciones subjetivas, así que éstos se limitan a conducir ese proceso por un atajo menos duro –una idea en la que insistió reiteradamente, por ejemplo, Stalin en *Brevemente sobre las discrepancias en el Partido* (1905)–. No discutiremos sobre el caso *a*, pero en el caso *b* encontraríamos la creencia, fundamentada en la base ideológica del materialismo vulgar, en que la revolución proletaria es inevitable. Si bien el manifiesto de RC Valencia asevera en el mismo párrafo que no se puede esperar que llegue espontáneamente una insurrección, porque esto no ocurrirá nunca, no habla del contenido de conciencia que debería tener el movimiento revolucionario, que es la cuestión principal, sino de la estructura organizativa del movimiento, así que podría referirse a la espontaneidad en oposición a la organización y la disciplina, en lugar de la espontaneidad en oposición (oposición en relación dialéctica) a la conciencia, así que abre la puerta a la creencia en que el papel de los comunistas puede limitarse a *dirigir* e imbuir disciplina esperando el momento oportuno para el *putsch*. Contrastémoslo, pues, con un artículo de Mesana (militante de RC a quien ya nos hemos referido), que se encuentra publicado en *De Acero* (la revista teórica de RC) y que se expresa de forma clara sobre esa cuestión:

«La clase obrera es la productora de la riqueza y sigue oprimida por la burguesía por tanto es históricamente inevitable que se emancipe y pase a dominar la superestructura de poder, por lo que sigue siendo la clase revolucionaria y transformadora.» [21]

Si bien es cierto que el proletariado es «la clase revolucionaria y transformadora» en el imperialismo desde una perspectiva histórica global –esto es, nos encontramos en la era del imperialismo y de la revolución proletaria–, ni el proletariado ni ninguna otra clase se articula políticamente como sujeto revolucionario en la presente situación concreta, sino que tenemos que crear ese sujeto (reconstituirlo), y a pesar de que en el imperialismo se dan las condiciones objetivas necesarias para la revolución proletaria, no es «históricamente inevitable que se emancipe y pase a dominar la superestructura de poder», ya que es la lucha de clases (el motor de la historia) la que determina que se produzca la crisis revolucionaria, que la revolución proletaria haga caer al capitalismo y que ésta avance hacia el comunismo. La lucha de clases tiene un aspecto objetivo, pero también un aspecto subjetivo-práctico, y éste es precisamente el que determina principalmente la revolución proletaria transformando al aspecto objetivo para transformarse a sí mismo y reconstituir así el movimiento revolucionario, que, como hemos dicho, sólo puede ser

un acto consciente, no espontáneo. Como también hemos señalado, la conciencia revolucionaria no nace del movimiento obrero espontáneo sin la reconstitución de la relación social objetiva del partido de nuevo tipo, dado que el obrero no está impregnado de una conciencia revolucionaria inmanente por el hecho de ser obrero (fetichismo del obrero). Si bien nos encontramos en el interregno entre dos ciclos de la Revolución Proletaria Mundial, es la vanguardia la que debe reconstituir conscientemente el factor subjetivo que haga posible la revolución proletaria para superar el capitalismo. La predicción de Mesana del hundimiento espontáneo del capitalismo en el futuro sólo tendría sentido si la conciencia revolucionaria fuera inmanente al obrero y la lucha de clases y la revolución proletaria fueran simples derivaciones mecánicas del desarrollo espontáneo de las fuerzas productivas en contradicción con las relaciones sociales de producción, por lo que habría que adoptar las tesis materialistas vulgares de la Segunda Internacional, las cuales han sido hegemónicas en el movimiento comunista internacional durante todo el Ciclo de Octubre, pues no sólo el trotskismo y otras desviaciones las asumieron en su forma extrema y hasta las últimas consecuencias [22], sino que ni siquiera el bolchevismo las superó completamente [23], así que no es extraño que se encuentren en la formulación del marxismo-leninismo que RC ha asumido como ahistóricamente «correcta». Si bien la autoría del artículo es de Juan Mesana como militante de RC, y no un documento oficial de esa organización, como explicaremos más adelante, este planteamiento espontaneísta es coherente y complementario con la línea estratégica y táctica que sigue RC y, por supuesto, el desacuerdo que pueda mostrar otro militante de RC con Mesana sería una manifestación de la lucha de dos líneas, por mucho que se quiera enterrarla más o menos, en cualquier colectivo marxista-leninista, ya que no se puede tratar de fracciones distintas, que están prohibidas en RC.

A pesar de que Mesana reivindica formalmente –en el titular y en el último párrafo del texto– la importancia de la teoría revolucionaria como instrumento para la revolución proletaria, todos los documentos oficiales de RC sobre su trabajo de masas exponen su tacticismo de acumular fuerzas *de masas* en sindicatos y otros movimientos espontáneos de resistencia, porque esto no es posible si los obreros que se organizan en ellos no tienden espontáneamente al socialismo, por lo que sólo haría falta organizarlos y dirigirlos tal y como son, y el problema por el que la vanguardia marxista-leninista no llegaría a la *vanguardia práctica* y a las amplias masas sería algo tan simple como el desprestigio del marxismo-leninismo (sin preguntarse si el origen de ese problema podría encontrarse en el agotamiento de las bases ideológicas del Ciclo de Octubre, que la misma RC no

cuestiona). Veamos, por ejemplo, el comunicado de RC por el Primero de Mayo de 2013:

«Ante esta situación, la respuesta de los Sindicatos del estado es la pasividad y la inoperancia. El tiempo ha demostrado sobradamente que CCOO y UGT trabajan al servicio del gobierno actuando de apagafuegos, canalizando la energía revolucionaria de los y las trabajadoras en huelgas y luchas sectoriales y parciales que carecen de carácter combativo. Están avalados por un largo historial de defensa de las políticas e intereses capitalistas, recibiendo además una ingente cantidad de dinero del estado; no morderán la mano que les da de comer.

[...]

Desde Reconstrucción Comunista apostamos por la reconstrucción del sindicalismo, del sindicalismo de clase y combativo, alejado de subvenciones y control estatal, creemos en la lucha obrera, creemos y apostamos por otro modelo de sindicalismo, somos conscientes de que la lucha sindical es una lucha parcial, que solo sirve para acumular fuerzas y foguearnos en vistas a emprender la verdadera lucha, la lucha por la revolución socialista, que es la única que realmente garantizará los derechos de la clase obrera.» [24]



En la fase pre-monopolista del capitalismo (que es su fase ascensional, la época de la revolución burguesa), el sindicalismo era el medio que necesitaba el proletariado para acumular fuerzas cuantitativamente, y poder así formarse como clase *en sí* a base de reivindicaciones económicas que podía traducir en reivindicaciones políticas reformistas; este proceso fue un paso necesario para madurar la lucha de clases, hasta poder constituirse en esa lucha como clase revolucionaria una vez concluyera la era de la revolución burguesa, momento en que el sindicalismo mostraría su limitación política y se transformaría en su contrario, en un movimiento reaccionario que a partir de entonces representa la aristocracia obrera. Para iniciar una nueva ola revolucionaria, no debemos consolidar cuantitativamente al proletariado –para lo

que nos servía el sindicalismo en la fase pre-monopolista del capitalismo–, sino que debemos trascender su condición de clase económica en el capitalismo.

Prosiguiendo con esta aproximación a la historia del sindicalismo, en la reestructuración estatalizadora del imperialismo posterior a la Segunda Guerra Mundial, se hizo necesaria la integración de la aristocracia obrera (la capa económicamente privilegiada de la clase obrera) en la clase dominante y, por tanto, en la gestión de su dictadura, como apoyo objetivo del régimen burgués en descomposición y en oposición al *campo socialista*, de tal modo que los altos dirigentes de los grandes sindicatos se han integrado en un sector de la burguesía monopolista –aliado objetivo firme de la aristocracia obrera– que gestiona sus propios intereses para la acumulación de capital como estructuras del Estado burgués (capital estatal, posesión de acciones en BBVA y en fondos privados de pensiones como Seguros Atlantis, negocios propios, etc.), así que CCOO y UGT (como las intersindicales autonómicas, USO y otros sindicatos corporativos) se han desplazado más y más hacia el pacto directo con el gobierno y con la patronal. Esta es la razón por la que el sindicalismo, enmarcado en la crisis de representatividad de todas las instituciones de la burguesía, ya no representa las aspiraciones de las masas del proletariado más próximas materialmente a la aristocracia obrera y de las masas de la aristocracia obrera en proletarización inminente (por efecto de este desengaño, entre otros, véase la irrupción del movimiento espontáneo del 15-M, que se vio obligado a volver al estado de las cosas contra el cual se rebeló), en el momento de reestructuración *neoliberal* del imperialismo que se está produciendo, la cual no está motivada por la necesidad de la burguesía de hacer frente a la amenaza de la revolución –que tras el fin del Ciclo de Octubre no es un *referente de masas*, como ya hemos dicho–, sino que el imperialismo está tratando de resolver las contradicciones en el seno de las distintas fracciones de la burguesía (por ejemplo, entre las fracciones monopolistas que se alían o no con la aristocracia obrera)[25]. Como consecuencia de ello, los sindicatos, los cuales empezaron a presentar características reaccionarias en cuanto se inició la época del imperialismo y de la revolución proletaria (debido al alto nivel de desarrollo al que llegó la lucha de clases), y sustituir la vinculación militante de los afiliados por una vinculación estrictamente burocrática, ya no son espacios donde se concentran cada vez más las amplias masas obreras, como lo eran en 1920 cuando Lenin escribió *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*. Además, las masas que se afilian a los sindicatos tienden a ser, cada vez más, no las masas hondas y profundas del proletariado, sino la aristocracia obrera y las capas más próximas a la misma. El sindicalismo de clase y

combativo que germinó en el siglo XIX no resucitará, ya que se ha transformado históricamente en su contrario; los múltiples intentos de restituirlo (COS de la Izquierda Independentista catalana, CO-Bas, CUO del PCPE [26], Coordinadora Sindical de Clase, CGT, SO, la vieja CNT, etc.) no generan nada más que conciencia de clase *en sí* (reaccionaria), y no pueden crecer en otro sentido –en las relaciones sociales del capitalismo monopolista de Estado– que el de convertirse algún día en cogestores de la dictadura de la burguesía. Las luchas por la subida de precio de la fuerza de trabajo se desarticulan tan rápido como las otras fracciones de la burguesía ceden a negociar y a hacer concesiones que dejan intacto su régimen de dominación, su hegemonía. Aparte de que el trabajo sindical de los comunistas para hacer que un sindicato sea más combativo y fiel a sus bases, y reforzar que siga libre de subvenciones y control estatal, como hacen RC y el PCOE [27] sobre la Coordinadora Sindical de Clase, no puede servir para volver a un sindicalismo «de clase y combativo» como aquél del capitalismo concurrencial (pretensión tan reaccionaria como querer volver al marxismo primigenio), tampoco nos permite «acumular fuerzas» para la revolución socialista –porque el sindicalismo sólo crea conciencia de clase *en sí* (reaccionaria)–, ni siquiera para «foguearnos» –dado que las tareas y la orientación de los comunistas una vez reconstituido el partido de nuevo tipo deben revolucionar el trabajo sindical, tal y como lo hemos explicado en torno al plan para la reconstitución–, así que sólo obstaculiza y desorienta el avance de la reconstitución del Partido Comunista: el sindicato no puede ser ya una *escuela de comunismo*. Como en el resto de las luchas espontáneas, el sindicalismo no puede ser superado para generar lucha revolucionaria si las amplias masas que aglutina no son dirigidas por el Partido Comunista para ser revolucionadas desde la conciencia que les introduce desde fuera la vanguardia marxista-leninista como tarea inmediata, mediante la experiencia política que esas masas vivan en los órganos de nuevo poder. Mientras esto no ocurra, el problema no es si la dirección del sindicato *se adhiere* formalmente al sindicalismo, al anarquismo o al comunismo, ni tampoco el grado de combatividad, sino la naturaleza política reaccionaria del sindicalismo, como de toda lucha espontánea de resistencia en ausencia del Partido Comunista. Así mismo, para evitar que la aseveración anterior se malentienda en un sentido maniqueo, remarcamos que nosotros no planteamos que los comunistas tengamos que abandonar los movimientos espontáneos *de masas* en la primera fase de la reconstitución, pero no para organizar sindicatos «de clase y combativos» ni para enseñar a las masas cómo hacer la lucha sindical, sino que como tarea secundaria debemos participar para hacer propaganda y actividades formativas que difundan los principios del

marxismo-leninismo, como medio para la lucha de dos líneas con los círculos de *vanguardia teórica* que están presentes en dichos movimientos y para conquistar en su seno los individuos pertenecientes a la *vanguardia práctica* que estén más predispuestos a asumir los principios revolucionarios y la línea para la reconstitución del Partido Comunista, pero sobre todo tendremos que hacerlo en movimientos más elevados (como el 15M, el movimiento antifascista, el movimiento estudiantil, etc.) que el de la mera traducción de las reivindicaciones económicas a reivindicaciones políticas reformistas (el sindicato, que reduce al proletariado más claramente a su pura *materialidad económica*), en la segunda fase tendremos que incrementar la participación y las actividades a las que hemos hecho referencia –porque la vanguardia marxista-leninista habrá comenzado a concretar la línea política y habrá conquistado algunos referentes intelectuales de la *vanguardia práctica*–, y en la última fase del período de reconstitución del Partido Comunista, en el que el objetivo principal de la línea de masas deviene la *vanguardia práctica* –porque la vanguardia marxista-leninista habrá concretizado suficientemente la línea política y habrá conquistado a bastantes referentes intelectuales de la *vanguardia práctica*–, tendremos que desarrollar una lucha política que sea flexible pero firmemente coherente con los principios del marxismo-leninismo, que rehuya el tacticismo, con el fin de revolucionar desde la conciencia esos círculos de *vanguardia práctica* que se organizan en los movimientos espontáneos de resistencia, que de nuevo han de ser sobre todo los más elevados. Una vez reconstituido el Partido Comunista, sin embargo, no hay que participar en los movimientos espontáneos *de masas*, sino revolucionarlos mediante el Partido Comunista y los demás instrumentos de la revolución proletaria, organizando las grandes masas en los órganos para el ejercicio de la dictadura revolucionaria del proletariado para que adquieran conciencia revolucionaria, destruyendo violentamente todo el orden social burgués (empezando por el derribo del Estado) para construir el comunismo. En el marco de este ejercicio del nuevo poder, el proletariado revolucionario reconstituido debe realizar lucha económica, pero no sindicalista, sino la nueva lucha económica que sirva para cumplir su misión histórica, la revolución proletaria (con la toma simultánea de conciencia revolucionaria): la movilización de las grandes masas en la huelga armada para paralizar la producción y la distribución, como método para reforzar y extender el nuevo poder revolucionario.



Al respecto, el comunicado de RC por el Primero de Mayo asevera que la verdadera lucha es la lucha por el socialismo, y no la lucha sindical, que es una lucha parcial. Pero, si el sindicalismo es una lucha parcial, ¿por qué afirma también que sirve para acumular fuerzas? ¿Cree RC que en el sindicalismo puede acumular fuerzas para la revolución socialista? Veamos si podemos resolver la duda en otros documentos oficiales de RC que hablan del trabajo de masas que debemos hacer los comunistas:

«Plataformas, comités y convocatorias en las que participamos o hemos participado:

[...]

-CSM: La Coordinadora Sindical de Madrid, sindicato que, con sus problemas, está intentando crear un sindicalismo de clase y combativo. **Sabemos perfectamente, no hace falta que estos dos señores nos den lecciones, que el sindicalismo no va a llevarnos a destruir el orden burgués. Pero hay que estar en todos los frentes de lucha, y tanto este, como HQPLP nos sirven para acumular fuerzas. Deberíais repasaros vosotros el significado de salto cuantitativo, acumulación de los mismos y salto cualitativo, tanto que nos decís a nosotros.** Además de acumular fuerzas nos sirve para confrontar con los revisionistas y que no hegemonicen los frentes de lucha.

Sin una acumulación de fuerzas previas se cae en el aventurerismo de izquierdas, en vuestro caso ni siquiera, es izquierdismo a secas.

[...]

Movilizaciones por la sanidad y la educación pública: ¿De verdad vais a criticar que apostemos por defender la sanidad y la enseñanza públicas? ¿de verdad vais a ser tan izquierdistas? habrá que estar donde estén las masas para concienciarlas, para trabajar con ellas y ganarnos su respeto, para una vez conseguido intentar hegemonizar esos movimientos y poder movilizar a esas mismas masas en interés del proletariado y no a simples luchas parciales que no van a ningún sitio. ¿De verdad pensabais que no sabíamos lo que era una lucha parcial y que con eso no se avanza hacia el socialismo?

Nosotros no nos arrastramos a la zaga del movimiento espontáneo, luchamos por ponernos en frente del movimiento, por conseguir que los intereses de la clase obrera sean los que predominen en la medida de nuestras posibilidades. Condenamos el culto a la espontaneidad, pero también el inmovilismo más típico de Bordiguistas que de otra cosa que ustedes llevan tan a gala.

Plataformas contra las guerras imperialistas: Siempre que se ha producido una invasión imperialista la hemos condenado y hemos participado en las plataformas unitarias que se han organizado contra ella con el fin de disputarle el espacio a los revisionistas, acumular fuerzas e intentar que no sea un movimiento espontáneo, sino algo organizado y duradero en el tiempo.» [28]

En primer lugar, remarquemos que la sanidad y la enseñanza estatales no son públicos ni neutrales, sino del Estado burgués, así que los comunistas debemos oponernos a la privatización de estos *servicios*, pero no defender la propiedad estatal burguesa como alternativa, sino explicar la sanidad y la enseñanza estatales en su multilateralidad en el seno del régimen burgués (como respuesta de la burguesía frente al ascenso del movimiento obrero y la maduración política del proletariado y a la necesidad de producir obreros *cualificados*, como resultado de la explotación del proletariado del país imperialista y los países coloniales/semicoloniales, como salario indirecto de la aristocracia obrera y de amplios sectores del proletariado, como adoctrinamiento en la ideología burguesa y como *ascensor social* restringido en el caso de la educación y, al mismo tiempo, como posibilidad, aunque cada vez más restringida y limitada, de acceso al conocimiento de la burguesía o a una mínima cobertura sanitaria para el proletariado), así como el porqué de las privatizaciones y los recortes (en el marco de la reestructuración del imperialismo y de la lucha entre facciones de la clase dominante), y plantear globalmente la revolución comunista como alternativa, teniendo en cuenta que uno de los objetivos que destruir en las revueltas espontáneas protagonizadas por las masas hondas y profundas del proletariado —que son, por su posición material, las que pueden ejercer primero el nuevo poder proletario— suelen ser precisamente las escuelas del Estado burgués (así como las privadas) [29].



En segundo lugar, el carácter de la estructura organizativa de un movimiento está determinado por su contenido ideológico, así que, si de verdad RC quiere que los obreros se organicen más ordenada y disciplinadamente y que su movilización dure en el tiempo, lo que tendría que hacer es trabajar para culminar la reconstitución del Partido Comunista para poder revolucionar el contenido (la conciencia) del movimiento espontáneo por medio de la experimentación en los órganos de nuevo poder, transformándose en movimiento revolucionario hacia el comunismo, lo cual constituye el verdadero interés del proletariado como clase revolucionaria, ya que la desorganización y el aspecto reaccionario no son características únicas del lumpemproletariado, sino también en general de las masas hondas y profundas del proletariado. El proletariado necesita reconstituirse como partido de nuevo tipo para poder autoemanciparse; para organizarse y luchar por su interés inmediato, por su supervivencia en el seno del capitalismo, en cambio, el movimiento obrero espontáneo no necesita la ayuda de los comunistas, y una buena muestra de ello son el 15-M y la PAH, o los acontecimientos de enero del 2014 en el degradado barrio de Gamonal (Burgos) y en Melilla.



En tercer lugar, vemos que RC también establece una distinción en este documento entre las luchas parciales como la sindical y la lucha por la revolución socialista. Y para aclarar la cuestión que dejamos abierta en la reflexión sobre la cita anterior, deja caer que la acumulación de fuerzas *de masas* en el sindicalismo y otros movimientos espontáneos de resistencia es un proceso de cambios cuantitativos que se acumulan hasta un salto cualitativo, concepción coherente con la táctica que RC siguió en las movilizaciones contra la reforma de la educación burguesa en las Islas Baleares, donde en lugar de hacer autocritica como vanguardia que no es capaz de revolucionar a las masas que participaban, bramó por el aumento de la combatividad de un movimiento protagonizado por la aristocracia obrera –como si hubiera una oposición absoluta entre las bases *aristobreras* (gran parte del profesorado) de ese movimiento y las cúpulas de los sindicatos

mayoritarios, que en realidad están unidos dialécticamente, materialmente–, siempre mostrándose segura de que el movimiento espontáneo aprenderá «dialécticamente» a partir de las derrotas, y coronando con un último párrafo en el que se refiere brevemente a la revolución proletaria como objetivo, pero entendiendo ese objetivo como un horizonte lejano que no se vincula con los medios que usa en la actualidad [30]. No es la primera vez que RC se dedica a aconsejar al movimiento espontáneo de resistencia sobre cómo debe organizarse en lugar de hacer autocritica y extraer lecciones sobre las tareas actuales de los comunistas –mientras trataría de ir educando a las masas en cuestiones concretas acerca de la revolución comunista–: así, sobre el 15-M, RC exigió que a este movimiento se le sumara «el movimiento obrero» para que ya no lo controlara la pequeña burguesía [31], lo que no habría podido tener otro efecto que el reforzamiento de la aristocracia obrera en el 15-M, y no un avance hacia la reconstitución del Partido Comunista. Partiendo de ahí, podemos argüir que, en efecto, RC sabe que la lucha por el socialismo es cualitativamente superior a la lucha sindicalista, y que tiene claro que una de las leyes de la dialéctica es la ley de la transformación de la cantidad en calidad y viceversa, pero observamos que obvia la experiencia histórica de la lucha de clases, en que la suma cuantitativa de luchas espontáneas de resistencia no se transforma en lucha por el socialismo, por más que intente *catalizarlas* con organización. Ese salto cualitativo no es real, sino una quimera, una utopía revisionista que sólo existe en la mente de la mayoría de los comunistas actuales. Sin embargo, RC pretende estar en los movimientos espontáneos de masas «para concienciarlas, para trabajar con ellas y ganarnos su respeto, para una vez conseguido intentar hegemonizar esos movimientos y poder movilizar a esas mismas masas en interés del proletariado y no a simples luchas parciales que no van a ningún sitio»... ¡¿Para concienciarlas de qué?! Las amplias masas no adquieren conciencia revolucionaria en sus luchas espontáneas de resistencia, sino conciencia de clase *en sí*, de clase subalterna en las relaciones de producción, ya que la conciencia revolucionaria no es inherente al obrero, no se puede esperar que la agudización de la crisis capitalista y el aumento de la represión sobre las luchas espontáneas de resistencia «logren despertar las conciencias de las masas, favoreciendo el crecimiento de las organizaciones revolucionarias» [32]; para que adquieran conciencia revolucionaria, es necesaria la mediación de su propia experiencia política en la confrontación entre el nuevo poder (la dictadura del proletariado) creado y dirigido por el Partido Comunista, y el viejo poder (la dictadura de la burguesía). ¿Qué utilidad tendría el Partido Comunista si RC ya fuese capaz de generar conciencia revolucionaria entre las amplias masas, y así poder

hegemonizarlas? Por supuesto, RC asegura, como el PCPE y el PCOE, que no es espontaneísta sino que combate la espontaneidad..., pero lo que importa no son las declaraciones formales en sí, sino las declaraciones en relación con el contenido del resto del discurso y con la acción política en la realidad concreta. De nada sirve declarar «Nosotros no nos arrastramos a la zaga del movimiento espontáneo» cuando no sólo se postra ante él, sino que incluso actúa en su seno aspirando a convertirse en la fracción más combativa, como en su labor de «Reconstrucción del sindicalismo, del sindicalismo de clase y combativo».

Así pues, RC ha memorizado la ley de la transformación de la cantidad en calidad y la ha *aplicado* al caso de la transformación de la acumulación de fuerzas *de masas* en movimiento revolucionario, ¿pero es el nivel de organización y la duración en el tiempo la característica principal que distingue cualitativamente el movimiento espontáneo del movimiento revolucionario? Si no es así, y la diferencia cualitativa principal se encuentra en el contenido, ¿qué propósito tiene RC cuando intenta que el movimiento espontáneo sea «algo organizado y duradero en el tiempo», qué vinculación tiene esa tarea con el objetivo de reconstituir el Partido Comunista y hacer la revolución proletaria? No tiene ninguna vinculación real, tal y como sabemos gracias a la síntesis de la experiencia de la lucha de clases en el Ciclo de Octubre. El problema que se observa es que, aunque RC conoce formalmente la ley de la transformación de la cantidad en calidad, comete un error que podría deberse al déficit dialéctico en su pensamiento: no llega a comprender con profundidad suficiente el nacimiento de lo nuevo a partir de la transformación de lo viejo, la cual en su pensamiento sólo afectaría superficialmente lo viejo, manteniendo intacto su contenido, así que el *salto cualitativo* entre la suma cuantitativa mecánica de luchas parciales y la lucha por el socialismo se limitaría a que la vanguardia marxista-leninista –sin la necesidad de tener reconstituido el Partido Comunista–, después de *ganarse el respeto de las masas* [33] mediante el trabajo con ellas, organiza las luchas parciales tal y como son, coordinándolas en un solo frente («luchamos por ponernos en frente del movimiento»); esto no es la transformación tanto de la vanguardia marxista-leninista como de las masas en su fusión dialéctica objetiva para reconstituir el partido de nuevo tipo, sino, en realidad, una suma cuantitativa en la que no se transforma la conciencia de las masas, ni tampoco la conciencia de la vanguardia, que se mantiene externa a las masas (que, en ausencia de ideología proletaria, se encuentran hegemonizadas por la ideología burguesa y, por tanto, son utilizadas por las fracciones burguesas en lucha), sin ligarse entre sí; sólo haría falta que la vanguardia *revolucionaria* adquiriera la hegemonía sobre las masas, que no sería

otra cosa que el reconocimiento por éstas de esa vanguardia como la dirección más digna posible. La perspectiva de RC no es, pues, el materialismo dialéctico, sino el materialismo vulgar con su correlato idealista complementario. He aquí la liquidación de la iniciativa consciente del proletariado revolucionario en la lucha de clases, con la cual se vacía de contenido la insistencia en las condiciones subjetivas para la revolución proletaria, que concibe como separadas mecánicamente de las condiciones objetivas, en lugar de planificar conscientemente la forma en que las condiciones subjetivas transforman políticamente las objetivas para crear una nueva relación social objetiva: para reconstituir el movimiento revolucionario sin esperar un estallido social espontáneo. Por tanto, RC se limita a intentar *reconstruir* el Partido Comunista desde la participación en las luchas espontáneas de resistencia, trabajando en tantas como pueda (táctica-proceso), de tal manera que su táctica no avanza hacia la reconstitución del Partido Comunista, sino que lo pospone indefinidamente, en lugar de planificar el camino hacia ese objetivo desde la ideología marxista-leninista. Pero las luchas de resistencia no pueden por sí solas (reducción obrerista de la lucha de clases a la confrontación de clase económica contra clase económica) conducir el antagonismo entre clases hasta las últimas consecuencias, hasta la revolución proletaria; de nuevo, encontramos que quienes nos acusan, a los que conceptualizamos la lucha de dos líneas, de fomentar la convivencia de clases, son quienes realmente la promueven en la práctica: al infravalorar el factor de la conciencia, RC permite que sea la ideología burguesa la que continúe siendo hegemónica en las masas; para impedir que siga siendo así, la vanguardia marxista-leninista debe conquistar la vanguardia práctica desde la conciencia, lo que requiere el desarrollo de la línea política concreta –coherente con los principios del marxismo-leninismo y con el análisis concreto de la situación concreta de la lucha de clases–, tarea que no se puede resolver organizando un congreso o cerrándose a estudiar en una biblioteca, sino que es inseparable del avance del plan de reconstitución ideológica y política del comunismo expuesto en el epígrafe 3, y que es la única garantía de independencia ideológica y política frente a la aceptación de análisis concretos de la situación concreta que hacen otras clases sociales o capas sociales antagónicas, como la aristocracia obrera. Ni siquiera les sirve esta táctica para cumplir su objetivo táctico de reconstruir el sindicalismo «de clase y combativo», como ya se ha explicado anteriormente.

Como RC no comprende en profundidad el papel de la conciencia para la construcción del movimiento revolucionario, a pesar de reconocer que el Partido Comunista está ausente en España, cree que puede disputar inmediatamente al revisionismo la conquista de todas las masas (a fin de elevarlas a la *lucha por el*

socialismo, sin distinciones cualitativas en el seno de las masas) que participan en las luchas espontáneas de resistencia cumpliendo una serie de requisitos formales (organizativos, etc.), así que para RC –así como para el PCPE y para el PCOE– carece de contenido real la cuestión del partido de nuevo tipo (unos dicen que no son el Partido pero lo serán, los otros simplemente no profundizan en la cuestión), ni tampoco tiene sentido el plan para su reconstitución, ya que reduce el sistema de contradicciones que superar a una sola, la falsa contradicción entre ella misma como organización y la *vanguardia práctica*, de cara a la que ha de recuperar el prestigio del comunismo (pretensión idealista si elude la cuestión de qué instrumentos políticos debe utilizar para hacerlo) y convencerla de la conveniencia de ser dirigida por RC. De nuevo, constatamos que RC vuelve a las tesis de la Segunda Internacional sobre el partido obrero (de viejo tipo); no es casualidad que el cretino parlamentarista PCPE acumule fuerzas de masas para ganar votos, mientras que esa táctica no sirve para revolucionar las masas sucesiva y planificadamente desde la conciencia, para lo cual se requeriría el plan político para la reconstitución del Partido Comunista. Por ello, reduce la teoría leninista del partido de nuevo tipo a «hace falta que el partido reagrupe sólo la vanguardia de la clase obrera» [34], sin comprender su contenido, en el que hemos insistido en este documento: la relación social objetiva entre vanguardia revolucionaria y masas, lo cual no quiere decir mezclar anárquicamente la vanguardia con las masas, sino conectarlas en la línea de masas para actuar como una sola totalidad revolucionaria. Después de realizar las valoraciones anteriores, dudamos qué quiere decir RC cuando expresa en *Qué es Reconstrucción Comunista*: «ya que en el estado no existe el Partido Comunista, solo destacamentos desperdigados, nuestra misión es estrechar las relaciones entre los marxistas-leninistas y conducir hacia un proceso de unidad de acción, lucha ideológica y reconstitución del Partido del proletariado» [35]. En este otro documento, RC señala la lucha ideológica como condición del proceso de reconstitución del Partido, pero no se refiere al motor del desarrollo interno del Partido Comunista, ya que rechaza la concepción de lucha de dos líneas. Además, el mismo proceso de «estrechar relaciones entre marxistas-leninistas» debe hacerse como producto de la lucha de dos líneas guiada por el plan político, entre otras cosas porque todavía no está suficientemente avanzada la superación del revisionismo por la línea revolucionaria, todo ello unido a la falta de una expresión que sitúe la unidad de acción como producto de la lucha ideológica (de dos líneas), y no como acto voluntarista. Por supuesto, esto también es cierto en el caso de la reconstitución de la Internacional Comunista, que, al contrario de las sugerencias de Mesana en el artículo ya citado «El imperialismo como

última fase del capitalismo. Marxismo-Leninismo y Partido de Nuevo Tipo», sólo se puede reconstituir como salto cualitativo a partir de la reconstitución del Partido Comunista, tal y como nos muestra la experiencia de la constitución de la Tercera Internacional a iniciativa del Partido Bolchevique (la vanguardia del movimiento comunista internacional, avalada por su ejercicio de la praxis revolucionaria), bajo cuya influencia con la Revolución de Octubre se fueron sumando las escisiones izquierdistas de los partidos socialdemócratas (las masas); la tarea inmediata no es, pues, la reconstitución de la Internacional Comunista, sino la reconstitución del Partido Comunista, la cual es un requisito imprescindible para la primera, ya que el contenido material del movimiento comunista internacional es la Revolución Proletaria Mundial, que debemos relanzar a través de la reconstitución ideológica y política del comunismo.



Finalmente, un comunista condescendiente con RC podría decir que la crítica que le hacemos es injusta, ya que esa organización no olvida, al menos formalmente, que su fin es la revolución socialista. En efecto, RC asegura que ése es su fin estratégico, pero hemos constatado que, coherentemente con su trabajo de masas economicista, RC establece idealmente una cesura entre el proceso de «acumulación de fuerzas» *previa* y la revolución socialista *posterior*; tal y como evidencian el comunicado por el Primero de Mayo de 2013 («la lucha sindical es una lucha parcial, que sólo sirve para acumular fuerzas y foguearnos en vistas a emprender la verdadera lucha, la lucha por la revolución socialista»), el cual ya hemos tratado anteriormente, y el comunicado de Joven Guardia (Bolchevique) sobre la huelga de estudiantes de octubre de 2013 («la revolución no vendrá a partir de huelgas de este tipo, pero estas jornadas de lucha sirven para foguear a los comunistas y a su organización para prepararles para el combate decisivo, que no será por reformas, sino para derrocar el sistema capitalista conquistando el socialismo» [36]). El planteamiento de esta separación mecánica

entre la conquista de las masas para el combate y la realización de la revolución es el esquema propio del insurreccionalismo, el cual es la estrategia revolucionaria de la burguesía en su época ascendente y, por tanto, la que seguía necesariamente la clase obrera en la época de su formación como clase *en sí* en alianza con el ala revolucionaria de la burguesía, cuando el proletariado todavía no había madurado como clase revolucionaria. Esta visión es adecuada para la revolución burguesa de viejo tipo, pero no para la revolución proletaria, ya que, como hemos explicado antes, la revolución comunista se distingue de las anteriores porque debe ser un acto consciente, y no un acto espontáneo como la revolución burguesa, que se limita a construir una nueva sociedad de clases, la sociedad de clases superior. La burguesía revolucionaria puede simplemente prepararse para estar en la mejor posición posible cuando surja, independientemente de su práctica subjetiva, una crisis política del feudalismo. El proletariado, en cambio, ha de crear y dirigir conscientemente la revolución comunista, así que el punto de partida es su iniciativa consciente (independiente ideológicamente y, por tanto, independiente políticamente). El Partido Comunista puede utilizar y, de hecho, debe utilizar la espontaneidad de las masas como germen de la conciencia en relación dialéctica con ésta (lo que sólo es posible a gran escala mediante el Partido Comunista), pero siempre sobre la premisa de su iniciativa consciente, guiándose por el análisis objetivo de la lucha de clases y no por el estado de ánimo vacilante de las grandes masas. Como RC es insurreccionalista, sin embargo, no necesita para nada la iniciativa consciente del proletariado hasta el día que estalle espontáneamente una crisis política propiciada por las crisis económicas cíclicas dentro de la crisis general que es el imperialismo. El problema es que esto podía pasar en la decadencia del feudalismo (con toda su complejidad), pero no en la decadencia del capitalismo, dado que, tal y como hemos expuesto, el imperialismo genera al mismo tiempo la tendencia objetiva al socialismo y la contratendencia a su reestructuración reaccionaria, la cual es una de las características que lo distinguen de la crisis general del feudalismo, cuyo intento de reestructuración no podía impedir el inevitable desarrollo del capitalismo ascendente, que se consolidó cuando la burguesía subió al poder en mayor o menor fusión con los viejos grupos sociales dirigentes. El Partido Comunista no se puede reducir a ser una organización de la vanguardia que se dirige disciplinadamente y externamente al «revolucionarismo» de las amplias masas, destinado a conducir las masas hacia la insurgencia –sino que debe ser el sujeto revolucionario que integra la vanguardia en fusión con las masas–, idea que se encuentra claramente en la ponencia que RC presentó en el *I Encuentro comunista contra el revisionismo* (2013), y

que supone dejar sin contenido el partido de nuevo tipo, reduciéndolo, como hemos visto, al aspecto organizativo, sin referirse en ningún momento a la relación social que contiene y que debe vincularse con la forma en la que ésta se organiza. De nuevo, tropezamos con la creencia en la inevitabilidad del derrumbe del capitalismo, como producto del desarrollo de las fuerzas productivas en contradicción con las relaciones sociales de producción, que es la base ideológica de la Segunda Internacional, la cual es coherente con el insurreccionalismo. Hay que decir que el insurreccionalismo, así como la teoría de las fuerzas productivas, fue reformulado por la Internacional Comunista, que no logró extraer las enseñanzas principales de la revolución bolchevique, y fueron aceptadas por la mayoría del movimiento comunista internacional durante todo el Ciclo de Octubre, pero eso no exonera a las organizaciones comunistas que, tras el fin del primer ciclo revolucionario, con toda la experiencia que sintetizar que éste nos ha legado, no comprendan que la estrategia revolucionaria del proletariado consiste en una línea militar en la que la organización y el armamento de las amplias masas en órganos de nuevo poder es tanto el medio para la conquista de esas masas (lo que RC intenta hacer en la «acumulación de fuerzas») como el medio para la realización de la revolución socialista: se trata de un mismo proceso planificado, en el que la negación de la negación del insurreccionalismo aporta la insurrección como una táctica más entre muchas otras de la línea militar proletaria. Paralelamente a Rusia entre la primera y la segunda revolución, donde no se trataba simplemente de pronosticar hacia dónde iría el desarrollo de la lucha de clases revolucionaria en última instancia (hacia la revolución socialista, lo que Trotsky pensaba que tenía mucho mérito haber predicho), sino de comprender la situación concreta en la que nos encontramos y planificar la línea táctica del proletariado revolucionario para llegar a ese objetivo (como hacía Lenin con su gran contribución a la línea política del proletariado, especialmente con la tesis de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado), aquí no se trata de predecir que el proletariado revolucionario culminará la conquista del poder total con una última insurrección, sino de trazar y aplicar el plan para la reconstitución del Partido Comunista como primera etapa de la revolución proletaria hacia el comunismo [37].



En conclusión, RC es una más de las organizaciones comunistas que, en el Estado español, comprenden que no existe el Partido Comunista, así que se proponen crearlo. Sin embargo, la línea táctica que sigue RC no se vincula con este objetivo. Como consecuencia, sabiendo de la existencia de lucha de dos líneas en RC, alentamos a sus militantes a ser críticos con la táctica-proceso y con la teoría de las fuerzas productivas hasta superarlas, a dejar de enmascarar el revisionismo para combatirlo con profundidad, realmente, en lugar de ser críticos sólo con algunas de las desviaciones a que da lugar el revisionismo con su hegemonía en el movimiento comunista, como el cretinismo parlamentario.

Cèl-lula Roja *Febrero del 2014*

Notas y referencias:

[1] Para el concepto de reconstitución del Partido Comunista, tomamos como referencia las importantes aportaciones del Partido Comunista Revolucionario del Estado español, con las que inició la línea para la reconstitución del Partido Comunista:

-*Tesis de Reconstitución del Partido Comunista* (1996). Publicada en la web del MAI.

-*La nueva orientación en el camino de la reconstitución del Partido Comunista* (2004). Publicada en la web del MAI.

[2] LENIN, V. I.: *Obras Escogidas*. Editorial Progreso, Moscú, 1976. Tomo V, *Carlos Marx*, pág. 179.

[3] Cuando hablamos del movimiento comunista (internacional), nos referimos al movimiento heterogéneo que toma como referencia la Revolución de Octubre, ya domine en él el aspecto revolucionario o el reaccionario.

[4] LENIN, V. I.: *Obras Escogidas*. Editorial Progreso, Moscú, 1975. Tomo II, *¿Qué hacer?*, pág. 22.

[5] Queremos decir que en una sociedad de clases, la lucha de dos líneas es inevitable, una ley objetiva, si bien sus manifestaciones pueden ser más evidentes o estar más escondidas dependiendo del nivel de conciencia y de la necesidad del sujeto de potenciarlas.

[6] LENIN, V. I.: *Obras Escogidas*. Editorial Progreso, Moscú, 1976. Tomo III, *Marxismo y revisionismo*, pág. 305.

[7] Para una aproximación al modo como se desarrolló la lucha de dos líneas en el Partido Comunista de China, que es quien comenzó a conceptualizarla, cfr. la serie de artículos *Sobre la lucha de dos líneas*, de la autoría del blog endefensademaotumblr.com. También existe una respuesta de RC que condena el intento de enmarcar los textos de Mao y de Stalin en la situación sociohistórica concreta, y que muestra que la condena de toda crítica a la formulación del marxismo-leninismo en el Ciclo de Octubre es un obstáculo para la clarificación ideológica, más aún cuando, como en este caso, va acompañada de una retahíla de descalificaciones tóxicas.

[8] MESANA GARCÍA, Juan -RC: «Apuntes sobre la caída de la URSS y la destrucción del Movimiento Comunista Internacional», artículo publicado entre las páginas 10 y 14 de la revista *De Acero* -nº 2, noviembre de 2013.

[9] MESANA GARCÍA, Juan: «Aspectos sobre el grupo antipartido», artículo publicado entre las páginas 20 y 22 de la revista *De Acero* -nº 2, noviembre de 2013.

[10] Sobre la división social del trabajo como base de la existencia de clases sociales, cfr. MARX, K.; ENGELS, F. (1845): *La ideología alemana*, capítulo primero, que se titula «Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista».

[11] Para profundizar sobre esta cuestión, cfr. *Revolución o Barbarie* (enero de 2014): «Stalin, clases sociales y restauración del capitalismo». Publicado en el blog de *Revolución o Barbarie*.

[12] Para comprender esto con todas sus consecuencias, leamos atentamente a Lenin: «Puesto que ni hablar se puede de una ideología independiente, elaborada por las propias masas obreras en el curso mismo de su movimiento, el problema se plantea *solamente así*: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna "tercera" ideología; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, *todo lo que sea* rebajar la ideología socialista, *todo lo que sea separarse* de ella significa fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia la subordinación suya a la ideología burguesa» (LENIN, V. I.: *Obras Escogidas*. Editorial Progreso, Moscú, 1975. Tomo II, *¿Qué hacer?*, pp. 36 y 37.).

[13] Siempre que hagamos referencia a la «vanguardia marxista-leninista», será en la medida en que el aspecto revolucionario domine sobre el aspecto reaccionario en su seno. También nos referiremos a la «vanguardia revolucionaria» como sinónimo de la «vanguardia marxista-leninista».

[14] Por supuesto, entre la vanguardia y las masas no hay una oposición absoluta, sino una oposición dialéctica en unidad de contrarios. Como los economicistas, al ser representantes políticos de la aristocracia obrera, son empiristas, no reconocen ninguna otra práctica social que la que hacen *las masas* de la clase en su *pura materialidad* económica (la que se conoce estrictamente por la experiencia, sin hacer abstracción en el proceso del conocimiento para saber si existe más allá de esta experiencia), en la lucha de resistencia por mejorar su posición económica en el seno del sistema capitalista, ya que está interesada en reducir la contradicción entre capital y trabajo a su manifestación económica *pura* para imprimirle un carácter político. En este texto, el término «masas» no siempre hace referencia a este concepto empirista, mayoritario en el movimiento comunista español. Cuando se refiere al concepto propio del empirismo está señalado como amplias masas, grandes masas u otras formas, para identificar cualitativamente a este sector de las masas que incluso los empiristas serían capaces de encontrar, ya que se entiende que el proletariado también se encuentra en su forma consciente, mientras que las masas son uno de los dos aspectos del mismo proceso social que la vanguardia revolucionaria (proceso social en el que hay que resaltar el aspecto político); las masas son el objeto sobre el que debe trabajar la vanguardia revolucionaria para superar la contradicción entre masas y vanguardia, y es por eso que, para acometer cada una de las tareas necesarias de la

revolución proletaria, hay una línea de masas que ejerce la vanguardia revolucionaria –como sujeto– debe ejercer la línea de masas sobre otro sector de la clase –como objeto–; este objeto del trabajo de masas puede pertenecer a sectores que los empiristas no reconocerían como *masas*, ya que el fin del trabajo de masas es revolucionar al sector de la clase a quien se dirige, para elevarlo a la posición de la vanguardia marxista-leninista, con el fin de que también devengan en integrantes del sujeto revolucionario que aplica la línea de masas sobre otros sectores del proletariado de acuerdo con un plan político. En eso consiste el desarrollo (creación, saltos cualitativos y crecimiento cuantitativo) de la reconstitución del movimiento revolucionario.

[15] LENIN, V. I.: *op. cit.*, pág. 95.

[16] MARX, K.; ENGELS, F.: *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Editorial Grijalbo, México, DF, 1970. Tesis III, pág. 10.

[17] MAI (abril de 2013): «Debate con la Unión de Comunistas para la Construcción del Partido. Alrededor de la ciencia y la praxis revolucionaria». Publicado en *El Martinete* – n° 26.

[18] Como ejemplo ilustrativo de cómo la propaganda puede servir para la lucha de dos líneas, ver la polémica que se generó por el repartimiento en la fiesta del PCE-IU de 2013 del folleto del FRML (septiembre de 2013): *La dictadura del proletariado y el PCE*. (Publicado en la web del FRML.) Este texto recibió una respuesta por el dirigente del PCE-IU en el País Valenciano y director de *La República*, Javier Parra (septiembre de 2013): «Los "guardianes de la pureza" contra el PCE». (Publicado en *La República*.) Este artículo fue contestado a su vez por el FRML (septiembre de 2013): *El arma de la crítica*. La polémica tuvo repercusión en las redes sociales y se hicieron eco otros medios digitales, como *Diario Octubre*. La vanguardia tuvo, pues, que posicionarse y dividirse en dos campos enfrentados.

[19] Cfr. MAI (septiembre de 2011): «Consideraciones sobre el *agosto inglés*». Artículo publicado en *El Martinete* - n° 25.

[20] RC Valencia (mayo de 2013): *Nace Reconstrucción Comunista Valencia*. Publicado en el blog estatal de RC.

[21] MESANA GARCÍA, Juan -RC: «El imperialismo como última fase del capitalismo. Marxismo-Leninismo y Partido de Nuevo Tipo», artículo publicado entre las páginas 4 y 9 de la revista *De Acero* -n° 2, noviembre de 2013.

[22] Cfr. COLECTIVO FÉNIX: *Trotsky y el leninismo*. Publicado en la web del MAI.

[23] Antes de hacer aspavientos, cfr. COLECTIVO FÉNIX: *Stalin. Del marxismo al revisionismo*. Especialmente el epígrafe 4, «Los límites del Bolchevismo». Publicado en la web del MAI.

[24] RC (2013): *Ante otro 1° de Mayo*. Publicado en el blog estatal de RC. Esta misma idea se encuentra en la crónica de la charla por el primer aniversario de RC Mallorca (mayo de 2013, publicado en el blog de RC Mallorca).

[25] Para profundizar sobre esta cuestión, cfr. Tamer Sarkis Fernández (noviembre de 2012): *Irrealidad e irracionalidad del laboralismo*. Publicado en la web del MAI.

[26] Sobre los CUO en la táctica del PCPE, cfr. MAI (mayo de 2013): «Apuntes sobre los "CUO" y el "Frente obrero y popular". La sempiterna vuelta sobre sí del revisionismo». Publicado en *El Martinete* -n° 26.)

[27] PCOE (noviembre de 2013): *Con el sindicalismo de clase, con la Coordinadora Sindical de Clase*. En este

manifiesto, entre citas de Lenin y en sintonía con RC, el PCOE asevera que la «reconstrucción del sindicalismo» es una de las tareas de los comunistas, a pesar de que en tiempos de Lenin los sindicatos tendían a tener cada vez más afiliados, algo que el PCOE reconoce que ya no ocurre. El PCOE debería profundizar sobre el porqué de este fenómeno, en lugar de querer volver al pasado, tal y como intentamos hacer en este documento, así como el PCPE debería preguntarse sobre el porqué del fracaso de su parlamentarismo a pesar de las citas descontextualizadas respecto de algunas de las aseveraciones de Lenin en ciertos epígrafes de *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*.

[28] RC (febrero de 2013): *Respuesta a los revisionistas de OCBR-Ediciones Bandera Roja de Castilla. Desmontar y destruir la línea revisionista*. Publicado en el blog estatal de RC. Las marcas textuales son de RC. Nosotros no valoramos a la disuelta OCBR, ya que carecemos de información suficiente. Aclaramos que la Coordinadora Sindical de Madrid es una sección local de la Coordinadora Sindical de Clase.

[29] Para una aproximación a la posición que debemos tener los comunistas respecto a la privatización del *Estado del bienestar* burgués, cfr. «Estado burgués, lucha contra privatizaciones y Revolución proletaria» (*Revolución o Barbarie*, publicado en dos partes entre diciembre de 2012 y enero de 2013) y «Educación y lucha de clases» (*Espacio Rojo* -n° 23, enero de 2013, Juventud Comunista de Zamora).

[30] RC Mallorca (septiembre de 2013): *Comunicado y campaña en apoyo a la huelga indefinida de docentes*. RC Mallorca (octubre de 2013): *Crónica de la manifestación del 29S*. RC Mallorca (enero de 2014): *Crónica 7G-huelga docentes*. Documentos publicados en el blog de RC Mallorca. Es una buena muestra del estado de degeneración del movimiento comunista; llama la atención que, aparte de la desviación sindicalista que muestra, RC Mallorca insinúa que los consejos escolares eran, en España antes de la aplicación de la LOMCE, órganos para defender los intereses de los estudiantes, en lugar de órganos para la gestión de la dictadura de la burguesía a nivel de centro docente: «los estudiantes no tendrán derecho a decidir sobre su educación dentro de su centro, puesto que la figura del Consejo Escolar se transforma en un órgano puramente consultivo». Y sobre el director, dice «convierte la figura del director en un pequeño dictador colocado a dedo por la administración pública, para hacer velar sus intereses y los de su clase», como si el director no hubiera sido hasta ahora un gestor de la dictadura de la burguesía. Valoramos con preocupación estas afirmaciones: al reducir la dictadura de la burguesía a la importancia relativa que tienen unos u otros mecanismos de gestión del régimen político burgués, el planteamiento de RC se muestra coherente y complementario con el cretinismo parlamentario.

[31] RC (mayo de 2011): *Sobre el movimiento 15-M*. Publicado en el blog estatal de RC.

[32] RC (marzo de 2012): *Para nuestros camaradas del MLKP*. Publicado en el blog estatal de RC.

[33] Aun así, no podemos obviar que podemos establecer lazos *emocionales* de camaradería con las masas (*midiendo las palabras* en el discurso, dejándose ver, demostrando que se es consecuente con lo que se dice y se propone, combatiendo contra la rumorología, participando en las

actividades, haciendo pintadas firmadas, etc.) –lo que RC llama «ganarnos su respeto»– para poder revolucionarlas desde la conciencia con más facilidad; esos lazos *emocionales*, utilizados correctamente, pueden ser un **medio secundario** para facilitar que esas masas sean más influenciables por la vanguardia, para que la tarea de revolucionarlas sea más rápida, sobre todo en casos como el de la conquista, en la primera fase de la reconstitución del Partido Comunista, de individuos de la *vanguardia práctica* especialmente predispuestos a asumir el marxismo-leninismo. De hecho, los vínculos sólo pueden ser firmes si se sostienen sobre vínculos ideológicos. Ahora bien, estos lazos *emocionales* son, insistimos, un medio secundario en la línea de masas para facilitar circunstancialmente la verdadera tarea, que es la de revolucionar a las masas desde la conciencia, desde la conciencia revolucionaria, y por ese motivo no debemos obviarlos, pero menos aún sobrevalorarlos o incluso elevarlos a la categoría de fin inmediato, que es lo que lleva a cabo RC cuando (como siempre, obviando toda distinción cualitativa en el seno de las masas) declara que su objetivo es que las masas adquieran conciencia (de clase *en sí*, tal y como hemos aclarado) y ganarse «su respeto» trabajando con ellas, tareas con el desempeño de las cuales pretende crear movimiento revolucionario, lo que ya hemos explicado por qué no es posible (con «su respeto» o sin él); más adelante trataremos las implicaciones de esta separación entre *ganarse a las masas* y movilizarlas. Además, querer ganarse «su respeto»

mediante el trabajo diario con ellas, sin establecer claramente ninguna vinculación entre ese objetivo y el de la concienciación revolucionaria, es la táctica del cretinismo parlamentario, que no necesita revolucionar a las masas desde la conciencia para intentar ganar votos; puede limitarse a trabajar con ellas diaria y pacientemente, y contarles lo que ya saben, darles la razón. Esto conduce, como decimos, a elevar la creación de esos vínculos *emocionales* a la categoría de fin inmediato (y que no se nos diga que RC mientras tanto también quiere concienciar a las amplias masas, porque ya hemos mostrado que no pretende crear conciencia revolucionaria, sino conciencia de clase *en sí*), siendo coherente con el ideal burgués de que el éxito se consigue currando más que los demás para ser más competitivo.

[34] RC: «Extractos del libro *Desmontando a Mao, cuestiones sobre un revisionista*. La lucha de dos líneas, apuesta antimarxista». Publicado en *De Acero* -nº 2 , noviembre de 2013.

[35] RC (junio de 2013): *¿Qué es Reconstrucción Comunista?*. Publicado en el blog estatal de RC.

[36] Joven Guardia (Bolchevique) (octubre de 2013): *Comunicado en apoyo a la huelga estudiantil*. Publicado en el blog estatal de RC.

[37] Para profundizar sobre esta cuestión, cfr. MAI (septiembre de 2007): «Octubre: lo viejo y lo nuevo». Publicado en *El Martinete* -nº 20.



Tomar la iniciativa

Salutación crítica al IV congreso de Iniciativa Comunista

Recientemente ha llegado hasta nuestros oídos, de forma relativamente casual y no sin despertar cierto interés, la próxima celebración del IV Congreso de Iniciativa Comunista (IC). Los militantes de Nueva Praxis, sin ser de ningún modo especialmente veteranos en el Movimiento Comunista del Estado español (MCEe), sí hemos tenido la oportunidad de conocer desde una relativa, informal e indirecta cercanía —por una serie de contingencias que no vienen ahora al caso— a la organización sobre la que este escrito versa. Precisamente por saber la clase de contradicciones que atraviesan a este destacamento comunista, nos vemos animados a elaborar una breve crítica que, así lo esperamos, pueda servir para espolear la reflexión y el debate en el seno de IC —así como en el conjunto de la vanguardia—, aprovechando la convocatoria de su Congreso.



Y es que no pueden dejar de llamarnos la atención ciertos rasgos concretos de esta organización: primero, la total heterogeneidad ideológica de su militancia y, en consecuencia, lo ecléctico de su propuesta política. En IC se entrelazan la *ortodoxia* marxista (soviética) hegemónica en el pasado Ciclo Revolucionario, ciertas sensibilidades maoístas o *afines* al maoísmo, militantes provenientes del mundo *antifascista*, elementos muy imbricados en el sindicalismo *alternativo* y también, por lo que hemos podido apreciar y constatar, una *incipiente* conciencia acerca de la **necesidad imperiosa de reconstituir el Partido revolucionario del proletariado**, el Partido Comunista.

En este contexto, no resulta del todo extraño que hayamos visto a militantes de IC

renegar^{1,2} abiertamente —y también *en petit comité*— del programa emanado de su III Congreso; no obstante, y de forma ostensible, aquél sigue siendo al menos en lo esencial —y *por desgracia*— el bastón de mando del quehacer político de este destacamento. Ésta es, sin duda, su contradicción principal.

Pero tal contradicción tiene difícil solución, al menos desde nuestro punto de vista, si se opta por continuar en el camino hasta ahora recorrido. Seremos todo lo honestos que nos es posible: la razón de ser de IC es la necesidad de oxigenación de un revisionismo ya en bancarota; el espacio político que ocupa es aquél desde el cual puede recoger y reciclar las inquietudes de **muchos honestos y más que válidos camaradas** que, intuyendo acertadamente la inconsistencia de los proyectos estancados del oportunismo —cuyo ejemplo paradigmático es el PCPE—, aún **no han conseguido deshacerse de las premisas ideológicas y de determinada nefasta tradición en el estilo del trabajo que nos lega el concluido Ciclo revolucionario de Octubre**. El resultado de todo esto, que es entre irónico y paradójico, nos parece palpable a simple vista: las diferentes tendencias y sensibilidades que se cruzan en IC, al huir por inercia de esos *referentes* del revisionismo —y precisamente por no confluir en virtud de una previa identidad ideológica—, sólo están de acuerdo en aquellas caducas premisas y en esas obsoletas formulaciones políticas que todo el Movimiento Comunista Internacional (MCI) heredó; por lo mismo, su programa refleja lo esencial —y, *por tanto, lo peor*— del revisionismo (cierto desdén por la teoría, un marcado *economicismo*, *espontaneísmo* político, severos déficits dialécticos³, etc.), pero sin haber perfilado, definido ni desarrollado de forma original tales ideas, por erróneas y reaccionarias que éstas sean. Y una vez agitados todos estos elementos, resulta un indigesto cóctel —al menos para el proletariado revolucionario—: un programa que está en la derecha del MCEe, muy similar a los del PCPE y PCOE... ¡antes de sus respectivos últimos Congresos⁴! Por consiguiente, IC se encuentra actualmente **a la derecha** de estos partidos revisionistas.

Tras ver esta panorámica general de Iniciativa Comunista, creemos que este Congreso presenta sólo dos posibilidades: por un lado, que se persevere en la línea que se ha venido trazando hasta hoy, cambiando superficialmente algunos aspectos (quizá en el sentido en que, como hemos señalado, lo hicieron en su momento PCPE y PCOE), pero manteniendo intacta la esencia de su línea actual. Como también hemos dicho ya, esto sería el resultado de la **conciliación** entre las diferentes posiciones existentes en el seno de la organización, que tienen puntos de encuentro en lo *negativo* de cada corriente, pues es lo único que comparten. Por otro lado, la alternativa y la opción más deseable es que, en vez de servir para conciliar, este Congreso desatase la **lucha de dos líneas** entre las concepciones *viejas* (sindicalismo, espontaneísmo, eclecticismo ideológico, etc.) y los incipientes elementos *nuevos* que se pueden percibir en ciertos sectores de la militancia de IC. Las y los camaradas que dentro de IC comprenden o empiezan a comprender la insuficiencia de los movimientos de resistencia y el papel **transformador** que han de jugar los comunistas —y no el de meras comparsas en la retaguardia de la espontaneidad—, el poco recorrido de las luchas particulares y **la necesidad subjetiva que tiene el proletariado de constituir su Partido revolucionario**, son las personas a las que, especialmente, nos dirigimos.



¿Espontaneidad o conciencia revolucionaria? ¿Seguidismo o Iniciativa?

En este apartado intentaremos, aun sin pretensiones de exhaustividad, esbozar algo más concretamente nuestras críticas a las concepciones sostenidas en IC. A este respecto, resulta bastante ilustrativo el modo en que esta organización se autodefine:

«Iniciativa Comunista se considera una organización revolucionaria, republicana, laica, ecologista, anti-imperialista, antifascista y antipatriarcal.»⁵

Esta definición preliminar ya nos parece, sin lugar a dudas, realmente problemática. Nuestra secular insistencia en entender el marxismo como una **concepción integral del mundo** —como una cosmovisión o cosmología (Weltanschauung)—, tiene como objetivo acabar con este tipo de confusión general que gobierna el MCEe. No obstante, antes de entrar a desgranar los orígenes y las implicaciones profundas de este eclecticismo ideológico, veamos cómo, inmediatamente después, aplican esta mixtificación teórica a la definición de sus objetivos y, por tanto, también a su actividad práctica. Según la propia IC,

«En su pretensión está la integración de todos los sujetos sociales oprimidos y explotados, y de todo movimiento de reivindicación parcial, respetando su particular marco de luchas, pero coordinando sus experiencias particulares en la necesaria lucha central revolucionaria para derrocar el poder establecido.»⁶

Como vemos, esta forma *dualista*⁷ de entender la revolución es completamente ajena al marxismo. Tras el cierre histórico de la primera ola de la Revolución Proletaria Mundial y con ese marxismo inoperante que nos legó, se abrían sólo dos caminos. El primero, arduo y complejo, implicaba la recapitulación histórica para el reencuentro del marxismo-leninismo consigo mismo. El segundo, que ha sido y sigue siendo aún el hegemónico en el MCI, consiste en renunciar veladamente a la ideología proletaria y, por tanto, también a la revolución. En otras palabras, vemos cómo todos los destacamentos revisionistas, de una u otra forma, se limitan a cubrir los vacíos teóricos que hay que rellenar con elementos y concepciones burguesas en general y pequeñoburguesas en particular. Éste es el caso, también, de IC. Dado su menosprecio por la **teoría revolucionaria**, así como ese inmediatismo político que les lleva a pugnar, sin éxito alguno, por las amplias masas (rasgos que comparten con todo el polo reaccionario del MCEe), apuestan de forma totalmente explícita por la componenda con todo movimiento parcial que las propias dinámicas del capitalismo generan espontáneamente (el republicano, el antifascista, el ecologista, el feminista, etc.). No contentos con tal ejercicio de seguidismo, dicen incluso tener la pretensión de *respetar su*

particular marco de actuación pero, eso sí, *coordinando* sus experiencias. Este esquema no puede dejar de recordarnos a las desviaciones nacionalistas de organizaciones como Kimetz que, en sus *nuevos* principios ideológicos, dicen apostar por el *marco de actuación nacional* —y, por tanto, por la constitución de diversos Partidos nacionales en el interior del Estado español—, aunque siempre con la coetilla de la *fraternal coordinación* a nivel estatal.



Pero esta visión *particularizante* de la revolución (nos referimos de nuevo a IC, aunque en otro plano es también aplicable al nacionalismo de organizaciones como Kimetz) es completamente ajena al marxismo revolucionario. Sigue la lógica revisionista de «**integrar dos en uno**», de yuxtaponer los diferentes movimientos reformistas tal y como se presentan, como si su conjunción *coordinada* diera lugar a la Revolución Proletaria. Pero, como hemos dicho numerosas veces en otros documentos, esto está en las antípodas del Comunismo. Tal concepción del proceso de transformación social corresponde a la manera pequeñoburguesa de entender el mundo que tiene la aristocracia obrera. Ésta, en su siempre inestable atalaya hecha de las migajas que caen del reparto imperialista del mundo, se ve continuamente obligada a pelear por esos restos que le otorgan su estatus social, privilegiado respecto al proletariado pero subalterno en el interior del bloque dominante. Por esto mismo, su fracción *radicalizada* —a su vez, producto de cierta inevitable proletarización y/o del constante peligro de ello— necesita algo con lo que negociar su posición, sus cuotas de poder y su pedazo de pastel de la apetitosa tarta que es la plusvalía extraída al proletariado del *tercer mundo* —aunque también, en menor medida, al proletariado local—. Dada esta correlación de fuerzas, la aristocracia obrera busca siempre aliados para hacer presión a la burguesía monopolista: ahí encuentra, fundamentalmente, a los *movimientos sociales*, a la pequeña burguesía agitada reclamando, también, *su espacio*. Éste y no otro es el sentido de ese cúmulo de *-ismos* que IC se dice

considerar pues, además, conciben la lucha de clases al estilo *sindicomunista* del maniqueo binomio obrero/patrón. Si el republicanismo, el feminismo, el ecologismo, el laicismo, etc. se coaligaran —con esa dirección obrera objetivada para ellos en ese *sindicalismo de clase y combativo* que, cómo no, pretenden reconstruir— para presionar al Estado burgués, tendrían una mejor posición de negociación. Pero todos estos sectores tienen también sus contradicciones particulares entre sí, razón por la cual este tipo de proyectos, así planteados, nunca terminan de despegar. Como se ha visto con Podemos, el *populismo mediático* y apologeta del *sentido común* puede hacer en escasos meses lo que las fracciones radicalizadas de la aristocracia obrera (fundamentalmente encarnadas en el revisionismo) querrían articular desde la apelación a esa mítica *conciencia de clase* (en sí).

Después, hablando de esos *movimientos sociales*, dicen que

«*Es imprescindible que se visualice de forma extremadamente clara que cada uno y cada una de las militantes, y la organización en su conjunto, pretenden formar parte del movimiento para desarrollar un trabajo encaminado a desarrollar el propio movimiento, y en ningún modo a dominarlo o manejarlo para fines puramente coyunturales.*»⁸

¡Esta es una valiosísima confesión por su parte! Quiriendo «*alejar cualquier sospecha de oportunismo*»⁹, *meten la pata* de lleno en el pozo que intentaban esquivar. Precisamente, no hay mayor expresión general de oportunismo —de búsqueda de objetivos *puramente coyunturales*— que esos movimientos sociales pequeñoburgueses, tendentes, por cierto, al embaucamiento del proletariado para sus propios fines reformistas. Si IC reconoce abiertamente querer *desarrollar ese propio movimiento*, ¿cómo va a dejar de ser una organización oportunista!? La mixtificación de conceptos, como decimos, es generalizada.

En las antípodas de este modelo de construcción de un movimiento —que, como hemos demostrado, no podrá jamás ser revolucionario sino sólo reformista— encontramos al marxismo revolucionario. Para éste, la sociedad es una totalidad única, un entramado complejo de relaciones sociales contradictorias que se desenvuelven en una completa interrelación. Entonces, de la misma manera que nuestra cosmovisión es *totalizadora* —pues nos sirve para aprehender

las leyes de toda forma particular de materia y transformarla conscientemente—, **también lo es el movimiento revolucionario del proletariado**. Ésta es la verdadera vinculación de fondo entre la teoría y la práctica comunistas, y no ese vulgar practicismo que usa la primera sólo como justificación formal de su paupérrimo actuar.



Unas palabras acerca de la Revolución y el Socialismo

Pero ¿de qué manera se concreta esta naturaleza **totalizadora** del Comunismo, tanto en lo teórico como en lo práctico? **En forma de Partido Comunista**¹⁰. Éste, al ser un organismo social autoconsciente, es el único capaz de revolucionar las bases materiales (objetivas) de la sociedad al mismo tiempo que se autotransforma como sujeto. En otras palabras, el proletariado revolucionario constituido en Partido subvierte, transforma y suprime radical y progresivamente la totalidad de las relaciones sociales del mundo clasista creando otras nuevas (comunistas), mientras cambia su propia fisionomía y conciencia hacia su **autodisolución como clase** universal, deviniendo en *humanidad emancipada*. Este entrelazamiento histórico de las relaciones sociales viejas (capitalismo) y las nuevas (Comunismo), esta etapa transitoria, la **dictadura revolucionaria del proletariado**, es lo que llamamos **socialismo**. Mas ¿cómo arribamos a susodicho estadio de la revolución?

Para IC —que mienta alguna vez y dice defender la **dictadura proletaria**— es necesario «*iniciar un proceso constituyente por la república popular* (¿como etapa intermedia, quizá, entre ambas dictaduras de clase, la burguesa y la proletaria?) que *suponga la ruptura democrática con el régimen (...)*»¹¹. Esta forma ambigua de plantear los problemas de la

revolución es consecuencia directa de su modelo de *construcción* del movimiento político. Se debaten, por un lado, entre la democratización del Estado burgués y su reforma mediante una Asamblea Constituyente —como piden timoratamente todos los partidos parlamentarios republicano-reformistas y ciertas organizaciones extraparlamentarias que no son precisamente revolucionarias— y, por otro, la dictadura del proletariado como idea platónica. Esta confusión y contradictoriedad general se parece, también, a la propuesta política del programa del PCE(r)¹², por ejemplo.

En otro lugar, IC llega a decir que dicha República será sostenida por *el pueblo en armas*. No hemos podido evitar dar un respingo sobresaltados ante semejante alegato. ¿Qué nos hemos perdido? Exactamente, ¿**cómo han llegado esas armas al pueblo**? ¿Cuál es la línea militar postulada por IC que asegure la creación, desarrollo y afianzamiento de un Ejército Rojo? ¿Cuál la vinculación de éste con la edificación del imprescindible Nuevo Poder revolucionario? Todos estos interrogantes quedan sin respuestas, por lo que nos vemos obligados a concluir que esto es una coletilla, cierto respeto formal por la verdad incuestionable de que la revolución es un acto violento, y no tanto una apuesta política seria y consecuente.

En total coherencia con el resto de sus posiciones, alegan que la «*toma del poder*» es «*el punto final del proceso revolucionario*»¹³. Nos tememos que no son conscientes de las profundas implicaciones que tiene esta tesis. Es, sin duda, la coronación natural de su visión de la revolución y, como el resto de sus postulados, quedan fuera del marxismo-leninismo.

Dado ese modelo *compartimentado* y reformista de *construcción* de un movimiento político, su sanción jurídica y corolario lógico será esa *Asamblea Constituyente* sostenida, supuestamente, por *el pueblo en armas*. Y, para ellos —como dicen literalmente—, ahí acaba la revolución. La nueva constitución garantizará de una vez por todas la liberación de la humanidad viviente en el Estado español, pues **si acaba la revolución es porque ha acabado**, también, **la lucha de clases**. Hemos llegado, sin saberlo, al Comunismo, aunque sea en las estrechas fronteras de este Estado. Aquí ha tomado forma una de las limitaciones más perjudiciales que el marxismo ha sufrido durante el pasado Ciclo. Y es que esta idea, según la cual la revolución acaba con la toma del poder, sólo puede llevar a la tesis

revisionista del «*Estado de todo el Pueblo*». Ésta, cuyo rastro se puede seguir hasta, como poco, la Constitución Soviética de 1936, no deja de ser la continuación de las limitaciones *stalinianas*, pues los cuadros del PC(b)¹⁴ se mostraban incapaces de percibir la supervivencia de la lucha de clases en el socialismo y hasta el Comunismo. En este sentido, se creía que la burguesía era una clase exclusivamente *residual*, y no generada constantemente bajo nuevas formas también durante el socialismo. Por lo mismo, se veía la amenaza de la restauración como un peligro únicamente *exterior* —a través de la agresión imperialista directa— y no *interior*. Ironías de la vida, fue efectivamente la reacción interior —la burguesía de Estado— la que, *a sus anchas*, pudo restaurar el capitalismo en el primer Estado de Dictadura del Proletariado de la historia.

Pero volvamos con IC. En absoluta solidaridad con el resto de su hilo argumental, dicen buscar

«(...) la construcción de un socialismo antipatriarcal, antiimperialista, antirracista, con características propias (...).»¹⁵

Y, poco después, que apuestan

«(...) por un comunismo **que incorpore al bagaje de experiencias de un siglo de movimiento comunista lo mejor de las nuevas formas de lucha y actuación y las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales.**»¹⁶

Una vez dicho esto, todo su relato cobra el mayor de los sentidos. Lástima que, como decimos, no sea precisamente un sentido revolucionario. Tras esa alianza *aristobrera* con toda clase de *movimientos sociales* pequeñoburgueses, respetados en su particularidad¹⁷ e incorporados tal cual se presentan a la *revolución*, IC les promete que su socialismo será *solidario* con ellos y no *totalizador*. Ése es el único sentido que tiene la perogrullada de la adjetivación del socialismo como *antipatriarcal*, *antimperialista* y *antirracista*. Dado que han renunciado a constituir ese movimiento único, unitario y total del proletariado revolucionario en forma de PC, que carecen de cualquier táctica-Plan consciente que sea la hoja de ruta de la revolución y que han aceptado toda clase de compromisos con otras clases sociales sin la capacidad real de imponer una dirección ideológica y política comunista, terminan luchando por un socialismo pequeñoburgués

que complazca también las peticiones de ciertos sectores, algunos de ellos de tradición realmente corporativa¹⁸.



Antes de que nadie se lleve las manos a la cabeza, aclararemos una cuestión. No queremos decir que no nos posicionemos frontal y decididamente en contra de la doble opresión que sufre la mujer, del imperialismo o del racismo, entre otras cosas. Por el contrario, argumentamos que el hecho de adjetivar de este modo el socialismo es, en el mejor de los casos, una **tautología** hecha por desconocimiento; en el peor, puro oportunismo. En el caso de IC, lo más seguro es que se trate de una mezcla de ambos: un *ingenuo* y *honrado* oportunismo por falta de profundización teórica en los postulados fundamentales del Socialismo Científico. Y es que, como hemos apuntado más arriba, **el socialismo es la etapa de transición que crea lo nuevo y destruye lo viejo; la fase intermedia entre la sociedad clasista y la comunista; el espacio temporal en el que, obviamente, ha de acabarse con toda forma particular de opresión que sufra la humanidad.**

Pero, de nuevo, tropezamos aquí con ciertas problemáticas heredadas del periclitado Ciclo de Octubre. Por un lado, al no ver el Comunismo como una cosmovisión y movimiento político revolucionario totalizadores —sino que se entiende al estilo sindicalista de obrero (varón blanco, heterosexual y occidental) contra patrón

(también varón blanco, heterosexual y occidental)—, les parece necesario realizar esa matización *antipatriarcal*, *antiimperialista*, etc. Por otro lado, y ante los vacíos de que hace gala ese marxismo heredado, ven la necesidad de rellenar esos huecos. Y esto es totalmente necesario; el problema es **con qué** los rellenamos. Aquí juega un papel fundamental la escasa asimilación del marxismo-leninismo por parte del grueso de los comunistas (de este Estado y del mundo en general), pues se opta usualmente por la vía sencilla e inmediatamente factible de, como dice literalmente IC, **incorporar lo mejor** de los movimientos sociales y sus reivindicaciones. ¿En qué se traduce esto? En meter con calzador las concepciones burguesas del mundo en el esqueleto marxista; en conciliar el Comunismo con el feminismo, el ecologismo, el sindicalismo, el republicanismo, etc.; en definitiva, supone la subversión total de nuestra ideología neutralizando y tirando por la borda todo su contenido revolucionario.

En realidad, todos los destacamentos revisionistas apuestan por esta vía. La particularidad de IC es que lo hace de forma más obvia, descarnada y explícita que los demás, precisamente por esa ausencia de definición ideológica que le impone su heterogénea composición. En este sentido, ¿quién decide qué es *lo mejor* de cada movimiento social? Por este sendero ecléctico sólo se llega al *acuerdo de mínimos*, a la conciliación, insistimos, de las *subideologías* burguesas, por un lado, y al cúmulo de éstas con la proletaria, por otro. ¿Cuánto tiempo más van a pasar por el aro los militantes revolucionarios de Iniciativa Comunista?

En contraposición a este picoteo ideológico de aquí y allá, nuestra posición, la del **Movimiento por la Reconstitución**, es clara. En vez de *completar* y *complementar* el marxismo con todo lo que se encuentra por el camino, lo que corresponde al estado actual de nuestra ideología es, precisamente, **su reconstitución**. En otras palabras, **necesitamos más y mejor marxismo** y no una mezcla amorfa de ideas dispersas y sin sistematizar. Por tanto —y en coherencia con Marx— postulamos que la **lucha de clases** es, a todos los niveles, el *motor de la historia*, por lo que será en la propia lucha del marxismo-leninismo contra estas tendencias pequeñoburguesas que enarbola buena parte de la vanguardia teórica¹⁹ como se desvelará lo positivo que éstas tengan a la hora de dar respuesta efectiva a los problemas candentes de

la revolución para, así, ser incorporadas —tras su transformación— en su necesaria posición dentro de la cosmovisión proletaria (**reconstitución ideológica del Comunismo**).



Se suele alegar, en parte por la obnubilación que produce el mercado de la política posible, que el marxismo tuvo serias carencias en todos los frentes y especialmente en aquellos más delicados como el de la emancipación de la mujer, el de la liberación de los pueblos colonizados o dependientes o el de la descriminalización de la homosexualidad. Esto es, sin duda alguna, totalmente cierto. Pero no es menos cierto que, dada la vinculación intrínseca de todos estos aspectos, dada su indisoluble unidad en el marco de la revolución, los comunistas fracasamos no sólo en dichos ámbitos concretos sino también y sobre todo **en el conjunto de nuestra empresa emancipadora**. Como hemos intentado demostrar, **no existe la emancipación del proletariado separada de la de la mujer o la de los pueblos negros**, por ejemplo, ni tampoco es posible la operación inversa. Todos estos aspectos **son una y la misma cosa**. La autoemancipación del proletariado es la liberación de la humanidad. Dicho de otro modo, la humanidad, en nuestra época, está históricamente determinada como proletariado. Por tanto, no es que creamos —como se suele decir de forma bastante infantil— que el socialismo vaya a resolver todas las contradicciones sociales que generan explotación y opresión *por arte de magia*. Sabemos precisamente que, de no hacerlo, aquello **no será socialismo ni estará en**

dirección al Comunismo. Es más, tales críticas —que son esgrimidas muchas veces de forma interesada para negar el Comunismo en general— son en realidad una crítica, consciente o no, **al revisionismo.**

Entonces, ¿cómo asegurarnos de que el Segundo Ciclo de la Revolución Proletaria Mundial dé respuesta a todos los problemas globales y concretos que se nos presentan y que, a su vez, sea la ola **definitiva** de la RPM?



Sentemos las bases de la revolución. Conclusión

Planteadas claramente las contradicciones que erosionan a IC como organización y que, como sabemos, también **queman militantes**, falta saber qué camino seguir para llegar al objetivo que todos tenemos: la sociedad sin clases.

Dado que no queremos extendernos demasiado y que ya hemos expuesto lo fundamental de la Línea de Reconstitución en otros documentos²⁰, procuraremos aquí hacer sólo un repaso superficial de las tareas que creemos imperiosas.

En vez de acumular *accesorios* pequeñoburgueses para acoplarlos artificialmente al marxismo, nos resulta imperativo, precisamente, desarrollar éste en coherencia consigo mismo. Esto no significa, claro está, que vayamos a desarrollar la teoría *desde el aire*, desde la especulación intelectualista. No. Como expuso claramente

Mao²¹, **la teoría es práctica social sintetizada.** En coherencia con ello, el **Balance** que propone el **Movimiento por la Reconstitución** es, sencillamente —y aunque no sea tarea fácil ni corta— **la aplicación del marxismo a los marxistas, el estudio crítico desde el materialismo histórico de la propia práctica social pasada del proletariado** en particular y de las relaciones de éste con toda la lucha de clases en general. Esto nos dará el material necesario para dar respuesta a los nuevos problemas de la revolución, y así situar al marxismo, de nuevo, a la altura de las circunstancias históricas y del nivel alcanzado por la lucha de clase del proletariado revolucionario. A su vez, hemos de contrastar estos resultados en **lucha de dos líneas** con el revisionismo y con toda forma de pensamiento burgués que pugne por la hegemonía de la vanguardia —anarquismo, el propio revisionismo, fundamentalismos religiosos, etc.— de manera que, al negar, neutralizar y suprimir dichas ideologías, el marxismo salga reforzado y enriquecido. Paralelamente a todo esto, **y como a día de hoy ya es totalmente palpable**, vamos articulando políticamente y de forma progresiva, mediante la aplicación de nuestra **línea de masas**, un movimiento de vanguardia prepartidario. Ésta es la única forma de **enarbolar un referente marxista-leninista** que esté en condiciones de disputar la hegemonía al hoy mayoritario revisionismo.

Como ya postulara Lenin frente al *economismo* ruso allá por 1902, ante la táctica-proceso del revisionismo, que sigue la corriente del movimiento espontáneo y carece de **Iniciativa**, ha de oponérsele inmisericordemente una **táctica-Plan** consciente que guíe el trabajo de los militantes revolucionarios, armonizando los fines últimos con los medios a usar y eligiendo estos en función de aquéllos.

Como decíamos al inicio de esta misiva, esperamos sinceramente que ésta sea mínimamente útil para estimular las reflexiones de las y los camaradas de Iniciativa Comunista —y de la vanguardia en general— que sientan ciertas inquietudes sobre la revolución y sus necesidades a día de hoy. De la misma manera, es nuestra intención manifiesta azuzar el debate aprovechando la eventualidad de la convocatoria de su IV Congreso. Como hemos dicho también, somos perfectamente conscientes de que el Programa vigente de IC no goza de la estima que debiera entre buena parte de los militantes; no obstante, y como

puede ver cualquiera que conozca un poco el MCEe, aquél sigue marcando prácticamente el camino que sigue esta organización. Por eso nos hemos basado en él para confrontarlo con nuestras posiciones e intentar clarificar algunos puntos de manifiesta confusión ideológica.

Vivimos un momento crucial en el deslinde de campos entre la *revolución* y la *reacción*. A lo largo de estos últimos años —y por primera vez en mucho tiempo— empieza a verse cómo se yergue, aunque aún tímida y humildemente, un movimiento político de vanguardia que, más allá de su composición cuantitativa —en crecimiento exponencial, por cierto—, realiza un importante esfuerzo teórico para dar respuestas a los problemas de la revolución, procura crecer y articularse políticamente en función de esas necesidades y, lo más importante de todo, demuestra la claridad y la madurez ideológicas necesarias para avanzar hacia el único horizonte *posible, necesario y deseable* **objetiva** y **subjetivamente** para el proletariado revolucionario: **la reconstitución de su Partido** para el desarrollo de **la guerra de clases, la toma del Poder** y el arduo tránsito **hacia el Comunismo**.

Es hora, pues, de **tomar la Iniciativa** a la que se ha renunciado durante demasiado tiempo, retomar el camino que —siguiendo el efímero ejemplo de la Comuna— pavimentaron para casi un siglo los bolcheviques en los albores del siglo pasado y desarrollarlo conscientemente de manera que jamás pueda volver a ser proclamado por la burguesía el *fin de la historia*.



¡Desarrollemos la lucha de dos líneas!

¡Por la reconstitución ideológica del Comunismo!

¡Por la reconstitución del Partido proletario de Nuevo Tipo!

Nueva Praxis
Agosto de 2014

Notas

1. Se dirá contra nuestra argumentación, quizá, que puede ser lógico que poco antes de un Congreso el viejo programa deje de ser una referencia, precisamente porque uno nuevo vendrá a sustituirlo. Esto no es así. En una organización comunista, salvo causa de fuerza mayor, el Congreso es el máximo órgano de decisión, y sus acuerdos han de ser respetados por el conjunto de la militancia. En ese mismo sentido, un programa sólo podrá ser modificado o substituido por el siguiente Congreso. Si ya antes de su celebración se declara, aunque sean sólo ciertos militantes, la nulidad de los acuerdos vigentes, ¿cuál es la política que se está aplicando? ¿Acaso plasman el programa sólo algunos de los militantes y, mientras, otros realizan el trabajo político que consideran oportuno? Esto es una buena muestra de **liberalismo**, consecuencia a su vez de esa heterogeneidad y ausencia de identidad ideológica que sufre IC. Además, es el problema de elaborar programas desde la separación de la vanguardia y de la de ésta para con el resto proletariado: aquél deja de ser la expresión de una vinculación objetiva entre vanguardia y masas, entre los problemas de la revolución y las necesidades de las masas, y se torna en una simple **propuesta política externa** a la clase que se le ofrece de la forma en que lo hacen los partidos burgueses parlamentarios, sólo que en nombre de una revolución que no se sabe cómo iniciar porque no existe Partido Comunista.

2. Es notorio, también, que aquellos militantes a los que hemos visto renegar, desmarcarse o hablar del programa como un *mal menor*, representan en lo esencial cada una de esas *tendencias* contradictorias que pueblan IC. Lo que demuestra, a su vez, que dicha heterogeneidad ideológico-política genera una propuesta ecléctica que tiene, como no podía ser de otra manera, los pies de barro.

3. Como dato anecdótico pero revelador, en la sección de su web *¿Qué es Iniciativa Comunista?*, que a su vez es un extracto de su programa —concretamente del apartado *Línea Ideológica*—, dicen literalmente que asumen «la herramienta analítico-práctica del materialismo». Pero ¿qué materialismo? Hablar de materialismo en general, y sobre todo allí donde se supone que se definen

ideológicamente, es un detalle para nada baladí. Desde la aparición del materialismo dialéctico, el materialismo *a secas* —léase **vulgar**— se convirtió en su opuesto, es decir, en otra forma de idealismo. Como intentaremos demostrar en el presente documento, es este último tipo de materialismo el que se profesa, de forma totalmente inconsciente, en Iniciativa Comunista.

4. Este dato es bastante significativo. El XIV Congreso del PCOE y el IX Congreso del PCPE tienen lugar, respectivamente, en Abril y Diciembre de 2010. El III Congreso de IC se desarrolla casi dos años después, en Febrero de 2012. Los programas revisionistas emanados de tales Congresos del PCPE y PCOE suponen un viraje, por leve, superficial y oportunista que sea, hacia la izquierda. Se les hizo imprescindible dar esa mano de pintura *seudorevolucionaria* a sus trasnochados programas, pues así pretendían intentar captar las miradas de la aristocracia obrera radicalizada por el recrudecimiento de la ofensiva del capital monopolista durante la crisis (tema que tratamos algo más extensamente en nuestro documento ***Entre dos reinados... y dos ciclos revolucionarios***). En cambio, IC, en pleno 2012, aún apostaba por ese *Frente de Izquierdas* que los otros partidos revisionistas ya habían dejado atrás, para sustituirlo por el Frente Obrero y Popular por el Socialismo (FOPS) del PCPE y el Frente Único del Pueblo (FUP) del PCOE. Como iremos viendo, el resto del programa de IC expone descarnadamente las ilusiones revisionistas más ingenuas y oportunistas. Como decía Engels, el oportunismo honrado es de hecho la peor clase de oportunismo. Y éste creemos que es el caso de Iniciativa Comunista.

5. Extraído del apartado de su web *¿Qué es Iniciativa Comunista?*

6. *Íbidem*. Las negritas son nuestras.

7. Como se ve, IC reconoce dos *niveles* en la lucha de clases que, según les parece, pueden convivir armónicamente. Por un lado, cada movimiento particular que pugna por *lo suyo*; por otro, la lucha «*central*» *revolucionaria* en la que se coordinan los primeros. Como iremos viendo, este criterio no es proletario sino específica y típicamente pequeñoburgués.

8. ***Documentos públicos del III Congreso de IC***, apartado *Estrategia*, epígrafe *Participación en los movimientos*.

9. *Íbidem*.

10. Sobre el problema de la constitución del Partido Comunista, el Programa de IC se limita a apostar, casi de pasada, por la fórmula de la *unidad de los comunistas* en un escueto párrafo y algunas alusiones dispersas más. Desde su perspectiva, pareciera que el Partido se constituye por el simple desarrollo de esos *movimientos sociales* en los que convergerían diferentes organizaciones comunistas; que es un resultado epifenoménico de las formas burguesas de lucha de clases y no el objetivo central de todo Plan político proletario que se plantee la revolución como un horizonte serio. Para no ser repetitivos, el lector que quiera conocer más

extensamente nuestra opinión sobre esa *unidad comunista* puede leerla en nuestro artículo titulado ***El sacrificio del nonato. Respuesta al PTD***.

11. ***Documentos públicos del III Congreso de IC***, apartado *Línea Ideológica*.

12. Recordemos los ya míticos extractos de este programa antinómico. Citaremos sólo tres, los más sangrantes: «*España es un país de capitalismo monopolista de Estado, en el que a las contradicciones propias de este sistema se añaden las derivadas de la implantación y el dominio de un régimen de tipo fascista. (...) De acuerdo con las consideraciones generales que acabamos de señalar, la revolución pendiente en España sólo puede tener un carácter socialista*»; «*Con la instauración de la República Popular se inicia el periodo que va desde el derrocamiento del Estado fascista e imperialista a la implantación de la dictadura del proletariado*»; «*La principal misión de este gobierno será la de aplastar la oposición violenta de la gran burguesía y demás sectores reaccionarios y garantizar la celebración de unas elecciones verdaderamente libres a una Asamblea Constituyente*». Como puede verse, los paralelismos en la generalizada confusión ideológica y la ambigüedad política son un rasgo manifiesto. Se mezclan arbitrariamente las elecciones verdaderamente democráticas para una Asamblea Constituyente de una República Popular con el reconocimiento (formal) de la dictadura proletaria y el socialismo. Y la misma comparación podríamos hacer trayendo a colación extractos de artículos y documentos del inefable PTD, pero no creemos que sea ya necesario.

13. ***Documentos públicos del III Congreso de IC***, apartado *Estrategia*.

14. Partido Comunista (bolchevique) de la URSS.

15. ***Documentos públicos del III Congreso de IC***, apartado *Línea Ideológica*.

16. *Íbidem*.

17. Conviene apuntar que IC también habla de *llevar el marxismo a cada lucha concreta*. Pero esto, al contrario de lo que pudiera parecer, no dice nada bueno de su propuesta política, sino más bien al contrario. Tal fórmula no deja de ser una ***adaptación de la vieja idea economista de dotar a la lucha económica misma de un carácter político***, sólo que en el contexto del fin del Ciclo de Octubre y en el panorama sociopolítico del Estado español post-15M.

18. Haremos aquí una reflexión algo más amplia. Sabido es que todo movimiento parcial es, por su propia naturaleza, reformista y, por tanto, reaccionario. No obstante, no todos se desenvuelven políticamente de la misma forma. Algunos han conseguido integrarse positivamente en las redes del Estado imperialista, cooptando de forma corporativa, como decimos, al Poder. Otros, por el contrario, suponen sólo realidades coyunturales (muchas veces incluso de corte ético-fetichista, como el antifascismo) que a la burguesía poco o nada le cuesta hegemonizar eventualmente si estallan de forma espontánea. Además, aquí nos ayudará el propio lenguaje a identificar estas diferencias. Y es

que por un lado, los movimientos parciales y reformistas contruidos etimológicamente como *positividad* o *afirmación* (feminismo, sindicalismo, nacionalismo, ecologismo, etc.) han conseguido, de una u otra manera, incorporarse al edificio político burgués copando ciertas cotas de poder. En el caso del sindicalismo (que representa los intereses y es la herramienta fundamental de encuadramiento en el Estado de la aristocracia obrera) y del nacionalismo (que representa los intereses de las burguesías nacionalistas de la periferia del Estado), son —al menos *por ahora*— piezas clave del bloque dominante del Estado español, por debajo, obviamente, de la burguesía monopolista. Otros, como el ecologismo y el feminismo, optan a sus pedazos de pastel más como *lobby*, mediante la cooptación corporativa y los cupos —en ese sentido son bastante gráficas, por ejemplo, las políticas de *paridad de género* del gobierno de Zapatero—. Por el contrario, esos movimientos particulares contruidos como pura *negatividad* (antifascismo, antirracismo, anticapitalismo, etc.) corresponden usualmente a *reacciones* más espontáneas que, cuando no son directamente pequeñoburguesas, son rápidamente hegemónicas, dirigidas y absorbidas

por la burguesía —por tal o cual de sus fracciones— para la defensa de sus propios intereses. Además, suelen tener un carácter más pasajero ya que, insistimos, son reacciones ante determinados acontecimientos y no tanto movimientos sostenidos que pugnen, en tanto que tales, por sus cuotas de poder.

19. Recordamos: la vanguardia teórica son aquellos sectores de la clase que se cuestionan el capitalismo, buscan vías para su superación histórica y ofrecen respuestas al resto de clase, sean o no soluciones consecuentemente revolucionarias.

20. En este sentido, nos remitimos de nuevo a nuestro documento *El sacrificio del nonato. Respuesta al PTD*, pues es, en resumidas cuentas, una exposición de la **Línea de Reconstitución** que se realiza en contraposición a la del PTD, muy parecida, por cierto, a la de IC. No obstante, no podemos dejar de recomendar a todo aquél interesado la *Nueva Orientación* del PCR, como documento fundamental (y, aunque con ciertas reservas, podríamos decir también que fundacional) de esta Línea.

21. Ver Mao Tse-tung, *Sobre la práctica*.



Stalin, clases sociales y restauración del capitalismo

Introducción

La Revolución de Octubre, realizada por las masas proletarias y campesinas del Imperio Ruso dirigidas por el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique), dio lugar a la implantación de la primera dictadura revolucionaria del proletariado en la historia de la humanidad, exceptuando la breve -tanto espacial como temporalmente- experiencia anterior de la Comuna de París. Además, significó el inicio de la edificación socialista en los antiguos territorios del Imperio de los Zares. Pero la Revolución de 1917 no solo supuso la creación de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, y posteriormente de la URSS, sino que también provocó la escisión del ala revolucionaria de la socialdemocracia internacional que constituiría la Komintern en el año 1919; también marcó el inicio de una serie de revoluciones -en países como Alemania, Hungría, Finlandia, China, Albania, Grecia, Vietnam, etc.- que se alargarían durante todo el siglo XX y que en algunos casos darían lugar a la formación de Estados de dictadura democrático-popular y de Estados de dictadura del proletariado. Durante este período histórico se desarrolló la construcción del socialismo en países como la URSS y China, alcanzando logros tales como la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción, la colectivización del campo, la elevación del nivel de vida de las masas trabajadoras, etc.

Con la Revolución Socialista de Octubre nació todo un ciclo de la Revolución Proletaria Mundial que se extendería durante la mayor parte del siglo pasado. El desarrollo de este ciclo revolucionario no fue lineal, sino que tuvo sus altibajos, sus momentos de ofensiva revolucionaria (que se centran en los periodos posteriores a las dos Guerras Mundiales y en menor medida durante la segunda mitad de la década de los 60) y sus momentos de retroceso, con la toma del poder en los Estados socialistas por parte de los revisionistas, primero en la URSS en el año 1956 y como consecuencia de ello en las democracias populares del Este de Europa, y después en China en 1976, hasta que en 1989-1991 se vendrían abajo los restos de lo que en el pasado fuera el campo socialista. Esto, el derrumbe de lo que antaño fueran Estados socialistas o democrático-populares, sería contemplado por la inmensa mayoría de la vanguardia revolucionaria y de las masas explotadas, con la inestimable colaboración de la burguesía y sus plumíferos, como el final del comunismo, del movimiento político que durante el siglo XX constituía una alternativa real al capitalismo, a la explotación a la cual somete a las masas de trabajadores este sistema, y pondría término al Ciclo revolucionario de Octubre.

Esto enlaza directamente con la situación en la cual nos encontramos los comunistas actualmente, situación en la que el movimiento comunista, salvo excepciones representadas por unos pocos partidos maoístas que han sabido recoger lo mejor de la experiencia del pasado ciclo (aunque también con las limitaciones de esta) y poner en marcha procesos revolucionarios, no es capaz de situarse como faro para los oprimidos del mundo y llevarlos a la toma del poder político en el sendero hacia su emancipación. En este contexto, la tarea de los marxistas-leninistas debe ser la reconstitución del movimiento revolucionario para que el proletariado pueda erigirse en clase dominante (instaurando así su dictadura de clase sobre los explotadores) e iniciar un nuevo ciclo revolucionario, que esta vez sí suponga la liquidación completa del último modo de producción clasista de la historia, que es el capitalismo, y su sustitución por una sociedad que no esté basada en la explotación del ser humano por el ser humano, la sociedad comunista.



Para este objetivo, la reconstitución del movimiento revolucionario del proletariado, es necesario realizar el análisis de la experiencia del movimiento comunista que nos lega la oleada revolucionaria que comenzó en 1917. Una de las cuestiones objeto de análisis cuya importancia es esencial son los factores, causas y condiciones que permitieron que en Estados de dictadura proletaria los representantes de los intereses de clase de la

burguesía, los revisionistas, se pudieran hacer con el poder político, acabando con el proceso de edificación de la sociedad comunista y transformando la esencia de clase de estos Estados en su contrario, en Estados de dictadura de la burguesía burocrática.

Para dicha empresa, este texto se centra en el periodo de construcción del socialismo en la URSS y en las concepciones ideológicas imperantes en el Partido Comunista (bolchevique) respecto del significado de la eliminación de la propiedad privada individual sobre los medios de producción y lo que ello suponía, según los dirigentes bolcheviques, para la existencia de clases sociales en la Unión Soviética y las posibilidades de que el proceso hacia la sociedad comunista se revirtiera y el socialismo, la dictadura del proletariado, fuese sustituido por la dictadura burguesa y el modo de producción capitalista.



STALIN

Stalin y los límites del Ciclo de Octubre

Antes de meternos directamente en la cuestión que motiva este texto, creemos necesario hacer unas aclaraciones respecto a Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, Stalin, y el origen de una serie de concepciones ideológicas existentes, no solo en el bolchevismo "staliniano", sino también en todas las corrientes que rompieron orgánica y políticamente con la socialdemocracia en el período del fin de la Iª Guerra Mundial y la Revolución de Octubre.

En este artículo emplearemos fundamentalmente artículos, conferencias e informes de Stalin para mostrar las concepciones que defendía el PC(b), pero ello no implica que achaquemos la responsabilidad exclusiva -ni siquiera mayoritaria o determinante- de estas formulaciones a su secretario general. Desde el materialismo histórico no se puede sostener lo que hacen los académicos burgueses y algunas corrientes comunistas que surgieron durante el Ciclo de

Octubre, como el trotskismo o el eurocomunismo: achacar el devenir de la historia, el desarrollo político, social o económico de un país a una sola persona, en este caso concreto a Stalin. Esta posición historiográfica es por completo opuesta al estudio científico de la historia, puesto que sustituye las condiciones materiales que determinan la existencia de clases sociales y la lucha entre estas como el motor del desarrollo histórico por la voluntad de un individuo o una camarilla.

Stalin, que ya poseía una dilatada trayectoria como militante comunista (siendo miembro del POSDR desde el año de su fundación, 1898, y de la fracción bolchevique, también desde su constitución, en 1903), tras la enfermedad y pronto fallecimiento de Lenin asumió la defensa y sistematización del leninismo frente a las desviaciones oportunistas existentes en el seno de los bolcheviques. De este modo supo darle salida a una problemática nueva con la que se encontró la Revolución de Octubre, como fue el hecho de que la revolución no triunfara en ningún otro país y la Unión Soviética quedara aislada a nivel internacional. Este era un problema nuevo al que se tenían que enfrentar los marxistas revolucionarios, ya que hasta ese momento, aunque Lenin ya había esbozado la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país antes de la revolución de 1917 (1), formaba parte de las concepciones teóricas de los marxistas que la revolución triunfaría en varios países. Pero la experiencia práctica demostró, tras el fracaso de las revoluciones que se produjeron en Europa de 1918 a 1923, que esta tesis ya no era válida para la etapa imperialista del modo de producción capitalista. En este contexto, Stalin desarrolló la teoría del socialismo en un solo país, conjugando la posibilidad de construcción del socialismo en un Estado rodeado de países capitalistas con el internacionalismo proletario y estableciendo que el país de dictadura del proletariado debería actuar como base de la Revolución Proletaria Mundial, lo cual supuso una aportación al socialismo científico de importancia fundamental.

En la lucha de líneas que se produjo en los años 20 contra las líneas oportunistas de izquierda y derecha, Stalin defendió la línea marxista-leninista frente a estas desviaciones, lo cual permitió que el proceso de edificación del socialismo continuase adelante en el Estado soviético.

La oposición de izquierda encabezada por Trotski, que se manifestó en el seno del Partido a partir de 1923, y a la que luego se sumarían Zinoviev y Kamenev entre otros, consideraba que en la URSS no era posible la construcción del socialismo por tratarse de un país aislado y atrasado económicamente, llevando la teoría de las fuerzas productivas legada de la socialdemocracia a sus últimas consecuencias. Además, se oponían a la Nueva Política Económica (NEP). Frente a esto, como ya dijimos anteriormente, Stalin desarrolló la teoría del socialismo en un solo país (ya enunciada por Lenin), la cual demostró en la práctica que efecti-

vamente la edificación del socialismo en un solo país, en la Unión Soviética, era posible asegurando la alianza en el marco de la NEP del proletariado soviético con los campesinos, que constituían la mayoría de la población del País de los Soviets.

En los años 1927-1928, con el agotamiento de la NEP se manifestó otra línea oportunista, en este caso de derechas, encabezada por Bujarin. Esta oposición derechista defendía el prolongamiento de la NEP, es decir, la explotación privada por parte de los campesinos sobre la tierra, y propugnaba la construcción del socialismo "a paso de tortuga", a pesar de la situación a la cual se había llegado a finales de los años 20 en la que existía una gran diferenciación entre clases sociales en el campo y los campesinos ricos estaban especulando con el grano, provocando el desabastecimiento de las zonas urbanas. Ante esta fracción oportunista, la mayoría del PC(b), con Stalin al frente, elaboraron la línea de industrialización y colectivización del campo que permitió eliminar la propiedad privada individual sobre los medios de producción y un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas. Esta política también tuvo una importancia esencial para que la URSS saliese vencedora de la agresión militar más potente de la historia, la que sufriría una década después por parte de la Alemania nazi y sus aliados fascistas.

En lo que atañe a la herencia ideológica del marxismo de la socialdemocracia, como señalábamos al principio de este epígrafe, no solo influyó a Stalin y a sus colaboradores, sino también a todas las organizaciones y tendencias que surgieron mediante la escisión del ala izquierda de la II Internacional. Efectivamente, las corrientes que, como el bolchevismo, terminaron rompiendo con el movimiento socialdemócrata surgieron dentro de la propia socialdemocracia y, aunque se desarrollaron en lucha contra los paradigmas teóricos más degenerados de esta, recibieron inevitablemente su influencia. El partido guía del movimiento marxista era el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), que se había constituido mediante la unión de dos corrientes políticas, el lassallismo, ajeno al marxismo, y la corriente eisenachiana, que, aunque influidos por el marxismo, profesaban una ideología que mezclaba diversas tendencias teóricas. Además, su creación se produjo cuando aún Marx y Engels no habían desarrollado completamente su concepción científica del mundo y parte de sus obras aún no habían salido a la luz. Todo ello contribuyó a que el marxismo del SPD, que a través de este partido se expandiría por el resto de organizaciones socialdemócratas del orbe, y del que fue su principal líder político, Karl Kautski, contuviese en su seno determinados paradigmas ideológicos extraños al socialismo científico y que inevitablemente se reprodujeron en las organizaciones que rompieron con la II Internacional.

Así, una serie de premisas ideológicas cuyos orígenes se remontan a la socialdemocracia y que eran compartidas por la práctica totalidad del movimiento comunista tendrán una influencia negativa para el proceso de edificación del socialismo

y facilitarán el camino al revisionismo. Una de estas premisas es la identificación de la propiedad jurídica de los medios de producción con las relaciones sociales de producción, que se plasmaba en la consideración de que, una vez los medios de producción fueran estatizados, estos pasarían a ser de propiedad de toda la sociedad, obviando las contradicciones existentes en ella y las prácticas burguesas (tales como la división social del trabajo) que se seguían reproduciendo en las unidades de producción. Esto llevaba aparejado que, tras la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción, se considerase que desaparecerían las clases sociales antagónicas y la tarea primordial pasaría a ser la del desarrollo de las fuerzas productivas para alcanzar el comunismo.



Así, por ejemplo, Trotski, que nos es presentado por los intelectuales burgueses y por los propios trotskistas como el personaje antagónico de Stalin, defendía estas mismas premisas ideológicas, y en el caso de la teoría de las fuerzas productivas incluso la llevaba a sus límites extremos, como ya hemos mencionado antes respecto a las posibilidades de construcción del socialismo en un solo país. Trotski, al igual que el PC(b) de Stalin (como tendremos ocasión de ver en el siguiente epígrafe), consideraba que la eliminación de la propiedad privada individual sobre los medios de producción llevaba aparejada la inexistencia de burguesía y de clases antagónicas en la sociedad soviética (2). En su famosa obra titulada *La revolución traicionada*, el ucraniano, mencionando las clases y capas sociales existentes en la URSS a mediados de los años 30, afirmaba: "el proletariado soviético existe aún como clase, profundamente distinto al campesinado, a los técnicos intelectuales y a la burocracia". Como se ve en la cita, Trotski no menciona la existencia de burguesía -en otros

fragmentos de la obra afirma directamente su inexistencia-, de lo que habla es de una burocracia que según él era el "grupo dirigente" en la URSS, pero a este grupo (la burocracia) no lo consideraba una clase social, sino una capa social. A pesar de que afirmaba que la burocracia dirigía a la Unión Soviética, al mismo tiempo defendía que esta seguía siendo un Estado obrero por "la nacionalización del suelo, de los medios de producción, de los transportes y de los cambios, así como el monopolio del comercio exterior". Aquí se observa la plena identificación de Trotski con la tesis que equipara las relaciones jurídicas de propiedad con las relaciones de producción, ya que en base a su visión, pese a que el poder en la URSS no estaba en manos del proletariado sino de una burocracia usurpadora, el país soviético mantenía su esencia de clase proletaria por el hecho de que los medios de producción eran de propiedad estatal (por cierto, tesis muy similar a la que defienden hoy en día los revisionistas que provienen del campo prosoviético para el periodo post-XX Congreso).



Por último, para contextualizar las concepciones teóricas dominantes en el Partido Comunista (bolchevique) de la URSS hay que sumarle a las limitaciones ideológicas heredadas por el marxismo de la II Internacional que acabamos de mencionar, el hecho de que el proceso soviético fue la primera experiencia de construcción del socialismo en la historia. Los bolcheviques, tras la conquista del poder político por la clase obrera y el establecimiento de su dictadura revolucionaria de clase, se enfrentaban a problemas enteramente nuevos, a cuestiones que nunca antes les fueron planteadas a ningún grupo de personas en la historia de la humanidad, temas sobre los que no existía práctica anterior de la que poder extraer lecciones para desarrollar el proceso con mayores garantías de éxito. Y tampoco se pueden olvidar los límites materiales a los que se enfrentaban los comunistas soviéticos al producirse la revolución en un país atrasado económicamente, donde la mayoría de la población era aún campesina, es decir, pequeñoburguesa, donde todavía existían relaciones de producción feudales en zonas rurales; un país que había acabado destruido tras tres años de guerra imperialista y tres años de guerra civil e intervención imperialista, etc. Por todos estos motivos, el desenlace del primer proceso de edificación del

comunismo fue, en gran medida, lógico.

Sin embargo, en la actualidad los marxistas-leninistas, a diferencia de los bolcheviques, poseemos un rico bagaje histórico de construcción del socialismo en la URSS y en otros países como China. Por eso, el balance de estas experiencias es una tarea esencial para que los comunistas podamos emprender en el futuro el camino liberador de la humanidad en una posición cualitativamente superior a la de nuestros camaradas durante el primer ciclo revolucionario.

Clases sociales en el socialismo y posibilidades de restauración del capitalismo

A finales de los años 20 se inició la ofensiva en la Unión Soviética contra los kulaks (los campesinos ricos), desarrollándose en este periodo una enconada lucha de clases en el campo que se podría calificar prácticamente de guerra civil. Ante las medidas tomadas por el Estado soviético contra los kulaks para evitar la especulación que llevaban a cabo y el desabastecimiento de las ciudades que producía esta actividad, estos reaccionaron con la quema de las cosechas, el sacrificio de los animales y el asesinato de dirigentes políticos. A la vez, comenzaron a crearse las primeras granjas de propiedad colectiva (los koljósos) y de propiedad estatal (los sovjósos). Ambas formas de propiedad se irían extendiendo durante los primeros años de la década de los 30, de forma no equilibrada ya que los koljósos constituirían una inmensa mayoría frente a los sovjósos, hasta eliminar por completo el usufructo privado individual sobre la tierra (la propiedad de la misma correspondía al Estado desde 1917) y la propiedad privada individual sobre los instrumentos de trabajo, terminando con el último reducto de la propiedad jurídica individual que existía en la URSS.

Basándose en la identificación entre las relaciones de producción y las formas jurídicas de propiedad (o lo que es lo mismo, entre estatalización y socialización de los medios de producción en el marco de un Estado obrero), los comunistas soviéticos declararían, una vez colectivizado el campo y liquidado el kulak como clase, que en la URSS ya no existían clases sociales antagónicas, lo que suponía que ya no existía posibilidad de restauración del capitalismo desde el interior del país (solo se reconocía la posibilidad mediante una agresión imperialista). Además, considerarían que la tarea fundamental pasaba a ser el desarrollo de las fuerzas productivas para alcanzar la sociedad comunista(3).

Durante el periodo en el que se inició la colectivización del campo, Stalin manifestaba que con esta ofensiva contra la propiedad individual en la agricultura se ponía fin a la última posibilidad de restauración del capitalismo en el País de los Soviets. Así, a principios del año 1928 declaraba en una serie de intervenciones que fueron recogidas en el artículo Los acopios de cereales y las perspectivas de desarrollo de la agricultura:

“Lenin dice que, mientras en el país predomine la hacienda campesina individual, que engendra capitalistas y capitalismo, existirá el peligro de restauración del capitalismo. Se comprende que, mientras exista dicho peligro, no se puede hablar en serio de la victoria de la edificación socialista en nuestro país.

Por tanto, para la consolidación del régimen soviético y la victoria de la edificación socialista en nuestro país no basta, ni mucho menos, con la socialización de la industria y nada más. Para ello es necesario pasar de la socialización de la industria a la socialización de toda la agricultura.

¿Y qué significa esto?

[...]

Esto significa, en tercer lugar, suprimir las fuentes que dan origen a los capitalistas y al capitalismo y acabar con la posibilidad de restauración del capitalismo”.

Pero fue en esta época cuando se manifestó en el seno del Partido la línea oportunista de derechas, encabezada por Bujarin, Rykov y Tomski, quienes se oponían a la línea de colectivización en la agricultura. En la lucha contra esta línea, Stalin declaró en varias ocasiones que el triunfo de la misma en el PC(b) supondría aumentar las posibilidades de restauración del capitalismo en la Unión Soviética, puesto que los partidarios de esta oposición derechista defendían el mantenimiento de la propiedad privada individual en el campo. Es decir, en esta época aún se tenía en cuenta la posibilidad de la restauración capitalista desde el interior. Así, en el artículo Sobre el peligro de derecha en el PC(b) de la URSS, Stalin sostenía:

“El triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido supondría un fortalecimiento enorme de los elementos capitalistas en nuestro país. ¿Y qué significa fortalecer los elementos capitalistas en nuestro país? Significa debilitar la dictadura del proletariado y acrecer las posibilidades de restauración del capitalismo.

Por tanto, el triunfo de la desviación de derecha en nuestro partido significaría el desarrollo de las condiciones necesarias para la restauración del capitalismo en nuestro país.

¿Existen en nuestro país, en el País Soviético, condiciones que hagan posible la restauración del capitalismo? Sí, existen. Tal vez eso parezca extraño, pero es un hecho, camaradas. Hemos derrocado el capitalismo, hemos implantado la dictadura del proletariado y desarrollamos a ritmo acelerado nuestra industria socialista, ligando a ella la economía campesina. Pero aún no hemos extirpado las raíces del capitalismo. ¿Dónde anidan estas raíces? Anidan en la producción mercantil, en la pequeña

producción de la ciudad y, sobre todo, del campo”.

Ambas concepciones (que la colectivización ponía fin a las últimas posibilidades de regresar al capitalismo y que la victoria de la línea derechista aumentaría las posibilidades de que esto ocurriera), las seguiría expresando en el futuro en varios artículos, como por ejemplo en El año del gran viraje (1929):

“Se hunde y se hace añicos la última esperanza de los capitalistas de todos los países, que sueñan con restaurar en la URSS el capitalismo, el ‘sacrosanto principio de la propiedad privada’. Los campesinos, en quienes ven un material que abona el terreno para el capitalismo, abandonan en masa la tan ensalzada bandera de la ‘propiedad privada’ y pasan al cauce del colectivismo, al cauce del socialismo. Se hunde la última esperanza de restauración del capitalismo”.

O en el Informe político del Comité Central ante el XVI Congreso del PC(b) de la URSS de 1930:

“No cabe duda de que la victoria de la desviación de derecha en nuestro Partido significaría desarmar por completo a la clase obrera, armar a los elementos capitalistas en el campo y aumentar las posibilidades de restauración del capitalismo en la URSS”.

De esta forma, para Stalin y el PC(b) la única base material existente en la URSS de finales de la década de los 20 para la restauración interna del capitalismo era la existencia de la pequeña propiedad en el campo, que aún pervivía. A su vez, la manifestación en el seno del PC(b) de la línea derechista liderada por Bujarin aumentaría las posibilidades de que se restaurase el capitalismo en caso de que esta fracción oportunista triunfase en el Partido.

Pero esta concepción comenzará a cambiar en los años 1933-1934, cuando se ha realizado ya lo fundamental de la colectivización y la oposición de derechas ha sido ya derrotada. Así, a principios de 1933, Stalin, haciendo balance de la aplicación del primer plan quinquenal (1928-1932) en el Pleno conjunto del CC y de la CCC del PC(b) de la URSS, dirá respecto de la cuestión kulak: “el Partido ha conseguido que los kulaks hayan sido derrotados como clase, aunque no estén aún del todo rematados”.

A partir de esta época, al liquidarse las últimas supervivencias de la propiedad privada individual y como consecuencia de la reducción del problema de la propiedad de los medios de producción a una cuestión puramente formal, es decir, quedándose en la superficie, en la forma jurídica, sin entrar en la práctica real de las relaciones sociales en el proceso de producción, se consideran eliminadas las clases sociales antagónicas del proletariado y de los campesinos koljosianos en el sistema de producción y

distribución de la Unión Soviética. De aquí en adelante solo se contempla la existencia de restos, residuos de las clases sociales ya derrotadas y, por este motivo, el PC(b) considera que aún pervive la lucha de clases en el interior de la sociedad soviética y que incluso se incrementa a medida que las clases explotadoras van llegando a su fin mediante la realización por estas de actos de sabotaje, robo, etc., contra la propiedad estatal(4).

Un año después, en enero de 1934, en el Informe ante el XVII Congreso del partido acerca de la actividad del CC del PC(b) de la URSS, Stalin reafirma lo expuesto el año anterior:

“En resumen, tenemos:

a) Un poderoso ascenso de la producción, tanto en la industria como en las ramas principales de la agricultura.

b) La victoria definitiva, basada en este ascenso, del sistema económico socialista sobre el sistema capitalista, tanto en la industria como en la agricultura; la transformación del sistema socialista en sistema único de toda la economía nacional; el desplazamiento de los elementos capitalistas de todas las esferas de la economía nacional.

[...]

Con la liquidación de las clases parasitarias ha desaparecido la explotación del hombre por el hombre”.

Para 1936, con motivo de la elaboración de la nueva Constitución de la URSS (que sustituye a la de 1924), en el Informe sobre el proyecto de Constitución de la URSS presentado por Stalin ante el VIII Congreso Extraordinario de los Soviets, el georgiano afirma que ya no existen clases antagónicas y solo perviven la clase obrera, el campesinado y los intelectuales:

“La clase de los terratenientes, como es sabido, fue ya suprimida gracias a la victoria obtenida en la guerra civil. En lo que respecta a las demás clases explotadoras, han compartido la suerte de la clase de los terratenientes. Ya no existe la clase de los capitalistas en la esfera de la industria. Ya no existe la clase de los kulaks en la esfera de la agricultura. Ya no hay comerciantes y especuladores en la esfera de la circulación de mercancías. Todas las clases explotadoras han sido, pues, suprimidas.

Queda la clase obrera.

Queda la clase campesina.

Quedan los intelectuales”.

Más adelante, tras mencionar los cambios sufridos por las dos clases sociales que se reconoce que existen en la URSS (clase obrera y campesinado), y por la capa social de los intelectuales, Stalin sostiene que las diferencias entre ellas se están diluyendo:

“¿Qué evidencian estos cambios?

Evidencian, en primer lugar, que las líneas divisorias entre la clase obrera y los campesinos, así como entre estas clases y los intelectuales, se están borrando, y que está desapareciendo el viejo exclusivismo de clase. Esto significa que la distancia entre estos grupos sociales se acorta cada vez más.

Evidencian, en segundo lugar, que las contradicciones económicas entre estos grupos sociales desaparecen, se borran.

Evidencian, por último, que desaparecen y se borran, igualmente, sus contradicciones políticas”.

Y reafirmando lo anteriormente expuesto:

“A diferencia de las constituciones burguesas, el proyecto de la nueva Constitución de la URSS parte de la premisa de que en la sociedad no hay ya clases antagónicas; de que la sociedad se compone de dos clases amigas: la de los obreros y la de los campesinos; de que precisamente estas clases trabajadoras son las que están en el Poder; de que la dirección estatal de la sociedad (dictadura) se halla en manos de la clase obrera, la clase de vanguardia de la sociedad; de que la Constitución es necesaria para consolidar el orden social deseable y beneficioso para los trabajadores”.

De esta forma, en 1936 se sostiene de modo tajante que en la Unión Soviética ya no existen clases sociales antagónicas. Se considera que solo existen dos clases sociales amigas formadas por los obreros y los campesinos y por una capa social, los intelectuales, que sirve a los intereses de los obreros y campesinos y cuyo origen social, en su inmensa mayoría, se encuentra en la clase obrera y el campesinado. Además, se sostiene que las diferencias entre todas ellas están desapareciendo.



Esta tesis (la de la inexistencia de clases antagónicas) se deriva de la consideración de que la expropiación de la burguesía conlleva aparejada su inexistencia (solo quedan, según la concepción bolchevique en los años 30, restos, elementos que lo fueron en el pasado cuando aún existía la propiedad

privada individual) y que ya no existen en la base material de la URSS de esa época elementos que puedan permitir la reproducción de la clase burguesa, puesto que la única condición que concebían para ello era la existencia de propiedad privada individual sobre los medios de producción, que ya había sido eliminada con el proceso de colectivización agraria y de industrialización.



Esto, en última instancia, suponía una negación de la teoría marxista del Estado al defender la existencia del mismo cuando se sostenía que ya no había clases antagonistas, clases sociales a las que reprimir. El Estado surge como consecuencia de la división de la sociedad en clases, clases que tienen intereses enfrentados, y por eso la clase dominante necesita dotarse de una maquinaria estatal, con sus aparatos ideológicos y represivos, para garantizar su posición dominante en la sociedad. Cuando las clases antagónicas desaparecen, cuando ya no hay nadie a quien reprimir en la sociedad, el Estado no tiene razón de ser y se extingue; se llega, por tanto, a la sociedad comunista, la sociedad sin clases y sin Estado. En esta época aún existía a quien reprimir según el PC(b), porque, como veremos a continuación, se habla de restos de las clases explotadoras pero, cuando se afirma que estas están eliminadas por completo en 1939 tras el periodo de las purgas, se seguirá defendiendo la necesidad del Estado solamente por los factores externos, revisando así la dialéctica, que muestra que lo externo solo se puede manifestar a través de lo interno. Así se abjura de la tesis marxista del Estado y se sostiene que solo existen dos clases sociales y una capa social amigas, que colaboran entre ellas, que desaparecen las diferencias que existen entre las mismas y que no hay nadie a quien reprimir en el interior de la sociedad soviética, pero aun así se mantiene el aparato estatal, no estando este en proceso gradual de extinción.

A pesar de que se defiende por parte de Stalin y el PC(b) que ya no existen clases sociales antagónicas en el país soviético desde mediados de la década de los 30, se sigue afirmando la existencia de lucha de clases contra los residuos de las antiguas clases opresoras en el periodo inmediatamente posterior a esta fecha. Esto se debe a que en el propio año 1936 comienza el periodo de las grandes purgas que se

extenderá hasta 1939. De esta forma vuelve a aparecer la teoría de la agudización de la lucha de clases en el conflicto contra los restos de las clases sociales ya derrotadas, que en este caso se dice que cuentan con el apoyo de las potencias imperialistas -no en vano los acusados durante las purgas lo serán, entre otras cosas, de ser agentes al servicio de estas potencias-. Esto se produce en un contexto de agudización del conflicto interimperialista y del asedio contra la URSS por parte del imperialismo en los años 30 debido a la política exterior de la Alemania nazi y de sus aliados italianos y japoneses. Por eso la purga se concibe como una limpieza de la retaguardia en previsión de una futura agresión exterior, que, como veremos un poco más adelante, se plantea como la única fuente de las posibilidades de restauración capitalista. Así lo explica Stalin en su informe presentado en el pleno del CC del PC(b) de febrero de 1937, titulado Sobre los defectos del trabajo del partido y las medidas para la liquidación de los trotskistas:

“Hay que demoler y tirar por la borda, la teoría podrida según la cual la lucha de clases se extinguiría a medida de nuestros pasos hacia adelante, que el enemigo de clase se domesticará a medida de nuestros éxitos.

No es solamente una teoría podrida sino también una teoría peligrosa, pues ella adormece a nuestros hombres, los hace caer en la trampa y permite al enemigo restablecerse, para la lucha contra el poder de los soviets.

Por el contrario, cuanto más avancemos, cuantos más éxitos realicemos, tanto más grande será el furor de los restos de las clases explotadoras en derrota, tanto más recurrirán a formas de lucha más agudas, más dañarán al Estado soviético, más se aferrarán a los procedimientos de lucha más desesperados, como último recurso de hombres condenados al fracaso”.

Y acto seguido Stalin recuerda el apoyo exterior directo de los Estados capitalistas que tienen estos restos de las clases explotadoras (en otros fragmentos del informe los califica de espías que trabajan para los servicios secretos de los Estados imperialistas):

“No hay que olvidarse que los restos de las clases derrotadas en la URSS no están solas. Ellas gozan del apoyo directo de nuestros enemigos, más allá de las fronteras de la Unión Soviética”.

En 1938, Stalin responde a una carta que le envió un militante de las juventudes del Partido (Komsomol), llamado Ivanov (se conoce como la Carta a Ivanov), quien le había planteado la cuestión de si el triunfo del socialismo era definitivo en la URSS o no debido a la posibilidad de agresión exterior por parte de los Estados capitalistas. En la respuesta, Stalin comenta lo siguiente:

“Esta es la situación con respecto a la cuestión de la victoria del socialismo en un solo país.

Se deduce que esta cuestión contiene dos problemas diferentes:

a) el problema de las relaciones internas de nuestro país, o sea, el problema de la victoria sobre nuestra burguesía y la edificación del socialismo integral;

b) el problema de las relaciones externas de nuestro país, o sea, el problema de la plena garantía de nuestro país contra los peligros de una intervención militar y de restauración.

El primer problema ya ha sido resuelto, ya que nuestra burguesía se ha liquidado y el socialismo se ha ya edificado esencialmente. A esto lo llamamos victoria del socialismo o, más exactamente, victoria de la edificación socialista en un solo país. Nosotros podríamos decir que nuestra victoria es definitiva si nuestro país estuviera en una isla y si alrededor de él no hubiera numerosos países, países capitalistas. Y debido a que no vivimos en una isla sino en un “sistema de estados” del cual una parte considerable es hostil al país del socialismo, creando así el peligro de una intervención y una restauración, nosotros decimos abiertamente y honestamente que la victoria del socialismo en nuestro país no es todavía definitiva. De aquí se deduce que el segundo problema no está todavía resuelto y que hará falta resolverlo”.

De esta forma Stalin excluye la posibilidad de una restauración interna del capitalismo, arguyendo que la victoria sería definitiva si no existiese el cerco capitalista que mantiene el peligro de intervención extranjera. Por ello, solo contempla la posibilidad de que dicha restauración se produzca a través de una agresión militar por parte de las potencias burguesas contra el País de los Soviets. Desde luego en esa época este era un peligro muy latente. De hecho, tan solo tres años después la URSS sufriría la agresión imperialista de la Alemania nazi. Sin embargo, la restauración del capitalismo en el Estado soviético no provendrá del exterior, sino que procederá del interior.

Para 1939, cuando el periodo de la grandes purgas ha llegado a su final, en el Informe ante el XVIII Congreso del partido sobre la labor del CC del PC(b) de la URSS, Stalin, haciendo referencia a los cambios producidos en las Unión Soviética en el periodo que va desde el anterior Congreso (el XVII, celebrado en 1934) hasta la fecha, defiende que los restos de las clases explotadoras ya han sido eliminados por completo, como consecuencia de las purgas producidas entre los años 1936-1939, e insiste en la idea de la unión entre las clases existentes en el País Soviético:

“En el terreno del desarrollo social y político del país, debe ser considerada como la conquista más importante lograda durante

el período que abarca el informe, la liquidación completa de los residuos de las clases explotadoras, la cohesión de los obreros, campesinos e intelectuales en un solo frente común de trabajo [...]”.

En concordancia con esto, con el hecho de la eliminación completa de los restos de las clases explotadoras y como consecuencia de ello, más adelante el revolucionario postula la inexistencia de lucha entre clases sociales en el interior de la sociedad soviética. Asimismo, insiste en que las clases que aún existen colaboran entre ellas:

“La peculiaridad de la sociedad soviética del período actual, a diferencia de cualquier sociedad capitalista, estriba en que en ella no existen ya clases antagónicas, hostiles; las clases explotadoras han sido liquidadas, y los obreros, campesinos e intelectuales, que constituyen la sociedad soviética, viven y trabajan sobre la base de los principios de colaboración fraternal [...] la sociedad soviética, liberada del yugo de la explotación, no conoce estas contradicciones, está libre de choques de clases [...]”.

En el mismo informe, Stalin plantea que algunas tesis marxianas sobre el Estado son insuficientes e incompletas, y así justifica la existencia del aparato estatal en la URSS, ante las dudas de militantes del Partido que consideran que el Estado debería ir debilitándose al no existir ya, según las concepciones dominantes en la formación ideológica bolchevique de la época, nadie a quien reprimir en el interior de la sociedad soviética, basándose para ello en la existencia de Estados capitalistas que envían espías y saboteadores al país soviético y que pueden lanzar una ofensiva militar contra el mismo:

“Estas preguntas revelan, no sólo que se da menos importancia de la debida al hecho del cerco imperialista; revelan también que se desconoce el papel y la importancia de los Estados burgueses y de sus órganos, que envían a nuestro país espías, asesinos y saboteadores y que aguardan la ocasión para atacarlo militarmente; asimismo, revelan que se menosprecia el papel y la importancia de nuestro Estado socialista y de sus órganos militares, de sanción y de contraespionaje, necesarios para defender el país del socialismo contra un ataque del exterior”.

Posteriormente explica las funciones del Estado soviético, que ya no son las de represión interna sino solamente externa, contra las potencias imperialistas y sus agentes:

“Ha desaparecido, se ha extinguido la función de aplastamiento militar dentro del país, porque la explotación ha sido suprimida, ya no existen explotadores y no hay ya a quién aplastar. En el lugar de la función de represión, surgió la función, para el Estado,

de salvaguardar la propiedad socialista contra los ladrones y dilapidadores de los bienes del pueblo. Se ha mantenido plenamente la función de defensa militar del país contra ataques del exterior; por consiguiente, se ha mantenido también el Ejército Rojo, la Marina Roja de Guerra, lo mismo que los organismos de sanción y de contraespionaje, necesarios para capturar y castigar a los espías, asesinos, saboteadores, que los servicios de espionaje extranjeros envían a nuestro país. Ahora, la tarea fundamental de nuestro Estado, dentro del país, consiste en desplegar el trabajo pacífico de organización económica y de educación cultural. En lo que se refiere a nuestro Ejército, a los organismos de sanción y contraespionaje, éstos van dirigidos, no ya contra el interior del país, sino contra el exterior, contra los enemigos exteriores”.

Se comprueba cómo Stalin y el PC(b) acaban rechazando las causas internas como causa principal para la existencia del Estado. Tanto es así, que Stalin incluso termina por plantear la posibilidad de existencia del Estado en la sociedad comunista si pervive el cerco capitalista, profundizando en la revisión de la tesis marxista del Estado:

“Seguimos avanzando, hacia el comunismo. ¿Se mantendrá en nuestro país el Estado también durante el período del comunismo?

Sí, se mantendrá, si no se liquida el cerco capitalista, si no se suprime el peligro de un ataque armado del exterior. Claro está que, en este caso, las formas de nuestro Estado volverán a modificarse, con arreglo al cambio de la situación interior y exterior.

No, no se mantendrá y se extinguirá, si el cerco capitalista se liquida, si lo sustituye un cerco socialista”.

Consecuencias para la edificación del comunismo

Cuando aún existía propiedad privada individual sobre los medios de producción en la URSS, es decir, en la década de los 20, los comunistas no se encontraban desarmados para librar y desarrollar la lucha de clases en el camino hacia el comunismo. Durante esta época la lucha de clases se realizó de forma correcta en lo esencial, pues lo principal era acabar con la propiedad privada individual. Pero cuando esto se alcanza a principios de los años 30 tras la industrialización y la colectivización, con la consiguiente eliminación como clase de los nepman y los kulaks, y como consecuencia de la equiparación de forma de propiedad con relaciones de producción, los bolcheviques consideraron que ya no existían clases sociales antagónicas en la sociedad soviética y que el peligro de restauración únicamente provenía del exterior la situación cambió. Todo ello provocó que el PC(b) no estuviese preparado para luchar contra la nueva clase burguesa que emergió y se

desarrolló al calor de la edificación socialista.

Efectivamente, en el socialismo continúan existiendo las condiciones que permiten la reproducción de las clases sociales, puesto que siguen existiendo la división social del trabajo (5) y el trabajo asalariado. Como consecuencia de la pervivencia de la división del trabajo, los productores directos en cada unidad de producción siguen inmersos en la misma división entre trabajo manual y trabajo intelectual, ente funciones de dirección del proceso productivo y funciones de ejecución del mismo, que bajo el modo de producción capitalista (hay que tener presente que el socialismo no es un modo de producción, sino una etapa de transición entre dos modos de producción, el capitalista y el comunista, que conjuga características y elementos de ambos). Esto da lugar a que entre la capa dirigente, entre los trabajadores intelectuales, que se encuentran en el aparato estatal realizando tareas de dirección y organización (cuadros vinculados tanto al Partido como al Estado, directores de unidades de producción, ingenieros, técnicos, etc.) y que perciben unos salarios considerablemente más altos que los que obtienen los obreros manuales, apropiándose de una fracción del plustrabajo creada por estos últimos, surjan individuos que componen una nueva burguesía, que en este caso adopta una forma burocrática, al hallarse sus miembros en los puestos de dirección del aparato administrativo, productivo y distributivo del Estado.



La agravación de la diferencia entre estos estratos sociales, los trabajadores intelectuales y los trabajadores manuales, se profundizó en el Estado soviético porque desde un principio se tuvo que recurrir a los especialistas burgueses (ingenieros, administradores y técnicos) para poner en marcha el proceso de producción y distribución, al ser estos los únicos que dominaban la técnica y poseían los conocimientos necesarios para ello. Es decir, los puestos de trabajadores intelectuales fueron ocupados por miembros de la antigua burguesía y, para conseguir que aceptasen trabajar para el Estado proletario, fue necesario retribuirles de una forma elevada, estableciéndose como consecuencia de ello una escala salarial bastante abierta (un decreto de febrero de 1919 fijaba un salario mínimo de 600 rublos y uno máximo de 3000), transfiriendo así parte

de la plusvalía creada por los obreros manuales a los trabajadores intelectuales. Lenin y los bolcheviques concebían dicha medida como algo impuesto por las condiciones y como un paso atrás necesario contrario a los principios del Estado-comuna, enunciados por él mismo en las Tesis de Abril y El Estado y la Revolución (6), aunque existió una importante oposición a estas medidas en el seno del PC(b) representadas por los “comunistas de izquierda”, primero, y por la “oposición obrera”, después.



Además, a la par que se recurría a los especialistas burgueses para desempeñar los puestos de trabajo intelectual, se empezaba a dibujar el sistema de dirección en las unidades de producción que prevalecería en el futuro en la Unión Soviética. Por un decreto de marzo de 1918 -hasta ese momento se empleaba la dirección colegiada- se establecía un sistema de dirección única en las empresas elegida por arriba, es decir, por los órganos superiores de administración económica, los Glavk, que eran los órganos que dirigían las distintas ramas de la industria y formaban parte del VNSJ (Consejo Superior de Economía Nacional), sin ninguna participación de las masas obreras en la elección. Este sistema consistía en el nombramiento por estos órganos superiores de dos directores, uno administrativo y otro técnico. Solo en el caso del primer director, el administrativo, podía ser su actividad controlada en parte por los consejos de fábrica; el director técnico dependía en sus tareas de forma exclusiva de los órganos superiores de dirección económica. Estos directores también eran nombrados de entre los especialistas burgueses, en muchos casos entre los antiguos patronos.

De 1918 a 1920 el sistema de gestión de las unidades productivas se convertirá en una dirección

unipersonal progresivamente (7). De esta forma, estos directores adquirirán más poderes y, como consecuencia de ello, los consejos de fábrica verán reducidas sus funciones de control cada vez más (en el IX Congreso de 1920 se establece que estos deben dedicarse exclusivamente a la disciplina del trabajo, propaganda y educación de los obreros), por lo que los proletarios quedan excluidos de cualquier participación en la dirección del proceso productivo.

Pero estas medidas, que en un primer momento se adoptaron de forma provisional y reconociendo abiertamente que suponían un retroceso necesario, acabarían consolidándose con el paso del tiempo. Aunque el origen social de los trabajadores intelectuales cambiaría en el transcurso del proceso de construcción del socialismo (dejarían de ser antiguos especialistas burgueses para pasar a ser mayoritariamente de procedencia obrera), las medidas adoptadas en los primeros años de la Rusia soviética se mantendrían, tanto la dirección única de las unidades de producción como los salarios elevados para los que desempeñaban trabajo intelectual.

Durante los años 20 existieron tentativas que buscaron la participación de las masas de trabajadores en la dirección de las empresas y en el control de la actividad de sus directores. En 1924, el PC(b) aprobó la celebración de conferencias de producción en las que los obreros examinarían lo relativo al proceso de producción y sus resultados. Pero en la práctica su aplicación se encontró con la oposición de los dirigentes de las empresas, que provocó que casi no se llevaran a cabo estas reuniones en los años siguientes. En 1928 se produjo desde la dirección del PC(b), encabezada por Stalin, una crítica contra la burocratización de los cuadros, no solo contra los de procedencia burguesa sino también contra los de origen obrero, y una llamada a la crítica desde la base contra estos. Esto daría lugar a la lucha y la crítica de masas en las conferencias de producción por parte de los obreros contra los dirigentes de las unidades de producción y el resto de trabajadores intelectuales, pero, al no estar dirigida correctamente por el Partido, el movimiento se iría diluyendo sin llevar aparejado ninguna transformación en las relaciones de dirección y gestión en las unidades productivas.

Al contrario, el fracaso de estos intentos tendría como consecuencia el reforzamiento de la posición de los directores de las empresas que verían incrementados sus poderes de dirección y organización del proceso productivo, todo ello sin la intervención de ningún organismo externo (sindicatos o comités del Partido). Esta fue una situación ligada al contexto en que tuvo lugar, puesto que a fines de los años 20 la URSS estaba inmersa en el proceso de industrialización, lo que provocó que los intereses de esta acabaran prevaleciendo frente a la transformación de las relaciones de producción, cuestión que quedó relegada.

Estos hechos acaecidos durante los años 20 muestran el conflicto existente entre los trabajadores manuales, los productores directos, frente a los trabajadores intelectuales, entre los cuales surgían

los elementos que formaban la naciente burguesía burocrática. Conflicto que se manifestaba también en el seno del Partido Comunista (bolchevique) y que explica los cambios contradictorios que sufría la política directiva de los bolcheviques sobre esta cuestión: a la vez que se defendía la participación y control por parte de los obreros en el proceso de producción, se tomaban medidas que fortalecían la posición de los directores de unidades de producción y del resto del personal dedicado a funciones de dirección del proceso.

Con la industrialización se reforzó el rol asignado al desarrollo de las fuerzas productivas y, junto a ello, el papel de los cuadros. Así, en 1931, Stalin, en su discurso en la primera conferencia de trabajadores de la industria socialista titulado *Las tareas de los dirigentes de la economía*, expone el principio de que "la técnica, en el período de reestructuración, lo decide todo", que suponía en la práctica que quienes lo decidían todo eran los que dominaban la técnica, es decir, los trabajadores intelectuales. En coherencia con esto, a mediados de la misma década la consigna se transforma en "los cuadros lo deciden todo", que enuncia en su Discurso pronunciado en el Palacio del Kremlin ante la promoción de mandos salidos de las academias del Ejército Rojo. Estos principios acentuaban la división social del trabajo existente en la sociedad soviética e impedían la transformación de las relaciones sociales necesaria para acabar con la división entre trabajo manual e intelectual. Y, como consecuencia de lo anterior, los elementos que constituían la burguesía burocrática embrionaria adquirían más poder e iban asentando progresivamente su posición en el aparato estatal de la URSS.

Por esa época se consideraba que la supresión de la división social del trabajo se produciría por el ascenso cultural y técnico de la clase obrera, por su instrucción. Con este motivo los incentivos materiales se concebían como una forma de promover la instrucción técnica de los obreros (8), lo cual significaba dividir a la clase obrera, crear diferenciaciones en su seno que objetivamente beneficiaban a la burguesía burocrática. En la práctica, la defensa del ascenso cultural y técnico de los obreros no suponía ninguna participación de las masas obreras en la gestión y dirección del proceso de producción ni la realización de trabajo manual por parte de los directores, ingenieros y técnicos, de los trabajadores intelectuales, cuestiones necesarias para la transformación real de las relaciones sociales de producción que permita la eliminación de la división entre trabajo intelectual y trabajo manual(9).

En este contexto, los elementos que conformaban la burguesía burocrática iban escalando posiciones en el Estado soviético, y lo mismo hacían sus representantes en el Partido, los revisionistas. Dicha labor era facilitada por las concepciones ideológicas dominantes en el PC(b) al considerar que ya no existían clases sociales antagónicas en la Unión Soviética, que la sociedad soviética estaba formada por dos clases (obreros y campesinos) y una capa (intelectuales) social amigas y que, por ende,

tampoco existía posibilidad alguna de restauración del capitalismo desde el interior, sino solo desde el exterior(10).



Al no ser comprendidas las contradicciones existentes en la realidad social de la Unión Soviética por parte de los bolcheviques (y, por tanto, no poder luchar contra sus causas), la burguesía burocrática no hallaba obstáculos para desarrollarse en dicho contexto. Aunque no podía hacerse de momento con el poder político en el Estado soviético, al encontrarse aún comunistas en su dirección encabezados por Stalin, sí tenía la capacidad para ir haciéndose con parcelas de poder. Las purgas de los años 30, que eran concebidas como una lucha contra restos de las clases explotadoras que actuaban como agentes del imperialismo, afectaron a elementos que formaban parte de la burguesía estatal, junto con otros que nada tenían que ver con ella. Pero dicha represión no atacaba ni se dirigía en absoluto contra los factores que permitían la existencia de esta clase social, que permitían su reproducción en las condiciones materiales de la URSS, por lo cual no fue ningún impedimento para su existencia y su progresiva conquista de posiciones en el aparato estatal soviético.

Como ya hemos señalado en el epígrafe anterior, para estas fechas la única posibilidad de restauración del capitalismo en la Unión Soviética era concebida mediante una agresión militar proveniente del exterior. Y, por supuesto, esta era una posibilidad real y un peligro latente en la década de los 30 que se materializó con la Operación Barbarroja emprendida por la Alemania nazi, en colaboración con sus aliados, en el año 1941. La URSS, aunque sufrió unas pérdidas humanas y materiales tremendas, salió vencedora de este enfrentamiento militar. Sin embargo, el proceso de restauración capitalista se realizaría desde el interior del Partido y del Estado por parte de la burguesía estatal y de sus representantes en el seno

del PC(b), y no a través de ninguna agresión externa.

Por esa misma época, cuando se consideraba por parte de la dirección soviética que ya no había clases sociales antagónicas en la URSS, así como tampoco posibilidad de restauración interna del capitalismo, y que comenzaba el periodo de transición gradual del socialismo al comunismo (11), individuos como Krushev, Mikoyan o Shvernik ya ocupaban su puesto en el Politburó, y otros como Kosygin, Suslov -considerado el teórico del PCUS revisionista- o Kuusinen en el Comité Central del PC(b). Todos ellos tendrían un papel fundamental en el proceso de restauración capitalista en la Unión Soviética. Lo cual muestra cómo en el interior de los aparatos dirigentes del Partido y del Estado durante el socialismo ya se encuentran los revisionistas que sirven a los intereses de clase de la nueva burguesía, quienes esperan el momento oportuno para tomar el control del aparato partidario y estatal y liquidar la dictadura proletaria y el proceso de construcción de la sociedad comunista.



Todo lo anteriormente expuesto les facilitó a los revisionistas, representantes de los intereses de clase de la burguesía burocrática, la toma del poder político en la URSS, que se produjo con el XX Congreso del PCUS en 1956(12). De esta forma, la toma del poder se realizó de forma incruenta (con excepción de los hechos aislados del fusilamiento de Beria y sus colaboradores, los sucesos de Tbilisi de 1956 y el asesinato de Mir Jafar Baghirov), ante la pasividad de los militantes de base del Partido y de la población soviética que se encontraban totalmente desarmados ideológica y políticamente para hacer frente a un restablecimiento de modo interno y pacífico del capitalismo en el primer Estado socialista del mundo. Y ello debido a que dicha posibilidad no entraba en los esquemas ideológicos del PC(b) por la herencia ideológica que había recibido de la

socialdemocracia, como ya hemos explicado, y que constituyó una de las limitaciones con las que se encontraron los comunistas durante el Ciclo revolucionario de Octubre y que finalmente condujeron a la derrota del mismo.

Revolución o barbarie Enero 2014

Notas

(1) Lenin, en 1915, en el artículo La consigna de los Estados Unidos de Europa ya sentaba las bases de la tesis del socialismo en solo país:

“La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que el socialismo triunfe primeramente en unos cuantos países capitalistas, o incluso en un solo país de forma aislada.

El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar dentro de él la producción socialista, se alzaría contra el resto del mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, levantando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus estados”.

(2) En 1934, Trotski, en un alarde de futurología respecto a la posibilidad de restauración del capitalismo en el Estado soviético, incluso llegaba a afirmar que:

“Solo un imbécil total puede creerse que las relaciones capitalistas, es decir la propiedad privada de los medios de producción incluida la tierra, pueden restablecerse pacíficamente en la URSS y llevar a un régimen de democracia burguesa. De hecho, aunque fuera posible en general, el capitalismo no podría restablecerse en Rusia salvo como consecuencia de un salvaje golpe de estado contrarrevolucionario que costaría diez veces más víctimas que la Revolución de Octubre y la Guerra Civil” (La burocracia stalinista y el asesinato de Kirov).

(3) El propio Lenin, que falleció una década antes de que en la URSS se alcanzase la eliminación de la propiedad jurídica individual sobre los medios de producción, ya había diferenciado en el proceso de construcción del comunismo entre un periodo de estatalización de los medios de producción (transición al socialismo) y otro inmediatamente posterior de desarrollo de las fuerzas productivas que permitiría acabar con la división del trabajo y por tanto alcanzar el comunismo (transición al comunismo), poniendo en la primera fase el acento en la política, en la lucha de clases, y en la segunda en el desarrollo económico. Esta concepción determinó la visión del socialismo que el PC(b) defendería a partir de los años 30. Sobre esto, véase el trabajo del Colectivo Fénix: Stalin. Del marxismo al revisionismo, en especial el capítulo cuatro, titulado “Los límites del bolchevismo”.

(4) Esto lo manifiesta en el mismo pleno en el apartado de El balance del plan quinquenal en cuatro años en la lucha contra los restos de las clases enemigas.

(5) Engels señaló que la división del trabajo era lo que producía la división clasista de la sociedad. Así lo sostuvo en el Anti-Dühring: "Lo que subyace a la división en clases es la ley de la división del trabajo".

(6) Así, afirmaba Lenin en la primavera de 1918 en Las tareas inmediatas del poder soviético:

"Hemos tenido que recurrir ahora al viejo método burgués y aceptar los "servicios" de los especialistas burgueses más respetados a cambio de una remuneración muy elevada. Quienes conocen la situación lo comprenden; pero no todos se detienen a meditar sobre el significado de semejante medida tomada por un Estado proletario. Es evidente que tal medida constituye un compromiso, una desviación de los principios sustentados por la Comuna de París y por todo poder proletario, que exige la reducción de los sueldos al nivel del salario del obrero medio, que exige que se combata al arribismo con hechos y no con palabras.

Pero esto no es todo. Es evidente que semejante medida no es sólo una interrupción -en cierto terreno y en cierto grado- de la ofensiva contra el capital (ya que el capital no es una simple suma de dinero, sino determinadas relaciones sociales), sino también un paso atrás de nuestro poder estatal socialista, soviético, que desde el primer momento proclamó y comenzó a poner en práctica la política de reducción en los sueldos elevados hasta el nivel del salario del obrero medio".

(7) Según las estadísticas disponibles a finales de 1920, de 2051 grandes unidades de producción censadas, 1783 funcionaban bajo la dirección unipersonal.

(8) A finales de 1934, en una conversación con directores, ingenieros y obreros metalúrgicos, Stalin decía:

"Organizar los salarios de manera que fortalezcan los eslabones decisivos de la producción e inciten a los hombres a una cualificación superior".

(9) Stalin, en su obra de 1952 titulada Los problemas económicos del socialismo en la URSS, afirmaba que no existía ninguna contradicción en el país soviético entre trabajadores manuales e intelectuales (dicha afirmación se producía tan solo cuatro años antes de que los revisionistas y la burguesía estatal soviética tomaran el poder en la URSS):

"Se comprende que, al ser destruidos el capitalismo y el sistema de explotación, debía desaparecer también la oposición de intereses entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Y en nuestro actual régimen socialista ha desaparecido, efectivamente. Ahora los hombres dedicados al trabajo manual y el personal dirigente no son enemigos, sino camaradas y amigos, miembros de una misma comunidad de producción, interesados vitalmente en la prosperidad y en el mejoramiento de la producción. De su vieja enemistad no queda ni rastro".

Y en la misma obra incluso llegaba a afirmar que ciertas diferencias entre trabajo intelectual y manual, aunque de carácter no esencial, seguirían existiendo a lo largo del tiempo, perpetuando así para siempre la diferencia entre personal dirigente y productores directos:

"Lo mismo hay que decir respecto a la diferencia entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. La diferencia esencial entre ellos, es decir, la diferencia en cuanto al nivel cultural y técnico, desaparecerá, sin duda alguna. Pero, con eso y con todo eso, seguirá existiendo alguna diferencia, si bien no esencial, aunque sólo sea porque las condiciones de trabajo del personal dirigente de las empresas no son las mismas que las condiciones de trabajo de los obreros".

(10) Estas cuestiones también tendrían una esencial importancia para la variación de la política exterior de la URSS y de la Internacional Comunista a mitad de la década de los años 30. En 1935 se celebra el VII Congreso de la Internacional que aprueba la táctica de los Frentes Populares, que consistía en una alianza interclasista para la defensa de la democracia burguesa frente al auge del fascismo, relegando el objetivo de la revolución socialista. En esa época el Movimiento Comunista Internacional organizado en la III Internacional fue instrumentalizado como un aparato defensivo de la Unión Soviética frente a las posibles agresiones del imperialismo (concretamente frente al bloque imperialista encabezado por la Alemania nazi) que en la concepción ideológica del PC(b) de los años 30 suponían la única posibilidad de restauración del capitalismo en el País de los Soviets.

(11) En la Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS de 1938 se afirma lo siguiente:

"La Constitución (1936) vino a consagrar el hecho de alcance histórico-universal de que la URSS ha entrado en una nueva etapa de desarrollo, en la etapa de coronamiento de la edificación de la sociedad socialista y de transición gradual hacia la sociedad comunista".

(12) En el ámbito ideológico, tesis que desarrollarían los revisionistas kruschevistas, como el Estado de todo el pueblo, eran una continuación de la consideración de inexistencia de clases sociales antagónicas y de la única existencia de clases amigas en la URSS imperante en el Partido bolchevique desde mediados de los años 30. De esta forma, las teorizaciones precedentes -como la anterior- que beneficiaban a los intereses de los revisionistas serían recogidas por estos, al igual que la defensa de la imposibilidad de restauración del capitalismo en la URSS que Krushev llevaría aún más allá en el XXI Congreso del PCUS, en 1959, estableciendo que también resultaba imposible la restauración del capitalismo por una agresión imperialista, por lo que, según él, el socialismo había triunfado definitivamente en la Unión Soviética.



La revolución burguesa y el paradigma de la revolución proletaria

El texto que se presenta sirvió de base para la charla-debate "La revolución burguesa y el paradigma de la revolución proletaria", organizada por la Juventud Comunista de Almería y la Juventud Comunista de Zamora durante el pasado mes de abril. Esta charla, y el posterior debate que tuvo lugar, hicieron las veces de cierre de unas jornadas más amplias en las cuales, entre otras cuestiones, se realizó un taller de estudios sobre la Comuna de París, del cual este texto es también expresión de algunas de las conclusiones. Desde JCA y JCZ aprovechamos la ocasión para saludar a los y las camaradas y simpatizantes que colaboraron y participaron en el desarrollo de esas jornadas, ya que encuentros como éste son de vital importancia para el desarrollo del trabajo político de la clase obrera organizada.

La revolución burguesa

La consigna de la revolución burguesa, cuyo proceso paradigmático es la revolución francesa iniciada en 1789, fue *libertad, igualdad y fraternidad*. Estas premisas condensaban las necesidades que las características de la producción capitalista demandaban: derribar el Antiguo Régimen para **permitir a la burguesía tomar el poder para ajustar la sociedad a sus ritmos**, marcados por la **expansión de la propiedad privada**, por el **desgarramiento entre los medios y la fuerza de trabajo** y por la **articulación del sistema mercantil capitalista** y la particular **división del trabajo** que esta llevaba consigo.

La tarea política de la revolución burguesa, por tanto, se situaba en **sustituir a una clase explotadora por otra**, conquistando el poder estatal. La base de la revolución burguesa eran las propias **relaciones sociales capitalistas**, que en su desarrollo

habían ido cohesionando espontáneamente, dentro del Antiguo Régimen, las condiciones para el asalto al Poder de la burguesía, que utilizaría a las clases populares, asalariados y campesinos, como base para sus batallas con el feudalismo. **En Francia**, a finales del s. XVIII coinciden el mantenimiento de la estructura política feudal-absolutista con el rápido desarrollo de la producción mercantil. El proceso revolucionario será hegemonizado en cada momento por distintas fracciones de la clase burguesa: la gran burguesía moderada, defensora del **monarquismo constitucionalista**, agota su protagonismo revolucionario en 1789-91. Su testigo es recogido en 1791-92 por los **republicanos moderados**, los **girondinos**, que pronto se verán desbordados: no desarrollan las demandas del pueblo, pero se ven obligados a movilizarlo mediante la **lévee en masse** (la leva en masa, implantada en febrero y que los jacobinos, a partir de julio, utilizarán para formar el gran ejército revolucionario francés) para defender la revolución de los ataques de las potencias absolutistas. Precisamente el inminente peligro de invasión de Francia por parte de esas fuerzas obligará a poner en marcha la llamada "guerra total" en la que la sociedad en su conjunto, civil y militar, se convierte en una maquinaria dispuesta para la defensa de las conquistas de la revolución. Para mediados de 1793 el poder recae en los **jacobinos**, que, apoyados por los **sans-culottes** (expresión armada de los intereses de las masas más empobrecidas) y desde, principalmente, el **Comité de Salud Pública**, instauran el control de precios, eliminan la esclavitud colonial y entregan la

tierra a los campesinos, todo ello basándose en el Terror contra los enemigos del pueblo y la revolución, a los cuales logran espantar hasta el golpe de Termidor en 1794.

Las características que imprime el paradigma francés a la historia de la revolución, las cuales no pueden tomarse de forma aislada, pues se desarrollan a lo largo de un mismo proceso, son: la **insurrección** como forma de tomar el control del Estado, la **centralización del poder** y el Terror político como forma de ejecutar el programa revolucionario y defenderlo de sus enemigos, el **control y planificación de la economía**, la movilización general de las masas (la *leveé en masse*), la **"guerra total"** y la **internacionalización de la revolución** a través de la guerra como forma de sostenimiento de la misma frente a la reacción.



La clase obrera y la experiencia revolucionaria de 1848

El proletariado se forma como clase social al calor de la revolución burguesa y se cohesiona como *clase en sí* desde las luchas por sus condiciones inmediatas. La revolución burguesa moviliza a las capas populares, obreras y campesinas. El primer movimiento obrero de masas es el cartismo. En él no predomina aún la clase obrera industrial, sino las capas asalariadas provenientes de la pauperización del artesanado, que se han convertido en fuerza de

trabajo del sistema manufacturero. En consecuencia, y no solo en el cartismo inglés, el movimiento obrero se inicia sobre la base política de la combinación entre el asociacionismo obrero socialista, propugnado por el socialismo utópico, con el ideario jacobino. Toda esta mezcolanza confluirá en el **blanquismo**, en gran medida el propulsor político del movimiento obrero en Francia desde los años 30 (en 1839 se produce un infructuoso golpe insurreccional en París) hasta los 60-70 del s. XIX, cuando se convierte en una de las corrientes principales entre los comuneros de París. Como decimos, en el ideario de **August Blanqui** se inserta el jacobinismo radical, que observa la insurrección como método central de lucha. Integra una concepción del Estado revolucionario basado en una dictadura centralizada desde la cual la clase obrera y las capas populares, fuerza fundamental de la revolución para Blanqui, realizarán su emancipación. Pero el blanquismo, forjado junto a la experiencia jacobina, concibe que el acto insurreccional pertenece a una organización sectaria y clandestina, formada por los elementos más avanzados e instruidos que una vez tomen el Estado impondrán su programa al conjunto de la sociedad. No tiene fe por tanto en la capacidad de acción de las grandes masas, como tampoco tiene un programa real de transformación de la sociedad, más allá de la previsión de que **el grupo conspirador tome por la fuerza la maquinaria estatal de la burguesía**.

En febrero de 1848 se produce en Francia una insurrección que pone fin a la monarquía de Luis Felipe de Orleans (el *rey burgués*) y proclama la II República. Esta insurrección hará que inmediatamente se extiendan por toda Europa levantamientos democráticos contra el absolutismo (en Alemania, Austria, Italia,

Hungría), pero mientras en el resto de países tendrá ese carácter democrático-burgués, en Francia el proletariado encabezará el proceso. En febrero, la clase obrera toma el Poder y tras proclamar la **república social** entrega el gobierno a la burguesía. Las peticiones del proletariado se reducirán a reformas que le otorguen mayores derechos políticos y sociales. Dos socialistas participarán en el gobierno, **Louis Blanc** y **el obrero Albert** (Alexandre Martin). Fue de las tesis del propio Blanc, que pretendía la formación de un Ministerio de Trabajo dentro del gobierno burgués, de donde se extraería la idea de organizar los **Talleres de trabajo nacionales**, para los burgueses un engendro del "socialismo" (como también lo son hoy los pírricos subsidios de 400 euros que el gobierno otorga a los parados de larga duración), pero que no era más que una institución para paliar la miseria de los obreros desempleados. La "República Social" de 1848 apenas se sostiene un par de meses. En las elecciones de mayo triunfan los monárquicos, convertidos en moderados republicanos y elevados al poder mediante el voto campesino, convertido en propietario por la I República. El 15 de Mayo el proletariado intenta restaurar la República Social, pero es aplastado. Y nuevamente, a finales de junio, el proletariado se alza en armas cuando los *talleres nacionales* son cerrados y a los obreros "se les da a elegir" entre ingresar en el Ejército o trabajar forzosamente en las obras públicas. En dos días el París revolucionario es ahogado en sangre: más de 3.000 fusilados, casi 4.000 deportados y 25.000 obreros condenados a prisión. Como vemos, en los tiempos del libre cambio y del democratismo burgués también se asesinaba impunemente a los explotados, sin que esto hiciese que el parlamento se tornase en fascista.



El proletariado francés es derrotado, pero adquiere una valiosa experiencia. Un año más tarde, en 1849, quien es aplastada es la **Guardia Nacional**. Nacida en 1789 de la mano de la burguesía moderada, dicha formación se irá radicalizando en tanto en ella participarán segmentos sociales cada vez más bajos: de la burguesía del primer período, a la pequeña burguesía de 1848, que apoya la revolución de febrero de ese mismo año para luego dejar que los obreros sean derrotados en mayo y junio (y que es aplastada por el capital industrial y bancario en 1849 y disuelta tal como estaba configurada en 1850). Finalmente serán las clases proletarizadas las que formen sus filas cuando se reconstruya en 1870, en medio de la guerra franco-prusiana. Al cerrarse en Francia el ascenso revolucionario de la burguesía e instaurar definitivamente su poder, se muestra también su antagonismo con los intereses del proletariado. **En 1848 el proletariado francés descubre que no puede usar el Estado burgués para llevar a cabo sus intereses, que la fórmula de tomar la vieja estructura estatal para desde ella imponer su programa revolucionario, es una fórmula inviable.** Apenas unos meses atrás la **Liga de los Comunistas** presentaba su programa de acción, el **Manifiesto del Partido Comunista**, en el cual Marx y Engels ya indicaban la necesidad de la dictadura del proletariado. Pero

la experiencia de la lucha de clases todavía no había mostrado qué faz tendría la misma. Así, en 1848, aparece el proletariado como clase independiente, con un programa de acción propio. **La Revolución Proletaria se revela como un proceso de aprendizaje consciente del proletariado**, del conocimiento de las leyes de la sociedad y la voluntad de transformarlas.



La Comuna de Paris

El II Imperio francés (1850-1870), con su desarrollo del capital industrial, deja a Francia en condiciones de afrontar desde una posición de privilegio la era del imperialismo. No en vano, Marx denomina a este Napoleón como el *rey lumpen* en tanto basa la explosión económica de Francia en el parasitismo del capital bancario, base necesaria para el enorme desarrollo del capital industrial que caracterizó la época. Cuando Napoleón III declara la guerra a Prusia en 1870, el ejército francés es rápidamente derrotado y el Imperio cae. Se forma un gobierno de salvación nacional que huye de París y se esconde en Versalles. Es la Guardia Nacional la que queda a cargo de la defensa de Paris. Como hemos adelantado, este cuerpo militar está formado en 1870 por las masas proletarias y la pequeña burguesía parisiense, que sufre los desmanes causados por el auge del capital financiero.

Bajo el ideal de defender a Francia de la invasión prusiana (lo que se identifica con defender la "revolución" frente al

"absolutismo"), se moviliza a la Guardia Nacional y las masas populares de París. Cuando el gobierno cede París a los prusianos, la Guardia Nacional y las masas se rebelan: en ese momento en la capital francesa existe un **vacío de Poder provocado por la crisis político-militar** anclada en la derrota frente a Prusia y el desmoronamiento del poder imperial en la capital. **Las masas han sido movilizadas políticamente para la guerra nacional**, en defensa de la República contra el enemigo extranjero y su monarquismo. **Las masas se encuentran armadas.** Se presenta así un cuadro de crisis revolucionaria que no parte de un plan consciente del proletariado, sino que es fruto de la crisis política del régimen imperial-republicano. Pero el proletariado francés es la vanguardia de la clase obrera internacional, se ha curtido en casi un siglo de insurrecciones: la Guardia Nacional se convierte en organización proletaria, se organiza democráticamente, elige a su Comité Central y se pone a disposición de la clase obrera. No cede las armas al gobierno burgués y esto es el detonante de la revolución proletaria, en el mes de marzo de 1871 (la república se había proclamado en septiembre de 1870). Las corrientes políticas que hegemonizan la dirección comunera son: el blanquismo, mayoritario, y el proudhonismo, profesado por los elementos adheridos a la Asociación Internacional del Trabajo, en cuya dirección se encontraban, entre otros, Marx y Engels. Los blanquistas *solo eran socialistas por instinto revolucionario* y Proudhon era el *socialista de los pequeños campesinos y maestros artesanos*. En pocas palabras, el proletariado revolucionario se encuentra en París desprovisto de una dirección consciente que le permita aplicar y desarrollar un plan. Pero aun

con todo, y desde la experiencia conquistada, sobre todo con 1848, la Comuna disuelve las instituciones de la clase dominante y ejerce sus medidas revolucionarias desde organismos nuevos, cuya característica central es que son directamente las masas revolucionarias, en armas, las que deciden su destino: acaban de instaurar la primera **dictadura del proletariado** de la historia. Aquellas ideologías pequeño burguesas, que no han sabido dirigir ni extraer conclusiones de la experiencia comunera, sucumben y su testigo lo recoge el socialismo científico que, además de extenderse dentro de la AIT, logra avanzar en la comprensión de las leyes de la lucha de clases e integra coherentemente la dictadura proletaria en el esquema de la revolución social. La experiencia de la Comuna es vital para comprender el marxismo y el desarrollo de la ideología proletaria durante su propia conformación.



Por otra parte, la Comuna muestra que **cuando el proletariado logra desembarazarse de la traslación mecánica del paradigma revolucionario burgués para desarrollar su programa de emancipación es cuando avanza en sus conquistas y aprendizaje revolucionario.** Si la Comuna se sostiene es porque en vez de pretender tomar el viejo Estado,

sigue su camino construyendo las bases de una nueva forma del mismo. Claro que, como decimos, esto **no es parte de un plan ideado previamente por la vanguardia de la clase, sino que son elementos ajenos al proletariado los que se conjugan en un momento determinado y permiten el asalto al enemigo.** En la Comuna el proletariado aún no cuenta, pues aún no se han dado las condiciones socio-históricas pertinentes, con su partido de nuevo tipo.

De la socialdemocracia al comunismo

Tras la Comuna de París será el movimiento obrero alemán el que se erija en vanguardia efectiva del movimiento obrero mundial. El Partido Socialdemócrata Alemán se funda en el Congreso de Gotha en 1875 y será el núcleo de la II Internacional. Marx y Engels nunca se integrarán en él. La figura clave para entender la socialdemocracia es el alemán Karl Kautsky. Él es uno de los grandes precursores del marxismo en el movimiento obrero. Pero acarrea insuficiencias de fondo, tanto porque el socialismo científico está aún perfilando muchos de sus elementos, como, principalmente, porque la socialdemocracia aún por un lado ciertos recursos propios del marxismo, pero no ha roto con la pequeña burguesía (por ejemplo, con las concepciones blanquistas sobre la utilización del Estado burgués por parte de la clase obrera). Por otra parte, se encuentra encadenada históricamente a los elementos sobre los que se conformó el asociacionismo obrero: la lucha por los intereses inmediatos de la clase. Por esta razón, la socialdemocracia crea los grandes partidos obreros de masas que no son sino la politización consecuente del movimiento sindical. Asumen la revolución como horizonte, pero prevén que esta no será más que el resultado

de la erosión natural del régimen capitalista mediante la lucha reformista de la clase obrera, algo sintetizado en la famosa frase de Eduard Bernstein de el movimiento lo es todo, el objetivo final no es nada. La utilización del viejo Estado se traduce en base de la política socialdemócrata (el ministerialismo inaugurado en Francia), y la conquista del voto universal masculino en algunos países de Europa anima aún más a los líderes socialdemócratas.

En estas circunstancias, en la socialdemocracia rusa, en cuyo seno se desarrolla la lucha de dos líneas entre marxismo y revisionismo (que adopta diferentes formas conforme al desarrollo de la lucha de clases en el plano ideológico: "marxismo legal", "economicismo", "menchevismo") se forja el **Partido obrero de Nuevo Tipo**. Desde su II Congreso la socialdemocracia rusa, organizada en el **Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POSDR)**, está escindida en bolcheviques y mencheviques. Los bolcheviques, recogiendo toda la experiencia de la actividad política revolucionaria en Europa (donde los medios pacíficos y la legalidad permiten a la socialdemocracia avanzar) y Rusia (donde la reacción zarista ha permitido que la vanguardia revolucionaria, desde los primeros *narodnikis*, haya perfeccionado el arte de la clandestinidad) perfilan las bases de la organización revolucionaria que requiere el proletariado para alcanzar sus objetivos, coherente con la tesis en torno a la praxis revolucionaria desarrollada por Marx, lo que condiciona las necesidades particulares de la articulación orgánica del movimiento obrero revolucionario: el Partido obrero ya no puede funcionar como simple receptor político de las luchas económicas de la clase obrera, sino que debe ser, ante todo, la **suma de**

organizaciones que permita a la vanguardia revolucionaria estrechar sus lazos con las amplias masas de la clase, llevando a cabo su programa político. La revolución de 1905 pone a prueba esa tesis, desarrollada por Lenin, y los bolcheviques son los que logran armar un movimiento insurreccional (en Moscú durante el mes de diciembre) que, aunque derrotado, señala el camino de la revolución; revolución que pasa por otro instrumento fundamental, los **Soviets**, creados espontáneamente por la clase obrera y abrazados por las masas campesinas, los marinos y los soldados, y desde los cuales debían sentarse las bases de la revolución en Rusia. Tras 1905, bolcheviques y mencheviques se reunifican nuevamente en un solo partido, aunque manteniendo en gran medida la independencia política de cada fracción. Los mencheviques siguen representado el mecanicismo y el determinismo de la II Internacional. Lo demostrarán cuando, convertidos ya los bolcheviques en organización independiente desde 1912, participen en el gobierno republicano de febrero de 1917. Como en la ruptura del II Congreso, los bolcheviques van a seguir perfilando su línea revolucionaria en pugna ideológica y política contra el revisionismo, al calor de la cuestión nacional y la toma del Poder, la cuestión de la guerra imperialista y la estrategia y táctica de la Revolución.

Cuando el zarismo cae y, posteriormente, los bolcheviques derrocan al gobierno republicano con la Revolución de Octubre, se dan unas circunstancias en cierta medida parejas a las vistas en la Comuna: **crisis política y militar del poder establecido**, unas **masas armadas, movilizadas y politizadas** que cuentan con los instrumentos adecuados para ejercer el Poder, etc. Pero **encontramos aquí al partido proletario como base central**

de la acción revolucionaria. Solo mediante el plan consciente del Partido bolchevique todas aquellas circunstancias que se cruzan en la Rusia de 1917 permiten que la dictadura del proletariado (en este caso como dictadura democrática del proletariado y el campesinado) se alce triunfante. **Es el partido en la conquista de las masas el que hace que los Soviets tomen el programa revolucionario,** provocando en éstos el viraje necesario para que la revolución triunfase, pues los Soviets de febrero seguían la vieja línea de las masas parisinas en 1848 que ofrecían el poder a la burguesía. **Es el partido el que crea el destacamento armado que será vanguardia del proceso insurreccional primero y base, posteriormente, del Ejército Rojo. Es el partido el que desarrolla la alianza democrática con las masas campesinas.** Es, en suma, **el elemento consciente el que, desplazando a los elementos espontáneos, permite a la revolución triunfar.** Los bolcheviques parten de la tesis insurreccional de toma del Poder, pero solo mediante el control de los instrumentos de la dictadura revolucionaria, los Soviets, junto al desenvolvimiento de una encarnizada guerra civil contra la reacción, se sostiene el poder revolucionario en Rusia. **Los bolcheviques escapan de la tesis que constriñe al partido revolucionario a ser un vasto partido de reformas y también evitan la limitación del partido a mero grupo de avezados elementos de vanguardia. Lenin maneja y construye la dialéctica de la organización de nuevo tipo,** del Partido Comunista, y sobre esta base los bolcheviques, junto al resto del ala izquierda de la II Internacional, forman la Internacional Comunista y crean el Movimiento Comunista Internacional. De hecho, será sobre la correcta relación entre estos elementos sobre los que avance o se estanque la revolución durante el siglo XX.

Sobre el Movimiento Comunista y las tareas de la Revolución

El análisis teórico de la experiencia revolucionaria, lejos de ser ajeno a la práctica revolucionaria, es un elemento primordial y constitutivo de la misma. El marxismo, como cosmovisión de la realidad que nos permite comprender las leyes sociales para revolucionar el orden existente, se ha desarrollado a lo largo de la historia mediante el propio accionar revolucionario de las masas. Sin embargo hoy, para que los mecanismos de esa acción revolucionaria se pongan en marcha es necesario rearticularlos, partiendo de la reconstitución del marxismo como teoría de vanguardia, dado que nuestra época viene marcada por una derrota, temporal pero general, del movimiento comunista, lo que se traslada también al ámbito de la ideología, pues ésta no es ajena a la práctica social, salvo para el idealismo y el materialismo vulgar.

Del período tratado en este texto, básicamente el de la experiencia revolucionaria previa al siglo XX, por más que introduzcamos brevemente la Revolución de Octubre, debemos comprender qué elementos de la revolución burguesa están presentes en la revolución proletaria, cómo se tomaron por parte de la clase obrera y cuáles fueron tanto las condiciones históricas de ello como sus consecuencias finales. Solo así podremos deslindar campos entre revolución y reacción, comprendiendo los elementos históricos en su concreción y extrayendo los principios, leyes si se prefiere, que han de ser la base de la rearticulación del proyecto revolucionario de la clase obrera.

Quizás lo más importante al calor de este período, y en general al abordar toda la

experiencia de la Revolución Proletaria Mundial, sea la relación entre el factor consciente, la conciencia revolucionaria, y el factor espontáneo, el movimiento de la clase en sí. Antes de Octubre y durante la experiencia política del siglo XX, encontramos que **la revolución avanza en la medida en que el factor consciente desplaza al espontáneo.** Así, el surgimiento del Partido obrero de nuevo tipo supone un salto cualitativo en la historia de la lucha de clases, lo que está inmediatamente ligado a que el proletariado no puede tomar la maquinaria estatal de la burguesía para su utilización, sino que debe destruirla. De este modo, el esquema insurreccional de la burguesía, incluso aunque sea asumido por el proletariado y aunque éste no logre ver inmediatamente la trascendencia del Partido Comunista y las consecuencias teóricas y políticas de su necesidad, en la medida en que este exista como fusión del socialismo científico y el movimiento obrero, logrará llevar adelante el proceso revolucionario. Así sucede en la Revolución Rusa, que representa un antes y un después en la historia, y así sucederá en la otra gran experiencia del pasado siglo, la Revolución China, donde el proletariado se muestra como clase dirigente de la revolución democrática, y basándose en la alianza con las masas de millones de campesinos, desarrolla la práctica de Guerra Popular creando las bases del socialismo en China.

Este avance de lo consciente, de la necesidad del Partido Comunista unido a la imposibilidad de utilizar la vieja maquinaria estatal para desarrollar la dictadura del proletariado, lleva la cuestión de la independencia política del proletariado también al terreno militar. Paso a paso, desde 1848 hasta la revolución china, vemos como la organización política y militar del

proletariado son cada vez más dependientes, hasta el punto de que es la clase obrera la que tiene que construir su Ejército revolucionario sin esperar a que el enemigo de clase le "preste" su Estado. Es decir, la construcción del Ejército revolucionario depende estratégicamente del Partido Comunista, pues solo desde la construcción consciente del mismo se garantiza que es el Partido el que manda sobre el fusil y, por tanto, que la organización armada de la revolución forma parte de ese sistema de organizaciones que es el movimiento proletario revolucionario. Asimismo, esa forma armada de organización es la base y garantía de que el "Estado" que se construye es el de la dictadura del proletariado, pues como la Comuna nos enseña este no es sino la organización armada de las masas explotadas ejecutando su programa político.



Sin duda, son muchos más los elementos que traspasan el ámbito revolucionario burgués y se adosaron al plan proletario, aunque hemos querido resaltar la diferencia fundamental entre estos dos procesos históricos: la burguesía sustituye a una clase explotadora, por lo que el esquema de asaltar el Estado le sirve y la organización de que se dote para llevar a cabo sus tareas es un problema táctico y puntual. El proletariado debe destruir primero la máquina estatal burguesa, lo que implica que debe constituir desde la base el movimiento de transformación general de la

sociedad, cuyos instrumentos fundamentales son el Partido Comunista, el Ejército Revolucionario y los organismos de la dictadura del proletariado.

Una de las características generales del movimiento comunista hoy en día es que la hegemonía revisionista en nuestras filas desatiende por completo estas enseñanzas históricas. **El movimiento se encuentra transitando entre los ideales de la vieja socialdemocracia, pero más de un siglo después.** Las organizaciones revisionistas entienden que la relación entre Partido Comunista y movimiento armado ha de ser una formalidad: bien porque consideran que la revolución es imposible y solo puede ser un agregado de reformas "radicales" de la democracia burguesa, con lo que bastaría con ganar a parte del aparato policial y militar del capital para garantizar su proceso; bien porque consideran, haciendo una traslación ridícula de otros procesos históricos, que surgirán de entre las fuerzas armadas de la burguesía los elementos que, en el momento decisivo, se alzarán junto al pueblo; bien porque consideran que la política y lo militar están disociados, por lo que a lo sumo la organización política solo debe "aconsejar" o "ayudar" a la militar de tal modo que cualquier expresión de lucha armada (con independencia del plan político al que se sirva) se concibe como "revolucionaria". **Todos renuncian de una u otra forma a la Revolución Socialista, porque niegan la**

iniciativa del elemento consciente, niegan que sea en torno al Partido Comunista sobre el que se haya de crear el movimiento político y militar que derribe las viejas estructuras sociales para construir el comunismo. Se amarran a lo viejo, al paradigma revolucionario burgués y a la interpretación que en un momento histórico concreto realizó el propio proletariado para guiarse teóricamente en su práctica sindical y de observancia de la lucha de clases en la que intentan intervenir hoy nuestros revisionistas sin ninguna capacidad real de transformación.

**Juventud Comunista de
Almería
Juventud Comunista de
Zamora
Junio 2014**

Bibliografía consultada

- E. Hobsbawm, "La era de las revoluciones 1789-1848"
E. H. Carr, "La revolución rusa. De Lenin a Stalin"
K. Marx, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", "Las luchas de clases en Francia 1848-1849", "La guerra civil en Francia"
F. Engels, "Revolución y Contrarrevolución en Alemania"
V.I. Lenin, "El Estado y la Revolución"
I. Stalin, "Cuestiones del leninismo"
Movimiento Anti-Imperialista, "A la conquista del cielo por asalto: La Comuna de París", "Octubre, entre lo viejo y lo nuevo"

Breves apuntes sobre la crisis política del Estado español

Como ya hemos venido señalando desde las páginas de *El Martinete*, el Estado español lleva ya tiempo sumido en una profunda crisis política, cuya primera puesta en escena fueron las grandes movilizaciones de masas que se dibujaron en la primavera de 2011. Con los resultados de las elecciones europeas del pasado 25 de mayo y la correlativa abdicación del Borbón en su hijo Felipe, "El Preparao" (como con sorna se ha empezado a denominarlo en los ambientes plebeyos, lejanos a la fidelidad cortesana de la mayoría de los *media*), se ha puesto de manifiesto que esta crisis del Estado prosigue desarrollándose con particular virulencia, erosionando todas las instituciones validadas en 1978 y, por tanto, la correlación de fuerzas de clase que las sostenía.

Como también decíamos, la manifestación más sintomática y llamativa de esta crisis es la creciente descomposición del PSOE, al que ya habíamos caracterizado como el auténtico *Partido de Estado*. Efectivamente, el PSOE representaba la vinculación de los sectores medulares del capital financiero español con la aristocracia obrera, relación que ha sido el lazo estructural más significativo del llamado *Estado del Bienestar*, creado en Europa en las particulares condiciones de la posguerra y desarrollado al calor de los *treinta gloriosos* que la masacre imperialista propició, y que a España llega, más escuálido, como reflejo de esa coyuntura internacional, cuya manifestación local es el *desarrollismo* fascista, en los años de la transición. Pero no sólo eso, además de este vínculo fundamental, el PSOE también garantizaba, por un lado, la participación de las burguesías

nacionales en el consenso constitucional y, por otro, mediante el turno gubernamental, aseguraba la cohesión con la otra fracción del gran capital representada por el PP y su clientela, radicada especialmente entre importantes sectores de la mediana y pequeña burguesía (que es, dicho sea de paso, por donde se empiezan a ver grietas en el propio PP, con el trasvase de votos a grupos como VOX, UPyD o Ciudadanos). Realmente, el PSOE era el verdadero eje aglutinante del bloque de poder que daba forma al régimen de 1978.



Evidentemente, la política de reestructuración capitalista propiciada por la crisis económica, dictada desde Berlín y Bruselas, y que ha ido dirigida a la revisión de ese bloque histórico del *Bienestar*, apuntando fundamentalmente a la situación y posiciones de la aristocracia obrera, y que ha sido especialmente virulenta en la periferia Sur de la Unión Europea, es uno de los vectores principales de la crisis política en el Estado español, erosionando la principal base sociológica del PSOE. No obstante, contra los deterministas económicos de todo género, hay que decir que el cuestionamiento de las alianzas de clase que conformaban el bloque de dominación de 1978 empezó mucho antes de la crisis económica,

durante la mayoría absoluta de Aznar, con su política de criminalización de los nacionalismos periféricos, enfilada directamente contra la posición de las burguesías nacionales. De hecho, puede considerarse al zapaterismo, con su afición por el *talante*, como un postrer intento de recomponer el consenso constitucional, hecho definitivamente añicos con la actual crisis, que, además del creciente descontento entre las llamadas *clases medias* (aristocracia obrera y pequeña burguesía) en fulgurante proletarización, ha revigorizado las reclamaciones de las naciones oprimidas por el Estado español.



Así pues, nada hay de casual en que la penúltima debacle electoral del PSOE haya sido seguida por la abdicación y el relevo en la Jefatura del Estado. Es evidente que ha sido una maniobra de palacio destinada a asegurar una sucesión "ordenada" que, tal vez, dentro de un año hubiera sido mucho más difícil. No obstante, la maniobra, cuya precipitación denota un nerviosismo en las altas esferas que no veíamos desde hace mucho tiempo, destinada a asegurar un poco de tranquilidad a la monarquía ante las borrascas que se barruntan, va a tener el paradójico efecto de acentuar la crisis del PSOE, que sufrirá el principal desgaste político por la sumisión dinástica de los partidos turnistas y profundizará ese divorcio con su base sociológica. De este modo, cuando para solucionar un problema puntual las

clases dominantes agravan otros, quizá más importantes, nos encontramos ante un síntoma clásico de las crisis revolucionarias descrito por el marxismo, esto es, cuando "los de arriba ya no pueden tampoco seguir viviendo como antes".

Desgraciadamente, no cabe hablar de crisis revolucionaria en el Estado español, precisamente porque falta otro elemento fundamental, que es el "que los de abajo no puedan ni quieran seguir viviendo como antes". De hecho, el programa que está consiguiendo aglutinar el descontento de las llamadas *clases populares* se reduce exactamente a eso: "queremos volver a vivir como antes", es decir, volver al ensangrentado y mezquino *Bienestar imperialista*. Es aquí donde hay que situar la meteórica entrada en escena de Podemos.

Desde las filas del débil y heterogéneo movimiento comunista se ha definido a Podemos como "nueva socialdemocracia". Efectivamente, hay bastante de cierto en esa definición, pero creemos que no es del todo exacta. Podemos es paradójicamente también, en las actuales condiciones de Ciclo revolucionario clausurado, un retorno a la socialdemocracia "clásica". Como se sabe, la socialdemocracia histórica, la de la II Internacional (1889-1914), representa la culminación del proceso de formación y cohesión del proletariado como clase en sí desde la agrupación de las luchas parciales de la clase obrera en un programa de reformas y mejora de sus condiciones de existencia. Aunque se autoproclamaba formalmente como revolucionaria, debido a las peculiares condiciones históricas de preparación del Ciclo de Octubre (el impulso histórico que la nueva clase proletaria toma de la revolución burguesa), nunca lo fue en los hechos prácticos, aunque aun así pudiera jugar un papel

progresista en ese momento en la conformación histórica de nuestra clase. A partir de la guerra imperialista y la Revolución de Octubre, con la ruptura del ala izquierdista de la socialdemocracia para formar el movimiento comunista, va quedando cada vez más clara la precisión del análisis leninista sobre la escisión del movimiento obrero en dos alas, irreconciliablemente enfrentadas. Desde ese momento el papel de la socialdemocracia como sostén del Estado burgués, al que con su reformismo ayuda a desarrollar y refinar, y como muro de contención contra la revolución proletaria va siendo cada vez más evidente. A medida que la socialdemocracia se va convirtiendo en un partido de Gobierno "respetable y responsable" en cada vez más países, ésta va atenuando sus viejos vínculos directos con las masas, acogiéndose cada vez más a los mecanismos burocráticos de gestión del Estado burgués. Desgraciadamente, este proceso, paralelo a la edificación de ese *Estado del Bienestar* (*leit motiv* y límite histórico insuperable para la socialdemocracia), coincide con el estancamiento de la construcción del socialismo y la crisis del movimiento comunista que anuncia el ocaso del Ciclo de Octubre, dejando al movimiento obrero mundial en la lamentable situación que seguimos padeciendo y de la que somos hijos.

De este modo, podemos trazar un esquemático dibujo de la trayectoria de la socialdemocracia, que es paralela a la de la aristocracia obrera. Así, en el primer momento, entre finales del siglo XIX y el primer cuarto del XX, tiene un rumbo ascendente y la forma de un activismo militante de masas. A medida que se integra orgánicamente cada vez más en el Estado burgués, traduciendo en normativa jurídica parte importante de las aspiraciones de

la aristocracia obrera, el lazo con el activismo de base se va difuminando; son los años de edificación del *Bienestar*. Finalmente, y coincidiendo con la crisis del movimiento revolucionario del proletariado, con el reflujo mundial del movimiento obrero y de masas (excepción hecha de los contados procesos de guerra popular), los antiguos herederos de la II Internacional "clásica", empezando por el PSOE, quedan descarnadamente convertidos en aparatos tecnocráticos de gestión del Estado burgués y de la acumulación de capital, sin apenas contacto directo -sino medido por las instituciones del Estado- con el movimiento de base de la aristocracia obrera. Es en esta situación cuando se desencadena la ofensiva general del capital en la que estamos inmersos, acelerada por la última crisis económica, y que se ceba especialmente en las posiciones de la clientela tradicional de esta antigua socialdemocracia, que desde hace tiempo no puede ser considerada como tal. Este esquema es interesante porque muestra claramente la dependencia histórica de la reforma para prosperar respecto del desarrollo de la revolución. Sin embargo, hay que decir que, como todo esquema, es orientativo y pasa por encima muchas peculiaridades, como, por ejemplo, que durante el tercer cuarto del siglo XX el verdadero papel de la socialdemocracia lo jugaran, en países tan significativos como Italia o Francia, los herederos degenerados de la III Internacional.

Así, el fenómeno Podemos representa la reacción de la aristocracia obrera ante su marginación política y la consiguiente proletarización de un amplio espectro de su masa. Efectivamente, Podemos representa una "nueva" socialdemocracia en tanto que, enmarcada en el fin de Ciclo, renuncia a cualquier

aspiración formal a una sociedad radicalmente diferente, explicitando claramente que su objetivo se traduce en más de lo mismo: "más democracia, más derechos sociales", etc. Eso sin olvidar la vivificación del parlamentarismo que su aparición ha representado, como sucede siempre que la socialdemocracia se vigoriza. No obstante, Podemos también representa un regreso a la socialdemocracia "clásica" en la medida en que la aristocracia obrera, marginada de los mecanismos de negociación y gestión del Estado burgués, se ve obligada a desempolvar las viejas dinámicas del activismo de masas y su vinculación directa con un programa de reforma. Hay que decir que la vieja socialdemocracia, en sus dos facetas fundamentales, revolucionarismo de palabra, reformismo de hecho, queda más bien representada por los restos anquilosados y marginales de la mayor parte del movimiento comunista, cuyo estereotipado "trabajo cotidiano de masas" se ve ridiculizado día tras día. De hecho, las cómicas disputas internas en Podemos que se han filtrado en estos días, con las recriminaciones de los líderes principales de la formación hacia la *vieja izquierda* "sectaria y dogmática", ;refiriéndose a Izquierda Anticapitalista!, son otra manifestación de ese fin de Ciclo del que hablamos.

Tiempo habrá de entrar en una crítica en profundidad de las concepciones de fondo que alimentan a esta socialdemocracia rediviva, y que ni siquiera formalmente beben ya del marxismo; baste ahora señalar algunos puntos de su discurso que patentizan que este proyecto es absolutamente respetuoso con los elementos medulares del orden capitalista, como ponen de relieve su defensa y salvaguarda del elemento material clave del Estado burgués, su aparato burocrático-militar, con su legitimación y respeto de las

fuerzas de seguridad y los "servidores de lo público", su falta de cuestionamiento de la propiedad privada, "sólo en la medida en que contradice el interés general" (como si su mera existencia no fuera un atentado contra los intereses de la mayoría), y, finalmente, su defensa de un marco europeo de actuación, que, más allá de todas las adjetivaciones que se le quieren poner ("social", "de los ciudadanos", "de los pueblos", etc.), juega en el mismo marco conceptual impuesto por la burguesía imperialista europea. De este modo, la futurible trayectoria de Podemos servirá como gráfico ejemplo de las posibilidades del reformismo en ausencia de una amenaza revolucionaria que pueda sugerir a la burguesía realizar algunas concesiones como contrapartida al mantenimiento esencial de su régimen social.



En cualquier caso, si algo resulta especialmente llamativo entre la dirigencia intelectual de Podemos es la forma en que presentan su discurso como la ultimísima expresión del pensamiento político renovado, mientras a la vez hablan del marxismo con el desdén cínico y la condescendencia de quien se refiere a un trasto viejo (para ello son bastante instructivas las tertulias de *La Tuerka* y *Fort Apache*). Afortunadamente, basta con echar un vistazo a la historia de nuestro país para darse cuenta de que los que realmente han

destapado el tarro de formol son los Iglesias, los Monedero y cía., pues la última destilación de la politología académica no ha dado para más, a la hora de traducirse como discurso político de masas, que para un pálido remedo del discurso progresista burgués de crítica al sistema canovista de la Primera Restauración. Elocuentemente, Benito Pérez Galdós, allá por 1912, al final de su *Cánovas*, con el que cierra su magna obra los *Episodios Nacionales*, ponía en la boca de uno de sus personajes las siguientes palabras:

“Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose hipócritas en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y destejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria.”

Cualquiera podría decir, si no fuera por el uso del vocablo “proletarias”, que es el extracto de una intervención de Pablo Iglesias en alguna de las tertulias *prime-time* a las que es asiduamente invitado. Precisamente éste es uno de los rasgos más sintomáticos de la actual crisis política del Estado español: la absoluta ausencia en todo el espectro político o social visible de cualquier propuesta novedosa de solución a los problemas que afronta el país; la constante resurrección de fórmulas, debates y estrategias pretéritas que, en el mejor de los casos, ya han demostrado su carácter de atolladero para las aspiraciones emancipatorias de los oprimidos. Y es que, ante el vocerío continuo entre la clase política y sus plumíferos a sueldo sobre la

necesidad de “regeneración” del sistema, uno tiene que acercarse al calendario para cerciorarse de que no estamos aún en 1898. El Director General de la Policía nos alerta ante el riesgo del “terrorismo anarquista”. La Lliga Regionalista... perdón, queremos decir CiU, hace equilibrios entre Madrid y el movimiento catalanista de masas. “Reforma o ruptura” vuelve a ser la disyuntiva que se debate entre la llamada izquierda respecto al agotamiento de la actual forma del régimen político. Vuelve a reverdecer el republicanismo... En fin, que el país entero, cual roedor enjaulado, parece dar vueltas sobre su propia historia sin aparente intención de ir a ninguna parte.



Y es que, efectivamente, toda esta trágica comedia que es hoy la política española no es más que una nueva muestra, adaptada a nuestra idiosincrasia local, de que en ausencia de proletariado revolucionario, en ausencia de Partido Comunista y del verdadero horizonte de emancipación universal que sólo él puede proporcionar, la humanidad está condenada a girar sobre sí misma en espera de que el capitalismo se agote, yéndose previsiblemente junto a él al olvido cósmico.

Hay que decir que en la historia española este horizonte

emancipatorio en la política práctica sólo se ha presentado en forma de fugaces destellos, como, por ejemplo, la formación de la Sección Española de la Internacional Comunista, pero se ha apagado rápidamente, sin jugar un papel importante en el devenir de los acontecimientos. Sin ir más lejos, por ceñirnos al ejemplo concreto, el PCE, en cuanto tuvo algo de repercusión en la vida del país, abandonó este programa, entregándose al "transicionismo" de las "etapas democráticas intermedias", estela que siguió la gran mayoría del ya en crisis y disgregado movimiento comunista durante la transición del fascismo al parlamentarismo, encerrado en la espuria encrucijada entre reforma y ruptura, sin querer plantear el socialismo como tarea práctica inmediata de la clase obrera.



Hoy, el lastre de la historia del movimiento revolucionario español, nunca considerado autocriticamente y trufado de oportunismo, liquidacionismo, incompetencia y derrotas (aunque también de un trágicamente desgarrador heroísmo de masas), vuelve a aparecerse, y ante los primeros síntomas de

revitalización de un movimiento republicano con incidencia de masas, la mayoría de los diferentes grupos autoproclamados comunistas, alguno de los cuales hasta hace poco presumía de rectificación respecto a las desviaciones republicanistas anteriores, vuelven a ondear, ufanos, la bandera tricolor. Así, en los comunicados de los diversos destacamentos que han aparecido estos días a cuenta de la abdicación del Borbón, vuelven a aflorar las "repúblicas populares encaminadas al socialismo" o los "programas democráticos inmediatos como primer paso al poder obrero". Y por mucho que clamen formalmente sobre la identidad básica de clase entre una república burguesa y la monarquía, no podrán ocultar la incoherencia esencial de plantear un "Estado de transición" hacia el verdadero Estado de transición que es el socialismo y la dictadura del proletariado: transición hacia el Comunismo, que es el verdadero horizonte que el marxismo prescribe para un país de capitalismo maduro y decadente, imperialista, como es el Estado español.

Históricamente, la última vez que una "revolución democrática", con su consiguiente república, pudo haber desempeñado un papel realmente progresista en la configuración de la estructura de clases del Estado español y el discurrir futuro de nuestra historia fue durante el Sexenio revolucionario de 1868-1874. Este episodio demostró la debilidad e impotencia de la burguesía democrática y su incapacidad para construir un país desde los principios ilustrados, entregándose, aterrorizada ante la explosión cantonal del movimiento de masas, al *partido del orden* que capitanearía la Primera Restauración. La quiebra del nuevo intento reformista que supuso la II República, impotente ante el verdaderamente crucial enfrentamiento entre la revolución

proletaria y la contrarrevolución, certificó definitivamente la caducidad histórica de este proyecto.

Hoy, más que nunca, le corresponde a los proletarios conscientes laborar por la erección de ese programa emancipatorio universal y del único vehículo que puede materializarlo, el Partido Comunista. En este sentido, la vanguardia debe ser consciente de que la situación histórica, de interregno entre dos ciclos de la Revolución Proletaria Mundial, impone tareas insólitas, pues incluye como premisa del movimiento revolucionario las problemáticas relacionadas con la teoría revolucionaria y las exigencias que debe satisfacer para convertirse nuevamente en teoría de vanguardia efectiva, lo que nosotros denominamos reconstitución ideológica del comunismo. Por supuesto, no

decimos que los comunistas deban despreciar o ignorar las movilizaciones verdaderamente de masas que se puedan dar bajo la bandera tricolor, pero su posible intervención debe situarse claramente en el terreno de la táctica, sin absurdos y estériles enredos programáticos alrededor de "transiciones hacia la transición". Así pues, toca a la vanguardia marxista-leninista levantar la bandera roja del socialismo y la dictadura del proletariado como verdadero objetivo inmediato de los proletarios y oprimidos de este país, construyendo los instrumentos y las condiciones que hagan que éste sea un horizonte por el que estén dispuestos a luchar. Esta vez, trataremos de asegurarnos de que la llama prende vivamente, contribuyendo a iluminar la salida del atolladero histórico en el que la humanidad está atrapada.

***Movimiento Anti-Imperialista
Junio de 2014***



CONTRA LAS FALSAS ILUSIONES DEL REVISIONISMO:

¡AVANZAR EN LA RECONSTITUCIÓN COMUNISTA! (1º MAYO 14)

“La creación y divulgación de una teoría revolucionaria desempeña el papel principal y decisivo en determinados momentos, refiriéndose a los cuales dijo Lenin: “Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario.”

Mao Tse-tung

Han transcurrido siete años de crisis económica, en los que se ha venido asentando la reestructuración del bloque dominante del Estado, donde la aristocracia obrera y parcialmente la pequeña burguesía son las capas más perjudicadas en el nuevo reparto del pastel político, que el proletariado siempre ha estado privado de degustar. Sin embargo, ello no significa que la clase *que no tiene nada que perder más que sus cadenas* no haya retrocedido aún más en la de por sí complicada situación en la que tenía que sobrevivir cada día para volver (con cierta e irónica suerte) a ser explotado a la mañana siguiente. La pujanza a la baja del coste de la reproducción de la fuerza de trabajo tiene unas consecuencias hartamente conocidas: paro endémico para familias enteras, desahucios que conducen al suicidio, salarios de hambre...

Ante esta situación, la mayoría del movimiento comunista tanto en el Estado español como a nivel internacional, haciendo gala de un nefasto determinismo económico y su colofón consecuente, sintetizado en la vieja tesis revisionista del derrumbe inevitable del sistema capitalista, se frotaba las manos esperando por fin tener la posibilidad de guiar a las masas, aprovechando esa crisis económica que, ansiaban, fuese una situación más propicia, y que abriría *por fin* y como por arte de magia los ojos a los explotados; que de una vez podrían visibilizar cuál debe de ser su *vanguardia*, comprendida como la organización determinada a abanderar sus luchas económicas y a entronarlas en la maquinaria estatal de la burguesía.

Pero nada ha cambiado en el estado de la clase obrera, que sigue atrapada en las redes de la *conciencia en sí*, es decir, en aquella que surge naturalmente de la posición del obrero como engranaje del mecanismo del capital, y que es la que más se adecua a la reproducción de esta posición. Recordándonos con ello que las luchas espontáneas no generan *revolución* y que la **ideología revolucionaria** solo se puede introducir *desde fuera* del movimiento económico espontáneo.

La realidad enseña que en ausencia de **Partido Comunista**, entendido como instrumento de la Revolución Socialista que fusiona en un único movimiento social organizado a la vanguardia con su clase, no se puede

transformar la realidad en un sentido revolucionario. Esto es reconocido superficialmente por quienes hegemonizan el movimiento comunista, pero sin atender a las profundas implicaciones que ello conlleva. Máxime cuando lo que caracteriza a la época política que vivimos es la necesidad de reconstituir el Partido Comunista, cuya verdadera naturaleza como depositario de la experiencia histórica de la lucha de los oprimidos contra sus cadenas queda degradada a mero coordinador de las diversas luchas parciales de las masas, que precisamente tienden a reproducir la posición subordinada de nuestra clase.

Así ocurre que los destacamentos revisionistas caminan absortos en su táctica-proceso, en la que llevan décadas encerrados, expresada en esa práctica identificable con el economicismo, el cretinismo parlamentario y el practicismo más estrecho, que se ha mostrado invariablemente incapaz de construir movimiento político, no ya revolucionario, sino ni tan siquiera de defensa inmediata de las condiciones de nuestra clase. Así, en estos años de crisis, todas las plataformas por la unidad obrera o por la unidad comunista, todos los intentos de estructurar un movimiento desde las luchas inmediatas y las reformas, se han visto ahogados y sustituidos por otros “nuevos”, organizados por los mismos elementos y tan aciagos como los anteriores. Ninguna lucha de masas ha sido ni iniciada ni protagonizada por el revisionismo, cuya única realidad es la de servir de complemento a la verdadera vanguardia de la aristocracia obrera, los grandes sindicatos integrados en el régimen imperialista. Nuestros revisionistas se niegan a ver lo que el simple y limitado empirismo muestra.

Sin embargo, la reconfiguración de la correlación de fuerzas entre las clases dominantes ha tenido efectos en el movimiento comunista. El revisionismo, como representante de los intereses de la aristocracia obrera radicalizada y en declive, se ha visto obligado a realizar adaptaciones tácticas, en lucha por un espacio político saturado. Los destacamentos revisionistas se unifican, se disuelven o reaparecen bajo nuevos matices, que no sobrepasan ese alfoz de construcción política basada en agregar horizontalmente las diversas reivindicaciones parciales e inmediatas de la clase para denominarlas “Programa”.

Formalmente incluso, el revisionismo estatal ha renegado, ante las particularidades de la crisis, de las “etapas intermedias” entre capitalismo y socialismo, aunque en realidad su programa en torno al Estado sigue siendo el mismo: a las diversas organizaciones de resistencia de la clase las pasan a denominar “órganos de poder” y

pretenden que éstos, unidos a la gestión del viejo Estado burgués, se conviertan en una especie de “socialismo” al que se llegará mediante una confusa serie de procesos previos, que vendrán determinados por el propio devenir de las cosas y en los que se coaligarán huelgas, elecciones y quién sabe si alguna insurrección.

Por supuesto, en esta entelequia que rompe con la realidad material y con la planificación consciente del proceso revolucionario, se difuminan los organismos desde los cuales nuestra clase ejercerá su dictadura revolucionaria y cómo éstos estarán ligados al Partido Comunista, así como los medios políticos y militares desde los que se encumbrará y desarrollará el Nuevo Poder a través de la **Guerra Popular**.

El revisionismo ha apostado con todas sus fuerzas en esta crisis, considerándola un punto de inflexión que relanzaría su nivel de “fusión” con las masas, de la manera que mejor sabe proceder: buscando una solución externa a los problemas del comunismo, delegando en las luchas parciales de masas la resolución de las cuestiones específicas que son responsabilidad de la vanguardia. Su línea, tanto estratégica como táctica, ha quedado en la más absoluta de las vacuidades. De forma inevitable esto ha supuesto un golpe de realidad a nuestros teóricos de la práctica sindical y del *trabajo de masas*, que casi siempre circunscriben a la aristocracia obrera, que, por su parte, sin embargo visualiza como sus mejores representantes políticos a Izquierda

Unida o a la nueva marca electoral de moda: Podemos.

Estas tareas específicas a las que nos referimos y que compete resolver a la vanguardia, pasan, en primer lugar, por la reconstitución ideológica del comunismo, en tanto la gran derrota temporal sufrida por la Revolución Proletaria Mundial a finales del pasado siglo ha conllevado que el marxismo, como cosmovisión de la realidad que alimenta la praxis revolucionaria de la clase proletaria, se haya desgastado, perdiendo su lugar de referencia. Esta tarea particular y concreta solo puede resolverse mediante la lucha de dos líneas, expresión ideológica de la lucha de clases en el seno de la vanguardia, en torno al estudio y análisis de la experiencia histórica, en lo que hemos denominado **Balance del Ciclo de Octubre**, que nos permitirá sintetizar todo el bagaje de la lucha de clases, y que a su vez será en la que se cimenten los principios sobre los que habrá de reconstituirse políticamente el comunismo, al tener la vanguardia los elementos necesarios para, entonces sí, fusionarse con las masas de la clase en un movimiento político.

Este movimiento no será otro que el Partido Comunista, destinado a construir los organismos de Nuevo Poder desde los cuales las masas ejecuten la Dictadura del Proletariado y que, en coherencia con la construcción consciente del proceso revolucionario, solo puede desenvolverse mediante la Guerra Popular.

¡Por la reconstitución ideológica y política del comunismo!
¡Contra el capital y sus crisis, por la Revolución Socialista!

Movimiento Anti-Imperialista
1º de Mayo de 2014



En torno a los sucesos de Gamonal e Hidum

La inevitable necesidad de la construcción consciente de todo el proceso revolucionario

“Sí, nuestro movimiento realmente se encuentra en su infancia y, para que llegue con mayor celeridad a la madurez, debe precisamente hacerse intransigente con aquellos que frenan su desarrollo prosternándose ante la espontaneidad”.

V. I. Lenin

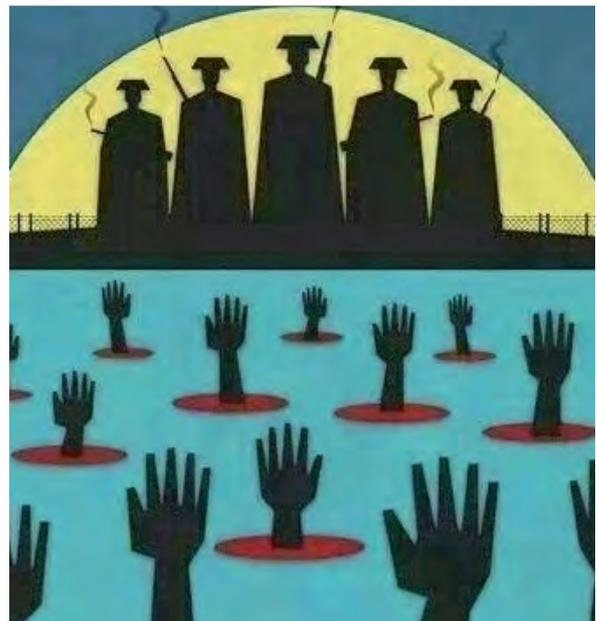
"Antes del estallido de una guerra, todas las organizaciones y luchas tienen por finalidad prepararla. Después del estallido de una guerra, todas las organizaciones y luchas se coordinan de modo directo o indirecto con la guerra".

Mao Tse-tung

Cuando Marx dijo que el capitalismo vino al mundo *chorreando sangre y lodo*, logró condensar en una frase la esencia rapaz y criminal que desde el principio han contenido las relaciones sociales capitalistas, así como el mundo que sobre éstas se ha construido. Cada día que la humanidad atraviesa como sociedad escindida en clases es un cruento y sanguinario sacrificio de un sinnúmero de parias y desposeídos sobre cuyas espaldas se sostiene el capitalismo: cuando no es un terremoto o un huracán el que arranca casas de cartón y siega miles de vidas proletarias, son bombarderos silenciosos, escuadrones de la muerte o el cotidiano y llano paso del hambre. La infecta y parlamentaria democracia burguesa española es un buen ejemplo de ello: a la noticia de una manifestante con la cabeza medio aplastada a golpe de *goma* le sucede la última muerte en prisión de un joven vasco. Mientras a un lado del estrecho de Gibraltar recalcan buques destructores de la Marina norteamericana, jaleada expresivamente por los representantes turnistas del capital financiero *patrio*, al otro, las fuerzas de seguridad en suelo africano ejecutan gustosamente la última de las masacres contra las masas del proletariado que ni tiene patria, ni falta que hace.

Son estos mismos asesinos (tanto dan ejecutores como gestores, plumillas o beneficiarios *pasivos* del régimen) los que

elevan agriamente la voz para tildar de “barbarie” y “crimen salvaje” cualquier acto protagonizado fuera de sus estultos intereses de clase: sea una simple huelga, una acampada pacificante o la simbólica quema de unas decenas de contenedores de basura. Denunciar el carácter criminal del capitalismo en todas sus concreciones es tarea de todo proletario consciente. Sin embargo, las tareas centrales que en estos momentos tiene el movimiento revolucionario, la reconstitución de la ideología comunista (resoluble sólo **desde fuera** del movimiento espontáneo de la clase), nos obligan a priorizar el desempeño de nuestra actividad política: no en la lucha propagandista entre las grandes masas sobre las maldades del capital, tan infinitas como la misma sociedad burguesa; sino en el estudio de los acontecimientos que nos rodean y que nos permiten clarificar la línea revolucionaria (junto al desenvolvimiento del Balance del Ciclo de Octubre) en el desarrollo de la lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia teórica de la clase obrera. La cual ya conoce sobradamente la miseria y la muerte inherente a la sociedad actual, pero que sin embargo sigue atrapada mayoritariamente entre todo tipo de corrientes ideológicas burguesas que impiden el avance de la reconstitución del comunismo, única premisa que puede insuflar vitalidad a esa denuncia de la barbarie capitalista, con la construcción del movimiento político que la derribe.



Partiendo entonces de que poco tenemos que discutir con la clase dominante, suscribiendo la declaración consciente, que emana de la historia de la lucha de clases, de que a esta sociedad basada en el terror de la reacción sólo puede oponerse el terror revolucionario de las clases oprimidas, creemos pertinente analizar algunos de los acontecimientos protagonizados por las masas a inicios de este año (en Burgos y en Melilla) y que son esclarecedores cara a la comprensión del estado de la lucha de clases (en general, aunque fundamentalmente nos centraremos en cuestiones de vanguardia) para así abordar los puntos de inflexión sobre los que han de (re)apuntalarse los principios teóricos y políticos de la Revolución Proletaria.



Paz social en tiempos de crisis

En 2011 surgió el primer gran movimiento contestatario de masas en el Estado español contra la presente reconfiguración política y económica implementada por el capital monopolista. El movimiento, surgido en el actual *impasse* de la Revolución Proletaria Mundial, consecuencia del final del Ciclo de Octubre, sólo podía reproducir la inercia *resistencialista* del momento, por el cual toda lucha social que aparece en nuestra época está marcada por la iniciativa de la reacción. En el Estado español esta situación global se especifica en base al estado concreto de la lucha de clases marcado, no sólo por la ausencia de referente revolucionario, sino por un largo período de “paz social”, con la excepción marchita de Euskal Herria, impuesto por las clases dominantes con el asentamiento de la transición del fascismo al parlamentarismo, dos formas de dictadura de la burguesía, cuyas características imponen una distinta correlación de fuerzas en la composición del espacio democrático de la dictadura del capital.

Irrumpió así el 15-M (como expresión de la descomposición de una de esas fuerzas que

componen la corporación de intereses de clase constituida en el 78, la aristocracia obrera y parte de la pequeña burguesía), con la impronta de su época: pacifismo, fe decadente en las instituciones columna vertebral del régimen (los cuerpos represivos, convertidos en mártires de la propaganda oficial por su ensañamiento con la pequeña burguesía democrática vasca), “apartidismo” y desconexión respecto de los estandartes de la representación: sindicatos y partidos tradicionales. Al año siguiente los sindicatos mayoritarios, desbordados por movilizaciones que no seguían sus cauces y ante el ataque concreto que los monopolios lanzaron contra sus posiciones en la cogestión de su dictadura, se recompusieron: convocaron dos huelgas generales y crearon las corporativas mareas de colores. No lograron sortear el golpe del gran capital financiero, pero sí se reapropiaron de la calle tomada por los *indignados*.

El 2013 se convirtió en la resaca de todo lo anterior. Aumentaron las huelgas puntuales, pero se multiplicó su dispersión. Los *escraches* anti-desahucios (nicho parcial en que acabaron los *indignados*) tendieron a repolitizar la sociedad, pero nada comparable a los años inmediatamente anteriores. Sin embargo, la calma de 2013 tampoco tenía parangón con la conocida años atrás. Los mismos *escraches*, que tenían por fin publicitar una iniciativa legislativa popular, eran en palabras de Ada Colau una reconducción del ánimo político en que se encuentran muchos sectores sociales^[1]: la siempre histérica pequeña burguesía, en proletarización y que no alcanza a comprender que la jerarquía social capitalista es un tobogán con duras y enrevesadas escaleras de subida llenas de obstáculos que contrastan con una bajada limpia y sin misterios. A lo que se unen cientos de miles de familias asalariadas que han pasado en un breve período de vivir “ciudadanamente” a no tener qué llevarse a la boca, integrándose en ese tradicional 20% de la población que siempre vivió excluida y bajo el umbral de la pobreza en el Estado español.

La *calma tensa* define al 2014, con una sociedad queriendo estallar aun sin saber cómo ni para qué. En este mar revuelto, las representaciones políticas radicales de esas fracciones privilegiadas en proletarización (anarquistas, *izquierdistas posmodernos* o revisionistas-sindicalistas) siguen en su letargo crónico, soñando con que alguna de esas luchas parciales realice lo que ellos son incapaces de hacer, con crisis o sin ella, desde sus inofensivas *trincheras* que agrupan siglas y

más siglas para la batalla sindical y/o electoral: “encender la llama de la rebelión”.

Es en estas que ha entrado en escena el proletario barrio de **Gamonal**, en Burgos, donde una obra pública, de las que la administración acomete en su función de fomento y salvaguarda del “interés general”, ha sido capaz de aglutinar en torno a sí la ira popular. Lo cierto es que la operación quirúrgico-especulativa que los “servidores públicos” pretendían realizar sobre una de las principales arterias de Burgos, y a su vez del barrio de Gamonal, reunía todos los elementos políticos que la hegemonía existente, que incluye al revisionismo, ha depositado sobre el imaginario del público para explicar la crisis social: una obra faraónica no reclamada por la población, un gasto multimillonario en una zona especialmente exasperada por el desempleo y un constructor envuelto en todas las tramas corruptas imaginables.



Pero el mero hecho de que estos acontecimientos se repitan en un barrio que para el periodista mesetario ya fue “zona de guerra” antes de que *Lehman Brothers* se desvaneciese en las tinieblas de las *subprime*, pone cota a la oportunista explicación que lega todos los problemas de la clase obrera y las masas a la crisis, que más que causa fundamental de la “austeridad” que “asola Europa”, es la catalizadora de un amplio proceso de reestructuración política de los poderes monopolistas que conforma la alianza inter-imperialista europea. Pues las mismas escenas de enfrentamiento con la policía que hemos visto en enero de 2014, las vimos en agosto de 2005 a consecuencia de un proyecto similar^[2]. Aunque entonces pasaron desapercibidas y no tomaron la dimensión que este año, en tanto los segmentos sociales que políticamente podían encauzar esa lucha (los que hoy son proletarizados por la ofensiva del capital) hace nueve años tenían a sus *radicales*

representantes buscando el modo de congeniar el parlamento burgués con el legado de los obreros y campesinos revolucionarios de los años 30.

La violencia exuda política

La primera gran concentración a inicios de 2014 en contra de las reformas urbanísticas en Gamonal, el viernes 10 de enero, convocó a 300 manifestantes. Tras ella se produjo la primera noche de disturbios, saldada con numerosos detenidos (sólo ese fin de semana fueron 40 en Burgos). Al día siguiente hubo más de mil manifestantes. Después de otra jornada de lucha contra la policía, eran ya varios miles los que salieron a la calle, extendiéndose solidariamente la respuesta por todo el Estado español, en forma de concentraciones de apoyo en las que participaron un total de varias decenas de miles de personas. Estos hechos, como ya ocurriera en 2012 con la *primavera valenciana* o en 2011 con la represión a los que acamparon en la puerta del Sol, muestran la facilidad con que la clase dominante politiza hasta la más “despolitizada” de sus intervenciones, de forma y modo que Gamonal se convirtió en un barrio tomado por los antidisturbios en donde tácitamente se impuso el toque de queda. Esto, por sí solo, delata que la violencia es la política por otros medios, lo que implica que no puede existir una violencia etérea sobre la cual pueda configurarse una conciencia *pacifista* general que ahuyente obligatoriamente a la masa.

Por ello precisamente rescatamos de Gamonal la antigua y universal enseñanza de la lucha de clases, de que la adhesión de las masas a la violencia no depende de un dilema *moral* y abstracto sino de cuestiones de índole político (por supuesto, para nosotros la moral es estrictamente un asunto político, determinado por la lucha de clase). Lección fundamental para la vanguardia comunista cuya tarea reside, en términos históricos, en entrelazarse con las masas proletarias para entretejer el movimiento político que necesariamente habrá de transformar la línea política en línea militar para adecuarse a los requerimientos del proceso revolucionario: es decir, cuando los cambios cualitativos provocados en el movimiento revolucionario abran el paso de la **acumulación de fuerzas de vanguardia (reconstitución del Partido Comunista) a la acumulación de fuerzas de las amplias masas (desarrollo de la Guerra Popular).**

Por tanto, que las masas se identifiquen o no con la violencia (revolucionaria) es una cuestión que atañe a la vanguardia, a cómo se constituyen las mediaciones sociales necesarias que permitan elevar a cada vez capas más amplias de masas dotándolas de conciencia revolucionaria.

Por supuesto, la identificación de las masas con la violencia inmanente al proceso revolucionario no hace referencia a que éstas se posicionen favorablemente sobre un proceso externo a ellas, con su consentimiento plebiscitario-representativo, sino que exige que ellas mismas sean las que validen esa política con su propia acción imperativa, a través de los instrumentos que ponga a su disposición el Partido Comunista, significativo en que se concreta materialmente la fusión del sujeto y el objeto de la Revolución Proletaria. Incipientemente Lenin, tan pronto como en el balance del *ensayo general* de 1905, ya pergeñó, sin titubeos de ningún tipo, cuál es la política de la vanguardia con respecto a la cuestión de la violencia y de cómo ésta, en práctica de esas masas proletarias *que no tienen nada que perder*, es la que constituye el motor de la Revolución:

“La socialdemocracia debe admitir e incorporar a su táctica ese terror de masas, naturalmente organizándolo y controlándolo, supeditándolo a los intereses y condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria general y, al mismo tiempo, eliminando y suprimiendo sin piedad esa deformación “rufianesca” de la guerra de guerrillas (...) Las masas deben saber que emprenden una lucha armada, sangrienta y encarnizada. El desprecio a la muerte, que debe difundirse entre ellas, ha de asegurar la victoria. La arremetida contra el enemigo debe ser lo más vigorosa posible; ataque, no defensa: debe ser la consigna de las masas; exterminio implacable del enemigo (...)”³¹

En los sucesos de Gamonal las acciones de violencia^[4] han servido para agrupar a la clase trabajadora y convertir un problema *de barrio* en un, aunque fugaz, problema *de Estado*. Cabe entonces a la vanguardia preguntarse cuál es el aglutinante político en torno al cual “explotó” el barrio de Gamonal y, en consecuencia, qué tipo de conciencia alimenta la contienda y cuáles son las cotas a que puede aspirar un movimiento de este tipo.

Los derroteros violentos de la lucha en Gamonal son, lo esgrimieron sus propios

protagonistas en cada entrevista realizada, el resultado de la desatención por parte de los representantes del orden. A lo que se une la propia violencia institucional, que al menor alboroto mandó a sus perros de presa, siendo la policía, organismo ejecutivo de los límites de la democracia burguesa, grandilocuente ejemplo de la relación directa entre política y violencia. Efectivamente, las consignas que iniciaron las luchas vecinales contra el proyecto urbanístico han seguido siendo las mismas que cuando han intentado conversar con los funcionarios institucionales de turno, a saber, la “paralización de las obras” para, si es posible, que las instituciones destinen el dinero “público” a “equipamiento social” para el barrio. Bien es verdad que el breve espacio temporal en que esta lucha se ha desviado de los trámites establecidos, enseguida ha derivado en el ataque a varias sucursales bancarias, síntoma de la potencialidad de la situación general de las masas (para que se produzca una movilización de *resistencia*, que no revolucionaria, sobre cuestiones de índole general) y a la vez de la facilidad con que ésta se diluye, como causa política, entre las distintas vicisitudes económicas y concretas que acucian a la clase asalariada.

En Gamonal estamos, en definitiva, ante un estallido *en sí* de la clase obrera. Ante una lucha que ha desbordado involuntariamente los cauces de la burguesía pero en la que las masas aún se observan así mismas como *ciudadanas*, como portadoras de una serie de derechos y *libertades* que el Estado, el de sus explotadores, debe proteger. Por supuesto, no seremos los comunistas quienes caigamos en la mezquindad de criticar a las masas en la legítima y digna defensa de sus intereses más inmediatos como clase. Huelga decir, al contrario, que Gamonal representa a la perfección: primero, la capacidad que las masas obreras tienen por sí mismas para defenderse del capital sin la mediación de los entramados burocráticos del revisionismo, cuya visión paternalista de la clase obrera ha sido una vez más puesta en ridículo; y segundo, la impotencia del revisionismo y su incontestable bancarrota por dos cuestiones que Gamonal vuelve a dejar cristalinas como el agua:

a) el esquema político por el cual la lucha de *resistencia* torna en lucha “revolucionaria” está encerrado en el paradigma que prevé que la clase obrera, desde la defensa política de su posición económica, puede tomar una conciencia distinta de la sindical. Esto pone en segundo plano la conciencia revolucionaria y

olvida que **todo movimiento social que no está dirigido por el proletariado revolucionario está dirigido por la burguesía, revista ésta la forma que sea.** Es por tanto la existencia del Partido Comunista, como relación objetiva entre la vanguardia y las masas, la que transforma en revolucionarias las demandas de la clase, al crear los medios para que ésta ejerza conscientemente su dictadura política desde los organismos del Nuevo Poder. Que, por ejemplo, la organización “revolucionaria y marxista” Red Roja^[5] tenga que retrotraerse al paradigma de la revolución burguesa, la toma de la Bastilla en 1789, para explicar la conexión entre una lucha de resistencia y la “revolución”, es la prueba más palmaria de que el revisionismo está anclado en ese fatalismo determinista que contempla la conciencia como producto mecánico de la situación del proletariado y la revolución como desarrollo político de esas fuerzas *económicas*, siendo incapaz de comprender el papel central que ocupa la conciencia en la Revolución Proletaria:

“La realización de este acto que redimirá al mundo es la misión histórica del proletariado moderno. Y el socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario, es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de este acto, infundiendo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción.”^[6]

b) Con ese punto de partida, las consecuencias prácticas de la quimera sindicalista están claras (agotado el Ciclo de Octubre, al perderse el comunismo como perspectiva de cambio entre las amplias masas, los intereses de clase que representa políticamente el revisionismo pueden ser perfectamente asumidos e implementados por otros sectores reformistas sin que *la hoz y el martillo* les *penalice* en sus laborales sindical/electorales): el discurso teórico de la *práctica* desde las reformas del medio en que el proletariado es explotado hace que el revisionismo quede completamente a expensas de las fluctuaciones políticas que el propio capitalismo genera. El revisionismo carece de iniciativa y no participa de la política (tanto en general como en lo concerniente a los asalariados) más que externamente. **Sus escarceos con el movimiento tan sólo son para empujar hacia abajo a la clase**

obrera, pues la desvían de los problemas políticos generales y la encierran en el marco parcial en que se desarrollan, proyectando en sus análisis y su “puesta en práctica” toda la impotencia que atesoran (que no obstante aún le permite mantener su *hegemonía social* en lo referente a “comunismo”). Que, por ejemplo, el PCPE^[7], con treinta años a sus espaldas de “práctica marxista-leninista”, no haga más que retar a las masas para que vuelvan al puesto de trabajo con los *“Comités de Unidad Obrera”* y se contenten con la *teórica* creación de unos reformistas *“Comités Populares en cada barrio obrero bajo reivindicaciones concretas a favor de la clase obrera y el pueblo”*, en el momento que éstas logran alzar la vista e intentar procurarse objetivos más amplios (aunque se mantengan dentro de los límites de la reforma), no hace sino sentenciar la caducidad de esa rancia fe en el espontaneísmo, producto del esquema sindicalista, que ha de ser barrida sin contemplaciones de nuestro movimiento. Además indica lo obtuso de la mente del “comunista” típico, incapaz de aprender, por más que el marxismo haya dejado sentado hace ya mucho tiempo y la realidad cotidiana se lo señale diariamente, que la movilización general de las masas se produce no por cuestiones parciales, sino por los acontecimientos atravesados por la alta política. Son siempre una múltiple maraña de factores los que condicionan el nacimiento de un movimiento amplio de masas espontáneo. Pero como se ha analizado no pocas veces, sin ese elemento político general es imposible que una situación social detone: en 2003 y en 2011 se desataron sendos movimientos de protesta que lograron protagonizar el conflicto social en el marco estatal. El primero fue producto de la intervención militar en la guerra de Irak; el segundo, crisis económica y social de por medio, se acogía a una consigna eminentemente política, “democracia real”, que, más allá de las graves taras que arrastrara el movimiento, giraba en torno al *poder*. Las masas se identifican con una lucha cuando sienten que tiene relación directa con sus condiciones de vida. Las luchas concretas y parciales, por más que puedan crear un ambiente de simpatía y solidaridad, caso de Gamonal (que se da en una situación general que *a priori* tiene mayor potencialidad conflictiva que lo anteriormente citado), no enraízan, a falta de esos otros factores, más que en el lugar y el momento concreto en que nacen, languidecen y mueren, hasta la próxima ocasión en que el capital

vuelva a cometer alguna de sus tropelías fuera del *guión* acostumbrado.

El suelo social de la revolución

Los acontecimientos protagonizados el pasado mes de enero por los vecinos de Gamonal coincidieron con el último amago de estallido social en uno de los barrios más oprimidos del Estado español, la **Cañada de Hidum**, en Melilla. Allí desde hace años las masas protagonizan de manera periódica enfrentamientos directos con las fuerzas policiales. Barricadas, cócteles *molotov* e incluso disparos de carabina han recibido en la última ocasión al contingente policial al acercarse al barrio melillense. Similares hechos se registraron con fuerza hace menos de un año en un suburbio proletario de Estocolmo, en Husby. La constante rebelión en las *banlieues* francesas (Amiens en 2012, Paris, etc.), el *agosto inglés* de 2011, etc. dibujan como un fenómeno al alza la ruptura temporal de la *monotonía democrática* en las periferias de los centros imperialistas por parte de sectores de las masas más profundas. Estos estallidos van más allá del ámbito laboral. No se establecen sobre la defensa de un derecho particularizado que eleve a sus protagonistas a la posición de ciudadanos y, en consecuencia, defensores de las instituciones del capital. Por norma, no reclaman nada y arrasan sin miramientos con todo, desde comisarías policiales a centros de enseñanza. Tal vez esto explique por qué a estos sectores insurrectos de las masas más profundas no se le dedican comprensivos editoriales, comunicados solidarios ni concentraciones de apoyo por parte de esa izquierda que dentro o fuera del parlamento trabaja empeñada en que “la crisis la paguen los ricos” y el Estado burgués les garantice su cuota social a través de “lo público”.

Para reformistas y revisionistas la violencia de las hondas masas es el resultado del “repliegue” del Estado “benefactor”, del “recorte” de las administraciones públicas que son de “todos” y ahora están “secuestradas” por “mercados” y “poderes oligárquicos”. En realidad esta situación no es más que uno de los muchos reflejos particulares, y que toman forma en base al estado de la lucha de clases, de la tendencia general del imperialismo a proletarizar y pauperizar a cada vez más capas de la población, que a su vez es exponente de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia capitalista. Pero ¿cuál es la potencialidad política de este fenómeno social en los centros

imperialistas en lo que se refiere a la Revolución Socialista?

Los estallidos intermitentes de las *banlieues* francesas o de la Cañada de Hidum, vigorizan la tesis marxista sobre la posición que el proletariado ocupa objetivamente en el entramado capitalista: aplasta la interpretación fetichizada del revisionismo sobre la relación obrero-patrón en la que subsumen al proletariado (como diría Marx, *la burguesía no ve en el proletariado más que al obrero*) y destierra la idea de que el proletariado, esa clase que no posee más que sus cadenas, se ha difuminado entre las múltiples contradicciones “irrepresentables” en la era *globalizadora* y *postindustrial* de la posmodernidad.



Muy al contrario. Si hace mucho que el proletariado ya no puede agruparse en torno a su medio laboral, como se vio necesitado a hacer en la era del capitalismo ascensional, su fase de conformación como **clase en sí**, es porque el proletariado en la era del imperialismo sólo puede representarse a sí mismo como clase con intereses propios independientes, negándose dialécticamente, es decir, provocando un salto cualitativo en términos políticos, que haga detonar los ritmos que el capital le impone en toda su realidad vital, pues el campo de transformación de la Revolución Socialista no acaba en los límites de la *fábrica* sino que abarca todas las relaciones sociales que ocupan a la clase proletaria (y por extensión a todas las relaciones sociales que se dan actualmente); por esto la clase obrera ha de metamorfosearse en **clase para sí**, adquiriendo la categoría de clase revolucionaria y elevándose a clase dominante.

En las *Tesis sobre Feuerbach*, ese auténtico y primigenio núcleo filosófico del marxismo, que muy de vez en cuando algún oportunista cita para justificar su práctica sindical, Marx, además de situar ordenadamente la relación que tienen teoría y práctica revolucionaria, desnuda a ese materialismo vulgar del que bebe el revisionismo:

“A lo que más llega el materialismo contemplativo, es decir, el materialismo

que no concibe la sensoriedad como actividad práctica, es a contemplar a los distintos individuos dentro de la "sociedad civil".¹⁸¹ (IX Tesis sobre Feuerbach)

Como el "materialismo contemplativo", nuestros revisionistas son incapaces de ir más allá de lo que la "sociedad civil" (esto es, la posición económica que las clases tienen en la sociedad capitalista) refleja en su superficie y por ello se enfangan en la adulación del obrero por sí mismo y en el movimiento espontáneo que la defensa de sus intereses inmediatos genera.



En la era del imperialismo no cabe en forma alguna **la concepción obrerista del proletariado**, ni la revisionista sindicalista, ni la desarrollada, partiendo de ella, por la izquierda *posmoderna* y *posobrerista*, anverso del dogmático oportunista tradicional. Porque el revisionista logra, con su estrecha concepción, proyectar sobre la lucha de clases la ficcionaria idea liberal en que **el obrero se disocia en productor (explotado, como forma de capital variable) y en ciudadano burgués** (como supuesto sujeto de unos derechos fundamentados en el mismo orden que lo cosifica como mercancía), pues al salir del tajo muta inexplicablemente, *Estado burgués mediante*, en un *citoyen* ligado fraternalmente a su explotador.

Destruyendo esta entelequia burguesa lo que el marxismo muestra, y está en conexión con los actuales estallidos proletarios de las barriadas marginales, de los *cinturones de miseria* que bordean a las metrópolis, es que no cabe **dentro** de la sociedad burguesa representación posible del proletariado como clase que pugna por subvertir su situación. Hasta la extrema izquierda de la academia burguesa, los Zizek, Balibar, Badiou, etc., han comprendido algo tan elemental (aunque por estar encerrados en esa academia les es imposible traducirlo en un programa real de emancipación que pueda ser ejecutado por las

masas) cuando hablan de "**los excluidos**" que no tienen un lugar fijo en la jerarquía social y por ello son "**los únicos**" que se encuentran capacitados para representar "**el Todo**" que se enfrenta radicalmente al conglomerado de intereses particulares que defiende ese orden establecido.

Y viene bien tener esto presente, pues es donde está la clave: **la esfera en la que el proletariado tiene que liquidar a su antagonista es la del Poder**. Si revisionistas y reformistas no son capaces de desenredar el nudo gordiano del conjunto social que oprime a la clase, es porque ese nudo es una totalidad, representa algo superior a todas las fibras que se entrecruzan en su composición y no puede ser liberado tratando cada uno de esos elementos de forma particular, sino planteando conscientemente una totalidad social radicalmente nueva, que extirpe de raíz las causas de toda opresión. Por esto el materialismo dialéctico de Marx da en la clave: porque para transformar toda la realidad se necesita a la vez comprenderla en su movimiento total, dejando de lado el empirismo y la superficialidad con que el revisionismo pretende comprender y modificar las particulares consecuencias de las relaciones sociales capitalistas. Así el proletariado, descubriendo todas las conexiones subterráneas de lo social, encuentra en el marxismo la cosmovisión revolucionaria de la sociedad, la posibilidad de su subjetivación revolucionaria, fusionándose así el objeto y sujeto revolucionario en aquello que Lenin definió como el movimiento político, *suma de organizaciones*, que debe ser el Partido Comunista.

El proletariado está obligado a construir su dictadura revolucionaria contra las relaciones sociales burguesas. Porque si el Estado burgués es la cristalización de todas las relaciones sociales que se dan bajo el capital, es la combinación acabada, pero siempre en movimiento, de las relaciones democráticas entre las privilegiadas clases dominantes y su consecuente forma dictatorial para con las dominadas; el Nuevo Poder supone la edificación de un cuerpo *estatal* sobre la base de la **praxis revolucionaria** del proletariado y en donde toda forma dictatorial o democrática de relación social que se genere no es más que temporal y transitoria históricamente. Estas cuestiones de principio se particularizan en la posibilidad real de imbricar estos estallidos sociales con el plan general de la Revolución Socialista. Las acciones de las masas en Clichy-

sous-Bois, en Husby, en Tottenham, en la Cañada de Hidum... que provocan la histeria de la burguesía y la indiferencia, cuando no la descarada hostilidad, entre los revisionistas, indican donde está el rico suelo en que prenderá la Guerra Popular durante el próximo ciclo revolucionario.



Con horror señalaban los *media* que para la última revuelta en Melilla, los jóvenes proletarios habían estado durante días haciendo acopio de material (neumáticos viejos, combustible, etc.) para levantar barricadas y enfrentarse a los servidores armados de las *res publica*. Los estallidos espontáneos de las masas profundas cuentan con un componente organizacional claro (que puede responder a mecanismos sociales ya existentes o que pueden ser generados puntualmente por las masas en la lucha por sus condiciones de subsistencia), en donde sectores de la juventud proletaria aprenden la táctica del enfrentamiento urbano de baja intensidad con las huestes del capital y donde se ponen en práctica auténticas acciones de embosque a la policía^[9], en las que incluso se llegan a generar temporalmente vacíos de poder (experiencia no equiparable a la Guerra Popular, pero que no obstante puede ser aprovechada en algún momento particular). No deja de ser sintomático que mientras acciones como la de Hidum se saldaron sin bajas para los proletarios, haciendo gala del buen manejo táctico del repliegue, las manifestaciones anti-recortes de las grandes urbes (Madrid, Barcelona, Valencia...) acaban en estampidas salpicadas con pequeños focos de resistencia en

los vomitorios de las avenidas principales, cuyo resultado es siempre el de decenas de detenidos.

Por supuesto no queremos ensalzar estos métodos de lucha callejera que se dan en Melilla, las *banlieues*, etc. ni equipararlos con **la Guerra Popular. Desde su inicio, en la defensiva militar estratégica iniciada inmediatamente después de la reconstitución del Partido Comunista, la Guerra Popular se caracteriza por ser instrumento partidario, lo que garantiza que la acción de las masas tiene por núcleo la ideología revolucionaria.** Las implicaciones de esta premisa nos llevan a un escenario que hay que matizar, pues lo que para la revolución es desechable en la fábrica también lo es en la calle: si el Partido Comunista (o en la etapa de reconstitución política, aunque medios y objetivos sean cualitativamente distintos entre esas dos etapas: en el proceso de reconstitución política la vanguardia ideológica establece sus puentes sociales con la *vanguardia práctica* para elevarla, pero aún no se han fusionado en movimiento que desarrolle praxis revolucionaria como Partido Comunista) no puede tomar el movimiento sindical/laboral tal y como está configurado, tampoco puede hacerlo con la estructura social preexistente en los suburbios proletarios. En otros espacios sociales la primera tarea de la vanguardia comunista será enfrentarse a las organizaciones reformistas para impedir al enemigo de clase su desarrollo y para conquistar el espacio político desde el que proyectarse a las masas. En estos barrios oprimidos donde hacinados y marginados se encuentran destacamentos enteros del ejército industrial de reserva, la tarea revolucionaria tendrá una centralidad idéntica, aunque con características propias: el movimiento político comunista tendrá la obligación de horadar el escabroso terreno, expulsando al enemigo de clase cuya forma atenderá a las particularidades que compongan el terreno social, que difícilmente estará “deshabitado” pues no existe espacio social aséptico y éstos estarán infestados (y organizados en torno a su funcionalidad de clase, esto es, estructurados en base a la estratificación social burguesa a la que sirvan) por todo tipo de mafias y movimientos reaccionarios, cuando no sean una mezcla explosiva de todo lo anterior. Esto es, **tampoco en estos barrios degradados, a despecho de su idealización anarquizante, cabe tomar el movimiento tal y como se da espontáneamente, sino que exige de los**

comunistas un trabajo revolucionario consciente previo, que desarticule y barra con esas mafias y movimientos reaccionarios y devuelva el lugar a sus moradores, organizándolos (lo que no es otra cosa que sentar las cimientos del Nuevo Poder) como condición de la verdadera proyección de las capacidades revolucionarias de ese rico suelo social del que hablamos. Como ya hemos señalado en otras ocasiones (y para enterrar esos *prejuicios* hegemónicos en el movimiento “comunista” que son una suerte de mezcla entre las teorías *tercermundistas* y la necedad inherente al representante medio de la aristocracia obrera), las zonas urbanas también permiten la implementación de movimientos políticos armados capaces de instaurar su propio poder. Llama la atención cómo los movimientos reaccionarios sí tienen en cuenta estas zonas oprimidas como base para infiltrar su política. Ejemplos del trabajo político de movimientos reaccionarios en estas áreas los tenemos desde el islamismo más extremo, que se torna en referente político entre algunos de estos sectores compuestos por proletarios de ascendencia musulmana; hasta el fascismo, que realiza labores asistencialistas para granjearse el apoyo de un sector desfavorecido del proletariado, caso de Grecia, cuya ascensión electoral entre la masa de los obreros griegos desempleados dobla la media de votos que percibe en términos generales.

El pulso de la vanguardia revolucionaria con este sector de la clase obrera que podemos encuadrar en la vanguardia práctica no puede concretarse de manera concisa en tanto responde a un problema táctico que requiere de unos dispositivos sociales nuevos y particulares de los que hoy la vanguardia no dispone. Pues su conquista para la revolución sólo puede ser el resultado de la previa reconstitución ideológica (situación por la que batallamos actualmente), momento en que la contradicción vanguardia/masas se desplace del seno de la vanguardia ideológica del proletariado (al lograr el ala revolucionaria, mediante balance y lucha de dos líneas, superar dialécticamente a su contrario), hacia esa vanguardia práctica cuya fusión con la vanguardia revolucionaria significará la resolución de la reconstitución política del comunismo.

Sin embargo, sí pueden adelantarse ciertos elementos, producto de lo que va aportando a la vanguardia el balance de la experiencia histórica (y que nos sitúan en un plano más elevado para abordar el próximo ciclo), pues las

leyes de la guerra, como algo social, están sujetas a la transformación provocada por la práctica de la lucha de clases y, en este sentido, son fundamentales los aportes que el maoísmo legó en el último período del Ciclo de Octubre. Además es perentorio tener clara la perspectiva de los hitos sobre los que va a marchar la revolución, pues el entrelazamiento entre unos y otros momentos (reconstitución ideológica y política; Guerra Popular y conquista del Poder; dictadura del proletariado y Revolución Cultural) del proceso general son parte integral de cada etapa, alimentan políticamente la forma orgánica que toma el movimiento revolucionario en cada fase y determinan, entre otras muchas cuestiones, la relación entre el trabajo legal y el que no lo es, el carácter de la propaganda, los distintos resortes sociales que puede utilizar la revolución en cada momento, etc.



En la Guerra Popular de los centros imperialistas, las zonas urbanas, es decir, donde se encuentran las masas proletarias, serán el principal centro de batalla, en donde el Partido Comunista habrá de crear mediante su acción los vacíos de poder donde se imposibilite a la burguesía ejercer su dictadura de clase, donde las acciones armadas serán dirigidas por el Partido en la perspectiva de conquistar bases de apoyo y construir comités populares para construir dictadura revolucionaria, esto es, los mecanismos sociales que aplican el programa de la Revolución, amplificando el radio de acción del movimiento político organizado, del partido de nuevo tipo dirigiendo la Guerra Popular, cerrando así **la ineluctable conexión de la ideología con los tres instrumentos de la Revolución: Partido, Ejército y Nuevo Poder.**

Y para llegar a esta situación objetiva, lo único que se puede hacer es, como señalamos, avanzar en la reconstitución comunista, creando el marco político y social,

cualitativamente superior, que permita vislumbrar a la vanguardia práctica proletaria e incorporarla organizadamente al proceso revolucionario, poniendo al elemento consciente como lo fundamental (pues la reconstitución no puede postrarse ante las dinámicas espontáneas que emanan del mercado capitalista), elevando a ese sector de vanguardia *en sí* de las masas, extirpando de su conciencia todo prejuicio burgués y toda metodología “rufianesca” o de “insurrecto errante” ajena al proletariado revolucionario (al igual que entre otros sectores de la vanguardia práctica, en ese mismo proceso de reconstitución partidaria, se habrá de actuar contra los prejuicios legalistas y parlamentaristas), convirtiendo al oprimido al que la sociedad burguesa rodea de miseria, a aquel que en palabras de Brecht *está llamado a ser un dirigente*, en cuadro del Partido Comunista y la Revolución, pues el suelo social revolucionario en que tanto insistimos no son los barrios y su organización dada, sino esas masas proletarias que el capital engendra constantemente y que están dispuestas a todo porque no tienen nada.

Por ello **la labor de reconstitución ideológica del comunismo** como etapa específica con la que hay que rearmar el proceso revolucionario, **sigue siendo el punto de partida de la revolución**, su fase *embrionaria*. Porque sólo con esta tarea práctica resuelta tendremos posibilidad de conectar a más sectores de nuestra clase como vanguardia comunista, de ofrecerles un horizonte colectivo, para hacer pasar, parafraseando al Lenin *iskrista* del *¿Qué hacer?*, a nuestro movimiento de la *infancia* a la *madurez* en la clara perspectiva de que el Partido Comunista tiene indefectiblemente la tarea de dirigir la guerra total contra el orden social existente.

Movimiento Anti-Imperialista Marzo 2014

Notas:

[1] La portavoz de la Plataforma de Afectados por las Hipotecas era clara al hablar de la labor de ésta como catalizadora del estado de ánimo de la población que: ***De hecho nosotros lo estamos conteniendo. A nuestras plataformas viene gente diciendo que va a poner una bomba, que***

le van a sacar de casa con los pies por delante, que me voy a matar. La gente no está loca, la Plataforma no sólo está conteniendo eso, sino que lo está canalizando de forma positiva".

<http://ecodiario.economista.es/sociedad/noticias/4788669/04/13/Ada-Colau-A-nuestras-plataformas-viene-gente-diciendo-que-va-a-poner-una-bomba.html>

[2] Los que el pasado enero paralizaron las obras del bulevar y su aparcamiento subterráneo en Gamonal, hicieron lo mismo en agosto de 2005 con un proyecto semejante. También hace nueve años los disturbios con la policía se iniciaron cuando los vecinos impidieron el inicio de las obras en el barrio.

[3] V.I. LENIN: *“Lecciones de la insurrección de Moscú”*, O.C., Akal t. XI, págs. 182-183.

[4] Hemos de insistir en que denominar “violencia” a los acontecimientos de Gamonal tan sólo es concebible por la correlación de fuerzas de clase existentes en el actual marco político, en que la burguesía impone cómodamente al proletariado, desprovisto de toda referencia política y que lleva décadas sufriendo la paz social, su concepción del mundo. Que recientemente se haya admitido una querrela contra dirigentes de la Izquierda Abertzale por “genocidio” es, seguramente, el penúltimo acto de esta espectacular farsa que es la era del imperialismo.

[5] Dice Red Roja en referencia a Gamonal: ***“Es la gota que colma el vaso cuando se acumula materia social altamente inflamable. Muchas grandes transformaciones históricas han seguido este mismo patrón; por ejemplo, la causa inmediata de la toma de la Bastilla fue la negativa a pagar impuestos de guerra para que la monarquía francesa continuase con sus campañas militares en los territorios del norte de América”***. (Red Roja, “Dos, tres, muchos Gamonal”)

[6] F.ENGELS, *“Del socialismo utópico al socialismo científico”*.

[7] En el comunicado del Comité Ejecutivo del PCPE “Gamonal, ejemplo de lucha popular” disponible en:

<http://www.pcpe.es/comunicados/item/3045-gamonal-ejemplo-de-lucha-popular.html>

[8] K. MARX, *“Tesis sobre Feuerbach”*

[9] En concreto se hace referencia a una de las prácticas utilizadas por las masas en estas zonas de hacinamiento de población. Tras llamar a los teléfonos estatales de emergencias, aparecen una o varias patrullas policiales en la zona de embosque, dentro de los barrios proletarios. Entonces los insurrectos pasan a la acción. Esto, por ejemplo, fue lo que ocurrió en 2006 en las periferias parisinas de La Courneuve y Orgemont à Epinay-sur-Seine. En ambos casos estas acciones se dieron en respuesta a la violencia policial.

INTERVENCIÓN DEL MAI EN LA CONFERENCIA DE MADRID

Desde el Movimiento Anti-Imperialista (MAI) enviamos un saludo fraternal a la Conferencia Internacional de Madrid, a sus organizadores, el Movimiento Popular Perú (MPP) y al Comité de reconstrucción del Partido Comunista de Ecuador, al Partido Comunista del Perú (PCP) y a los asistentes a la conferencia. Dada la agudización de la Lucha de Dos Líneas en el Movimiento Comunista Internacional (MCI), especialmente en el campo MLM, consideramos estas conferencias anuales una oportunidad para el posicionamiento y la clarificación ideológica de las organizaciones revolucionarias.

Por otra parte, el reagrupamiento de Partidos Comunistas y organizaciones revolucionarias desde la Lucha de Dos Líneas es especialmente importante para el avance de la revolución, tanto a nivel nacional como internacional. Por ello, el posicionamiento en torno a los puntos de debate propuestos es importante.

En primer lugar, nos reafirmamos en la oposición a las negociaciones y acuerdos de paz con estados reaccionarios. Los acuerdos de paz solo sirven para detener procesos revolucionarios garantizando la pervivencia del estado reaccionario y, por tanto, destruyendo toda perspectiva de triunfo del proletariado revolucionario. Así ha sucedido en Nepal, donde la república surgida tras la liquidación de la Guerra Popular (GP) sigue siendo un eslabón más de la cadena imperialista. Igualmente, los camaradas naxalitas se enfrentan a los cantos de sirena de las negociaciones que solo conducirían a la desaparición de la GP que desarrollan.

Precisamente, desde el MAI defendemos la universalidad de la GP en la medida que es la línea militar del proletariado. Mediante GP se fortalece la línea de masas del Partido Comunista (PC) y permite a las masas revolucionarias construir su dictadura de clase. Para ello es necesaria la construcción de un ejército popular revolucionario dirigido por el PC. La vinculación entre Partido, Ejército y Frente es una de las más importantes aportaciones del PCP a la ideología revolucionaria, la construcción concéntrica de las herramientas de la revolución no solo ordena coherentemente los medios y el objetivo inmediato de la revolución, la toma del poder, sino que construye al mismo tiempo el Estado-Comuna que permitirá el paso al Comunismo.

Para realizar todas sus importantes aportaciones y elevar el Pensamiento Mao Tse Tung a la categoría de Maoísmo, el PCP dirigido

por el presidente Gonzalo realizó un esfuerzo de síntesis de la experiencia china y de otros lugares. Este gran esfuerzo permitió la pervivencia de la línea revolucionaria en un momento en que la revolución china era liquidada y la Revolución Proletaria Mundial (RPM) empezaba a experimentar el reflujo del que todavía no se ha repuesto. La importancia de la obra del PCP va más allá, pues sin ella sería muy difícil la existencia de las GPs que hoy en día continúan. A pesar de todo ello, no fue suficiente para evitar el proceso de reflujo generalizado que indicábamos más arriba, si bien lo aplazó, hecho que no puede ser minimizado. A pesar de los esfuerzos de varios Partidos Comunistas que han conseguido poner en marcha GPs, la facilidad con que o bien han sido liquidadas o son incapaces de pasar de la fase de equilibrio estratégico nos lleva a pensar en limitaciones del maoísmo, que se ven reforzadas al comprobar la facilidad con que el revisionismo se ha emboscado en los ropajes maoístas y la fragmentación de este en una derecha, centro e izquierda cada vez más diferenciados. Todo esto hace inviable al maoísmo, tal y como existe hoy, como garantía revolucionaria frente al revisionismo. Ejemplos claros son la desviación del frente único y la dictadura conjunta, elementos fundamentales del maoísmo, hacia el cretinismo parlamentario por parte de organizaciones maoístas o la deriva oportunista del MRI. Por ello, saludamos especialmente el balance de aplicación del maoísmo que proponen los camaradas del MPP, pero lo consideramos insuficiente. Como venimos señalando desde hace años, el MAI cree imprescindible ir más allá, se impone la necesidad de un balance integral de todo el Ciclo de Octubre, porque creemos que los condicionantes históricos necesarios de la ideología revolucionaria son más profundos y que el maoísmo los hereda y desarrolla para bien y para mal.

En este sentido, aunque el MAI defiende un balance de la experiencia revolucionaria sin apriorismos y desde los principios revolucionarios, esto no significa hacer tabla rasa de todas las corrientes dentro del MCI, poniéndolas al mismo nivel e ignorando los aportes que cada una ha hecho a la revolución. Como ya hemos señalado más veces, el maoísmo representa el punto más alto que alcanzó la revolución en el siglo XX, la corriente que más lejos llegó en la praxis revolucionaria y por ello se debe prestar especial atención a toda su experiencia revolucionaria. Por ello, al hablar de la importancia del maoísmo, no

podemos dejar de señalar la ofensiva antimaoísta que se ha desatado, al menos en el Estado Español, por parte del revisionismo. Para nosotros, los ataques de la derecha del MCI al maoísmo son ataques de lo atrasado a lo avanzado que buscan encerrar la revolución en una mezcla de folclore y dogmatismo.

A pesar de todo esto, no podemos estar de acuerdo con el maoísmo como mando único y guía de la RPM, porque su fragmentación actual impide tomar el maoísmo como tal. Si bien consideramos que la izquierda maoísta recoge los principales aportes correctos del maoísmo. Por otra parte, ya hemos señalado nuestro desacuerdo con la tesis de la jefatura y la reconstitución de partidos militarizados. Sobre la primera, consideramos que sobrevalora la importancia del individuo en la historia frente a la lucha de clases. Si bien somos conscientes del papel de las personas concretas en el proceso revolucionario, de lo que se trata es de construir un núcleo cohesionado de jefes que luche por elevar hacia su posición a las masas, la existencia de un pensamiento guía creemos que dificulta la Lucha de Dos Líneas en el corazón del Partido al existir una persona garante de la línea revolucionaria. Sobre la reconstitución de partidos militarizados, creemos que lo coherente con el marxismo es que la militarización se lleve a cabo después de la

constitución del partido, asegurando así que sea la política la que dirige el fusil y evitando que el proceso de constitución (o reconstitución) descarri- le hacia el militarismo o el terrorismo, lo cual no supone que las problemáticas militares no sean tenidas en cuenta desde el principio porque el partido se construye para la GP.

Por lo que respecta a la responsabilidad de los comunistas frente a la creciente situación revolucionaria, la respuesta de las masas hondas está marcada por la discontinuidad entre su carácter espontáneo y desorganizado y la naturaleza de las tareas que enfrenta la vanguardia. La responsabilidad de la vanguardia pasa por crear un referente revolucionario independiente de las luchas espontáneas, que se dirija a la base social de estas luchas y las revolucione para generar Nuevo Poder. La labor inmediata de la vanguardia para la creación de dicho referente es el Balance del Ciclo de Octubre, la reconstitución ideológica cuyo fruto permitirá edificar dicho referente revolucionario entre las masas. Sin esta tarea, la situación objetiva puede seguir mejorando, pero la vanguardia seguirá siendo impotente. Esperamos que la presente conferencia permita avanzar a la línea revolucionaria dentro del MCI y a la reconstitución ideológica y política del comunismo.

Movimiento Anti-Imperialista Estado español, octubre de 2013



La guerra en Siria en el *impasse* de la Revolución Proletaria Mundial

Desde finales del pasado mes de agosto vienen batiendo por todo el mundo los tambores de guerra ante la perspectiva de una intervención militar imperialista abierta en Siria. Por supuesto, las razones no pueden ser más *elevadas* y *desinteresadas*: “la protección de la inerme población civil ante el uso de *armas de destrucción masiva* por parte de un despiadado dictador.” El hecho de que esta nueva profesión de fe humanitarista se produzca unos pocos días después de la masacre de miles de manifestantes en Egipto por parte del ejército golpista, carnicería tácitamente apoyada desde las cancillerías occidentales y tratada asépticamente y *sin maniqueísmos* por los *media* del “mundo libre”, auténtica policía de la conciencia, no hace sino añadirle un grado a la arcada que habitualmente provoca la hipocresía de los imperialistas.

Desgraciadamente, la retórica humanitarista, como pieza clave de la maquinaria ideológica imperialista, es lugar común de nuestra época, y es usada con profusión por todos los bandos en conflicto, desde la ya citada “indignación ante la brutalidad de los dictadores” a la “defensa del pueblo contra las atrocidades de terroristas extranjeros”, y tanto vale para justificar una posición política como la contraria, lo que no hace sino hablarnos de la identidad de clase esencial de esas políticas supuestamente antagónicas. Y es que ese discurso que nos apremia a la toma de posición, desde el sentimentalismo y una abstracta y bastante selectiva indignación moral, no es más que, si los revolucionarios nos sometemos a él, una forma de mantenernos eternamente a remolque de la coyuntura, siempre urgente, evitando la toma de perspectiva necesaria para acometer la transformación consciente, revolucionaria, de la misma.



Pero ateniéndonos a los hechos concretos, si es que estos importan algo para quienes tienen ya sus agendas predeterminadas, parece poco probable que haya sido el Ejército sirio el que esté detrás de ese supuesto ataque químico. Y es que, efectivamente, desde hace unos meses parece que la marea de la guerra se inclina a su favor. La toma del enclave estratégico de Qusayr el pasado junio, con

la inestimable ayuda militar de Hezbolá, reabría para al-Assad el eje de comunicaciones entre Damasco y la costa mediterránea, vital por ser el pivote que articula las zonas más pobladas y ricas del país. Si durante el agobiante verano de 2012, cuando parecía que el avance rebelde era imparable y sus acciones golpeaban la cúpula del aparato de Estado sirio, al-Assad no recurrió a este expediente, parece poco probable que se vaya a arriesgar a cruzar la “línea roja” marcada por la mayor potencia imperialista y militar del mundo, justo cuando las cosas parece que le son favorables. Si usáramos la lógica detectivesca de preguntar en primer lugar quién es el beneficiario de un crimen, sin duda, todos los cargos apuntarían en dirección a los rebeldes.

Sin embargo, como decimos, estas consideraciones son irrelevantes cuando lo que está en juego es el equilibrio de poder entre las potencias imperialistas. Y ése es precisamente el elemento fundamental y clave, del que el pueblo sirio está siendo carne de cañón. Conviene volver a apuntar, como ya hicimos en el caso libio, la necesidad de rechazar la propaganda de los bandos en lucha, constatando que, de nuevo, lo que se vive en Siria es una guerra civil: no se trata de “un dictador masacrando a su pueblo” ni de “la invasión terrorista extranjera financiada por el imperialismo”. Como ya decíamos entonces, evidentemente, el polo imperialista dominante, acaudillado por EE.UU. (pero en el que no se agota el concepto marxista de imperialismo, que incluye a los otros bloques, y, más allá, la forma en que se estructura la acumulación de capital a nivel mundial), ha tomado partido y está apoyando más o menos descaradamente al bando rebelde en esta contienda. La intervención, mayor o menor, de las potencias en los conflictos de los pueblos es la consecuencia de la articulación global de relaciones capitalistas y una constante que se repetirá mientras el imperialismo, como forma del capitalismo en su época de decadencia, perviva. Por cierto, la forma en que el imperialismo estadounidense ha estado interviniendo hasta ahora, principalmente a través de sus intermediarios musulmanes en la región, Arabia Saudí, Qatar y Turquía fundamentalmente, y las contradicciones entre ellos, son un buen mosaico de la maraña de intereses, regionales y locales, que hacen posible la dominación de tal o cual poder imperial en un lugar determinado. Las bruscas oscilaciones de los que hasta ayer eran “ejemplares luchadores anti-imperialistas”, como Hamás, que, con el recrudecimiento de la guerra civil siria, trasladó su oficina internacional de Damasco a Qatar, ya nos indican que quienes sólo quieren ver la acción de “yihadistas extranjeros a sueldo de la CIA”, independientes de las dinámicas sociopolíticas de la región, lo hacen a costa de sacrificar el marxismo como herramienta de análisis.

Un breve inciso para abundar algo en esta cuestión. Y es que esa visión de la *Yihad* o de al-Qaeda como elementos puramente externos a las vicisitudes de los pueblos

musulmanes repite, adaptada a las nuevas circunstancias históricas, la vieja cantinela reaccionaria de “los pueblos soliviantados por agentes de Moscú”. Evidentemente, lo que se ha venido a englobar bajo la etiqueta de salafismo o yihadismo representa un programa esencialmente reaccionario que bajo la excusa de lucha contra el imperio representa su fiel reverso, y que calza como un guante con el programa imperialista de “paz entre clases y guerra entre pueblos” que representa esa pseudo-teoría del “choque de civilizaciones”, esto es, un programa de guerra eterna, constante e irreconciliable, a través de la cual pueda ser reproducido *ad infinitum* el imperialismo sin cuestionar sus premisas básicas. En ese sentido al yihadismo hay que combatirlo como parte de la lucha contra el imperialismo. No obstante, ello no es óbice para comprender que el auge del islamismo político, en cualquiera de sus versiones, sunní o chií, obedece a acontecimientos de hondo calado histórico que se imbrican con las dinámicas internas de los pueblos de tradición islámica. Y es que el fin del Ciclo de Octubre, como derrota temporal, pero de amplia profundidad, del comunismo como programa de emancipación universal, por encima de las diferencias culturales y civilizatorias entre los pueblos, vino a coincidir históricamente en el mundo musulmán con dos acontecimientos claves: la llamada *revolución de los ayatolás* en Irán y la derrota soviética en Afganistán. Estos hechos tuvieron una indudable repercusión entre las masas árabes y musulmanas, que les permitió postularse como alternativas de *resistencia*, justo cuando el programa del nacionalismo árabe y las distintas versiones oportunistas de los *socialismos nacionales* habían mostrado su escaso recorrido y se habían desprestigiado bajo el peso de la corrupción y la connivencia con el imperialismo. Como decimos, estas *alternativas* no son otra cosa que un callejón sin salida para los pueblos y los oprimidos de esa parte del mundo, pero, por ello, expresan en sus circunstancias una problemática de calado universal, que es la que enfrenta el proletariado internacional y los pueblos del mundo en este interregno entre Ciclos revolucionarios: la de la ausencia de un horizonte plausible de emancipación universal. Esta ausencia no ha suspendido las acuciantes necesidades de los pueblos y las contradicciones en las que se hallan enmarañados, por lo que es lógico que ante esta orfandad encuentren en el baúl de la historia raídos ropajes redivivos desde los que dar continuidad al movimiento de su reproducción.

En este sentido, es preciso comprender la llamada *primavera árabe* como revuelta regional cuyo motor principal obedece fundamentalmente a causas internas, cuyo origen está en las contradicciones de clase de los propios pueblos afectados, y que, sólo a través de ellas, permite la intervención de los poderes imperialistas. Probablemente, si hiciéramos un análisis en el largo tiempo histórico de las formaciones sociales de estos pueblos, encontraríamos muchas similitudes esenciales, más allá de las diferencias y escalas de grado y forma inherentes a la complejidad social. El hecho de que durante largos

periodos históricos esta región, que abarca del Magreb a Anatolia y el Golfo Pérsico, haya estado englobada en estructuras políticas unitarias, del Califato Omeya al Imperio Otomano, y se haya visto sometido de forma similar al colonialismo y a la dependencia imperialista, apunta en la misma dirección. Es por ello que la inmolación de un joven vendedor tunecino pudo servir de chispa a unas convulsiones que alcanzaron Bahrein, miles de kilómetros al este. Por todo ello, insistimos, la aceptación acrítica de la versión gubernamental de que todo es producto de factores externos, de la infiltración de elementos a sueldo de los aparatos de inteligencia de las potencias occidentales, es profundamente contraria a las exigencias marxistas (y, por tanto, estéril de cara a la reconstitución comunista), más allá del hecho indudable de que esta actuación de los poderes imperiales, en perfecta coherencia con su naturaleza, esté teniendo lugar.



Lo que sí es cierto es que el cómo hayan devenido estas revueltas, cuya génesis era esencialmente interna, en medio de la ausencia generalizada de referente revolucionario, sí tiene mucho que ver con la pugna mundial y las maniobras de las potencias. De hecho, en los únicos lugares en que han resultado en una guerra civil prolongada, Libia y Siria, coinciden con dos países que durante la Guerra Fría se mantuvieron cobijados bajo las alas de la potencia perdedora, el social-imperialismo soviético, y que, por lo mismo, eran más independientes del imperialismo vencedor de esa pugna. Ello nos indica que éste, en su afán de monitorizar las revueltas hacia un lugar acorde a sus intereses, en estos países ha tenido que presionar para partir, dividir, el aparato del Estado, mientras que en el resto, de Túnez al Golfo Pérsico, pasando por Egipto, ha podido tutelar *transiciones* políticas apoyándose en los elementos medulares del Estado, o, directamente, respaldando a sus clientes en el aplastamiento de la revuelta. No obstante, el que haya podido encontrar elementos que se presten a su juego, tanto en Libia como en Siria, con la desertión de altos cargos y contingentes del ejército, nos habla de esas causas internas primordiales sobre las que venimos insistiendo. Creemos que esta perspectiva encaja mucho mejor con el principio materialista dialéctico que reza que, en el desarrollo de la materia, los elementos externos actúan a través de los internos.

Decíamos que Libia y Siria eran más independientes de la potencia imperialista vencedora de la Guerra Fría, lo que no quiere decir, ni mucho menos, que fueran independientes del imperialismo en general. Con el derrumbamiento del bloque soviético, a los países integrantes supervivientes les tocó vivir un *periodo especial* generalizado durante la década de 1990. Sin embargo, en los primeros años de la nueva centuria trataron, en general, de adaptarse a los tiempos: son años de privatizaciones y de apertura al capital foráneo. Por ejemplo, en Libia, entre 2003 y 2010, la inversión extranjera directa se multiplicó por más de cuatro, y en Siria pasó del 0'52% del PIB en 2001 al 4'76 en 2009. Es muy probable que el debilitamiento del capitalismo de Estado con las políticas liberalizadoras y el aumento del flujo del capital internacional debilitaran y socavaran las bases de la burguesía burocrática que había configurado su poder bajo el patronazgo de los revisionistas soviéticos y a su imitación, dando alas a otra fracción de la clase dominante, lo que, junto al empobrecimiento de las masas y el aumento de la carestía (parece que el aumento de precios durante la pasada década es generalizado en la región), sentaron las bases para la explosión de 2011. Identificar esta burguesía burocrática con una supuesta “burguesía nacional anti-imperialista” nos parece, cuanto menos, dudoso, vista su subordinación al imperialismo ruso; dudas que se acrecientan al echar un vistazo a la historia de estos países y constatar, por ejemplo, la injerencia siria de 1976 en la guerra civil libanesa, realizada con el beneplácito de Israel y EE.UU., y dirigida precisamente contra sectores izquierdistas y los combatientes palestinos.

En cualquier caso, trazar un esquema de alianzas apriorístico, entre un proletariado revolucionario aún no constituido y esa “burguesía nacional” siria, identificada con el Estado baazista, nos parece inadecuado, no sólo por las dudas expuestas hasta ahora, sino también por la cuestión necesaria, que nos introduce de lleno en la problemática del Balance del Ciclo de Octubre, de evaluar la aplicación histórica de la política de frente con esa fracción de la burguesía en los países oprimidos formulada por el Movimiento Comunista Internacional (MCI) en un contexto histórico muy concreto. Además, este esquema ignora inevitablemente los realineamientos de los equilibrios de clase que a buen seguro se producirían en el caso de que el proletariado fuera un sujeto político independiente con capacidad de actuación efectiva, estableciendo un esquema prefijado, teleológico, de desarrollo histórico, que se acerca más a la teoría de las fuerzas productivas y de *inevitabilidad del socialismo* que a una comprensión dialéctica de la lucha de clases. Por último, no está de más señalar que es precisamente el revisionismo existente, de matriz pro-soviética fundamentalmente, tanto en Siria, con su participación en el Gobierno, como a nivel internacional, el principal valedor de este discurso. El hecho de que el primer obstáculo para la reconstitución del comunismo sea el que con más ahínco defiende esta postura nos debería, cuanto

menos, invitar a la cautela.

Desde nuestro punto de vista, y sin negar la posibilidad y necesidad de que el proletariado, una vez se haya constituido como sujeto político, establezca alianzas con otras clases cuando sean oportunas, creemos que la única línea posible en este momento pasa por insistir en la necesidad de la independencia ideológica y política proletaria como premisa de cualquier otra maniobra política. Si hay algo seguro es que el proletariado sirio, al igual que en la mayor parte del mundo, debe acometer la reconstitución de su Partido Comunista, aunque en sus circunstancias debe afrontar esta tarea, hercúlea de por sí, en el contexto de una guerra civil con la injerencia de las potencias, marco que no hace sino añadir nuevas dificultades. Por supuesto, en estos casos, se debe huir de toda rigidez dogmática. Aunque la fase de reconstitución del Partido Comunista es la fase de la revolución donde lo ideológico-político ocupa no sólo el eje, sino el terreno principal de la acción de clase, en el contexto de una guerra civil en marcha, el proceso de reconstitución deberá afrontar desde el principio, en el terreno práctico inmediato, la problemática militar, tanto para la autodefensa de la vanguardia, como para facilitar el tejido de vínculos entre la vanguardia y con las masas, lo que puede exigir acciones armadas más o menos puntuales o sistemáticas.



Si hay algún espejo donde podamos mirarnos en el caso sirio, éste es, salvando todas las distancias, tanto del carácter de clase y de los objetivos perseguidos, como del contexto social, el caso kurdo. Y es que, efectivamente, hasta el momento, la sección siria del movimiento nacional kurdo, representando sólo a un 12% de la población, ha conseguido navegar admirablemente en el tormentoso mar de la guerra civil, aprovechando las contradicciones entre los bandos en lucha y dentro de los mismos, para avanzar firmemente hacia la consecución de sus objetivos específicos, independientes de los de las otras clases en pugna. Enfrentándose, ora al ejército, ora a los rebeldes, ha arrancado a al-Assad el reconocimiento formal de una autonomía kurda en el norte del país, estableciendo *de facto* un Estado donde son sus órganos de gobierno, sus milicias y sus tribunales los que controlan la situación y gestionan el poder.

Por otro lado, la inexistencia de un movimiento revolucionario internacional cohesionado y organizado debilita de forma decisiva la capacidad de la solidaridad

popular internacional para frenar la maquinaria del imperialismo. Ello no es óbice para que el deber de la vanguardia sea intentar atizar esta solidaridad con la autodeterminación del pueblo sirio y su derecho a decidir sus destinos sin la injerencia de poderes extranjeros. En esta tarea, el proletariado occidental, incluido su destacamento español, tiene una especial responsabilidad, por ser “sus” estados los que se aprestan a poner en marcha la agresión militar abierta. No obstante, por esa enorme debilidad del movimiento comunista de la que hablamos, lo que se juega primordialmente y a corto plazo en los posicionamientos de los diversos destacamentos comunistas no es una influencia práctica inmediata en el escenario geopolítico mundial, sino su propio futuro como alternativa global al sistema imperialista en todas sus manifestaciones, es decir, su reconstitución. Es por ello que entendemos que el posicionamiento en este asunto concreto de los destacamentos más avanzados de la vanguardia comunista no puede abstraerse, desligarse, de la lucha de dos líneas contra el revisionismo (de ahí que hayamos hecho notar la postura mayoritaria de éste), y deben incidir especialmente en la necesidad de independencia de un proletariado no constituido como sujeto a nivel internacional ni nacional, vigilando particularmente el peligro de disolución de su especificidad potencial en alguno de los bandos en lucha (lo que también, por supuesto, incluye el apoyo de algunos destacamentos, aunque minoritarios en el ámbito autodenominado marxista-leninista –por lo que hemos insistido menos en ello-, al bando rebelde sirio). Como decíamos respecto a Libia, esta posición entendemos que es la que mejor garantiza que la impotencia actual del proletariado revolucionario ante este tipo de escenarios no se vaya a reproducir indefinidamente, corriendo continuamente tras la coyuntura y confundándose siempre con el “menos malo”, postura que no hace sino apuntalar el mal en su conjunto.

En definitiva, como se habrá podido apreciar en la

lectura de este documento, hemos sido conscientemente poco taxativos en el posicionamiento, limitándonos a plantear dudas razonables ante algunos de los principales argumentos que se han podido escuchar entre los destacamentos de vanguardia. Sólo somos tajantes en dos aspectos ineludibles: la necesidad de independencia del proletariado en sus tareas específicas de reconstitución, en un contexto que no es asimilable a ninguno de los que propició ciertas formulaciones del MCI durante el Ciclo de Octubre, y el deber internacionalista imperativo de combatir la injerencia y agresión de “nuestros” imperialistas.

Finalmente, y puestos a recordar las experiencias históricas de nuestra clase, nos gustaría rememorar una página olvidada del movimiento revolucionario, que se refiere precisamente a los prolegómenos del Ciclo, antes de que la Revolución de Octubre determinara el carácter de todo un siglo. Se trata de la posición de los diputados socialdemócratas serbios Liapchevich y Katzlerovich, que durante aquel, fatídico para la clase obrera, verano de 1914 se negaron a votar los créditos de guerra en su parlamento, actitud aplaudida por toda la debilitada y desmoralizada ala izquierda de la Internacional, incluido el partido bolchevique. Nótese que se trataba de revolucionarios miembros de una nación secundaria, dependiente de un bloque imperialista, el franco-ruso, y agredida directamente por una gran potencia, el Imperio austro-húngaro, detrás de la cual se encontraban todas las fuerzas del poderoso imperialismo germánico. Hechos como éste son los que permitieron la rehabilitación moral del proletariado revolucionario internacional, momentáneamente paralizado y desarticulado por la traición oportunista y su histórico griterío por la “defensa nacional”, atesorando un capital ideológico-político que poco después permitiría la reconstitución de una Internacional auténticamente revolucionaria.

*Movimiento Anti-Imperialista
Septiembre de 2013*



CRIMEN EN EL EXPRESO DEL CAPITALISMO ESPAÑOL

La actividad de la burguesía tras la tragedia ferroviaria en Angrois es la propia de una sociedad que hace demasiado que no puede ofrecer nada más que sacrificios al altar de su propio desarrollo y sostén. La muerte, cuando aparece en la escena pública oficial, sirve a la clase dominante de elemento agregador en torno a su proyecto vital arrastrando hacia el mismo común denominador del pésame y la consternación a todas las clases sociales. Como si la muerte pudiese ser en alguna ocasión un acto apolítico, una circunstancia fortuita en cuyas causas no mediasen las contradicciones que rigen a toda sociedad de clases y por el contrario, estuviesen determinadas por algún demiurgo ajeno a lo social, sea la diosa Fortuna o el libre albedrío.

Así, ante los proletarios, desprovistos de nuestro movimiento político independiente, se nos presenta la ciudadana tarea de replegarnos en silencio en torno a las instituciones y las empresas concesionarias. Todo sea por las víctimas, nos dicen los criminales.

El perfil criminal del capitalismo monopolista

Las doctrinas burguesas, tanto de la ciencia natural como de la social, constriñen los complejos procesos materiales y los cambios cualitativos que permiten su movimiento y transformación en una simple sucesión de actos aislados. De esta suerte que los focos del espectáculo se centren en la personalidad del maquinista, en sus amigos y compañeros, en la posibilidad de que tuviese una conducta punitiva desde el punto de vista de la moral dominante. Tratan de dibujar el perfil de un individuo, cuando de lo que se trata es de dibujar el perfil del sistema, la interrelación contradictoria entre el conjunto de intereses que se integran en un mismo y único proceso que va desde la apuesta de una parte de la burguesía española por la alta velocidad hasta la inauguración electoral de uno u otro tramo de ferrocarril.

Como se sabe, por el torrente de información que hemos recibido estos días, el recorrido de la línea Madrid-Ferrol (como, en general, el sistema ferroviario español), está salpicado de tramos de alta velocidad y línea convencional. Vías distintas recorridas por un mismo tren y que, técnicamente, requieren una seguridad distinta (el ERTMS de alta velocidad, que posibilita el frenado automático del tren[1]; y el ASFA Digital, de línea convencional, que requiere de la acción manual), pero que coexisten pacíficamente.

La encargada de garantizar la implantación del sistema de seguridad ERTMS, que no es obligatorio para las líneas convencionales aunque las transiten trenes de alta velocidad, es la Agencia Ferroviaria Europea (AFE)[2]. Es decir, los criterios de aplicación del mismo, la "necesidad objetiva" de que este o aquel sistema opere o no en las vías convencionales

no es más que un acuerdo subjetivo entre los distintos actores que tienen intereses económicos y disponen de capacidad política para imponer su criterio al participar en el desarrollo del transporte ferroviario en Europa.

Las relaciones democráticas en el seno de la clase dominante se dirimen bajo forma parlamentaria. El cuerpo de la alianza interimperialista europea está repleto de "pequeños" espacios en los que cada sección nacional de la burguesía de la UE enfrenta sus intereses al resto. El órgano político para los ferrocarriles, la AFE, está formado por un Consejo de Administración en el cual, amén de un representante de cada Estado, hay varios representantes de la Comisión, de las empresas ferroviarias, de las administradoras de infraestructuras, de la industria ferroviaria, de los sindicatos y de asociaciones de consumidores. Es decir, el esquema democrático parlamentario de la actual correlación de fuerzas en Europa occidental: burguesía monopolista con la complementación, cada vez más testimonial, de aristocracia obrera y pequeña burguesía. En definitiva, los dueños de los medios de producción decidiendo cómo se coordinan para maximizar beneficios.



Si nos centramos en el Estado español estos intereses de clase se concretan en los organismos que gestionan y administran la dictadura del capital (en este caso, la Xunta, el Gobierno Central, Adif, Renfe); los monopolios privados de infraestructuras (ACS, Abertis, OHL, etc.); y los que fabrican los distintos elementos del transporte ferroviario, locomotoras, elementos de telecomunicaciones y señalización, incluidas las famosas balizas de seguridad (ALSTOM, CAF, Talgo, Siemens, etc.). Son todas estas fuerzas las que, principalmente, gestionan y dirimen democráticamente sobre cómo y cuándo se construye una línea ferroviaria, cuál será su base técnica y desde qué instancia jurídica se velará porque los intereses de todos ellos se preservan.

El presidente de Adif, empresa estatal de la que dependen las líneas, es Gonzalo Ferre Moltó. Antes también mandó en diversas instituciones. Pero Ferre Moltó no se queda ahí. Es el prohombre multifacético de nuestro tiempo y siguiendo la histórica estela emprendedora de la marca España, antes de acusar al maquinista como causante único de la tragedia ferroviaria, estuvo haciendo las Américas, siendo director general de autopistas en Sudamérica para el grupo Abertis. Don Gonzalo también ha volado alto

con Itínere y Sacyr-Vallehermoso[3]. Estamos, pues, ante el perfil de un hombre muy bien relacionado, a través del cual se complementan, como las piezas de un puzzle, todos los estertores del capitalismo español[4]: La banca y la construcción, los organismos estatales que sacan a concurso contratos millonarios y los consorcios monopolísticos que acceden a los mismos.

La ligazón entre la democracia parlamentaria y el capital financiero está determinada por el propio desarrollo de las relaciones capitalistas, las cuales lo atraviesan todo. En la fase imperialista del capitalismo queda, aún más claro que en la etapa previa, que los individuos no son más que la personificación de categorías económicas, portadores de unas relaciones de clase y, por tanto, que están ligados a determinados intereses de clase.

No hay que olvidar además el carácter protagónico que el capital financiero ligado a las infraestructuras y el transporte tiene en el Estado español. Nos lo recordó la prensa y más de un cargo electo al advertir que resolver la causa del accidente en suelo galego no tenía nada de jurídico, sino de económico pues la burguesía española acude en todo el planeta a licitaciones sobre infraestructuras multimillonarias[5] que podrían peligrar (caso del contrato del TAV de Río de Janeiro, al que finalmente Renfe no ha podido acudir) si se relacionaba a los muertos de Santiago con las multinacionales españolas.

Para la marca España la seguridad ferroviaria es una característica de mercado que sirve para hacer atractivo su producto, de modo que la prestación de la seguridad no responde a esos elementos técnicos sino al acuerdo de mínimos del que se dotan las distintas facciones del capital monopolista en cada operación mercantil. Así, las muertes son asumibles en tanto el producto no se resiente en el mercado, pero merecen toda la atención si el capital no es capaz de absorber la sangre que engrasa su funcionamiento. Tal es así que la burguesía logra pasar por naturales o por accidentales las miles de muertes que cada año se producen en las carreteras. Como si la red de transporte por carretera, basada en que pequeños amasijos de hierro circulen anárquicamente de un lado para otro, no formase parte de un plan político, no fuese el resultado directo de la vertebración de las relaciones capitalistas de producción.

Y lo mismo si los muertos son en una fábrica de Bangladesh. La posición que ocupa el proletariado de las naciones oprimidas en la división internacional del trabajo, no hace temblar el pulso de los mercados internacionales y la seguridad laboral no se necesita allí como un reclamo publicitario. Si a ello añadimos la correlación de fuerzas entre la burguesía y el proletariado, a nivel internacional, el desfavorable estado de la lucha de clases incluso convierte a nuestros hermanos de clase mutilados y asesinados en el altar de la tasa de ganancia en protagonistas de alguna sesuda campaña de responsabilidad social corporativa, en la que Inditex o El Corte Inglés, en colaboración con Unicef[6], podrán añadir unos euros

al precio de su mercancía; resultando así que bajo el imperialismo la fuerza de trabajo ha adquirido la inusitada habilidad de transferir valor con su uso ¡hasta después de muerta y enterrada!



Un asunto entre capital y trabajo

Entre las toneladas de hierro desfiguradas por el brutal impacto todavía los peritos de las aseguradoras, junto a policías y periodistas, se enfrentan por robar protagonismo al fiscal y al ministro de interior, buscando el último detalle que lleve a la crucifixión al maquinista y exonere al sacrosanto sistema ferroviario de alta velocidad español. Para los representantes de la burguesía el litigio para determinar la causalidad del descarrilamiento está entre "factor humano" y "factor tecnológico", de tal modo que al no accionar el freno de la máquina, el asalariado, es considerado un homicida.

Al situar al maquinista frente a la máquina, la burguesía aísla a uno de los últimos eslabones del conjunto de las relaciones sociales objetivas que se suceden en el proceso productivo capitalista mucho antes de que el conductor se suba al tren.

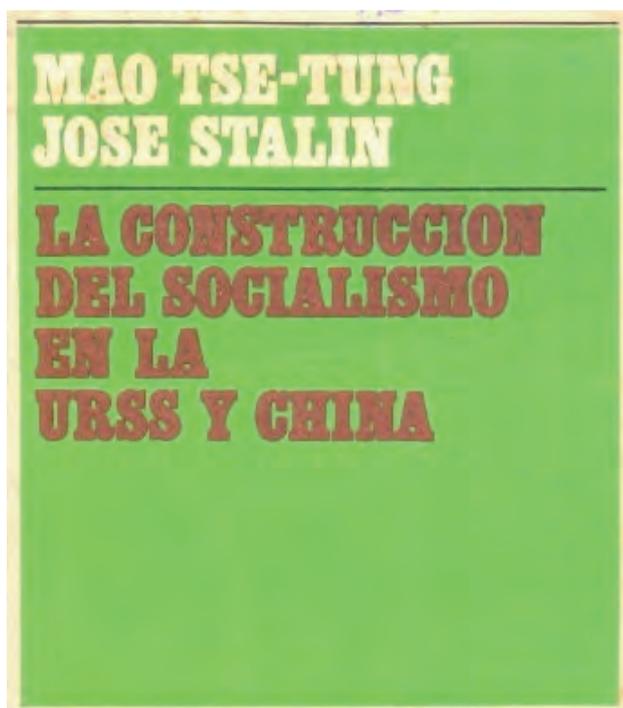
De un plumazo la falsa dicotomía entre hombre y máquina derriba el jeroglífico social que permite que el maquinista traduzca su fuerza de trabajo en mercancía, en trabajo útil socialmente para el entramado productivo capitalista que, en esta ocasión, tomaba la forma acabada de un viaje ferroviario entre Madrid y Ferrol. Para el cual incluso hasta en el último momento es necesaria la concatenación de una multifacética fuerza de trabajo que se interconecta para que en un solo impulso el conductor se torne en protagonista final de la función.

Pero hay que retrotraerse aún más en las relaciones que se establecen bajo el modo de producción capitalista para dar a la situación la proyección que merece.

Si asumiésemos el dogma burgués por el cual la complejidad de la producción se reduce al fallo de un obrero, no sólo estaríamos formando parte del juego de los robinsonianos de nuestra época (que en el Estado español, cosas del desigual desarrollo del capitalismo, encuentran su representación en los sucesores democráticos de aquellos que ganaron una

guerra civil al grito de muera la inteligencia) sino que estaríamos enterrando todas las enseñanzas que nos brinda el desarrollo histórico de la lucha de clases y de la conformación misma del proletariado como clase social.

Precisamente es en la primigenia fase de constitución del proletariado como clase en sí cuando el proletariado ya se va a enfrentar, inconscientemente, al problema de su posición con respecto a los medios de producción. La clase obrera en formación verá a inicios del siglo XIX, cuando apenas ha acumulado experiencia política en su lucha contra el burgués, a su enemigo en el rey de vapor. La introducción de maquinaria moderna en la producción capitalista desplaza a la joven clase de los asalariados, que ve descender sus condiciones de vida[7]. El movimiento espontáneo que surge en este tramo de la historia será en buena parte infructuoso, pero la gesta de los hijos del Capitán Ludd, cuyos métodos de resistencia se extenderían allí donde se iban imponiendo las nuevas relaciones de producción, fue necesaria para que la clase obrera en formación probase que no eran los medios de producción los que lo subyugaban sino la clase propietaria de los mismos, la burguesía.



Claro está que la temprana resolución (como decimos, espontánea, inconsciente) de esta disyuntiva por parte del proletariado no implica que desaparezca de una vez y para siempre, sino que, en tanto que la observación de la relación entre el hombre y sus medios de vida se hace bajo la tutela de las condiciones materiales y prácticas de la sociedad

burguesa, ésta se transfiere al terreno ideológico de la lucha de clases presentándose a lo largo de toda la historia del movimiento revolucionario, bajo distintas máscaras, como lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia proletaria: Entre quienes, con el comunismo revolucionario, defienden el carácter central que ocupa el sujeto consciente, es decir, la clase constituida en partido de nuevo tipo como único motor posible de todo el proceso revolucionario, también cuando ya se ha conquistado el Poder; y quienes, envueltos y amparados en las dinámicas de la sociedad de clases, entronan a las fuerzas productivas y su natural y espontáneo desarrollo como liberador último de la humanidad.

Sentencias antagónicas dictadas de antemano

De vuelta a la curva de A Grandeira, donde las plañideras a sueldo de la burguesía enmarañan la realidad, la relación entre hombre y tecnología es ya una relación entre los dueños de los medios de producción y los que carecen de los mismos. Una relación antagónica entre capital y trabajo, entre burguesía y proletariado. El maquinista, como tal, no es un hombre abstracto que se enfrenta a una fuerza tecnológica desconocida, sino un asalariado explotado dispuesto en el engranaje del sistema como forma de capital variable y que junto al capital constante, actúa dentro de los parámetros señalados palmo a palmo por los intereses de la clase capitalista.

Sin embargo, la burguesía ya ha dictado sentencia para el trabajador poniendo en tensión a toda su división de poderes. Con la misma ligereza que los voceros de la patronal identifican la muerte en el puesto de trabajo de un proletario con el descuido, el alcohol o, a lo sumo, la responsabilidad compartida, las ruedas de prensa y comparecencias parlamentarias han juzgado ya en público al asalariado reduciendo las 79 muertes al despropósito laboral de un asalariado.

Pero frente a esta caduca concepción de la justicia se alza sincera y justa la sentencia histórica que el proletariado revolucionario ha dictado ya contra la burguesía y todo su entramado de relaciones sociales. Una sentencia que, sin embargo, necesitará de la reconstitución de los instrumentos revolucionarios del proletariado, desde la ideología y el Partido, al Ejército Popular y las Bases de Apoyo del Nuevo Poder, encargado de enviar a la burguesía, como la mayor criminal encarnación de la explotación del hombre por el hombre, al basurero de la historia, al grito de ¡Guerra Popular hasta el Comunismo!

Movimiento Anti-Imperialista
Agosto 2013

Notas:

[1] JOSÉ MANUEL MERA, CARLOS VERA. "Introducción al ERTMS/ECTS" ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE INGENIEROS INDUSTRIALES, MADRID, MARZO 2003.

[2] La AFE es encargada de velar por la puesta en marcha del ERTMS en los distintos países. Fue la Comisión Europea la que fijó dicho mecanismo interestatal en acuerdo con las distintas patronales del sector: la Comunidad de Ferrocarriles Europeos y Compañías de Infraestructura (CER), la Asociación de la Industria Ferroviaria Europea (Unife), la Unión Internacional de Propietarios de Vagones (UIP) y la Asociación de Administradores Ferroviarios Europeos (EIM). "Comunicado de la Comisión al Parlamento Europeo y al Consejo sobre el despliegue del sistema europeo de señalización ferroviaria ERTMS/ETCS" BRUSELAS, 04/07/2005 <http://eur-lex.europa.eu/LexUri-Serv/LexUri-Serv.do?uri=COM:2005:0298:FIN:ES:PDF>

[3] Abertis es uno de los grandes monopolios del Estado español que cuenta entre sus principales accionistas con OHL (propiedad de Villar Mir, conocido de Bárcenas) o La Caixa (que controla el 13% de Repsol, el 36% de Gas Natural, etc.). Por su lado Itinere y el grupo Sacyr tienen detrás a una ingente cantidad de especuladores, entre los primeros lo que hoy es Novagalicia Banco, pendiente de subasta en el trastero del FROB y pendiente de miles de causas judiciales reunidas en el tocomocho de las preferentes.

[4] Podríamos decir lo mismo de Marcel Verslype, director de la AFE, que previamente dirigió la SNBC/NMBS (Sociedad Nacional de Ferrocarriles Belgas), antiguo monopolio

estatal, ya privatizado, que a su vez integra el consorcio belga "Bemoex" formado por 22 empresas del sector ferroviario para la exportación.

[5] El TAV entre Medina y la Meca, cuya contratación asciende a más de seis mil millones de euros, será construido por un consorcio español comandado por ACS y OHL; OHL también participa, por casi mil millones, en la construcción del túnel subterráneo en el estrecho del Bósforo; El TAV entre Estambul y Ankara cuenta con la tecnología de CAF; Otro consorcio monopolista español, liderado por SACYR, será el que remodele el Canal de Panamá por el módico precio de 2.250 millones; etc.

[6] La emprendedora Rosalía Mera, ex mujer de Amancio Ortega, colabora con Unicef y es una abnegada y comprometida ciudadana. A la par es propietaria del 6% de la textil Inditex (Beneficio neto en 2012: 2.360 millones €). En la fábrica de una filial de Inditex en Bangladesh morían, sólo en noviembre de 2012, más de cien trabajadoras en medio de las llamas. En el derrumbe de un edificio repleto de fábricas (filiales del grupo irlandés Primark o de las españolas El Corte Inglés y Mango) en mayo de 2013, murieron otros mil proletarios, también en Bangladesh.

[7] "Como cualquier desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, debe abaratar [el desarrollo de la maquinaria] las mercancías y reducir la parte de jornada laboral que el obrero necesita para sí, a fin de prolongar la otra parte en que trabaja gratuitamente para el capitalista. Es un medio para la producción de plusvalía" K. MARX. EL CAPITAL, AKAL, 1976. LIBRO I, TOMO II, Pg. 79. El paréntesis y la negrita son nuestras. N. de la R.



Crisis y reconstitución comunista (1º Mayo 13)

Nos acercamos al sexto año de crisis económica y ¿qué puede esperar la clase obrera? Solo dos cosas: o bien que la recesión se alargue toda una década y más allá, o que lentamente comience el tan ansiado crecimiento económico, que solo significará consolidar peores condiciones de trabajo. Efectivamente, como recientemente afirmaba José Carlos Francisco, presidente de la CEOE de Tenerife, "Gracias a la crisis trabajamos más por el mismo precio".

Es de agradecer que la burguesía de deshaga de vez en cuando de eufemismos como democracia, flexibilidad laboral, voluntad de acuerdos y hablen claro: Estamos ganando en la lucha de clases.

Después de que nuestra clase se lanzara al mayor intento de emancipación de la humanidad que fue el Ciclo de Octubre, la derrota temporal deja expedito el campo para la actual orgía neoliberal: la vieja clase reaccionaria está de vuelta tras sacarle brillo a su rancia ideología: esfuerzo personal, sobriedad, mano dura, nosotros somos los creadores de riqueza... Toda esta ponzoña campa a sus anchas, a pesar de hundir al mundo en más miseria día a día.

¿Dónde deja todo esto a los comunistas? La derrota histórica debería aprovecharse como fuente de enseñanzas, porque los ejércitos derrotados aprenden mejor; desgraciadamente, el revisionismo, hegemónico en el Movimiento Comunista Internacional (MCI), sigue cegando a los militantes honestos aplicando una y otra vez las mismas tácticas que en un contexto histórico concreto funcionaron. Su línea de acumulación de fuerzas les ha proporcionado los resultados que cabría esperar: ninguno. Incluso han sido superados en la organización de movimientos parciales por las masas, que realizan el programa reformista del revisionismo por sí mismas. Desgraciadamente, el movimiento espontáneo se desarticula tan rápido como el capital ejerza su política del palo y la zanahoria. Así, por un lado el gobierno imputa a los participantes en escraches y los tilda de terroristas y, por otro lado, ceden algunos pisos en alquiler social para que los desahuciados tengan algo que esperar del estado burgués. Esto es lo más lejos que podría llegar el revisionismo, pero ya, ni siquiera eso.

Esto no es de extrañar, puesto que a día de hoy

no existe un proyecto político que identifique efectivamente al capitalismo y todas sus manifestaciones como el enemigo a abatir. La creación de este proyecto es la tarea principal de la vanguardia, mediante el balance de la experiencia revolucionaria: éste es el contenido de la reconstitución ideológica del comunismo. Esta tarea es inseparable de la reconstitución política, el establecimiento de vínculos orgánicos cada vez más amplios con distintos sectores de las masas construyendo el movimiento político revolucionario de la clase: el Partido Comunista.

La concepción del principal instrumento del proletariado revolucionario, el Partido Comunista, es diferente a la que comparte todo el espectro del revisionismo. Según ellos solo se trata de fusionarse inmediatamente con las masas para dirigir sus luchas por mejoras económicas a la espera del estallido de la crisis revolucionaria, en lugar de ser este movimiento el que la provoque. La "crisis revolucionaria" que espera el revisionismo no se sabe cuándo llegará, pero llegará, hasta tal punto que desde el esquema político revisionista la revolución se muestra como el regreso de Cristo para los cristianos: Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora. Ésta es la impotencia a la que el revisionismo condena a la clase obrera. Por el contrario, el Partido Comunista, una vez reconstituido, debe ser el que fuerce la crisis política revolucionaria, pues, como ahora vemos claro, el capitalismo vive en una crisis constante.

Por tanto, la primera tarea de los comunistas debe ser derrotar al revisionismo, que solo sabe desprestigiar el Marxismo-Leninismo y quemar militantes ante su incapacidad (lo que es la función, por otra parte, del revisionismo: evitar la revolución a toda costa).

La reconstitución ideológica y política del comunismo es la gran tarea de nuestra época: la edificación del movimiento autoconsciente de la clase obrera hacia la abolición de la sociedad de clases. El Partido Comunista será, por tanto, el sujeto revolucionario que construyendo su propia dictadura contra la burguesía mediante Guerra Popular permita la completa emancipación de la humanidad.

¡Contra el capital y sus crisis, por la revolución socialista!
¡Por la reconstitución ideológica y política del comunismo!

Movimiento Anti-Imperialista
1 de mayo de 2013



2 de Diciembre de 1914. Segunda votación de los créditos de guerra en el Reichstag alemán, en la cual el SPD acaba de perpetrar su traición definitiva al proletariado internacional.



Karl Liebknecht proclama la República Socialista el 5 de Enero de 1919.



Los Freikorps, a cuyo mando se encuentra el socialdemócrata Noske, custodian a los espartaquistas hechos prisioneros.

En 1914 se consumó la bancarrota de la II Internacional, al apoyar la mayoría de los partidos que la componían los créditos de guerra de sus distintos gobiernos para acometer la carnicería de la primera gran guerra imperialista. Con ello se constató la escisión del movimiento obrero en dos alas irreconciliables: por una parte, una derecha representante de los intereses de la aristocracia obrera y aliada del capital, a la que nunca le temblaría el pulso para reprimir a sangre y fuego a su contraparte, la izquierda revolucionaria, encarnada entonces por los bolcheviques, y a la que se unirían poco después los espartaquistas. Sin duda fue el SPD el partido que mejor caracterizó las dimensiones de la desbandada producida en las filas del movimiento obrero, con su apoyo a la República de Weimar. Aquel apoyo fue terriblemente gráfico, marcado por el ascenso de Gustav Noske, el que fuera creador de los *Freikorps*, embrión de las milicias nacional-socialistas, a la cartera de ministro de defensa y desde la que éste procuraría el aplastamiento del *Spartakusaufstand*, así como los asesinatos de dos probados dirigentes de la revolución mundial, como eran Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Apdo. de correos 6018
50007 Zaragoza
mai@nodo50.org
www.nodo50.org/mai